



# LIBERACIÓN

JAMES DICKEY

Lectulandia

Cuatro amigos —mediana edad, clase media— deciden realizar un descenso en canoa por un tramo virgen del río Cahulawassee, en una zona aislada de —quizá— el noroeste de Georgia; una aventura a la medida de gente de ciudad: novelesca, incómoda, poco peligrosa. Pero resultó peligrosa. Y no por la agreste naturaleza, sino por los hombres, seres cuya vida se desarrollaba en sociedades marginales, endogámicas, plagadas de taras físicas y psicológicas, hostiles a los forasteros. La violencia humana ante la irrupción de elementos extraños convirtió el río, con el que iban a competir deportivamente, en una prisión de la que tenían que huir.

*Deliverance* es una parábola, vertiginosa y opresiva, sobre la voluntad de supervivencia y sobre cómo ésta transforma a las personas. Una historia cuyo ritmo y tensión favorecieron que fuera llevada al cine (1983) por John Boorman.

JAMES DICKEY es uno de los mejores poetas norteamericanos de nuestros días. Luchó como piloto en la segunda Guerra Mundial y ha sido profesor de las Universidades de Florida, Wisconsin y Carolina del Sur. En 1966 le fue concedido el prestigioso *National Book Award in Poetry* por su obra «Buckbender's Choice». Al año siguiente, la publicación que recogía toda su obra poética hasta entonces, «Poemas 1957-1967», fue aclamada como uno de los acontecimientos literarios de la década.

«Liberación» es la primera novela de James Dickey. En síntesis, la trama es la siguiente: cuatro hombres embarcan en una canoa para realizar un viaje de tres días por una región casi virgen del sudeste de los Estados Unidos; son típicos representantes del ciudadano medio americano, para quienes esta aventura significa una ruptura de la rutina diaria, la posibilidad de abandonar temporalmente la sofocante ciudad y de correr riesgos desconocidos enfrentándose a la naturaleza. Pero «Liberación» no es tanto un libro de aventuras como un relato de fuerte suspense, con un embrollo del que parece imposible librarse, y de ahí el título de la obra. En torno a la anécdota, verdadera pesadilla a la luz del día —y en la que el lector se ve inmediatamente preso—, surge el espíritu deductivo y lleno de imaginación del protagonista, gracias al cual se van sorteando los constantes peligros. Sobria descripción de un paisaje agreste tan maravilloso como temible, que a menudo reclama para sí el primer puesto en la narración, esta obra representa una vigorosa muestra de la novelística norteamericana de nuestros días.

**Lectulandia**

James Dickey

# **Liberación**

ePub r1.0

Titivillus 30.05.16

Título original: *Deliverance*  
James Dickey, 1970  
Traducción: Rafael Vázquez Zamora

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Edward L. King y Albert Braselton, compañeros.

En la base de la vida humana existe un principio de insuficiencia.

*Georges Bataille*

El orgullo de tu corazón te ha engañado, a ti que resides en las grietas rocosas, altas habitaciones; y dijo ese corazón: ¿Quién me hará descender al suelo?

*Obadía, versículo 3*

## Antes

Se desenrollaba lentamente, obligado a mostrar sus colores, rizándose y saltando hacia atrás cada vez que uno de nosotros lo soltaba. Todo el terreno estaba muy tenso hasta que sujetamos los cuatro picos con nuestros picheles de cerveza y extendimos el río para que fluyese ante nosotros por entre las montañas a 150 millas al norte. La mano de Lewis tomó un lápiz y marcó una X pequeña en un lugar donde algo del verde se decoloraba y el papel cambiaba con los terrenos elevados, y empezó a ir río abajo, del nordeste al sudoeste por los bosques impresos. Contemplaba yo más la mano que la localización, pues parecía tener poder sobre el terreno, y cuando se detenía para que la voz de Lewis explicara algo, era como si todas las corrientes de todas partes dejaran de correr, inmovilizándose en silencio donde estaban para permitir que se indicara lo que fuese. El lápiz dio la vuelta y pretendió trazar con la goma una línea que debió de haber sido de unas cincuenta millas de longitud, en la que el río se engarfiaba y apretaba.

—Cuando hagan nuevas mediciones y reformen este mapa —dijo Lewis— todo esto de aquí será azul. Han empezado ya la presa de Aintry y cuando esté terminada en la primavera que viene, el río retrocederá mucho. Todo este valle estará sumergido. Pero ahora es salvaje. Y *quiero decir* salvaje; parece algo de Alaska. La verdad es que deberíamos ir allá antes de que los de las inmobiliarias se apoderen de aquello y lo conviertan en uno de sus paraísos.

Me incliné sobre el mapa y me concentré en la forma invisible que él había señalado, tratando de ver los cambios que surgirían, la nocturna subida del agua apresada produciendo un nuevo lago con sus selectas parcelas, sus «marinas» y latas de cerveza y procurando también darme cuenta del terreno, según decía Lewis, que estaba en aquellos momentos libre y no frecuentado. Respiré profundamente una vez, a propósito; mi cuerpo —sobre todo mi espalda y miembros— estaban dispuestos a algo así. Miré a la barra y luego otra vez al mapa, fijándome en el sitio donde entraríamos en el río. Un poco hacia el sudoeste el papel perdía el color.

—¿Significa esto que aquí hay más altura? —pregunté.

—Sí —me respondió Lewis, mirándome rápidamente para ver si yo reconocía su tolerancia.

«Ah —pensé—, va a convertir esto en algo. Una lección. Una moral. Un principio de vida. Un camino».

Pero todo lo que Lewis añadió fue:

—Debe de ir por un barranco o algo así. Pero podemos pasarlo con facilidad en un día. Y el agua debe de estar bien, sobre todo en esa parte.

No tenía yo idea de en qué sentido podía estar bien el agua de río, pero si le parecía así a Lewis, debería de tener una excelente calidad. La manera que tenía de

valorar las cosas era muy suya; y por eso, principalmente, le gustaba calcularlas. Prefería sobre todo enfrentarse con alguna forma de deporte muy especializada y difícil —por lo general, una que pudiera cultivar él mismo— y desarrollar procedimientos personales que pudiera luego explicar. Yo lo sabía por experiencia en mi relación con él en la pesca con mosca, el tiro con arco y flechas, levantamiento de pesos y espeleología, deportes para cada uno de los cuales había llegado a tener completas místicas. Ahora era el canoísmo. Me eché hacia atrás y salí del mapa.

Bobby Trippe estaba allí, al otro lado de la mesa frente a mí. Tenía cabello fino y la tez muy colorada. Le conocía yo menos que a los otros en torno a la mesa, pero me resultaba muy simpático. Era agradablemente cínico y me daba la impresión de compartir conmigo cierto convencimiento de que ninguno de los dos iba a tomar a Lewis demasiado en serio.

—Me han dicho que éstas son las cosas que de vez en cuando fascinan a los propietarios de clase media —dijo Bobby—. Pero la mayoría de ellos se limitan a esperar tendidos hasta que se les pasan las ganas.

—Y cuando la mayoría se tienden, se encuentran en Woodlawn antes de que piensen levantarse —dijo Lewis.

—Es la vieja idea de que cualquiera de estos días te vas a encontrar en forma. Lo mismo que te pasaba cuando estabas en el equipo B del Instituto y tenías que hacer todas aquellas carreras como el viento. Algunos pueden corretear de vez en cuando. Pero ¿quién se lanza a toda una carrera? ¿Quién va río abajo?

—Bueno, pues tenéis la ocasión de bajar por uno —dijo Lewis—. La oportunidad es recorrerlo este fin de semana si podéis tener libre el viernes. O vamos Ed y yo o podemos ir los cuatro. Pero debéis decírmelo ahora mismo para que pueda conseguir la otra canoa.

Me agradaba Lewis; me sentía cogido por sus caprichosos y tenaces entusiasmos que ya me habían llevado a la caza con arco y al oteo del zorro con él, y a una fría cueva, pequeña y miserable, donde había una rana muerta y cristalina. Lewis era el único hombre, de los que yo conocía, capaz de hacer con su vida exactamente lo que quería. Hablaba continuamente de volver a instalarse en Nueva Zelanda, o Sudáfrica, o Uruguay, pero tenía que estar cerca de la finca que había heredado y no creía yo que se fuera. Pero mentalmente estaba siempre marchándose, siempre yendo a algún sitio, haciendo siempre alguna otra cosa. Estas técnicas y místicas habían creado en él algo que me impresionaba mucho. No sólo era independiente sino decidido. Sin duda, uno de los mejores arqueros del estado e, incluso, a la edad de treinta y ocho años, uno de los hombres más fuertes a quienes haya yo estrechado la mano. Levantaba pesos y lanzaba flechas todos los días con un especial ritmo alterno y, como resultado, estaba tan firme que podía sostener con toda facilidad un arco de sesenta libras todo tenso durante veinte segundos. Una vez le vi matar una codorniz con una flecha de aluminio para blanco, a una distancia de cuarenta yardas, hundiéndose la flecha en las negras plumas en el último instante posible.



Así que solía ir con él cada vez que me lo pedía. Tenía yo un arco que él me había ayudado a elegir y algunos accesorios de segunda mano, y resultaba agradable recorrer los bosques con Lewis cuando hacía buen tiempo, como suele hacerlo en nuestra parte del Sur en la temporada de caza. Por tener lugar en un sitio tan agradable, y a causa de Lewis, me gustaba el deporte del arco en el campo —con su leve promesa de llegar algún día a matar un venado— más que el golf. Pero, en verdad, era por Lewis. Por ser éste el único hombre que yo conociera dispuesto a sacarle algo a la vida, alguien que disponía tanto de los medios como de la decisión para ello, y me interesaba ver, como experimento, qué tal resultaba aquello.

En cuanto a mí, no era muy partidario de teorías. Pero aquella excursión me parecía agradable. Después de disparar contra tantas imágenes de papel, de venados, era emocionante pensar que iba a encontrarme con uno de verdad.

—Ante todo, ¿cómo llegaremos exactamente al río? —preguntó Drew Ballinger.

—Hay aquí un pequeño pueblo —dijo Lewis— que se llama Oree. Podemos llegar allí e irnos un par de días después a Aintry. Si llegamos al agua a última hora del viernes, podemos estar aquí de vuelta a media tarde del domingo, quizás a tiempo para ver la segunda mitad del partido en la TV.

—Hay algo que me preocupa —dijo Drew—. La verdad es que no sabemos en qué vamos a meternos. Ninguno de nosotros sabe ni palabra de bosques ni de ríos. El último bote en que fui era el de mi suegro, Chris Craft, en el lago Bodie. Ni siquiera sé conducir bien un bote y mucho menos remar en mi canoa o en la de otra persona. ¿Qué se me ha perdido a mí en aquellas montañas?

—Escucha —dijo Lewis, golpeando el aire con el dedo índice doblado—, correrás mayor peligro en la encrucijada volviendo a casa de noche de lo que pudieras pasar en el río. ¿Quién sabe?

—Me parece —intervino Bobby— que todo el proyecto viene a ser un disparate.

—Muy bien —dijo Lewis—. Dejadme razonar. ¿Qué vas a hacer esta tarde?

—Pues —comenzó a decir Bobby mientras pensaba—, lo más probable es que vaya a ver a nuevas personas para inversiones. Tengo que redactar unos contratos y hacerlos legalizar.

—¿Y tú, Drew?

—Ver a más viajantes de comercio. Tratamos de dejar bien en claro qué hace cada uno y dónde fallamos. Queremos encontrar maneras de promocionar las ventas, lo mismo que siempre. A veces van para arriba, otras decaen. Ahora están bajas.

—¿Ed?

—Oh —dije—. Hacer unas fotos para la empresa Kitts Textile Mills. Una chica muy mona luciendo nuestros «britches» y acariciando a su gatito. Un gato de verdad, por supuesto.

—Mal asunto —dijo Lewis sonriente, aunque la conversación sobre el sexo nunca parecía atraerle. Había conseguido demostrar lo que pretendía sin decir ni palabra sobre qué haría él esa tarde. Miró en torno al bar suburbano y se puso una mano bajo

la barbilla esperando a que aquellos dos se decidieran.

Creí que probablemente no irían. Eran bastante felices con su actividad cotidiana; no se aburrían como nos aburríamos Lewis y yo, y Bobby, sobre todo, parecía disfrutar de la vida que llevaba. Procedía, creo, de otra parte del Sur, quizá de Louisiana, y desde que estaba por allí —por lo menos desde que yo lo conocía— daba la impresión de irle bien las cosas. Era muy sociable y no le habría disgustado que alguien le hubiera llamado un vendedor nato. Le gustaba la gente, decía, y a la mayoría le era él simpático —a algunos sinceramente y a otros sólo por ser soltero y buen participante en comidas y fiestas—. Siempre se hallaba por en medio. A todas partes donde fui le encontré o atisé cómo entraba o salía. Si era en un aparcamiento o en un supermercado, tenía yo la seguridad de verle. Si pensaba de antemano que iba a verlo, allí estaba, y si no, también lo veía. Un agradable ser humano superficial, aunque en una fiesta le había oído yo irritarse, y no lo olvidé. Aún ignoro la causa, pero se le cambió horrorosamente la cara como la de un rey débil que se enfurece. Pero eso fue sólo una vez.

Drew Ballinger era un tipo tranquilo y recto. Estaba dedicado a su familia, sobre todo a su hijito Pope, el cual tenía una especie de verruga muy saliente, en forma de cuerno, en la frente, sobre una ceja, y esa rareza le hacía a uno pensar en los verdaderos horrores de la biología. Trabajaba Drew como supervisor de ventas en una gran compañía de refrescos y lo hacía con gran convencimiento poniendo toda su alma en defensa de aquello. Tenía un ejemplar de la historia de la compañía en la mesita para el café en la sala de estar de su casa, y la única vez que le vi furioso fue contra una compañía rival y más nueva que pretendía que sus bebidas adelgazaban.

—¡Malditos embusteros! —había dicho—. Tienen tantas calorías como nosotros, exactamente, y podemos probarlo.

Pero Lewis y yo éramos diferentes uno de otro. A mí me faltaban su impulso, o sus obsesiones. Lewis quería ser inmortal. Tenía cuanto puede dar la vida y no conseguía que le marchara bien. No podía renunciar a ella ni ver que los años se la disminuían porque mientras tanto podía encontrar lo que deseaba, lo que debería estar allí, y que habría de ser sometido a la voluntad. Era de la clase de hombres que intentan por todos los medios —levantamiento de pesos, dieta, ejercicios de toda clase, manuales ayúdate a ti mismo desde sobre taxidermia hasta arte moderno— perfeccionar su cuerpo y su mente, elevarse por encima del tiempo. Y, sin embargo, era también el primero en aprovechar una oportunidad, como si el peso de su propia y laboriosa inmortalidad fuera demasiado para llevarlo siempre encima y quería librarse de él por medio de un accidente, o lo que a otros pudiera parecerles un accidente. Un año o dos antes, había recorrido tres millas tropezando y arrastrándose para salir de los bosques y volver a su automóvil y luego regresar en él a casa con el tobillo derecho roto. Le visité en el hospital, sobre todo porque me había pedido que fuese a los bosques con él y no había podido acompañarlo. Le pregunté cómo se sentía. «Es un lujo —me respondió—. Durante algún tiempo no tendré que levantar

pesos ni hacer otros ejercicios».

Le miré. Tenía la cara como la de un halcón, pero de un halcón muy especial. En vez de parecer hecha de arriba abajo, el frente de su cabeza daba la impresión de haber sido palmeado en forma de larga nariz vista desde los lados. Era como de arcilla colorada, y arenoso el pelo, con un trozo blanco hacia la coronilla, precisamente donde lo tenía más oscuro.

—Bueno, bueno —dijo—. ¿Qué decidís?

Me alegraba mucho ir. Mientras pensaba en Drew y en su frío cálculo, empecé a abarcar mi propia tarde. Las luces del estudio se encendieron sin querer yo y oí el crujido de periódicos bajo mis pies. Vi lo que la modelo parecería probablemente, aunque sólo había visto una fotografía de ella de pie en la segunda fila de un concurso de belleza en una pequeña ciudad cercana y encerrada en un círculo de lápiz rojo por Thad Emerson, mi socio. La había localizado por medio del diario y la Cámara de Comercio y la llevé a Kitts Mills, donde había gustado. La agencia de publicidad que utilizaba Kitts también la había encontrado muy agradable, aunque al contable no le pareció «lo bastante profesional», y ahora íbamos nosotros a emplearla de modelo. Sería el foco medio convencionalmente bello de mil decisiones y compromisos que terminarían eventualmente en una revista mercantil de poca circulación, muy parecida a los demás anuncios en esas páginas. Vi cómo sería, en lo que podríamos convertirla, y la disposición de la figura, trabajo que me llevaría horas, y el interminable forcejeo con la agencia, y me alegré poderme ir con Lewis. Relacionando curiosamente mi tiempo con Lewis y el corriente mío, volví a mirar el mapa, pero ya como si fuera un planteamiento.

Seguramente no era mucho en cuanto su valor gráfico. Las tierras altas, en color bronceado y en un tono aún más pálido de marrón, con meandros en varios tonos y formas de verde, nada tenían para hacerle a uno detenerse en un sitio o en otro. Sin embargo, la vista no podía apartarse del conjunto; había una cierta armonía. Pensé: quizá sea porque esto trata de mostrar lo que existe. Y también porque representa algo que va a cambiar en serio. Allí, cerca de mi mano izquierda, un nuevo color, un azul, se filtraba hacia arriba en el papel y trataba de impulsar a mi mente hacia allí y a ningún otro sitio más, e imaginar un solo detalle que, si no lo veía en aquel fin de semana, ya no podría verlo; intentaba figurarme un ojo de venado entre las hojas y coger una sola piedra. Al mundo se le pierde fácilmente.

—Iré —dijo Drew— si puedo llevar conmigo un «Martin».

—Desde luego, llévalo —dijo Lewis—. Estará bien oírlo allá arriba.

Sin tener talento musical alguno, como él mismo reconocía, Drew tocaba bastante bien a fuerza de afición. Había estado dándole a la guitarra y al banjo —principalmente la guitarra— durante doce años y seguía con entusiasmo toda la música «de dedos duros»: el reverendo Gary Davis, Dave Van Ronk, Merle Travis, Doc Watson.

—Tengo un «Martin» arreglado que logré de un chico de la escuela —dijo Drew

—. No te preocupes, no llevaré mi número uno.

—OK, amigos primitivos —dijo Bobby—. Pero insisto en algunos consuelos elementales. Por ejemplo: licor.

—Traed cuanto queráis —concedió Lewis—. La verdad es que la sensación de navegar río abajo por el agua blanca medio borrachos, no podemos perdérmola.

—¿Vas a llevar tu arco, Lewis? —le pregunté.

—Sabes que sí —me respondió—. Y si uno de nosotros mata un venado, podemos comernos la carne y envolver la piel y la cabeza; curaré la piel y disecaré la cabeza.

—¿Superviviente de la era atómica? —dijo Bobby.

—De la mejor clase.

Todo aquello me sonaba bien, aunque sabía que íbamos a cazar furtivamente, ya que empezaba el otoño. Pero también sabía que Lewis haría lo que decía; ésa era otra de las cosas que había aprendido.

Las camareras, con sus ropas apretadas, miraban el mapa. Era ya hora de marcharse. Lewis apartó el peso de dos picheles y el mapa se enrolló en seguida.

—¿Puedes llevar tu coche, Drew? —le preguntó Lewis cuando ya estábamos juntos para salir.

—Claro que sí —dijo Drew—. Uno de ellos es mío y mi chico aún no tiene edad para conducirlo.

—Ed y yo iremos a buscaros a primera hora del viernes, a eso de las seis y media, donde el Ferry Road de Will llega a la encrucijada, frente al gran centro comercial. Llamaré a Sam Steinhauser esta noche y veré el estado de su canoa. La mayoría del otro material, lo tengo. Traed licor y una actitud comprensiva.

Nos fuimos.

Paseaba yo por el sol y pensaba. Era un poco tarde, pero no importaba. Thad y yo llevábamos en el estudio diez años, pues se lo habíamos comprado al que lo fundó —ahora tenía unos setenta años—, y que estaba realizando la ambición de toda su vida: dibujar a los turistas en Cuernavaca. En cierto modo, era un placer trabajar en Emerson-Gentry, por lo menos comparado con cómo les iban las cosas a los que estaban en otros estudios de la ciudad. Thad se había convertido en un comerciante bastante eficaz, y yo aún era mejor cuando me lo proponía, como consultante de gráficos y director. El estudio estaba lleno de afables hombres grises que intentaron salir adelante en Nueva York y vinieron luego al Sur a vivir y morir. Eran competentes, aunque no les exigíamos mucho, y cuando trabajaban se sentaban muy tiesos apartándose del tablero de dibujo con las manos tras la cabeza contemplando lo que habían hecho. También teníamos de vez en cuando muchachos acabados de salir de la escuela de dibujo —o, los menos de ellos, de la escuela de ingenieros— a quienes se les ocurrían buenas ideas una vez cada seis meses, y las demás veces sólo se les ocurrían absurdos. Ninguno de ellos trabajó con nosotros mucho tiempo; se

aprovechaban de nosotros para adquirir experiencia y luego lograban mejores colocaciones o por medio de nosotros conseguían puestos menos convenientes e intentaban otras actividades. En el tiempo en que Thad y yo llevábamos aquel taller, también habíamos tomado los servicios de unos cuantos que se creían verdaderos artistas y dispuestos a hacer lo que ellos consideraban un trabajo rutinario que les permitiera dedicarse a su actividad vocacional por las tardes y en los fines de semana y vacaciones. Éstos eran los más dignos de compasión: más que los copilotos de bombarderos que en la paz se habían dedicado a arrojar sacos de fertilizante; más lamentable su caso que el de los jóvenes graduados de las escuelas de dibujo que se ven obligados a renunciar al trabajo que les gustaría porque no pueden abrirse paso con él. Uno era un individuo local de media edad que colgaba reproducciones de Utrillo en su cubículo de trabajo y trataba de dar la impresión de estar desempeñando una tarea temporal en la que se le recordaría cuando se marchase. Pero nunca se habría ido si nosotros no le hubiésemos dejado. Cuando lo soltamos, se marchó a otro estudio algún tiempo y luego desapareció. Nunca vi a alguien tan apasionadamente interesado por el arte. A diferencia de Lewis, sólo tenía un interés, y creía poseer talento como para ser más que un artista local. Despreciaba a los artistas locales y pintores dominicales y se negaba a asistir a sus exposiciones. Siempre hablaba de aplicar las técnicas de *collage* de Braque a los planos que preparábamos para los libros del negocio de fertilizantes y las fábricas de pulpa de madera, y fue un gran alivio para mí no tener que oír hablar más de eso.

Habíamos canalizado nuestro estudio modestamente. Yo lo sabía y me alegraba de ello; no deseaba sobrepasar nuestras limitaciones ni proporcionarles un hogar a los genios en su camino al buen éxito o al suicidio. Sabía que teníamos buena suerte y que probablemente duraría; que nuestro éxito se debía principalmente a la ausencia de complicación gráfica en lo que presentábamos. Podíamos manejar nuestro asunto y nos hallábamos en una situación general en la que todos se encontraban bien, incluso los que eran más bien incompetentes, con tal de que fueran serios y puntuales. Las agencias mayores que la nuestra en la ciudad y las ramas locales de agencias muy importantes de Nueva York y Chicago, no nos daban mucho trabajo. Hacíamos lo que podíamos por lograr algo de ellas, pero, si no se entusiasmaban, nosotros —por lo menos Thad y yo— nos quedábamos tan contentos con lo nuestro. Las agencias a las que entendíamos mejor y nos gustaban más eran las más parecidas a la nuestra, las que no eran exigentes y atendían a su personal. Trabajábamos para pequeñas firmas locales: bancos, joyerías, supermercados, emisoras de radio, panaderías, empresas textiles... Seguiríamos con tales negocios.

Bajo la sombra de un gran árbol, sentí que se me venía la cerveza no a la garganta, sino a los ojos. El día brillaba moleestamente, pareciendo vibrar en un eje y de éste cayó una hoja de color insólito en sus bordes. Era la primera vez que me había dado cuenta de que el otoño estaba muy cerca. Empecé a subir la última colina.

Estaba a medio camino cuando noté cuántas mujeres había en torno a mí. Desde

que había pasado la esquina de la gasolinera Gulf, no volví a ver hombre alguno. Empecé a buscar en los autos que pasaban, pero en los pocos minutos más que tardé en llegar al edificio, no vi ninguno. Las mujeres eran casi todas secretarias y archiveras, jóvenes, semijóvenes y de edad más madura, y sus peinados, muy preparados y casi todos tiesos, desoladores. Me puse a buscar con la mirada una que estuviese bien y la encontré. Era una muchacha con una falda beige, mas cuando volvió hacia mí su cara yerma, de goma de mascar, eso fué todo. De pronto comprendí lo que debía de sentir George Holley, el insistente partidario de Braque, cuando trabajaba para nosotros y se decía a sí mismo, de cuantas maneras podía, un día tras otro: «Estoy con usted pero no soy de usted». Pero yo estaba mejor enterado. Desde luego, era de ellas mientras desaparecían de mi vista por lo alto de la colina entrando en el edificio. Y yo estaba precisamente pisando una de las líneas que dividían ceremoniosamente el suelo en torno a una moderna fuente llena de moneditas.

La puerta se abrió y una chica con prisa se agachó bajo mi brazo hacia el aire frío. La hora del almuerzo brotaba de varias mujeres y de mí con un largo y bajo rumor cuando nos agolpábamos en la puerta. Muzak sonó en el ascensor y subimos con «Sangre de Viena», tocada con muchas cuerdas. Entre el principio y el final de un coro me cayó el estómago como una piedra. Me aflojé el cinturón una abertura y la cerveza se me calmó cuando me pasé por la frente la parte interior de la manga de mi chaqueta. En el sexto piso había sólo dos mujeres supervivientes y yo; las otras trabajaban en las oficinas mayores en los pisos inferiores: compañías de seguros. Recorrí el limpio pasillo hasta el espejo, rematado con un caballo, de nuestro estudio. Lo único bueno que había hecho Holley para nosotros era haber transformado uno de los pájaros de Braque en un Pegaso. Voló delicadamente junto a mí y a mi lado cuando entré.

—¿Ha llamado alguien?

—No han sido llamadas demasiado interesantes, Mr. Gentry. La compañía Shadow-Row Shell Homes desearía ver los computadores la semana que viene. Hubo una petición de entrevista para solicitar trabajo, de una joven que dijo volvería a llamar. Y está aquí la modelo para Kitts.

—Muchas gracias —le dije a Peg Wyman, que llevaba con nosotros desde el principio y se le notaba—. Me iré ahí dentro.

Recorrí el pasillo mientras me iba quitando la chaqueta despacio. Era la primera vez que se me había ocurrido fijarme en que el vestíbulo estaba dentro de otro vestíbulo mayor, parte de la longitud del edificio y del suelo. Sin embargo, era un sitio de buen gusto. Thad y yo teníamos muy buenas oficinas con muchos flexibles por todas partes y los directores artísticos que duraban más o estaban mejor pagados tenían despachos o, por lo menos, cubículos. El resto del estudio era un gran espacio abierto con tableros de dibujo, y contemplé un momento las grises o calvas cabezas en sus sitios, las relucientes cabezas negras, las rizadas y las de pelo lacio. Quizá no

tuviera plena relación con aquello —con su creación—, me dije a mí mismo con una voz silenciosa, distinta de mi habitual silencio, pero algo había tenido que ver. Nunca experimenté antes la sensación poderosa de hallarme en un sitio que yo había creado. Alton Rogers no estaría sentado allí. De no haber sido por mí el cuartito de George Holley aún rebosaría de Utrillos. La distribución de cabezas, dedos y gafas no sería la misma que ahora, de no haber sido por mí. Esta gente estaría probablemente trabajando para otras personas y no se encontrarían ya aquí. En cierto modo, son mis cautivos; sus vidas —en parte las de algunos, toda la de otros— las pasan aquí.

Pero también mi vida. No pensaba realmente que fuesen mis prisioneros, sino que eran cosa mía. Pasé al despacho, colgué mi chaqueta y por un momento puse la palma de la mano sobre mi tablero de dibujo como si estuviera posando para un anuncio: el vicepresidente Gentry toma una importante decisión. Sería una de esas poses que se proponen demostrar que las decisiones por responsables de media edad son un factor importante para mantener la economía y la moral de todo el mundo occidental. Esto podría haber sido cierto, por lo que yo podía asegurar. Probablemente lo era en ciertos aspectos.

Había muchos apuntes, entre los cuales figuraban mi esposa y mi hijito Dean. Había montones de originales, aprobados y tentadores, de agencias, y yo había hecho una nota para recordarle a Thad que algunas de las compañías menos inventivas nos requerían como agencia artística, lo cual no nos agradaba. Y llamé a Jack Waskow, el fotógrafo, para ver si estaba libre. No lo estaba y me senté pensando si podía hacer algo en seguida que me sacara del apuro.

Pero antes de hacer movimiento alguno, me quedé allí inmóvil veinte segundos, quizá sin sentir mis latidos, aunque en aquel momento lo deseaba. La impresión de la inconsecuencia de lo que quiera que hiciese o pensase o mirase en torno, me inmovilizaba. ¿Cómo sale uno de tal situación? Me lo pregunté. La mejor solución era hacer algo que estuviese a mano y no decirle a nadie lo que se sentía. Era el antiguo sentimiento humano mortal, indefenso, aterrorizado por el tiempo, exactamente eso. Había tenido yo contacto con esa impresión una o dos veces, aunque era más probable que me ocurriera estando con mi familia, pues en cambio allí, en el estudio, podía encontrar maneras de ocuparme, o por lo menos de parecerlo, lo cual era más difícil, en algunos casos, que realizar una auténtica tarea. Pero esta vez me hallaba asustado de verdad. Desde luego, se había apoderado de mí esa sensación, y sabía que si conseguía levantarme, a pesar de mi enorme cansancio, para beberme un vaso de agua o hablar con Jack Waskow o Thad, con la impresión de ser otra persona, algún pobre tonto que vive tan inobservado e importante como un fantasma y realizando los únicos movimientos de que dispone.

Cogí una maqueta que había hecho para el anuncio de Kitts. Si algo había de que estuviese yo seguro, era mi capacidad para darles a los elementos de un despliegue cierta armoniosa relación. En general no me gustaban los anuncios demasiado tradicionales, como los baratos de Boraxy, con letras en tipografía llamativas y un

evidente y helador empleo del sexo, ni me agradaba la clase de anuncio creativo con alguna exagerada fórmula o una insensatez calculada. Me gustaba la armoniosidad y una situación en que los elementos no luchasen unos con otros o se aplastasen mutuamente. Gané un par de modestos premios, en la ciudad, por mi dirección artística, entre concursantes que no eran de primera clase, y esos galardones estaban colgados en mi despacho. Miré detenidamente el boceto para Kitts, que era el anuncio de una prenda interior femenina de seda artificial llamada Kitts Britches. Aparecía una muchacha sólo con bragas, de espaldas a la cámara y mirando por encima del hombro. Como lo habíamos preparado, debía asomar la cabeza de un gatito bajo la barbilla de ella y me preocupaba un poco que, en una fotografía lo bastante grande para lucir las bragas, resultaría demasiado pequeña la cabeza del gatito. Por supuesto podíamos hacer que no se vieran los *pies* de la chica, como había dicho el contable, pero yo quería que aparecieran. En primer lugar, me gustan los pies y un ser humano completo en una fotografía es, no se sabe por qué, muchísimo más eficaz que otro al que se ha recortado con tijeras. Habíamos discutido con la agencia sobre ese punto, y con el gerente de ventas de Kitts, un tipo procedente del campo que había tenido la ocurrencia de utilizar una muchacha de verdad en una situación como la del anuncio de Coppertone en que un perrito va haciéndole bajar el traje de baño, con lo cual aparece el trasero. «Si lo hiciéramos con un gato —dijo—, mostraría también que las bragas no se escurren ni se rompen». La agencia y yo habíamos conseguido convencerle explicándole que una respetable publicación comercial no incluiría ese anuncio y que no podríamos encontrar una muchacha de apariencia decente que estuviera dispuesta a posar para eso. Acabó de acuerdo con nosotros, pero seguía queriendo más sexo que yo en el anuncio, y me dijo cuando nos separamos: «Es preciso que la modelo llene bien esas bragas».

Combiné los elementos del boceto, acercando a la chica y alejándola hasta convencerme de haber logrado un buen compromiso con las letras de tipografía centradas en torno a las caderas de la muchacha. ¿Quién sería ésta? ¿Qué cuerpo podrá llenar estas líneas que he dibujado? Entré en el estudio.

Allí estaba Thad, todo él formalidad de decorador de interiores y muy activo. La modelo, sentada en un sillín de campo, se protegía los ojos contra la luz de los focos. Llevaba un vestido blanquinegro a cuadros que —por lo menos me lo parecía a mí— resultaba inesperadamente carnavalesco, aunque, afortunadamente, ella nada tenía que ver con el carnaval. Alrededor de ella, la habitación parecía zumbiar y temblar con hombres, aunque sólo estábamos allí cinco de nosotros, incluyendo al técnico de la iluminación. La secretaria de Thad, una mujer bajita de boca fruncida llamada Wilma, entró trayendo al gatito que nos habíamos proporcionado, llevándolo bajo una axila como si fuera a retratarse ella. Max Fraley fue a buscar un platito con leche para el gato. Me senté en el borde de la mesa y me quité la corbata. Dentro de la brillante dureza de las luces, había un tono azulado muy molesto, una clase de luz inconfundiblemente fabricada por el hombre y que me ponía nervioso. Me recordaba



a las prisiones y los interrogatorios, y ese pensamiento se me ocurrió en seguida. Tal era un aspecto del asunto y otro era la pornografía. Pensé en esas películas que se ven en las reuniones secretas de aficionados y en los clubs de oficiales cuando se da una cuenta horrorizada de que cuando la mujer tire la toalla la cámara no seguirá a ésta pudorosamente hasta abajo, como en las viejas películas de Hollywood, ni a los pies descalzos hasta que se escondan tras un biombo, sino que continuará allí y, cuando caiga la toalla, se quedará para enfocar aquello; que destruirá la femineidad de alguna, violando su secreto; y nada habrá que no se vea.

Thad pidió a la joven que se levantara. Sus pies eran fuertes, saludables y de muchacha hombruna; habría apostado yo que procedía de una granja. Tenía un hermoso rostro, franco, de ojos grises y con algunas pecas. Era alguien a quien no me importaba mirar a los ojos. Y fijamente, de modo que, si lo permitía, la mirada ahondaría aún más. Eso hice porque en aquella ocasión me apetecía. En el ojo izquierdo tenía una mancha muy peculiar, una especie de rajita oscura y en seguida supe que me había alcanzado con mucha fuerza; no sólo podía interrumpir aquella tensión, sino que el intenso efecto de la mirada se apagaba por sí mismo. Con una mano, también fuerte y tranquila, se cerraba el cuello de su vestido y echaba atrás la cabeza —mucho, como una acróbata— y se sacudía el cabello para que se soltase sobre los hombros. En seguida, dos secretarias más se materializaron como enfermeras o matronas de prisiones, dando vueltas en torno a la modelo. Thad la había hecho estarse en las señales hechas con tiza en el suelo, en torno a las cuales habíamos quitado los periódicos que había tirados por allí. Sus pies se pegaban al frío suelo de corcho. Tendió los brazos y Wilma le quitó el vestido. Tenía largas piernas, que parecían muy suaves, y no tan musculosas como yo había creído por aquellos pies, sino muy bien formadas y armoniosas, aunque pensé que no eran lo bastante firmes para durarle mucho. Su desnuda espalda tenía un cierto aspecto indefenso y poco desarrollado, y eso me pareció más femenino y atractivo que lo demás de ella, aparte de su mirada. Llenaba bastante bien las bragas Kitt, pero nada había de provocativo en ella al llevarlas; podía haber sido «la hermana de alguien» y no era ese el efecto que deseábamos lograr. No sabiendo exactamente cómo cambiar la pose, o si podía cambiarse, avancé y la toqué con suavidad.

Se volvió, me miró a la cara de cerca y la mota brillante se clavó en mí; era más dorada de lo que podría ser cualquier auténtico oro; era viva y me veía. Tan cerca, cambió por completo; me miró como una que ha llegado a la condición de mujer en menos de un minuto. Tenía las manos cruzadas sobre los pechos de un modo que conseguía dar una impresión de casualidad, y Max no estaba seguro de cómo tenía que darle el gato. Lo cogió con una mano y al hacerlo, mientras se protegía con la otra, sencillamente abarcó el pecho izquierdo con la mano y aquello me produjo honda impresión, un profundo y complejo estremecimiento de macho, como si algo me hubiera tocado en la próstata. Fijó sus pies en las señales hechas en el suelo, y por un momento se balanceó proyectando luz de sus hombros mientras los filamentos de

las lámparas zumbaban en torno a ella, y luego pareció encontrar la postura.

Logramos lo que Thad pensaba que estaría mejor, aunque en realidad no creía, según dijo, que la muchacha fuese lo bastante buena modelo para que volviésemos a emplearla. Regresé a mi despacho e hice algo que desde los primeros días en el estudio no había hecho. Me agité todo el resto de la tarde. Con ello no conseguí gran cosa, pero mi mente saltaba rápida de una cosa a otra y surgían excelentes asociaciones de ideas. Le pasé a Thad un montón de bocetos y le dije que necesitaba tener libre el viernes para hacer unas cosas en casa. No discutió conmigo. Habíamos puesto aquello en marcha bastante bien.

## 14 de septiembre

Había algo en mí que solía impedirme soñar o que quizás hacía que no pudiera recordar lo soñado. Despierto, o como muerto, siempre volvía en mí lentamente. Tenía la impresión de que si todo estaba completamente quieto, si podía no oír nada, nunca me despertaría. Algo en el mundo me volvía a la vigilia, pues todas las noches me sumergía profundamente y si tenía alguna sensación durante el sueño, era la de hundirme cada vez más tratando de alcanzar un punto, una línea, una frontera.

Esta vez me despertó el viento, tiré de mí hacia arriba e intenté, con el instinto de supervivencia, zafarme una vez más de donde había estado. Me había acostumbrado a que la respiración de Martha me rescatase, pues la tenía muy ruidosa, pero esta vez era el viento. Primero fue el propio viento y luego éste haciendo sonar una pequeña fila de figuras de metal colgadas de cuerdas que había puesto Martha en el patio, figuritas en bronce de pájaros rodeando a un búho, que se movían cuando el aire se agitaba y se tocaban unas a otras. Producían un repiqueteo como las campanillas chinas de cristal agitadas por el viento, las que tanta gente solía tener en los años treinta cuando yo iba creciendo. Era un sonido leve, inconstante, un adorable ruidillo —así me lo parecía siempre— y cuando salí de las tinieblas del sueño para entrar en la auténtica oscuridad de la habitación, se me ocurrió que quizás ésta evocase algo, y permanecí quieto mientras reconocía el cuarto, tendido yo allí, en la negrura, junto a mi esposa.

Extendí el brazo para tocar a Martha, como hacía siempre, y su cabeza se movió bajo la toalla que se ponía de noche. Le cogí un hombro levemente y fue entonces cuando recordé que debía irme con Lewis. Me impulsó la rutina a la que estaba acostumbrado, pero algo se elevó en mí contra eso, lleno de miedo y sintiéndome débil e incompetente pero excitado. Abracé a Martha para ver si ella estaba dispuesta a emerger del sueño para luego volver a él, a venir a mí para entrar en calor y luego alejarse.

Era una muchacha esbelta cuando me casé con ella hacía quince años. Trabajaba de enfermera de cirugía. El hecho de que pudiera o no ser bonita, ni se me ocurrió en absoluto, aunque algunos amigos, sin gran entusiasmo ni convicción, me decían que lo era. Pero la cuestión de la belleza, más allá de ciertas obvias consideraciones, nunca me interesaba de verdad en la mujer; lo que yo buscaba y sentía era la chispa, la relación puramente personal, y cuando encontré una forma genuina de esa atracción, pequeña pero firme, me había casado con ella. Nada tenía que lamentar en ello; no me arrepentía. Era una buena esposa y excelente compañera, un poco áspera pero con una aspereza que lo tenía todo bien dispuesto. Estaba muy orgullosa de que yo fuera vicepresidente de una compañía e insistía en creer que me sobraba talento como artista, aunque ninguno tenía. Yo era mecánico de artes gráficas y cuando logré

que el problema me pareciera efectivamente mecánico y no resultado de la inspiración, pude hacer algo con ello. Ateniéndome a ese principio realicé algunos *collages* para el cuarto de estar, con *posters* rotos, revistas de cine, titulares de deportes y cosas así. Y eso, en lo que concernía al arte, era todo. Recordando esos *collages*, pensé que quizás a Martha le parecieran tan buenos no tanto porque los había hecho yo, sino porque representaban una parte de mí que ella desconocía. Mas era una fe equivocada por su parte y, aunque nunca le dije qué me parecían a mí, nunca la animé en su convicción.

Tiré de ella y se deslizó hacia mí.

—¿Qué hora es? —dijo.

—Las seis —le respondí mirando las frágiles manecillas del reloj junto a la cama, que pulsaban y relucían—. Lewis llegará un poco antes de las seis y media.

—¿Qué tienes que hacer para prepararte? —me preguntó.

—Poca cosa. Sólo ponerme mi viejo «mono» de nylon, de aviador, y unos zapatos de tenis. Y, cuando venga Lewis, cargar mis cosas en el portaequipajes del coche. No es mucho y además lo tengo ya todo preparado. Lo amontoné en el cuarto de estar después de acostarte tú.

—¿De verdad quieres irte, baby?

—No es que tenga unas ganas locas de marcharme —dije—. Y no me moriría por perdmelo. Pero la verdad es que mi trabajo diario me tiene cansado. Ayer tarde lo pasé muy mal hasta que logré hacer algo útil. Parecía que todo pasaba a mi lado y que nada importaba en absoluto. No podía haberme importado menos nada ni nadie. Si marcharme a los bosques con Lewis me quita ese estado de ánimo, me vendrá muy bien.

—¿Es culpa mía?

—Por Dios, no —dije, pero en parte la tenía, como es siempre culpa de cualquier mujer lo que significa normalidad.

—Quisiera que no tuvieses que irte así. Quiero decir, que no te apeteciera. Ojalá hubiese algo que pudiera hacer yo.

—Lo hay.

—¿Tenemos tiempo?

—Lo sacaremos. Nada puede ofrecer Lewis que importe tanto como eso. Que espere. Yo no puedo.

Yacíamos entrelazados como amantes.

—Ponte de espaldas —me dijo ella.

Tenía unas manos grandes que me conocían. Quedaba en ella algo de la enfermera que había sido y sabía ponerme a punto: un práctico planteamiento sexual, los actos muy deliberados y francos que dan placer a la gente. La sangre se agolpó en mí y empezó a elevarse en la oscuridad moviéndose con sus manos. Martha puso una almohada en medio de la cama, echó atrás la ropa de ésta con un movimiento rápido y se tendió boca abajo con aquélla por enmedio. Pasado un rato dijo:

—Oh, sí, sí...

Era el calor de otra persona junto a mí, el móvil calor, lo que evocó la imagen. La joven del estudio se echaba atrás la cabellera y se abarcaba un pecho con una mano, y en el centro del jadeo de Martha y en su experta participación, relucía el ojo dorado, no con el sentido práctico del sexo, tan necesario para su supervivencia, sino con la promesa de otras cosas, otra vida, liberación.

Fui al cuarto de baño, me estuve unos momentos con los ojos cerrados y oriné. Cuando se vació mi vejiga, me puse una bata mirándome en el espejo iluminado de lado que hacía muy visible donde se me descubría el cuero cabelludo, la parte de él que iba clareándose rápidamente y ponía de relieve la parte inferior de mis ojos convenciéndome de que nunca volverían a ser lo que fueron. Envejecería yo muy pronto. Y sin embargo, tenía firmes hombros, y mis caderas y vientre eran pesados pero sólidos. El vello era denso en mi pecho y en la parte de arriba de mi espalda, como una collera de yugo, y a la luz aparecía parte de él gris suave, como piel de mono.

Si hubiera dependido de mí parecerme a cualquier hombre, o combinación de hombres, en la Tierra, o en la historia, no habría sabido cómo hacerlo. Supongo que algo de esa actitud me lo indujo Lewis, que incesantemente hacía ejercicio, pero sólo tenía dos o tres trajes para cada temporada. No le prestaba a su ropa una gran atención, pero sí a su cuerpo. «Es el instrumento de lo que seas capaz de hacer», solía decir, «y hará por ti lo que ni siquiera sabes que se necesita. Ese acondicionamiento y reacondicionamiento es lo que va a salvarte». «¿Salvarme?», le pregunté a Lewis. «¿Salvarme de qué? ¿O *para* qué?». Y sin embargo, Lewis me aprobaba, por lo menos lo bastante para relacionarse conmigo. Probablemente, era yo su mejor amigo. Me había enseñado cómo disparar el arco, lo que yo aprendí bastante bien. Lewis decía que yo era excepcionalmente seguro en la puntería. Lo malo para mí era calcular las distancias y Lewis no creía que el tiro con arco valiéndose de un visor, es decir, el deporte del arco que no fuese puramente instintivo, no era en realidad tal deporte. En una excursión por el campo logré 160 puntos en catorce blancos. Lewis consiguió 230 y había llegado hasta los 250. Era un verdadero placer verlo disparar y cuánto cuidaba su equipo, que él mismo se hacía, cuerdas y todo.

El cuarto de estar estaba a media luz. La luna se había ido del suelo y de las ventanas. Me quedé mirando aquel alba, una de las pocas que vi en los diez años pasados, y Martha entró en la habitación silenciosamente. Llevaba puesta una bata con volantes y pasó a mi lado dirigiéndose a la cocina. Se detuvo en la puerta.

—¿Has visto a Dean por alguna parte? —preguntó.

—¿Qué quieres decir? ¿No está en su cuarto?

Mi equipo, amontonado en el suelo y oscuro como sombra sólida, se rió como Dean, que surgió de detrás. Tenía un gran cuchillo Bowie en la mano, dentro de la vaina.

Qué raro. Parecía saber lo que era el cuchillo y a la vez ignorarlo, y cuando lo agitó amenazándome —con el mayor amor— me vi metido en la misma curiosa danza que él, sabiendo lo que haría con el cuchillo y al mismo tiempo no creyéndolo ni un momento. Por último, se lo quité y lo guardé donde él lo había cogido, en la oscuridad del montón de cosas que me llevaba. Fue sólo entonces cuando sentí lo desapacible que estaba la habitación y me di cuenta de que el aire subía frío del suelo y que bajo mi bata me hallaba desnudo.

Encima del colchón hinchable, la bolsa de dormir y la fina cuerda de nylon, estaban el cuchillo, mi arco y cuatro flechas. La cuerda la había comprado dejándome llevar de un impulso, en un almacén de material sobrante del ejército, sobre todo porque Lewis me había dicho una vez que «nunca debe uno estar en los bosques sin cuerda». Levanté de allí el arco produciéndome placer la fría y suave sensación de las curvas hacia atrás. Era un buen arco; probablemente mejor de lo que yo merecía. No uno de esos fabricados en serie —un Drake, por ejemplo, o un Ben Pearson, un Howatt o un Bear—, sino hecho a mano según lo que parecía ser un diseño compuesto y que dio como resultado un arco que no parecía ni disparaba como ninguno de aquéllos. La varilla elástica era pesada y más bien parecía un arco experimental. Había llegado a gustarme el peso y grueso del mango y no me habría sentido cómodo con un arco más pequeño. Lewis me lo había conseguido de segunda mano. Se lo cedió un ex campeón del Estado que lo había fabricado y que disparaba esa misma clase de arco, y me estuvo ensalzando sus ventajas, que empezaban pareciendo completamente psicológicas, pero que poco a poco se convertían en auténticas. En realidad, había muy poco efecto de la mano al soltar la flecha. Ésta salía muy suavemente y no se producía ese chasquido o retroceso de los arcos de Lewis. La velocidad inicial no era extraordinaria; la primera vez que lo disparé creí que era lentísimo hasta que comprobé el punto de mira y descubrí que el arco hacía blanco a bocajarro a sesenta y cinco yardas. Cuando se soltaba la cuerda, el arco parecía vacilar y la flecha salía a tremenda velocidad, como catapultada. La trayectoria era tan recta como la de cualquier otro arco que yo haya visto, y el problema izquierda-derecha no tan acentuado como en los arcos de Lewis. Ahora, mientras lo tenía en las manos y lo contemplaba, con sus caras exterior e interior Gordon-Glas, parecía ser exactamente el arco que yo debía tener. Me fiaba de ese arco, creía en él, aunque las laminaciones empezaban a cansarse ya un poco dejando unas cuantas fibras de vidrio medio levantadas en los bordes del miembro superior. A diferencia de Lewis, yo utilizaba una mira en la cuerda y en resumen, tenía con ese arco algo realmente bueno. Martha y yo habíamos separado los cabos Dacron, puesto cierres entre ellos, y Martha ató con hilo naranja las mitades separadas. Era un arco muy hermoso y yo disfrutaba usándolo. Cuando se hallaba tenso del todo, la mira se le ponía a uno de modo natural junto al ojo y el blanco quedaba dentro de él, templando por el esfuerzo del cuerpo para estarse muy quieto. El efecto de enmarcar el blanco era una gran ventaja, por lo menos para mí, pues aislaba aquello contra lo

que iba a disparar y lo ponía en una relación de rara intimidad con el arquero. Nada existía fuera del marco naranja, y lo que estaba dentro se hallaba allí de un modo terriblemente vital y consecuente; era como si el blanco fuera siendo creado por el ojo que lo miraba.

Las flechas no eran tan buenas, aunque cumplían su misión. Eran de aluminio, pues yo las empleaba de aluminio para ejercicios de tiro al blanco y sabía por experiencia que las flechas de esa espina y longitud —veintinueve pulgadas— eran disparadas con exactitud por mi arco. Estaban en un carcaj de arco sujeto a éste, pues yo quería llevarlo todo en una mano y de todos modos no tenía carcaj trasero. Parecían mortíferas con sus puntas anchas y los largos y amarillos astiles hélicos. Había tratado de camuflarlas con pintura casera negra y verde, haciendo en cada astil muescas sueltas de arriba abajo, y afilé las puntas en la muela de esmeril que tenía uno de mis vecinos. Eso lo hice bien, pues se habían quedado casi tan cortantes como una hoja de afeitar nueva. Podían, en efecto, afeitar el aire y también les di, con una lima, una leve rugosidad, muy a propósito para desgarrar profundamente, según decían las revistas de tiro con arco. Toqué el filo de una de ellas con un pulgar y luego me retiré a la luz del vestíbulo para ver si me había cortado.

No; y volví al dormitorio, cogí veinte dólares de mi cartera. Pasé de nuevo por el cuarto de estar, hacia la cocina, donde Martha se movía descalza frente al hornillo, brillándole los cristales de sus gafas, y miré al patio. Llevaba yo en la mano mis zapatos de tenis y me senté en el suelo para ponérmelos, pero no perdía de vista la parte trasera ante la casa. Los árboles parecían allí completamente salvajes, objetos libres que sólo accidentalmente se hallaban en un ambiente doméstico, y por una u otra razón me sentí extrañamente emocionado. Dean llegó por detrás de mí y me tiró de la parte baja de mi «mono» de aviador. Sin dejar de mirar fuera, lo subí en volandas. A los niños suele fastidiarles una actitud así, pues no pueden comprender que se mire adonde nada se mueve. Sin embargo, esta vez se había quedado Dean tan quieto como yo, observando lo que existía. Le besé y él me echó los brazos al cuello. No solía ser un niño cariñoso, y me puso nervioso que tomase aquella actitud. También se me acercó Martha, que traía la cara acalorada con el hornillo. Me levanté y formamos un grupo familiar.

—¿Sabes adónde vas? —me dijo ella.

—Exactamente, no. Lewis sí lo sabe. A algún sitio de la parte nordeste del estado, donde él estuvo ya pescando. Si todo sale bien, estaremos de vuelta a última hora del domingo.

—¿Por qué no ha de salir bien?

—Sí; pero nunca se puede predecir. Oye, si creyera que hay algo de peligro en esto, no iría. Créeme, me quedaría aquí. Pero es una buena oportunidad para salir por ahí. Dicen que las montañas están muy agradables en esta época del año. Y ahora que lo pienso, sacaré unas fotografías.

Fui al dormitorio otra vez y cogí una «Rolleiflex» que pertenecía al estudio.

También me guardé en un bolsillo del «mono» una cuerda de arco. Cuando volví al cuarto de estar, Lewis había llegado ya y esperaba fuera, en su coche. Le eché a Martha por encima de los hombros una mano, como a un camarada, pero en seguida la abracé, mientras Dean se colocaba tras ella, tratando de apartarla de mí. Abrí la puerta y entonces ya se había apeado Lewis de su camioneta y venía hacia nosotros. Traía muy acalorada su cara de lobo y hacía muecas. Era habitual en él hacer muecas, pero la gente no solía abarcar directamente esas muecas sino siempre partes laterales de ellas, de modo que en su mirada había un alocamiento evasivo, confiado y secreto; era el rostro de un entusiasta nato. Traía puesto un sombrero de los que se llevaban en el *bush* australiano, con una cinta de cuero sujetándose a la barbilla y no pude dejar de reconocer que la ocasión era buena. Recogí por último el arco y la cámara y fui con él hacia el vehículo.

Estaba lleno de pertrechos: dos tiendas pequeñas, sábanas para el suelo, dos arcos, una caja de flechas, salvavidas, caña de pescar, comestibles diversos. Era Lewis un fanático de la preparación y por eso llevaba yo enrollada en un bolsillo lateral aquella cuerda, a pesar de saber muy bien que de nada me serviría, y también por eso me puse el traje de vuelo, porque «el nylon se seca con rapidez» y, sin embargo, tomaría una carretera que no se utilizaba desde hacía quince años y por donde antes llevaban los troncos e iría tropezando con maderos y saltándose baches sin consideración para sí mismo, por el coche o los que fuésemos con él. Esperé que no hubiera mucho de eso, pues mientras esperaba allí de pie a la luz incipiente del alba, me sentía realmente amigo suyo. Tenía siempre el aspecto de disponerse a saltar sobre algo, de avanzar con alegría y anticipación. Yo, en cambio, estaba cansado de arrastrar los pies, en sentido figurado: y me sentía mucho más ligero y más musculoso cuando me hallaba cerca de Lewis.

Éste apilaba y sujetaba mis cosas en el coche. La ventanilla trasera se tapó con el equipo casi todo de diferentes tonos de verde. Antes de colocarlo, Lewis dio vueltas entre las manos a mi arco.

—Estás perdiendo vidrio —dijo tocando el borde superior del arco.

—Creo que aguantará. Lleva mucho tiempo así.

—¿Sabes? —dijo Lewis—. Me gusta este arco. Te quedas sosteniéndolo cuando ya has soltado la cuerda, pensando: ¡Qué demonios! Y entonces miras allá y la flecha está clavada en el blanco.

—Se acostumbra uno a él —dije—. Es muy suave...

—Ahora te convences —me interrumpió Lewis—. Ya era tiempo.

—Vamos —le dije—. El sol sale ya. Podemos comer por el camino. Hacia el norte hay agua corriente.

Tuvo un gesto retorcido:

—Hablas como yo —dijo.

—Y qué tiene de raro —y volví por última vez para recoger una bolsa con ropa que había amontonado en ella: una camisa de todo poner, un par de camisas de manga



corta y dos *johns* largos para dormir.

Nos despedimos de Martha y Dean agitando los brazos. Se habían asomado los dos a la puerta. Las gafas de Martha se anaranjaban con el sol saliente. Entré en el coche y cerré de golpe la portezuela. Los arcos y el equipo para los bosques abultaban mucho detrás de nosotros, y la canoa parecía aplastarnos desde arriba. No éramos —o por lo menos, yo no— los de antes. En caso de accidente, si hubieran tenido que identificarnos por lo que llevábamos puesto y equipaje, pareceríamos ingenieros o tramperos, o agrimensores o los comandos avanzados de alguna fuerza invasora. Estaba yo convencido de que debía portarme como correspondía al equipo si no había de resultar una triste broma la excursión.

Pensé en dónde podría estar esa noche y en las serpientes a las que sacaría con calor prematuro, me veía entre ramas e insectos remotos en los bosques, y estuve tentado —debo confesarlo— a volverme, ponerme malo, dar cualquier disculpa. Escuché por si sonaba el teléfono y pensaba qué podría decirle al chico de los periódicos o a mi agente de seguros, o a quienquiera que fuese, para poder apearme del auto, darle a Lewis una disculpa convincente y quitarme mi vestimenta. Lo que deseaba en verdad era entrar en la casa y dormir un poco antes de irme a trabajar. O quizá, ya que tenía libre el día, irme a jugar al golf. Pero el aparato estaba en el coche y Lewis sonreía a mi lado con su más amplia sonrisa manifestando sobradamente que me consideraba uno de los elegidos, que me iba a librar del celo un poco de tiempo o, como él decía, hacerme «salir de la pauta».

—Allá vamos —dijo—, fuera del sueño de la gente floja y a las aguas rizadas y salvajes.

Con la canoa sobre nosotros, salimos de la entrada para coches, torcimos a la izquierda y fuimos tomando velocidad; luego torcimos otra vez a la izquierda y cuando llegamos al llano estábamos ya en el centro comercial. El Oldsmobile de Drew se hallaba aparcado a unas cincuenta yardas del cuadrivio. Una vieja canoa de madera, algo que parecía más propio para un lago que para un río, estaba como atrapada por una telaraña de abundante cuerda encima del coche; y para que no arañase a éste, llevaba debajo una manta del ejército.

Cuando pasamos delante del Olds, les hice a los otros dos la señal churchilliana de la V, y Bobby me contestó con el clásico dedo. Miré hacia adelante, me estiré en el asiento y me puse a contemplar cómo iba aumentando la luz.

Llegaba intensificándose sobre mi brazo derecho cada vez más, elevándose más allá de las estaciones Texaco y Shell y los recintos de hamburguesas y cerveza de los que encontraríamos muchos en las próximas veinte millas de carretera. No tenía yo relación alguna con ninguno de ellos; me estaban prohibidos en cierto modo y como al otro lado de una corriente de celofán. Pero precisamente allí había estado yo, se me removía el estómago y reconocí el sitio. Adelantándose hacia nosotros a la derecha había una larga fila de postes de blanco hormigón, un blanquirrojo *drive-in*, cuyo techo de hojalata galvanizada reflejaba vibrando al sol, y mis ojos semicerrados se

fijaron en uno de los postes, ampliándolo entre los demás como muy bien hubiera podido hacer un halcón.

Yo me había apoyado allí en la Navidad antepasada. Y a fuerza de apoyarme tanto, me puse a dar vueltas en torno al poste y luego me había parado y vomitado, echando primero los semisólidos y luego, color tras color, poderosos líquidos, todos ellos bebidos en una fiesta de Navidad en la oficina. Recordé que Thad creyó que llevarme en el auto a tomar una última cerveza podría quitarme la borrachera, pero se horrorizó aún más que los desconocidos cuando vio cómo estaba. Muchas veces en que me he embriagado, he percibido cosas que parecían compartir la borrachera conmigo —mesas y sofás amistosos, e incluso árboles—, pero el poste en el *drive-in* era una cosa fría hecha de todo aquel hormigón, en el invierno meridional. Estaba absolutamente inmóvil, tan borracho como me hallaba, dando vueltas vacilantes entre aquella gente asqueada, que, enfundada en sus abrigos, me miraba desde sus coches mientras sus caras se ponían azules y rojas con el neón —aquel incesante y tan cansado cambio de color— y algo más frío que el metal en que ponía la mano lo sentía en el mismísimo fondo de mi estómago, la sangre se me agitó y, agarrándome bien al poste, dejé que brotara aquello. Pude oír que los coches cerca de mí se ponían en marcha y con todos mis músculos traté de dominar el estómago. Quizá me golpease la cabeza un par de veces contra el poste; tenía luego chichones en la frente, por encima de un ojo. Cuando pasamos por allí, volví la cabeza para mirar al poste casi esperando ver algo especial en él: quizás estuviese blanqueado el suelo alrededor o alguna otra indicación de lo que yo había pasado por allí. Desde luego, nada de eso había, pero me invadió una frialdad inhumana, se me apretó el estómago, y pasamos de largo. La carretera se dividía en dos caminos y ya íbamos por el campo.

El cambio no fue gradual. Podíamos haber detenido el coche en el punto exacto donde terminaban los suburbios y empezaba el Sur. Me hubiera gustado haberlo hecho para ver qué sentido tenía. Había un motel y luego un campo de hierbajos y, a ambos lados, la Clobber Girl salió de su escondite saltando hasta los costados de los graneros; 666 y Black Draught empezaron a dar vueltas y Jesús comenzó a salvar. Seguimos avanzando con la canoa invertida frente a la larga serie de medicinas y propaganda religiosa. De ese desfile, viendo tantos anuncios, podía uno pensar que el Sur no hacía más que dosificarse y entonar canciones evangélicas. Se creería que los intestinos del sureño están siempre ocluidos, que no fluyen los procesos naturales en su interior, sino que necesita un purgante tras otro.

Nos detuvimos en una pequeña población llamada Seluca y desayunamos en un restaurante llamado «La Abeja Atareada». Fue estupendo el desayuno de huevos, mucha mantequilla, bizcochos y compota. Se me hinchó la barriga y la notaba contra el terso nylon que llevaba. El sol se me escurría por la cara hasta el centro de ella. Apenas recuerdo cuándo puso en marcha Lewis el coche, pero sí que pensé en Martha y Dean, precisamente cuando arrancábamos, diciéndome que eran míos y que siempre sería yo bienvenido en aquella casa.

Me hallaba abotargado y en un automóvil, que es una especie de sueño que no se parece a ningún otro, y oía a Lewis diciendo algo que entraba y salía en mi consciencia. Más tarde le pedí que me lo repitiera:

—... y allí estaba en la Zona Montañosa Nacional de Caza en Hierba y Pesca, tras las truchas. Tampoco está eso muy lejos de adónde vamos. Malos caminos, pero, por Dios Todopoderoso, la pequeña parte del río que yo he visto te impresionaría mucho. La última vez que estuve por allí les pregunté a un par de guardabosques, pero ninguno de ellos sabía nada. Decían que no habían estado allá arriba, y la manera cómo decían «allá arriba» sonaba a que era un sitio al que no se podía ir fácilmente. Probablemente sea difícil, pero eso mismo lo hace bueno. Por lo que vi, el río es bravo, pero no demasiado si se llega al sur de Oree. Pero no tengo idea de cómo será más allá. Lo primero que haremos ha de ser buscar un sitio para acampar. Oree no nos conviene, y lo más probable será que debamos pasar al otro lado para instalarnos. De todos modos, quizá nos conviniera comprar más provisiones en Oree.

Mis ojos se abrían y cerraban, neblinosos, sin ver; recibían imágenes, pero sin la intensidad suficiente para recordarlas. El mundo era una especie de realidad coloreada con objetos. Luego, una de las veces en que mis párpados se me levantaron involuntariamente, miré hacia adelante con el cerebro dormido, pero con los ojos muy abiertos. Salíamos por el extremo de un pequeño pueblo pasando hacia la derecha por las grisáceas matas que siempre crecen cerca de las carreteras meridionales. Allá arriba, la carretera pasaba entre dos montes alineada con ellos, había una alta montaña, ancha y azul, con color de concentrado humo de madera. Se hallaban otras más lejos, hacia atrás, como retrocediendo a izquierda y derecha.

—Es divertido —dijo Lewis.

Me incliné hacia él para escucharle mejor:

—¿Qué?

—Que es divertido aquello —dijo—. Todo es diferente. Quiero decir la manera de tomar la vida, los términos en que la toma uno.

—¿Qué sé yo de eso? —dije.

—Lo malo es —insistió— que no sólo nada sabes de ello, sino que no quieres enterarte.

—¿Por qué voy a saberlo?

—Porque, por amor de Dios, en los montes puede haber algo de importancia. ¿Sabes qué?

—No, no sé nada. No me importa ir contigo bajo unas cuantas cataratas, y beber un poquito de whisky en un campamento. Aunque esos montes me importan un comino.

—Pero no sabes —dijo, y su quietud me hizo escuchar, con la reserva que más valdría mereciera la pena si le daba tanta importancia— que en esos montes hay canciones que los coleccionistas nunca han recogido con sus magnetófonos, he visto una familia con dulcemele, un salterio.

—¿Y qué prueba eso?

—Quizá nada, quizá muchísimo.

—Eso se lo dejo a Drew, le interesará —dijo—. Pero, ¿sabes una cosa, Lewis? Si esos montañeros, los de las canciones folklóricas y los dulcémeles, salen de los montes y nos llevan a todos hacia un nuevo cielo y una tierra nueva, a mí me da igual. Soy un hombre al día. Y no creo que nunca haya sido algo más. No soy un gran director artístico. Ni un gran arquero. Lo que más me interesa es patinar. ¿Sabes lo que es patinar?

—No. ¿Es que quieres que lo adivine?

—Te lo diré. Esquiar es vivir la antifricción. O, mejor, vivir *por* antifricción. Es hallar una cosa modesta que hacer y luego engrasar aquello. Por ambos lados. Es de lo más cómodo.

—No crees en la locura, ¿eh?

—No, en absoluto. Esas cosas no son para tomarlas a broma.

—Así, lo que haces...

—Lo que uno hace es dejarse llevar. Lo que se hace es conseguir lo que se debe hacer. Y pocas veces, fíjate que digo *pocas veces*, es tomarlo a broma.

—Ya veremos —dijo Lewis, mirándome como si me hubiese convencido—. Ya veremos. Has tenido frente a ti todo ese mobiliario de oficina, mesas de despacho, librerías y archivos y lo demás. Has sido prudente. Pero cuando ese río esté por debajo de ti, todo eso cambiará. Nada de lo que hagas como vicepresidente de Emerson-Gentry va a cambiar nada, cuando el agua empieza a producir espuma. Entonces, no será lo que tu título dice que haces, sino lo que acabarás haciendo. Sabes: *haciendo*.

Luego esperó y me desperté del todo, ya que antes no lo estaba.

—Ya sé —dijo—, crees que soy un fanático narcisista. Pero no lo soy.

—Yo no lo diría exactamente así —aclaré.

—Lo que yo creo —dijo— es que todo el asunto va a limitarse al cuerpo humano de una vez por todas. Quiero estar preparado.

—¿Qué es todo el asunto?

—El de la raza humana. Creo que las máquinas van a fallar y unos cuantos se refugiarán en las montañas y empezarán de nuevo.

Le miré. Vivía en los suburbios, como el resto de nosotros. Tenía dinero, una esposa guapa y tres niños. No podía creer yo que Lewis llegase cada tarde de aplacar a sus caseros y se dedicase solemnemente al asunto de la supervivencia, en lo que se refería a su cuerpo. ¿Qué clase de fantasía le llevaba a aquello?, me preguntaba a mí mismo. ¿Acaso tenía largos sueños de holocausto atómico en que había de salir, con su familia, de entre los restos de gente menos fuerte y dirigirse entonces a aquellos montes azules a los que nos acercábamos?

—Llegué a construir un refugio antiaéreo —dijo—. Te llevaré allí alguna vez. Tenemos puertas dobles y reservas de caldo y de carne de buey en conserva para un

par de años por lo menos. Tenemos juegos para los chicos, un tocadiscos y una buena colección de discos, y toda una serie de discos sobre cómo tocar el tocadiscos y formar un grupo familiar de aficionados. Pero bajé allí un día y me estuve un rato sentado. Decidí que la supervivencia no estaba en los remaches ni en el metal, no en las puertas de seguridad dobles ni en las piezas de mármol del ajedrez chino. Estaba en mí. Era para el hombre y dependía de lo que éste pudiera hacer. El cuerpo es lo único que no se puede falsificar; tiene que estar allí, sencillamente.

—Suponte que hubiese mucha lluvia atómica y no hubiera modo de respirar. Supón que la radiación no respetase tu físico.

—En tal caso, querido —dijo—, estaría preparado para lo peor. Pero si se trata de una situación en la que yo pueda operar, no quiero evadirme. Ya me conoces de sobra, Ed. Sabes que vendría a esos montes y creo que me las arreglaría donde muchos otros no podrían.

—¿Estás dispuesto, no?

—Creo que sí —dijo—. Tengo la seguridad de estarlo, psicológicamente. A veces tengo la impresión de que no puedo esperar. La vida está ahora tan mal, y tan complicada, que no me importaría se redujese a la mera supervivencia y a quienes estuvieran dispuestos a sobrevivir. Puedes decir que me obsesiona la locura de la supervivencia, la auténtica chifladura. Y a decir verdad, no creo que la mayoría de la gente la sienta. Podrían llorar y arrancarse los pelos y estar dispuestos para una u otra violencia histérica, pero creo que casi todos ellos no querrían ser demasiado desgraciados dándose por vencidos y acabando de una vez.

—¿Eso se te ha ocurrido a ti solo? ¿Lo sabe tu mujer?

—Claro que sí. Lo del refugio le interesó mucho. Ahora está aprendiendo cocina al aire libre. Y se le da muy bien. Incluso habla de llevarse sus pinturas y crear una nueva clase de arte donde las cosas se redujeran a lo esencial y que no hubiera ya todo ese frufurú artístico.

Tuve la seguridad de que había hablado demasiado de ello con su mujer y quizá con otras pocas personas, pero que nunca trataron en serio del asunto.

—¿Adónde irías? —me preguntó—. ¿Adónde irías cuando las radios se callasen? ¿Cuando no hubiese ya nadie para decirte adónde ir?

—Pues —le dije—, probablemente iría directamente hacia el Sur, donde el clima estuviese mejor. Trataría de llegar a la costa de Florida, donde habría alguna pesca, aunque no quedase nada más que comer.

Señaló hacia arriba, donde los montes se movían de un lado de la carretera al otro y se hacían más sólidos.

—Ahí es donde yo iría —dijo—. Precisamente adonde vamos. Allí se podría hacer algo. Sí, podría uno hacer algo y no tener que edificar sobre arena.

—¿Qué podrías hacer?

—Si no se moría todo, podrías hacerte una clase de vida que no estuviese fuera de contacto con todo, con las otras formas de vida. Ahí las estaciones significarían algo,

lo significarían todo. Podrías cazar lo que necesitaras, y quizás hacer algo de granja y salir adelante. Morirías pronto y sufrirías, y también padecerían tus hijos, pero estarías en contacto.

—No sé —dije—. Si quisieras, podrías irte a los montes y vivir allí desde ahora. Tendrías las mismas condiciones que dices. Cazarías, cultivarías una granja. Sufrirías ya desde ahora igual que si hubieran arrojado la bomba. Incluso podrías empezar una colonia. ¿Crees que a Carolyn le gustaría esa vida?

—No es lo mismo —replicó Lewis—. ¿No comprendes? Sería una excentricidad. La supervivencia depende... en fin, depende de que *tenga* uno que sobrevivir. La clase de vida de que te estoy hablando depende de que sea la última oportunidad. La última de todas.

—Espero que no la tengas —dije—. Es un precio demasiado grande que pagar.

—No es demasiado grande —insistió Lewis, pero me di cuenta de que parte de la conversación había terminado.

—¿Cómo es la vida ahora allá arriba? —pregunté—. Quiero decir, antes de irte a las montañas e instalar en ellas el Reino de la Sensibilidad.

—Probablemente no muy distinta de lo que podría ser entonces —dijo—. Algo de caza, mucho atornillar y un poco de cultivo. Algo de fabricación de whisky. Hay mucha música; sale de los árboles. Todos tocan algún instrumento: la guitarra, el banjo, la autoarpa, las cucharillas, el dulcemele (o el *dulcimore*, como le llaman). Me llevaré una decepción si Drew no oye alguno de ellos mientras está aquí. Es buena gente, Ed. Pero son muy suyos, están muy aferrados a sus cosas. Harán lo que se les antoje, pase lo que pase. Todas las familias que he conocido por allá arriba tienen por lo menos un pariente en la penitenciaría. Algunos de ellos por hacer licor o traficar con él, pero la mayoría por asesinato. Aquí no lo piensan mucho antes de matar a alguien. De verdad que no. Pero te dejarán tranquilo si haces lo mismo y si a alguno de ellos le caes simpático hará lo que sea por ti. Y también su familia. Te contaré algo que pasó hace dos años.

—Muy bien.

—Shad Mackey y yo recorriamos Blackwell Creek. Era una caleta baja y aquello resultaba aburrido. No hacíamos más que remar y el calor era infernal. Shad dijo que él prefería coger el arco y cazar conejos por la orilla río abajo. Desembarcó y quedamos en encontrarnos donde la caleta se funde con el río Cahula, más abajo de adonde vamos. Entró en el bosque de la orilla este y yo seguí caleta abajo. Recuerdo que aquel día vi bebiendo a un gato montés.

»De todos modos seguí hasta el río, saqué la canoa a la orilla y me tendí en una roca para esperar a Shad. Nada sucedió. No dejaba yo de escuchar, pero aparte de los ruidos normales de los bosques, nada oí. Empezó a oscurecer y no me hacía gracia estar allí. No me hallaba *preparado*. No tenía qué comer. No llevaba un arco, como un tonto. De cuanto disponía era de una navajita de bolsillo y de un rollo de cuerda. Sólo eso.

—Deberías haber considerado tu situación como un desafío a tus posibilidades, Lewis —le dije, sin poderme contener.

No le molestaba que le dijera una cosa así; sabía que no podía influir en su ánimo.

—No era un buen desafío —se limitó a decirme, y en seguida prosiguió:

—De todos modos, estaba tendido en una gran roca y el frío empezaba a calarme los huesos. Casualmente miré en torno y allí estaba de pie un tipo mirándome. «¿Qué quieres por aquí, muchacho?», me dijo. Era muy delgado, llevaba unos pantalones de «mono» y una camisa blanca con las mangas enrolladas hasta el codo. Le dije que iba río abajo con otro joven, Shad, y que estaba esperando que volviera. No le fue fácil creerme, pero gradualmente entramos en conversación. Por supuesto, tenía un poco de tierra por allí cerca. Él y su chico la trabajaban. Me llevó a un cuarto de milla del río. Su chico encendía un fuego. Nos sentamos y charlamos. «Me dijo usted que alguien amigo suyo iba por ahí cazando con un arco y flechas. ¿Sabe lo que hay por ahí arriba?», me preguntó. «No», le respondí. «Pues es peor que pasar una noche en la cárcel en Georgia del Sur —dijo—. Y sé de lo que estoy hablando. ¿Tiene usted idea de por dónde andará?». Le dije que no. «Iba en esa dirección la última vez que le vi».

Me entraron ganas de reír. A pesar de todo su fanatismo por la preparación, Lewis se metía siempre, y también a los demás, en situaciones como aquella. Y esperaba yo que aquél no hubiera sido uno de esos casos.

—¿Qué ocurrió entonces? —le pregunté.

—La lumbre ardía muy bien. Las sombras saltaban. El tipo se puso en pie, y acercándose a su chico, que tendría unos quince años, le habló un rato y luego vino hacia mí, sólo a media distancia, para volverse de nuevo al muchacho y le habló otra vez: «Hijo, ve a encontrar a ese hombre». Los pelillos del cuello se me erizaron. El muchacho nada dijo. Cogió una linterna eléctrica y un viejo fusil del veintidós de un solo tiro. Cogió de una caja un puñado de balas y se las metió en un bolsillo. Llamó a su perro y luego, sencillamente, se alejó.

—¿Así? ¿Se fue sin decir más?

—Fue adonde yo había indicado. Eso era lo único que tenía como información. Eso y su padre. A ello me refería. No me importa hasta qué punto estés de acuerdo conmigo. Lo sé: puede uno *fiarse*. Llevan la clase de vida que lo *garantiza*. Aquel hombre no le mandaba a su hijo que hiciera algo contra su voluntad. El muchacho sabía lo que debía hacer. Se alejó en la oscuridad.

—¿Y qué?

—Que somos hombres de menos calidad, Ed. Lo siento, pero lo somos. ¿Crees que tu Dean hará algo semejante cuando tenga quince años? Ante todo, no tendrá que hacerlo. Pero si tuviera, no podría hacerlo, no podría ser aquel chico andando en la oscuridad con su perro.

—Podía haberse matado. Y quizás el padre fuera un insensato, de todos modos —

dije.

—Quizá lo fuese, pero el padre no lo creía —dijo Lewis—. Esas cosas son tan duras para los padres como para los hijos. Si ambos lo reconocen, sale bien. ¿Sabes?

No estaba muy conforme, aunque no lo dije.

—¿Tiene algún final esa historia?

—Sí —dijo Lewis—. A eso de las dos de la madrugada, cuando el fuego estaba ya casi apagado y yo me recostaba en un árbol durmiendo, volvió el chico con Shad. Éste se había partido la pierna y estaba entre los arbustos esforzándose en la oscuridad cuando el muchacho lo encontró y lo trajo. Sabe Dios cómo se las arreglaría.

—¿Y si no hubiera hecho algo por él?

—No habría habido diferencia —dijo Lewis—. Fue e intentó hacer algo. No tenía obligación. O más bien sí la tenía. Pero de todos modos, fue y Shad lo habría pasado muy mal sin su ayuda.

—Vi a Shad en una ocasión mejor el mes pasado. Una reunión de negocios —dije—. Puede ser amigo tuyo, pero no creo que se salvase tanto allá arriba en el bosque cuando lo salvaron a él.

—Eso es muy inhumano por tu parte, Ed.

—Claro que lo es —dije—. ¿Y qué?

—No, si estoy de acuerdo contigo —dijo pasados unos momentos—. No es buena persona. Bebe demasiado y de una manera que no le sirve para crear. Habla más de la cuenta. No se entrega bastante, ni en el río, ni en su negocio, ni, estoy casi seguro, en la cama con su mujer ni con nadie más. Pero no es ésa la cuestión. Es él quien tiene que formar su propia vida y sus propios valores. El chico fue al bosque y lo sacó de allí por los *valores de Shad*. Y su viejo y el modo de vida de su viejo, siendo éste y el muchacho ignorantes y muy supersticiosos, de sangre derramada, licor, fantasmas y muertes prematuras, fueron la causa de ello. Admiro esa vida y admiro los hombres que forma y que la hacen, y si no ves por qué, vete a hacer puñetas.

—OK —le dije—, me iré. Pero seguiré estando con la ciudad.

—Estoy seguro de que sí —dijo Lewis—. Aunque tendrás dudas.

—Quizá, pero no me fastidiarán.

—Eso es lo malo. La ciudad te ha llevado adonde vives.

—Desde luego. Pero también a ti, Lewis. Me molesta mucho decir esto, pero pasas mucho tiempo con juegos. También yo puedo jugar, como a ser un director artístico. Pero pongo mi vida y las vidas de los míos en el asunto. Tengo que hacerlo, y lo hago. No sueño con una nueva sociedad. Me atenderé a lo que tenemos. No leo libros ni tengo teorías. ¿De qué me serviría? Lo que llevas es una vida de fantasía.

—Eso es lo que tenemos todos. Depende de lo fuerte que es la fantasía de cada uno y si realmente (sí, *realmente*) encajas en tu propia mente con tu fantasía. Si es que mides lo que has fantaseado. No sé cómo es la tuya, pero puedo apostar que no estás a la altura de ella.



—La mía es sencilla —dije. Sin embargo, no me refería a las formas que había tomado recientemente ni a la espalda de mi mujer cuando se esforzaba para nosotros.

—Así es la mía, y trabajo para ella. Quizá nunca llegue una situación extrema en que haya que tener el valor de sobrevivir. Probablemente no. Duermo bien de noche. No tengo preocupaciones. Me estoy convirtiendo en mí mismo, por muy inconsecuente que pueda ser eso. No soy algo que me obliguen a ser. Soy lo que he elegido, *lo soy*.

—Puede uno ser muchas otras clases de personas, además de la que tú eres —dije.

—Desde luego. Pero yo soy de «mi clase». Se siente uno acertado, como cuando se suelta la flecha y se tiene la seguridad, cuando la dispara uno, de que se ha hecho todo como es preciso. Sabes adónde va la flecha. No puede ir a un sitio distinto.

—Vaya —dije—. Lewis, te pierdes de vista.

—Quién sabe —dijo—. Pero creo en la supervivencia. De todas clases. Cada vez que vengo aquí, creo más en ella. Sabes, con tantos de los que llamamos adelantos modernos, aún puede un hombre hundirse. Se le puede romper una pierna, como a Shad Mackey. Puede quedarse en los bosques mientras se le hace de noche, sabiendo que tiene dos coches en el garaje, uno de ellos un XKE, y una esposa y tres niños contemplando «La conquista del espacio» mientras él yace intentando recobrar el aliento bajo un arbusto. El viejo cuerpo del hombre es el mismo que siempre fue. Aún siente aquel antiguo miedo, y el dolor de antes. La última vez que estuve por aquí...

—Claro, aquella pierna rota, ¿te acordarás, verdad, compañero?

—Ya, ya —dijo—. Me la partí del modo más tonto, por ahí arriba, yo mismo. Había un arroyo de truchas donde yo quería pescar, y era difícil llegar a él. Cogí treinta pies de cuerda, bajé hasta la caleta y pesqué... en fin, *pesqué*. Fue una de las mejores tardes que he pasado con hombre, mujer o animal. Iba subiendo de regreso cuando la cuerda me fue haciendo un daño espantoso en la mano derecha, aflojé esa mano, traté de sujetármela con la cuerda de otra manera y la maldita se me resbaló y me fui cayendo. En verdad, ya me había caído. Me di contra una pierna y oí que algo se me soltaba en el tobillo derecho. Me costó muchísimo salir del fondo de la caleta y cuando quise ponerme en pie, supe que estaba fastidiado.

—¿Cómo saliste?

—Subí por la cuerda, mano a mano, y luego empecé a cojear y arrastrarme. Y más te valdrá no tener nunca que cruzar un bosque con una pierna. Me iba sujetando a cada árbol como si fuera mi hermano.

Quizá lo fuera.

—No —dijo Lewis—. Pero por fin salí de allí. Lo demás, ya lo sabes.

—Sí. Y ahora vuelves.

—Ya lo ves. Pero, ¿sabes una cosa, Ed? Aquella intensidad... bueno, es algo especial. Fue una gran excursión a pesar del tobillo roto. La noche antes me había hablado el viejo Tom McCaskill. Mereció la pena.

—¿Quién es ése?

—Voy a decírtelo. Vienes aquí a acampar en el bosque, en algunos sitios de la orilla o entre la maleza, cazando o haciendo cualquier otra cosa y en plena noche oyes el grito más horrible que pueda salir de una boca humana. No hay explicación para eso. Lo oyes y ya está. A veces es sólo un breve grito, y otras se prolonga un rato.

—Pero, ¿a qué te refieres, por amor de Dios?

—Hay allí un viejo tipo que se toma cada par de semanas un jarro y se va por el bosque de noche. Me dicen que no tiene idea de adónde va. Se va por la carretera y sigue hasta que ya no puede seguir. Entonces enciende una fogata y se sienta con el jarro. Cuando se emborracha lo bastante, empieza a gritar. Ese es el resultado de sus borracheras. Como suele decirse, no empines el codo si no estás acostumbrado. ¿Te has emborrachado tú así?

—No, pero quizás en esta excursión lo haga. Dudo de que vuelva a tener otra oportunidad. Quizá ni siquiera haya que ir río abajo. Quizá vayamos por el interior, bebamos y chillemos. Y Drew podría tocar la guitarra. Apuesto a que no tardará en hacerlo.

—Bueno, pues yo no me emborracharía. ¿Y tú?

—Más vale que no lo hagas si no lo has intentado —dije—. Pero tampoco yo lo haré. Lo que espero es poder ir por el río. Estoy tan imbuido por tu mística del río que tengo la seguridad de experimentar algún fantástico cambio en cuanto hunda el remo en el agua la primera vez.

—Más vale que esperes, compañero —dijo—. Ya verás cómo querrás volver. Es una gran realidad.

Miré las azules formas de las montañas, que se hacían menos transparentes y como envueltas en lluvia, y mudaban sus posiciones, trasladándose de un lado a otro de la carretera, volviendo, centrándose en nuestro camino y luego resbalando otra vez fuera de la carretera, pero haciéndose más fuertes sin cesar. Cruzamos una zona de matorrales y luego un amplio campo lleno que se extendía ante nosotros millas y millas, yendo directamente hasta la sierra, que se abultaba y que ahora se iba convirtiendo, una milla tras otra, de azul en verdioro, el color de billones de hojas de árboles de madera dura.

Hacia el mediodía entramos entre aquéllas, aún en la carretera general. En un cruce tomamos por una carretera alquitranada del Estado, y de ella fuimos por una resquebrajada de cemento y a trozos con hierba, una antigua —de los años treinta, diría yo—, y de ella pasamos a otra de hormigón llena de bultos y baches, que no merecía la pena conservar ya.

Aún quedaban unas cuarenta millas para llegar a Oree. Teníamos que ir allí para hacer que dos hombres condujeran los coches de vuelta a Aintro, y luego ir río abajo y hallar un buen sitio para acampar. Si era posible, también queríamos comprar algunas provisiones más. Teníamos tiempo, pero no podíamos desperdiciarlo. Lewis

se apresuró; una mala carretera siempre le incitaba a correr más. La canoa brincaba y rasgaba encima de nosotros.

Ya íbamos entre los árboles, muchísimos. Yo podría haberlo dicho cerrando los ojos; podía oírlos silbar, luego abrirse un espacio y volver a sisear. Me sorprendía el mucho colorido que tenían. Había pensado que el pino era el único árbol del Estado, pero ya vi que no. No tenía idea de qué árboles eran, pero veía que eran hermosos, flameantes y variando de color casi al mirarlos. Empezaban a cambiar y la llama no era aún muy intensa. Pero la transformación comenzaba.

—Mira los árboles —dijo Lew—. He estado aquí en abril, cuando puede verse el cambio más sorprendente en ellos.

—Ya parecen bastante sorprendentes —dije—. ¿Qué quieres decir?

—¿Has oído hablar de la larva de la mariposa del tilo?

—Desde luego —dije—. Muchas veces... Para ser sincero, no.

—Todo el año, cuando las larvas son ambiciosas (las larvas son *larvae*) se mira a los árboles y se ve que sucede algo.

—¿Qué?

—Puedes ver entonces un suicidio en masa. Se cuelgan millones de ellas.

—¿Es eso otro engaño?

—No, compañero. Se cuelgan de hilos. Adonde quiera que mires las verás retorciéndose en los extremos de los hilos como hombres que no acaban de morir. Algunas de ellas son negras y otras marrones. Y todo está tranquilo. Muy tranquilo. Mientras ellas siguen allí retorciéndose. Pero también hay malas noticias respecto a ellas: se comen las hojas. El Gobierno trata de librarse de ellas.

Hacía calor ese día. Todo estaba verde y por entre lo verde se veía ese color sutil dorado que daña a la vista. Pasamos por Whitepath y Pelham, pueblos más pequeños que los otros, Pelham más pequeño que Whitepath, y luego empezamos a subir por curvas. Los bosques eran densos por entre las poblaciones y las cercaban.

—Mira si hay venados —dijo Lewis—. Cuando no hay mucha comida, bajan a los sembrados y por las carreteras.

Miré, pero no vi a ninguno, aunque en una curva de la carretera me pareció ver algo que saltaba hacia el bosque a la derecha. Pero las matas por donde me había parecido verlo entrar, no se movían, de modo que probablemente era mi imaginación.

Por fin llegamos a Oree. Era sin duda el centro del condado, pues tenía un edificio blanqueado del que era parte la cárcel, y un anticuado coche de bomberos aparcado a un lado. Fuimos a una estación de Texaco y preguntamos si había por allí alguien que quisiera ganarse algún dinero. Cuando Lewis paró el motor, se pobló y animó el aire con insectos, incluso en el centro del pueblo, una especie de «silencio ruidoso» que lo llenaba todo. Un viejo con un sombrero de paja y una camisa de trabajo se asomó por la ventanilla de Lewis y le habló. Parecía un típico palurdo de alguna película de inadecuado reparto, un actor con demasiado carácter para ser auténtico. Me pregunté en qué consistiría lo que había intrigado tanto a Lewis; todo en Oree estaba dormido

y era feo; y ante todo, falto de consecuencia. Nadie que valiera un comino podría salir de semejante sitio. Nada era, como la mayoría de los sitios y de las gentes nada son. Lewis le preguntó a aquel tipo si él y alguien más podían conducir nuestros coches hasta Ainty por veinte dólares.

—¿Es que se necesitan dos para conducir esto? —preguntó el hombre.

—Nos harían falta cuatro —dijo Lewis, y no explicó más. Sencillamente, siguió sentado en el automóvil esperando. Miré la proa de la canoa, y asomaba por arriba, hacia nosotros, un bichero.

Pasado un minuto largo, Drew y Bobby llegaron con el otro auto junto a nosotros.

—¿Comprende ahora lo que quería decir? —dijo Lewis.

Los otros dos se apearon y se acercaron. El viejo se volvió como si lo estuvieran rodeando. Sus movimientos eran de gran lentitud, como los de alguien que hubiera perdido sus energías por una causa distinta a la edad avanzada. Era humillante estar allí en torno a él, sobre todo con el enorme e hinchado bíceps de Lewis mostrando el relieve de sus venas al sol, cuando asomaba casualmente por la ventanilla del coche. Por el rabillo del ojo vi temblar las manchadas manos del viejo como si lo estuviera haciendo a propósito. Siempre hay algo que va mal en la gente campesina, pensé. En las relativamente pocas veces que estuve en el Sur rural, me había sorprendido el número de dedos que les faltaban a los habitantes. Así, por encima, llegué a contar veinte, por lo menos, con esas mutilaciones. También había varias personas con otras diversas clases de lisiaduras o retorcimientos, y algunos ciegos, o tuertos. Quizá por falta de tratamiento médico adecuado. Pero había algo más. Pensaría uno que la agricultura era una vida sana, con aire puro, buenos alimentos y mucho ejercicio, pero nunca vi a un granjero que no tuviese algo mal, y la mayoría de las veces claramente mal. Nunca vi, por otra parte, a uno de esos campesinos que fuera físicamente muy fuerte. Desde luego, ninguno de ellos era como Lewis. Trabajar con las manos debe de ser peligrosísimo, con tanto aire puro y sol, me dije; así, cogerse un brazo en un tractor en medio de un campo donde nada ocurría, aparte de que el sol entraba con abrasadora intensidad en la boca abierta pidiendo socorro. Y tantas mordeduras de serpientes en los bosques cuando se tropezaba uno con un madero podrido; tantos animales domésticos que pronto se volvían contra uno y le aplastaban contra el astillado lado de un establo. No se me apetecía en absoluto esa vida y nada me atraía hallarme cerca de donde ocurrían esas cosas. Pero allí estaba yo, y no tenía manera de escapar, excepto por el agua, del país de la gente de nueve dedos.

Miré a los bosques, y con el rabillo del ojo a mi arco. Esta excursión sería, desde luego, la más lejana que hubiera hecho en los bosques. Habría más animales de cuantos habían estado cerca de mí, y serían más salvajes. Lewis dijo que creía había incluso algunos osos y cerdos salvajes en las montañas, aunque aclaró que estos últimos más bien parecían cerdos corrientes que se hubieran escapado. Pero añadió que cambian pronto, les sale pelo por el cogote y se les alarga el hocico. A los seis o siete años no se les puede diferenciar de los de Rusia, excepto quizá por una

hendidura en la oreja y un anillo en la nariz. Sabía yo que no tendríamos muchas ocasiones de tropezarnos con un oso ni un cerdo salvaje; eso era novelesco. Mas para mí ir de caza era también como una historia novelesca. La muerte de un auténtico venado a mis manos era sólo una remota y vaporosa presencia que se cernía sobre el venado de papel en un blanco a cuarenta y cinco yardas de distancia, en el blanco seis de nuestro tiro con arco cuando yo trataba de darle a la parte corazón-pulmón señalada en negro bien visible.

—Hombre, me gusta cómo lleva usted ese sombrero —le dijo Bobby al viejo.

El hombre se quitó el sombrero y lo miró atentamente; nada había en él que llamase la atención, pero cuando lo tenía puesto adoptaba la curiosa y llamativa postura ladeada que sólo se encuentra en el Sur. Volvió a colocárselo, pero inclinándolo al otro lado, aunque con el mismo ladeo.

—Usted no sabe nada —le dijo a Bobby.

Drew intervino:

—¿Puede usted informarnos de la tierra de por aquí alrededor? Quiero decir: suponga que nos propusiéramos bajar por el río a Aintry. ¿Podríamos hacerlo?

El hombre dejó de prestarle atención a Bobby y lo hizo de modo tan definitivo que me hizo mirar a Bobby por si había desaparecido como resultado de ese desprecio. Bobby sonreía con esa clase de sonrisa que podía venir o no antes de una observación mezquina.

—Pues —dijo el viejo— es muy rocoso. Cuando llueve se levanta, pero no sube sobre las orillas, por lo menos en la mayoría de los sitios. No hay peligro de que se inunde el valle. Lo más lejos que he estado ha sido en Walker's Point, a unas quince millas, donde la tierra empieza a estar muy alta. Con la sequía el río se pierde de vista. Entonces hay que subir mucho por las rocas para verlo. Y dicen que hay otra garganta muy grande al sur, pero nunca he estado allí.

—¿Cree usted que podremos bajar por el río? —preguntó Drew.

—¿En qué?

—En esas dos canoas.

—No querría yo intentarlo —dijo, y se irguió mucho—. Si llueve, lo pasarán ustedes muy mal. El agua sube por esos muros de roca como un mono.

—¡Qué diablos! —exclamó Lewis—. No va a llover. Mire hacia allá. —Miré yo. Estaba despejado el cielo, azul y con un temblor algo neblinoso pero sin nubes. Parecía estar muy bien, si seguía así.

—Si llueve, encontraremos un buen sitio y nos protegeremos al acampar —dijo Lewis—. Ya lo he hecho antes.

—Lo pasarán ustedes mal si bajan por esa garganta.

—Ya nos las arreglaremos.

—Muy bien —dijo el viejo—. Me han preguntado ustedes. Yo he contestado.

Drew y Bobby se volvieron para dirigirse al Olds y el hombre de la Texaco echó a andar junto a Drew. Le oí preguntar: «¿De quién es esa guitarra?». Luego anduvo a

toda prisa, como un perro que marchase sólo con las patas delanteras, hasta la gasolinera.

—Lonnie —gritó—, ven aquí.

Volvió y detrás de él iba un muchacho albino con ojos rojizos como un conejo blanco. Con uno de ellos miraba en un ángulo complicado y furioso. Era el ojo con que nos miraba mientras dirigía la cara en otra dirección. Su ojo sano miraba fijamente algo que no estaba allí, sino en algún sitio del polvo de la carretera.

—Coge tu banjo —le dijo el viejo, y luego, a Drew—: Vamos, toque algo.

Drew hizo una mueca, bajó el cristal de la ventanilla trasera del vehículo, sacó su gran Martin, resquebrajado, y se puso las púas en los dedos. Volvió junto al Olds y apoyó un pie en el estribo con esa pierna doblada para sostener la guitarra. Fue entonándose un minuto y, mientras, volvió Lonnie con un banjo de cinco cuerdas envuelto con trapos y unas bandas de goma.

—Lonnie no sabe del banjo más que de oído —aclaró el viejo—. Nunca ha ido a una Academia de música. Cuando era pequeño se sentaba en el patio y llevaba el compás en una lata de tocino con un palo.

—¿Qué vamos a tocar, Lonnie? —le preguntó Drew, y se le habían empañado las gafas con lo bien que lo estaba pasando.

Lonnie, de pie, sostenía su banjo, apartando sus dos ojos de nosotros. Se le apartaban y quedábamos en el punto ciego.

—Cualquier cosa —dijo el viejo—. Toquen lo que sea.

Drew comenzó con *Wildwood Flower*, en un tempo medio. Lonnie le quitó a su banjo la envoltura y Drew empezó a elevar el tono; el «Martin» resonaba en la polvorienta gasolinera. Nunca le había oído tocar tan bien y me puse a escucharle con gran interés, conmovido como todo aquel que no entiende de música se emociona cuando se da cuenta de que se interpreta música en serio. Después de un ratito parecía como si Drew estuviese añadiendo otra clase de sonido a cada nota que tocaba, algo así como un eco de la melodía y muy pronto comprendí que era el banjo, tocado tan suavemente y tan bien que sonaba como por la propia digitación de éste. No podía ver la cara de Drew, pero su cuello, incluso por detrás, revelaba lo bien que lo estaba pasando. Dejó la melodía y se dedicó al ritmo. Lonnie lo cogió en seguida. No daba énfasis a nada, pero de todo lo que tocaba surgía una encantadora fluencia musical que parecía interminable. Sus manos, llenas de arañazos, daban un excelente ritmo; sus dedos se movían como los de un buen mecanógrafo; aquello era lo que se dice verdadera música. Drew cambió otra vez de clave y terminaron juntos. Durante los dos últimos minutos de la canción, Drew abandonó su puesto apoyado con un pie en el estribo del auto y se puso junto a Lonnie. Colocaron juntos los instrumentos y se inclinaron el uno hacia el otro en la pose que se ve en los grupos vocales en los programas de TV y había algo raro y respetable en aquella actitud en que los vi, el alocado chico de pueblo y el respetable ciudadano de cara grande, personaje menor de la vida de una ciudad. Me alegré por Drew de que hubiésemos ido allí. Sólo con

aquel incidente se consideraría satisfecho.

—*Goddamm* —exclamó al terminar.

—Ven, Drew —le dijo Lewis—. Deja eso. Tenemos que ir a por el agua.

—Podría tocar música con ese chico todo el día —dijo Drew—. ¿Por qué no esperas un minuto? Me gustaría saber su nombre y dirección.

Se volvió hacia Lonnie y en seguida al viejo; supongo temía que Lonnie no supiera cómo se llamaba ni dónde vivía. Anduvieron juntos unos pasos, casi fuera del área del pequeño edificio de la gasolinera, y hablaban. Entonces Drew le entregó el Martin al viejo, sacó un lápiz y su cartera de un bolsillo y escribió cuidadosamente lo que le dijo el hombre. Un momento tocó en el hombro a Drew. Volvió éste junto a nosotros y el viejo y Lonnie entraron en la gasolinera.

—¿Sabéis? —nos dijo Drew a todos nosotros—. Me gustaría volver aquí sólo para oír más música. Yo creía que todos los auténticos entendidos campesinos se habían ido a Nashville desde hace mucho tiempo.

—¿Y qué hay del río? —preguntó Lewis.

—Me ha dicho el viejo que no se puede uno embarcar aquí. Está demasiado pendiente el acceso. Pero a ocho o diez millas al norte el terreno es llano en la orilla. Podríamos encontrar un camino por los bosques. Hubo por ahí una operación maderera hace unos cuantos años y cree que habrá todavía caminos para bajar al río o cerca de éste.

—¿Y de los conductores?

—Aquí no sabe de nadie, pero hay dos hermanos que tienen un garaje por donde tendremos que pasar y podrían encargarse de ello.

Salimos del pueblo. Estaba éste más alto de lo que yo creía. Cruzamos un puente, y el río pasaba formando remolinos en los soportes. Era verde, pacífico, lento, y me pareció muy estrecho. No daba la impresión de profundo ni de peligroso, sólo pintoresco. Era difícil imaginarse que pudiera pasar por bosques, que los animales bebieran en sus aguas, o que pudiera ser embalsado más adelante y se convirtiera en un lago.

A media milla al norte del pueblo nos detuvimos. Lewis creía que sería una buena idea que Drew y Bobby comprasen provisiones mientras él y yo arreglábamos lo del regreso de los vehículos. Podíamos ya ver el garaje de los hermanos Griner desde donde estábamos, y Lewis le dijo a Drew que Bobby y él se reunieran allí con nosotros dentro de media hora. Fuimos hasta el garaje y aparcamos.

Unida al garaje había una casa de madera y llamamos a la puerta de ésta. Nadie respondió. Oíamos el martilleo en el garaje de hojalata galvanizada, pero cuando nos acercamos allí vimos que la entrada frontal estaba cerrada con una gran cadena y un candado. Dimos la vuelta hasta la parte de atrás. La mitad de la doble puerta se hallaba entreabierta. Entramos, Lewis primero. Estaba oscuro, olía a hierro y hacía allí ese gran calor que un sitio cerrado convierte en sudor como si éste hubiera estado esperando en todo el cuerpo para brotar a la señal convenida. Varios yunques por allí,

algunos tumbados, y cadenas colgando, cubiertas de basta y densa grasa. El aire estaba lleno de garfios: había pinchos por todas partes: herramientas, clavos y latas mohosas abiertas. En unos bancos se veían unas baterías, así como en el suelo, luminosas y verdes, y por todas partes, como si viniera del alto techo, la resonancia del rechinante martilleo que parecía proponerse dejarle a uno sordo y hasta ciego. Era raro estar allí, sin que le hubieran visto a uno todavía, padeciendo la aspereza metálica en la semioscuridad.

Fuimos hacia donde martilleaban, y el ruido parecía venir también de fuera del cobertizo, sobre el techo y los laterales de hojalata y en nosotros mismos a la vez, cuando se interrumpió súbitamente. El aire sobre nuestras cabezas pareció cerrarse. Entonces pudimos ver unas cuantas cosas más, aunque estaba más oscuro allí que donde se hallaban los yunques y las baterías. El cubo de lo que parecía la rueda de un camión, estaba sobre una mesa, y una voluminosa figura se inclinaba sobre él. Seguíamos siendo invisibles. Yo estaba a punto de decir algo cuando la figura se enderezó y se volvió.

Sin decir nada y sujetándose una mano con la otra, el hombre pasó entre nosotros y fue hacia la luz que entraba por la puerta entornada. Instintivamente, lo dejé pasar, aunque por un instante creí ver a Lewis avanzar hacia él y se me aceleraron los latidos del corazón, pues no podía comprender lo que pasaba o iba a pasar. El movimiento de Lewis —si es que lo había sido— para cortarle el paso al hombre, pareció tan instintivo por su parte como el mío de apartarme, pero ni siquiera ahora puedo recordar si él avanzó; pudo haber sido sólo un efecto de la perspectiva o la oscuridad. Seguimos al hombre afuera.

Cuando salimos al sol, en la hierba medio crecida y el polvo gris del patio, el hombre estaba de pie con las piernas abiertas y mirándose la mano izquierda, que se había cortado en la fina red entre el pulgar y el índice. Era una criatura enorme, de unas veinte libras más que Lewis, vestido con unos pantalones grandes y una camisa anticuada sin mangas. Sobre su cabeza tenía una gorra de maquinista de tren, y sus botas, bajas, eran del ejército. Sostenía su mano a la altura de su cintura, volviéndola a un lado y luego a otro. Parecía como si su otra mano y su cuerpo todo colaborasen a que su mano herida se sostuviera.

No hay una buena manera de entablar conversación en tales condiciones; todo lo que deseé fue desaparecer para no tener que explicar qué hacía yo allí, pero Lewis se acercó al hombre y le preguntó, muy amablemente para ser él, si podía ayudarlo.

—No —dijo el hombretón, mirándome fijamente a mí en vez de a Lewis—. No ha sido tan malo como creí. Sacó un pañuelo gris de su bolsillo y envolvió en él la mano, apretando el nudo con los dientes.

Lewis esperó hasta que la segunda mitad del nudo estuvo bien apretado y dijo:

—No sé si usted y alguien más, quizá su hermano, podrían conducir para nosotros dos coches a Aintry por veinte dólares. O si quieren utilizar a una tercera persona para llevar un tercer automóvil en el que puedan ustedes volver a Oree, les daríamos



a los tres diez dólares a cada uno.

—¿Llevarlos allí, *para qué*?

—Vamos a emprender una excursión en canoa por el Cahulawassee, y queríamos que nuestros coches estuvieran en Ainty cuando llegemos allí pasado mañana.

—¿Una excursión en *canoa*? —dijo, mirándonos a uno y otro.

—Eso es —asintió Lewis, entrecerrando un poco los ojos—. Una excursión en canoa.

—¿Han estado ustedes alguna vez por allí?

—No —dijo Lewis—. ¿Y usted?

Griner volvió hacia Lewis su pesada cara; los sonidos de los grillos en la hierba en torno al garaje se entrechocaban como escudos y armaduras. Me di cuenta de que el hombre estaba muy ofendido; el propio Lewis me había dicho que a esos montañeros lo peor que podía hacerseles era plantearles lo mismo que ellos querían saber de uno.

—No —tardó en responder Griner—. Nunca he ido por allí mucho. Es que de nada sirve ir. La pesca no es buena.

—¿Y la caza?

—Nunca ha valido. Pero no creo que, si fuera usted, iría allá. ¿Para qué sirve?

—Porque es allí —dijo Lewis, como si quisiera convencerme a mí.

—Muy bien, es allí —dijo Griner—. Si va usted y no puede volver, querrá no haber ido.

Me sentía vacío el pecho, y el corazón me resonaba como hierro. Deseaba regresar; volver a la ciudad y olvidarlo todo. Me reventaba lo que hacíamos.

—Escucha, Lewis —le dije—, al diablo con todo el plan. Volvamos y juguemos al golf.

No me hizo caso alguno.

—Bueno, ¿puede usted hacerlo? —le preguntó a Griner.

—¿Cuánto dijo usted?

—Veinte dólares por dos hombres, treinta por tres.

—Cincuenta —replicó Griner.

—¡Cincuenta, qué ocurrencia! —dijo Lewis.

Dios mío, ¿por qué será así este hombre? Me había entrado mucho miedo y sentía resentimiento contra Lewis por haberme metido en aquella situación. Pues no haber venido, me dije a mí mismo. Pero nunca más. Nunca.

—¿Y si lo dejamos en cuarenta? —propuso Griner.

Lewis dio en el suelo una patada de impaciencia y, volviéndose a mí, me dijo:

—¿Tienes ahí diez dólares?

Saqué el dinero y se lo entregué.

—Veinte ahora —le dijo Lewis a Griner—. El resto se lo enviaremos. Si cumplimos con esta parte, también cumpliremos con el resto. Tómelo o déjelo.

—Está bien —dijo Griner, pero se hacía difícil no creer que estaba diciendo algo

de intención mezquina. Cogió los billetes, los miró y se los guardó en el bolsillo. Él cruzó el patio hacia la casa y nosotros dimos la vuelta hasta la fachada frente a la cual estaba el automóvil.

—¿Qué crees? —le pregunté a Lewis—. ¿Estás seguro de que volveremos a ver los coches? Ese tipo es un hijo de tal. ¿Por qué no han de ir su hermano y él y venderlos?

—Porque sabemos quién es —dijo Lewis, como sin darle importancia—. Y no renunciaría a sus veinte dólares seguros así como así. Desde luego, los coches estarán allí cuando lleguemos. No te preocupes.

Pasados unos minutos salió Griner de la casa acompañado por su hermano, aún más corpulento que él. Eran como dos jugadores de rugby en su primera temporada después de retirarse, que ya empezaran a suavizarse y trabajasen de vigilantes nocturnos. No intentamos presentarnos; pensar en estrecharles las manos no se me ocurrió hasta años después. Aún me pregunto cómo habrían reaccionado ellos en caso de que lo hubiésemos intentado.

El automóvil de Drew apareció por detrás de nosotros. Les contamos a Bobby y a él el acuerdo a que habíamos llegado. Los hermanos y otro hombre —que se materializó inesperadamente— subieron a un viejo camión Ford con la pintura desconchada a trozos que dejaban ver el metal, y nos siguieron. Me pareció que debíamos ser nosotros quienes los siguiéramos, pero en la gasolinera había logrado Lewis la información que necesitaba; no era mucha, aunque le bastaba. Sabía aproximadamente dónde estaba el río, sabía que el terreno se allanaba al norte y que en los bosques cerca del río habían estado cortando madera. Que todo esto pudiera ser mala información no influía en absoluto en él. Estaba dispuesto a ir allí.

Después de algún tiempo viró en una carretera muy polvorienta. Seguimos algún tiempo por ella cubriendo al camión que nos seguía con una nube de polvo, sobre todo por la rapidez con que conducía Lewis. Pasamos a gran velocidad cerca de algunas granjas y luego por un campo abierto en una parte de la carretera tan recta como si la hubieran trazado con tiralíneas y por entre dos montones continuos de maíz podrido a cada lado. Después, entre unos pinares por donde no hacíamos más que descender. La carretera se estropeó. Empezó a curvarse en dirección a la carretera general, y Lewis sacaba la cabeza por la ventanilla como queriendo que nuestro camino fuera hacia donde creíamos que se hallaba el río. Cuando viró no lo esperaba yo y creía que había tropezado con algo. Salimos de la carretera y fuimos hacia abajo. Todo lo que llevábamos en la furgoneta se puso a temblar. Lewis se irguió algo en su asiento. Los matorrales golpeaban por debajo al vehículo. Me volví para mirar hacia atrás. Los otros vehículos no venían detrás de nosotros, por lo que yo podía ver. Pensé que quizá la velocidad de Lewis los había perdido en un recodo, pero si nos habían seguido estarían a la vista, y no lo estaban.

La carretera formaba un cerrado semicírculo y se agotaba. Frente a nosotros había en el suelo unas cuantas tablas negras y una chimenea de roca que se hundía entre la

maleza. Un lagarto saltó sobre la piedra más grande y se detuvo con la cabeza levantada. Un borrico muerto se mantenía de pie en un hoyo de arena.

—Bueno —dijo Lewis—, nos hemos empantanado.

—Quizás haríamos mejor dejándoles que nos digan dónde está el río.

—Ya veremos.

Volvió a los matorrales y de nuevo entró por la vereda por la cual habíamos bajado. Cuando llegamos a la otra carretera, nos estaban esperando el camión y el coche de Drew detrás de él. Me había preguntado por qué no nos había seguido Drew, pero era muy propio de él ponerse tras el camión. Nada sabía de adónde íbamos y no quería perderse que alguien le hablase de ello. El primer Griner se apeó de su cabina:

—¿Adónde va usted, chico de la ciudad?

Lewis se indignó:

—Usted siga —dijo.

—No, no —protestó Griner—. Vaya por delante. Encontrará el río. Es nada menos que el río más grande del Estado.

Lewis volvió a emprender la marcha. Doblamos a la derecha, luego fuimos por la izquierda y hacia abajo. De pronto recordé que había algunos tocones por entre los árboles.

—Quizá sea aquí donde estuvieron cortando madera —dije.

Lewis afirmó con la cabeza y luego dijo:

—Por aquí han estado aserrando árboles, sin duda. Me figuro que vamos ya llegando.

El camino seguía bajando. Por último, era sólo el fantasma de un camino; se hacía difícil creer que habían pasado vehículos por allí; era casi como lo demás del bosque. Fuimos con extremo cuidado. Llegamos a tener que hacer complicados equilibrios para pasar por un sitio muy difícil. Habría sido también un alarde incluso yendo en «jeep».

De pronto, el camino caía por una especie de orilla. No me parecía posible que pudiéramos volver.

—Hay que resistir —dijo Lewis, y siguió adelante. Arbustos de rododendros y laurel se cerraban sobre nosotros con un suave roce de ramas. Una rama de algo entró por mi ventanilla y se quedó dentro, apoyada en mi pecho.

Nos habíamos detenido y yo seguía sentado con la presión del bosque sobre mí. Cuando miré hacia abajo vi que una hoja latía con mi corazón.

Lewis levantó un dedo hasta su oreja.

—Escucha —dijo.

Escuché. Al principio no oí nada. Sin embargo, el silencio «sonaba» como si algo fuera a salir de él, algo firme, sostenido e inacabable. Lewis puso en marcha el motor y yo, quitándome primero de encima la rama y tirándola por la ventanilla, salimos y avanzamos arrastrándonos rozando muchas hojas. Se elevaba allí una alta orilla y el camino llegaba directamente al borde para desaparecer. Enfrente de la orilla había

una hondonada. Yo miraba al suelo por si había serpientes. ¿Por qué, Dios mío, estaba yo allí?, pensé. Pero cuando miré hacia la furgoneta para ver lo que hacía Lewis, vi mi reflejo en la ventanilla de atrás. Estaba verde claro, era yo un hombre alto del bosque, un explorador, un guerrillero, un cazador. Incluso si lo que hacíamos no era más que un juego, yo mismo me había metido en ello y el hecho era que me hallaba en el bosque, donde se suponía que estaban las personas que se disfrazaban como yo. Había algo que se iba arreglando. Toqué la empuñadura del cuchillo a mi costado y recordé que todos los hombres eran antes niños y que los pequeños siempre están buscando maneras de convertirse en hombres. Además, algunas de esas maneras son fáciles; lo único que tiene usted que hacer es estar satisfecho de lo que le sucede.

Lewis se me adelantó y saltó la hondonada. Subió a la orilla y por un momento fue el hombre más alto de los bosques, con las manos en las caderas, mirando al otro lado. También yo me lancé, pues quería ver lo que estaba mirando él. Al llegar a su lado, bajó por el terreno empinado. Yo, por primera vez en muchos años, me sentía con las manos sucias. Desde allí arriba sólo se veía el bosque, y a Lewis, con su camuflaje y su sombrero australiano, pasando por entre los árboles. Bajé en dos o tres suaves saltos que me llenaron del moho de las hojas mis zapatos de tenis. Había agua al fondo. Árboles con leves hojas, como sauces —quizá fueran sauces— y crecían con más densidad allí. No podía distinguir en el cenagal del fondo, pero se movía débilmente, no se hallaba estancado. Y entonces me di cuenta de que había muchos sonidos; nos habían llegado casi imperceptiblemente y ahora parecían rodearnos por todas partes.

Lewis cruzaba a saltos el agua y yo le seguía sujetándome en arbolillos cuando podía. Se detuvo y llegué junto a él. Echó a un lado una brazada de hojas pinchantes. Yo le ayudé y miré por la áspera y cenicienta ventana que se había abierto.

Allí estaba el río. Era gris-verde, muy claro, con cierta lechosidad; parecía que se volvería blanco y espumoso contra las rocas más fácilmente que cualquier otra agua. Era de unas cuarenta yardas de anchura y no profundo, de dos y medio a tres pies. El cauce estaba lleno de limpios guijarros marrones. No podíamos ver muy bien corriente arriba, ni hacia abajo, por nuestra posición y por los sauces, sino que mirábamos la parte frente a nosotros fluyendo sin arrastrar nada, ni siquiera una ramita de las muchas que había entre las ramas y hojas que Lewis sostenía. Las dejé caer, y yo también. La visión del río volvió a desaparecer.

—Ahí está —dijo Lewis.

—Muy bonito —dije yo—. Precioso.

Tardamos mucho tiempo en sacar las canoas de encima de los coches y llevarlas por el talud a la orilla. Lew y Bobby tiraban de ellas por la proa halando de las maromas de popa, y Drew y yo empujábamos por detrás. Por fin las hicimos deslizarse por entre los sauces. Pusimos primero la canoa de madera. Lewis se metió hasta las rodillas en el fango de la orilla y supervisó la carga. Ambas canoas tenían

tablas en el fondo, aunque se mantenían en equilibrio sólo por la fuerza de la gravedad y por los asientos. Colocamos primero los artículos perecederos y luego las tiendas impermeables sobre todo lo demás, atándolas a las tablas del fondo. Drew pasó luego al agua y lo mismo hice yo. Luego Lewis se marchó.

—¿Y tu guitarra? —gritó Bobby desde lo alto del talud.

—Tráela —le dijo Drew, y luego a mí—: No me importa perder en el río esa vieja guitarra Martin, pero me reventaría que esos tipos se la llevaran.

—Espero que no la changaremos si nos caemos al río —le dije.

—De vosotros, no sé —dijo Drew de un modo campesino burlón—, pero lo que es yo no tengo el menor propósito de darme una zambullida por ahí. Voy con vosotros y no con Mr. Lewis Medlock. Ya he visto, por cómo conducía por esas carreteras, que nada sabe de eso.

—OK —dije—. Estupendo. Pero quizá deberías saber que sabe llevar perfectamente una canoa, y yo no tengo ni idea. Además, Lewis es fuerte como un diablo y está en forma. Yo, no.

—Me arriesgaré —dijo—. Y también la «señorita» Martin.

Lewis y Bobby iban y venían por entre los sauces, llevando material, y Drew y yo lo metíamos bajo las tiendas plegadas, como buenamente podíamos. Lewis debería haberse quedado aquí abajo con nosotros en el agua, pensé. Seguramente habría hecho mejor la carga que nosotros. Los pies se nos hundían mucho en el fango. Por fin, Bobby apareció por última vez entre las hojas.

—Estamos listos —dijo.

—¿Está ya arreglado todo el asunto de los coches?

—Creo que sí —dijo—. Lewis trata ahora con éstos. Me alegrará que los perdamos de vista.

Lejos oímos arrancar un automóvil. Pensé que no tenía la menor idea de quién era el tercer conductor de los que iban en el camión. No le había visto la cara, o no me fijé.

—Por mi parte —dijo Bobby—, dudo mucho de que puedan sacar los coches por donde hemos bajado.

—Buena ocurrencia —dijo Drew—. ¿Y qué si no pueden? Ya nos habremos ido. Es un problema que han de resolver ellos.

—¡Sí que lo tomas con tranquilidad! —dijo Bobby—. ¿Qué vamos a hacer si salimos del río y nos encontramos sin autos en ese sitio como-se-llame?

Lewis habló por entre las ramas:

—Estarán allí. No os preocupéis en absoluto.

Teníamos ya nuestros salvavidas y mantuve en equilibrio la canoa de madera para que embarcase en ella Bobby. Subió a popa. Le siguió Lewis. El peso sumergió lo bastante la canoa para darle estabilidad.

—OK —dijo Lewis—. Suéltala.

Así hice y ambas canoas flotaron libres. Estuve observando por encima del

hombro. Mis pies apuntaban hacia la orilla. Yo estaba tan atascado en el lodo que me preguntaba cómo iba a salir de allí. Parecía haber echado raíces y me agarré a la canoa de aluminio mientras Drew pasaba a proa y sostenía un remo.

—¿Cómo se coge esto? —me preguntó.

—Pues se maneja... —le dije— como se maneja.

—Buena explicación.

Saqué del fango un pie gracias a que hundí el otro mucho más de lo que estaba y luego, agarrándome a una larga rama, tiré de mí mismo lo más que pude mientras el río seguía sujetándome por la pierna izquierda.

—No me deja.

—¿Quién?

—Esto.

Me esforcé y tiré de la rama hasta que salí. Tomé impulso en la orilla y pude subir a la popa de la canoa donde estaba Lewis. Todo lo que contenía se zarandó. Con los remos nos apartamos de la orilla.

Una fuerza lenta tiraba de nosotros y la elevada orilla empezaba a retroceder. Sentí la complicada urgencia de la corriente, como algo compuesto de muchos hilos de los que tirasen y con ello me vino la impresión que siempre tenía al perder de noche la consciencia, al notarme ir hacia algo desconocido que no podía evitar, pero de lo que regresaría. Hundí el remo.

Las películas y los grabados de indios en calendarios me dieron una idea general de lo que debía hacer y remé lentamente por el costado izquierdo de la canoa. La proa, con Drew en ella —ya me daba cuenta de que hacerle cambiarse a *él* de un lado a otro, hacer girar la canoa, iba a ser una gran parte del problema—, se dirigía lentamente hacia el centro de la corriente donde ésta empezó a movernos un poco más rápidamente. La sensación de sentirse *llevados* no podía ser mayor, aunque no hacíamos mucho más que deslizarnos a causa de tanta carga y con inseguridad. Corriente abajo, Lewis y Bobby apenas iban mejor; sus golpes de remo carecían de coordinación y eran en gran parte ineficaces, aunque Lewis se esforzaba cuanto podía. Supongo que le dejaba a Bobby la tarea de comprobar con una mano en el agua a qué lado debía remar. Le dije a Drew que remase a la derecha y lo intentamos varias veces los dos pasando por una parte muy superficial donde el agua se aceleraba, rompía y se hacía espumosa sobre arena gris oscura. Nos balanceamos y raspamos las piedras.

—Sigue y procura remar con más fuerza —le dije—. Hemos de encontrar la manera de que esto se mueva como queremos.

Tanto él como yo remamos con mayor intensidad y logramos que la canoa avanzara más rápida hacia una curva. Una o dos veces mi remo dio contra las rocas del fondo; eso comunicaba una impresión rara, disonante e íntima a mis manos. Tomamos la curva justo cuando la otra canoa desapareció a la vuelta. Remé con un poco más de energía para hacernos virar a la vez que la corriente. Drew miró hacia

atrás sin que se moviese su salvavidas. Vi en su perfil una gran mueca.

—Fíjate, fíjate —dijo—. ¿Qué es eso?

—Nada de particular.

Cuando salimos de la curva tuve en seguida la sensación de que algo iba mal. O era la culpa del río o de la canoa verde. Lewis y Bobby impulsaban su canoa de costado al agua tranquila y Lewis hacía cuanto podía para dominar la popa. Bobby estaba hecho un lío, me parecía, aunque procuraba ayudar a Lewis. Pero iban río abajo con la popa por delante; Drew se llevó una mano a la cara. Pensé gritarle algo, pero no me decidí. A veces podía reírme de él, pero en aquella ocasión era incapaz de hacerlo. Drew y yo descansábamos, con los remos hacia arriba, callados. La corriente nos llevaba y podíamos contemplar lo que ocurría. Bobby renunció a remar y Lewis, con su gran deseo de seguirlo haciendo, se las arregló para hacer virar a la canoa, pero precisamente cuando la había puesto a favor de la corriente, unas rocas la detuvieron. Lewis golpeó con el remo las rocas y empujó con éste y con las manos y luego trató de liberar a la canoa echando su peso a un lado. Por último llegó a bajar al río, allí tan superficial, y agarró la canoa. Drew y yo llegamos a su lado y empujamos también mientras Bobby se quedaba sentado en la proa con una expresión perfecta de peso muerto.

Al cargar la canoa no había tenido verdadera consciencia del agua y ahora la sentía intensamente. Podía ser profunda, pero había que contar con la composición de la tierra en centenares de millas corriente arriba y abajo, durante miles de años. Estarse allí de pie producía una impresión tan fresca y agradable, variada y a la vez continua, mojándome los genitales, que no tenía ganas de abandonarla.

—Vamos a beber cerveza —dije.

Lewis se limpió el sudor y buscó entre las tiendas y demás carga. Sacó cuatro latas de cerveza —doce onzas cada una— del saco de polietileno con hielo que se derretía y las abrió. Teníamos todos mucha sed por los esfuerzos e inquietudes de cargar la canoa, y tanto mi sed como la de Lewis se remontaban al garaje de los hermanos Griner, donde había yo vertido más líquido del que nunca había creído tener en mi cuerpo. Bebí toda la lata lentamente, pero sin cesar hasta la última gota. Un trago épico.

Miré en torno a mí. Estábamos en medio de una granja que iba a dar por una pendiente al río, por dos lados de ella, uno más que otro, y que parecía estar luchando con el bosque para existir. A mi derecha, en una hondonada, mientras yo estaba cara a la corriente, una vaca bebía. Otras, en una pequeña y herbosa elevación, estaban echadas. En el calor de la caída de la tarde relucían las boñigas y había un reducido brillo neblinoso de insectos donde habían caído aquéllas.

Sostuve el ondulante color de la lata bajo el agua hasta que se llenó lo bastante para hundirse y pasar por entre mis pantalones de nylon hinchados con el agua.

Lew y yo pusimos en movimiento la canoa para sacarla de entre las rocas empujándola con tres brazos y yo salté dentro con Drew. Entramos en un largo tramo

recto y nos impulsaba el nuevo sudor producido por la cerveza tanto como por la corriente.

El terreno en ambas orillas subía y el río tiraba de nosotros tenazmente hacia un puente «plateado» por donde cruzaba la carretera. Pasamos por debajo y los tablones del puente resonaban al pasar por encima un camión.

De nuevo era la civilización. En la orilla derecha llegaban hasta el agua algunos cobertizos de hojalata; el fango estaba cubierto con pedazos mohosos de metal, trozos de maquinaria y los destellos azules y verdes de botellas rotas. Pero había algo peor que todo eso; algo de color que no era sólo color, sino una brillantez fija. A Drew le había llamado la atención por otra razón.

—Es plástico —dijo—. No se descompone.

—¿Quiere decir eso que no puede uno librarse de él *en absoluto*? —le pregunté.

—No se descompone en sus elementos —explicó, como si eso fuera una gran ventaja.

En la luz ya indecisa, los recipientes de plástico lanzaban sus rayos como baterías. Uno era naranja, otro amarillo, y un cacharro para agua era azul; lo que Martha, refiriéndose a la ropa, llamaba azul eléctrico. Ese plástico desechado era invulnerable en sus colores, entre las tablas astilladas y las latas dorado-oscuras con sus tapaderas abiertas con abrelatas y de aspecto cruel. El cielo empezaba a humear con la noche, una noche completa, sin luz alguna. Durante un ratito creí que ésa era la causa de que el agua no tuviese los limpios reflejos, tonos lechosos intensos pero claros, que tenía cuando entramos en ella. La corriente carecía ya del impulso de flecha, la sensación de ir a algún sitio, que había tenido en los bosquecillos de sauces. Había algo en la textura de ella.

Saqué mi remo del agua. Se le había adherido una pluma en su extremo. Lo sacudí y miré al río. A la derecha y preparándose para meterse bajo el agua había una vaga blancura ahogándose. Era un madero completamente cubierto con plumas de pollos. Se movían las plumas y ondulaban como una perfecta representación física de la náusea. Me dije que cuando está uno lo bastante asqueado, *eso* es lo que se siente.

—Debe de haber en ese pueblo alguna fábrica de productos avícolas —dijo Drew, que medio se había vuelto hacia mí.

—Desde luego.

El río se emplumaba día y noche. Las rocas estaban cubiertas de plumas que el agua arrastraba; incluso las había más abajo en ambas orillas, adonde el río las llevaba. A todas las formas que se veían en el fondo del río las habían cubierto aquellas cosas de un blanco sucio: el agua que nos rodeaba contenía gran número de plumitas rizadas como barquitos que hubieran echado a navegar unos niños, y todas iban a la misma velocidad que nosotros. Y entre ellas, a la derecha, escoltado por seis u ocho grandes plumas, avanzaba una cabeza de pollo con su ojo vidrioso medio abierto, y mirando a la derecha, hacia mí. No habría sido tan sorprendente si hubiera habido más cabezas, pero sólo vi una, que avanzaba en la misma dirección que



nosotros y que, como resultado de un movimiento de su cuerpo desaparecido, volvía el otro ojo y bebía la triste agua con su pico entreabierto. Flotaba boca abajo y luego se ponía boca arriba otra vez río abajo. Casi le di con la pala del remo, pero sólo conseguí que se apartase un poquito en la corriente junto a nosotros.

Fuimos hacia abajo por entre las fluyentes plumas, las rocas emplumadas y los maderos enganchados en el fondo, y me resigné a ir así hasta que noté, no sé por qué, que mi agudeza auditiva aumentaba en cierto modo. Me concentré, el sonido del agua se intensificó y a la vez subió de tono. Había otro recodo ante nosotros y el río parecía darse prisa por llegar allí, y nosotros con él.

Apareció esa vuelta y se amplió lo blanquecino. Por todas partes donde íbamos estaba el agua llena de burbujas, con animados movimientos, nada peligrosas de aspecto, sino muy animadas. No producía aquello la impresión de que el agua se encrespaba, sino más bien de viveza al desprenderse de las rocas levemente espumosas, en rizos, descensos y subidas, tomando formas de cascos sobre piedras suaves, y luego se perdía todo ese revuelo a lo largo de los escalones de una escalera de jardín en otro recodo.

Miré en busca de una salida; Drew señaló directamente ante él y era mejor hacerlo así que decirlo. La corriente principal en V delante de nosotros me parecía derecha en los dos brazos, aunque la V que indicaba el agua más rápida desapareció a medio camino a lo largo de los rápidos.

—¡Cuidado con las rocas! —grité—. Por donde queremos ir es por en medio.

—¡Sí, sí! —respondió Drew—. Vamos allá.

Fuimos hacia el ángulo de la V. La canoa se deslizó y el agua empezó a empujarnos. Entramos por el cuello del túnel y el agua empezó a empujarnos; los rápidos principales tiraban de nosotros tan fuerte que era como si el río normal nos lo hubiesen quitado de debajo lo mismo que se tira de una alfombra y rechinábamos y chocábamos con piedras mientras procurábamos desesperadamente mantener la proa río abajo por todos los medios que podíamos. Drew se balanceaba muchísimo frente a mí queriendo alcanzar un sitio adonde no podría llegar de otro modo. Era incompetente pero sereno; de él nunca llegaba pánico. Cada vez que cambiaba él de lado con su remo, pasaba yo con el mío a la banda contraria. Una vez empezamos a mudarnos diagonalmente, el agua empezó a empujarnos como una maniática y perdí el control, dirigiéndonos hacia los arbustos de la orilla, pero Drew hizo medio movimiento hacia donde debía y yo hice el otro medio, de modo que equilibramos la canoa. El casco se daba golpes contra las rocas y las arañaba, pero nos mantuvimos derechos en la corriente, temblando con tanta energía empleada y buena suerte, más allá de las mortíferas y vibrantes rocas sobre las que pudimos por fin pasar flotando.

Le chillé a Drew que mantuviese su remo a un lado o en el otro. Eligió el derecho —las mayores rocas parecían estar allí; algunas asomaban sobre la superficie o se hallaban muy poco por debajo de ésta—, mientras yo alternaba entre remar hacia adelante, aumentando nuestra velocidad siempre que podía y retrocediendo cada vez

que llegábamos muy cerca de las rocas a la derecha. Ya empezaba a resultarme trabajo conocido y me sentía por ello más seguro.

Ya podía mirar más allá de Drew y ver cómo se iba calmando la blanca agua y tomándose verde y oscura. Hubo un breve floreo de nerviosas ondulaciones que nos llevaron entre dos negros pedruscos, pero pasamos.

Drew sostenía el timón de la canoa y miró atrás, agradablemente sorprendido.

—Este Lewis —dijo— sabe lo que hace.

Miré a la otra canoa, que no se hallaba muy por delante de nosotros. Bobby y Lewis remaban en un agua que parecía curiosamente muerta en contraste con los rápidos recién pasados.

Mas era agua nocturna. Nada quedaba de la luz del día y la poquísima que formaba los reflejos desaparecía rápidamente. Hacia adelante había otra serie de rápidos o de cascadas con —ya era yo capaz de asegurarlo— una curva en ella.

Me encontraba cansadísimo, aunque no dolorido. A medida que el sol había ido perdiendo energía, también yo la perdí y el filo del frío nocturno hizo aún peor ese agotamiento. Quería ya apartarme del río.

Dejamos deslizarse nuestras canoas lentamente. La corriente penetraba en mis músculos y cuerpo como si yo la fuese llevando; subía por el remo. Saqué un par de latas de cerveza de nuestro fardo, las abrí y le pasé una a Drew. Se retorció en su sitio y la cogió. Uno de los cristales de sus gafas se oscurecía aún más.

—Nosotros los pioneros llevamos una vida difícil —dijo y silbó una cancioncilla.

Levanté mi cerveza y bebí haciendo que bajase el líquido lo más rápido que podía. El nylon de mis piernas iba secándose y se me pegaba a las pantorrillas y los tobillos. Tiré de él para soltarlo y agarré de nuevo el remo. Me sentía maravillosamente.

Casi nos habíamos puesto a la vez de la otra canoa. Seguimos más deslizándonos que remando, penetrando en la oscuridad cada vez mayor que venía de río arriba. No había rápidos —aunque no dejábamos de oírlos— y pasábamos junto a orillas rocosas y altos pinos de largas agujas. Un caminito, con mucha maleza y arbustos a los lados, siguió por la orilla izquierda durante unos centenares de yardas y luego se interrumpió en un árbol caído. Un halcón volaba en círculos en el azul ya tan oscuro y el filo de sus alas se silueteaba intensamente en la profundidad del cielo de la tarde.

Empezaba todo a estar muy tranquilo y silvestre. Recuerdo que sentía miedo.

Era la bella impersonalidad del sitio lo que me impresionaba más; no hubiera creído poder afectarme así de pronto con tanta fuerza. El silencio —y el *sonido* del silencio— del río nada tenía que ver con ninguno de nosotros. Ninguna relación tenía con el pueblo ante el que hacía tan poco habíamos pasado con sus pocas luces de calles en la montañosa oscuridad, sus cafés y las caras de los labradores en la oscilante luz de la instalación eléctrica de la plaza del pueblo, y el cine donde ponían una película que estaban dando en la televisión en la ciudad. Me amodorré, como me pasó con Lewis en el coche aquella mañana, y de nuevo me pareció ver que nos

acercábamos a los montes azules, los colores, formas y posiciones cambiantes conforme íbamos hacia ellos, excepto que de un modo u otro parecía que mi mente se había vuelto del revés y que yo iba hacia atrás, apartándome de los montes y por entre los anuncios de Clabber Girl, lejos de los Jesuses del campo y de vuelta a los paradores, moteles y supermercados en torno a la ciudad. Allí estaba Martha, y Dean, y me causó un sobresalto darme cuenta, de pronto, de que yo no me hallaba con ellos, que me hallaba mirando las curvas del agua. Martha se preocupaba mientras contemplaba la TV con Dean. No estaba acostumbrada a no tenerme junto a ella de noche y pude verla sentada, con las manos entrelazadas, en posición de una mujer sufriendo valientemente. No era un terrible sufrimiento, pero de todos modos padecía, y tenía los pies en zapatillas tibias.

Interrumpí un poco el remar y en seguida lo reanudé con fuerza y situé nuestra canoa junto a la verde. Un insecto me picó, como una bala, en un labio.

—¿No crees que debemos acampar ya? —le pregunté a Lewis.

—Sí, eso creo. Temo que, si avanzamos más, estén las orillas demasiado altas para que podamos desembarcar. Todos queréis un sitio a la izquierda y hemos de mirar por ese lado.

Pasamos por unos pequeños rápidos, fosforescentes al oscurecer, y apenas sentimos más que una leve alteración por debajo de nosotros, mas era lo suficiente para recordarnos lo molesto que sería descargar el equipo en plena oscuridad. Los árboles y matorrales a los que miraba yo se enlazaban, convirtiéndose en una masa sólida. Resultaba muy difícil distinguir los detalles. Pero parecía haber una especie de escalón de roca a unos cuatro pies de la superficie. Le hice mirar eso a Lewis y él afirmó con la cabeza. Dirigí la canoa hacia allí contra el tirón de la corriente. Dimos en la orilla con un suave encontronazo con mucho cuidado. Bajé al agua y sostuve la canoa mientras el resbaloso frío en torno a mí se llenaba de criaturas nocturnas. Drew trepó y ató la canoa a un arbolillo. Subí mientras Bobby y Lewis maniobraban. El cabello me hacía sentirme incómodo.

Fuimos soltando la carga y empezamos a hacer el campamento. Lewis había llevado unas linternas eléctricas y las instaló sujetándolas con ramas gruesas en las horquillas de los árboles pequeños para formar un área de luz concentrada. Dentro y fuera de esa parte iluminada nos movíamos realizando extrañas tareas. Lewis parecía saber dónde estaba todo e iba de un lado a otro colocando cosas en el suelo en las posiciones en las que él esperaba que pasaran a formar un campamento: las dos tiendas, la parrilla, los colchones hinchables, las bolsas para meternos dentro y dormir. Los otros trataban de ayudar, pero Drew y Bobby no parecían estar haciendo mucho y me di cuenta de lo tonto que era estarme allí parado y dejar a Lewis que lo hiciera todo, aunque a él no le hubiera importado que no le ayudase. Estaba yo somnoliento y me ocupé de lo que tenía que ver con las ganas de dormir. Hinché los colchones de aire con una bomba de mano, los cuatro. Me llevó esa tarea una buena hora y media y hacía funcionar la bomba todo el tiempo mientras el río estaba

iluminado ante mí y el bosque, a mi espalda, se hacía cada vez más denso con la oscuridad.

Lewis levantó las tiendas y Bobby y Drew se volvieron muy activos acarreando leña. Cuando estuvieron instaladas las tiendas y, dentro de ellas, los sacos de aire y las bolsas para dormir, con una linterna eléctrica en cada tienda, me sentí mucho mejor. Habíamos colonizado aquel lugar. Salí con una linterna en busca de leña. Cada vez que me encontraba a uno de los otros, le enfocaba en el pecho o a un lado para no deslumbrarle, pero no me gustaba tener esa atención. Y al levantar la linterna dio la luz a la cara de Bobby un aspecto grasiento y mongoloide y Drew parecía rociado de arena con alfilerazos de sombra por donde había tenido acné. El rostro de Lewis no cambiaba mucho y en cierto sentido esto no me sorprendía en absoluto. La larga sombra de su nariz subía por entre sus ojos, sus cejas se hacían más protuberantes, pero su voz, de tono bajo, daba la impresión de proceder del lado derecho de donde había luz o justamente a la derecha de ésta.

Él y yo sacábamos brillo a nuestras canoas en el río, y la luz se rizaba y espumeaba como agua blanca en la superficie de una corriente tranquila. Era un campamento encantador y melancólico. Me gustaba estar allí con la luz yéndose sin motivo de mi mano y resbalando arriba y abajo de la corriente, pero pensaba que probablemente debería estar haciendo algo más útil cuando sacaba mi aflojado arco y lo colgaba de una rama para que aquel sitio pareciera más un verdadero campamento de caza, después de haber engrasado las cabezas de las flechas. Lewis acudió a mi lado y pasó la palma de una mano por la parte del mango de las flechas.

—¿La vieja catapulta, eh?

—Por supuesto —dije.

—¿Te gustan estas flechas, Howard Hill?

—Sí, creo que son muy buenas. El último número que leí de una revista de arquería decía que una cabeza de dos hojas tenía más penetración. Con eso me bastan. Esa gente entiende de esto.

—¿No las desvía el viento?

—Sólo las he disparado contra troncos y blancos de tierra. De todos modos, resultan muy bien con este arco.

Bobby nos sirvió a todos un buen *bourbon* y bebimos mientras Lewis encendía una fogata contra unas piedras que había ido sacando del suelo o recogiendo en torno a las tiendas. Había llevado filetes. Preparó una gran llamarada, la dejó pasarse un poco y luego puso la carne en una sartén donde había untado mantequilla.

El olor del humo de la carne asándose era maravilloso. Todos bebimos de nuevo y nos sentamos en la orilla contemplando la lumbre vacilante e incierta al reflejarse en el agua. El miedo, la excitación y la perspectiva de comer, se fundían en mi mente. Producía cierta tranquilidad saber que estábamos donde ninguna otra persona — ocurriera lo que ocurriese en otros sitios— podría encontrarnos, que la noche nos envolvía y nada podíamos hacer para evitarlo.

El pálido fuego reflejado en el agua no se hallaba sometido a la corriente, y eso me parecía maravilloso. Jugaba y danzaba donde se hallaba como un espíritu invulnerable que sin embargo moriría. Los cuatro estábamos sentados sin decir nada y yo me enorgullecía de nosotros por eso, especialmente me sentía orgulloso de Lewis, del cual temía yo que se explayase. Me tendí de espaldas, paralelo al río.

Cuando abrí los ojos estaba oscuro el sitio donde descansaba; me pareció haber pasado allí mucho tiempo. Pero entonces algo volvió a llenar el espacio. Era Drew con su guitarra. Me senté, y el agua, aunque aún formaba sin peso las imágenes del fuego —como en una cueva— ya parecía a punto de hundirlas en el agua.

Drew se entonaba bajito, y luego tocó un suave acorde que parecía flotar y flotar.

—Siempre he querido hacer esto —dijo—. Sólo que no lo sabía.

Irguió el cuello y empezó a tocar un acorde tras otro. Nacían el uno del otro en la oscuridad, con una solitaria armonía. Luego empezó a elegir notas individuales y les ponía como fondo el bajo.

—Es música de bosques —dijo—. ¿No os parece?

—Claro que sí.

Me encantaba el potente clang nasal campesino, el acerado tarareo y las cuerdas tocadas como raíles golpeados con martillos. Drew tocaba profundamente y con limpieza, y ninguno de nosotros podría haber estado entonces más feliz. Interpretó canciones muy conocidas y excelentes. Cuando tocó *Easy, Mr. Tom*, de Leadbelly, explicó:

—Para ésta debería tener una guitarra de doce cuerdas.

Pero de todos modos resultó muy bien.

Lewis trajo los bistecs mientras Drew tocaba aún, y luego comimos dos pequeños bistecs por cabeza y grandes raciones de un pastel que había hecho la mujer de Lewis. Todos bebimos otro vaso. Nos quedábamos sin fuego; ya en el río se había apagado.

—¿Sabéis? —dijo Lewis—. No nos quedan demasiados años para cosas como éstas.

—Me figuro que no —le respondí—. Debo confesarte que me alegro de haber venido. Estoy contento de encontrarme aquí. Según siento, no querría estar ahora en ningún otro sitio.

—Es verdad, Lewis —dijo Bobby—. Tienes razón, es estupendo. Y creo que lo hemos hecho muy bien en el río. Quiero decir, para ser aficionados.

—Sí, sí, bastante bien —dijo Lewis—. Y me alegro muchísimo que tú y yo no volcásemos esta maldita canoa de madera, tan vaga, poco antes de que llegásemos a aquella agua blanca. Ha sido una mala noche.

—Lo cierto es que no la volcamos —remachó Bobby—. Y no creo que volvamos a encontrarnos en esa situación, ¿verdad?

—Espero que no —respondió Lewis.

—Bueno, a las bolsas de dormir, caballeros —dijo, desperezándose.

—Mi primer sueño mojado lo tuve en una bolsa de dormir —dijo Lewis—. Lo confieso.

—¿Cómo fue eso? —quiso saber Bobby.

—Estupendo. Pero no se repetirá.

Me puse en pie y por fin, agachándome, entré en la tienda. Tenía un cansancio imponente y odiaba los cordones de mis zapatos de tenis, que se habían endurecido con el agua y no podía quitármelos. Me saqué los zapatos a la fuerza; lo demás también me lo quité de cualquier modo, me metí en la gran bolsa y cerré la cremallera. Drew seguía tocando la guitarra en la orilla; podía oírle muy lejos. Me tumbé en aquella suavidad, adaptándome a la elástica resistencia del colchón de aire. Apagué la linterna eléctrica y cerré los ojos.

Me alejaba de la realidad y a la vez estaba dentro de ella. Había caído como una piedra y también, durante un rato, seguía escuchando sin saber para qué. Podía ser una voz humana con fuego, un etéreo hombre-lobo borracho; podía haber sido Tom McCaskill chillando en la noche desde su hoguera.

Luego, nada. Me volví y allí estaba Drew junto a mí con la mano a lo largo del cierre de la bolsa.

Podía oír al río fluyendo a mis pies; detrás de mi cabeza el bosque era increíblemente denso y oscuro; nada había en él que me conociese. Aparecían criaturas con la pata delantera levantada, sin quererla apoyar todavía sobre una hoja seca por miedo al sonido. Había por allí ojos hechos para ver en aquella negrura; abrí los míos y vi la oscuridad en su color original. En éste vi la espalda de Martha suspirando, trabajando y disolviéndose en el estudio, donde por fin habíamos decidido que las fotografías que tomamos no servían y tuvimos que pedirle a la modelo que volviese. También habíamos continuado con la idea del jefe de ventas de Kitts de hacer el anuncio con la escena Coppertone de la muchachita y el perro, pero Wilma estaba allí sujetando al gato y obligándole a sacar las garras de la seda artificial y de pronto saltó el animal y las clavó en las nalgas de la joven. Chilló ésta; los que estaban en la habitación gritaron de pánico, ella hacía todo lo posible por librarse del gato, una pequeña concreción naranja de puro horror que aún colgaba de las bragas por una zarpa y tiraba de ellas hacia abajo, sin dejar de dar bufidos y escupiendo en el aire mientras arañaba las nalgas de la muchacha y sus muslos por detrás. Yo estaba paralizado. Nadie se movía para hacer algo que remediase aquello. La joven chillaba y corveteaba llevándose las manos atrás.

Algo dio contra lo alto de la tienda. Creí que era parte de lo que había estado pensando, puesto que lo del estudio no era un sueño. Saqué una mano. La tela vibraba como una vela. Algo parecía estar tirando de la tienda para arriba y por eso temblaba ésta como sometida a un enorme agarrón. La mareante conciencia de dónde me hallaba se apoderó de mí desde dentro de mi corazón. Busqué a tientas el frío contacto de la linterna entre los sacos de aire y la saqué. Fui elevando la débil luz empezando desde la entrada de la tienda. Tardé en ver algo aparte de los cosidos

verde-grises hasta que subí el círculo de luz verticalmente sobre mi cabeza. La lona estaba agujereada, y por allí asomó el nudillo de un puño deforme, una larga curvatura de garras que se volvían sobre ellas mismas. «Ésos se llaman talones», dije en voz alta.

Seguí allí con el sudor dispuesto a brotarme, los ojos semicerrados, rebotando de un terror que era, por lo menos en parte, humorístico. Tampoco era cosa de espantarse por un búho. Su otra pata agujereó la tienda lentamente y muy a propósito y movió su peso hasta que me di cuenta de que lo había nivelado. Las garras no descansaban, pero la tienda temblaba menos. Sin embargo, se estremecía un poco como si fuéramos a emprender un vuelo en ella. Me adormilé un minuto y traté de figurarme cómo debía de verse por fuera la tienda con la gran ave nocturna encima — seguramente era muy grande, a juzgar por el tamaño de sus uñas y patas— sentada en sus propios silencio y equilibrio, teniéndonos bien encerrados en lo que ella creía nuestro sueño.

Las uñas se apretaron un poquito, la lona se rompió algo y luego se agitó levemente empezando a trepidar; parecía raro que siguiéramos en el suelo. Me eché hacia atrás creyendo haber oído el primer movimiento de las alas del búho, urgente y prácticamente silencioso, el golpe con que se lanzaba al aire.

Algo después, de algún sitio profundo, oí que el bosque latía. A la mitad de aquel ruido tembló la tienda y era que el búho se había posado en el mismo lugar que antes. Lo supe antes de volver a encender la linterna —no dejé de tenerla en la mano, exactamente tan caldeada como yo mismo estaba— y vi las patas, volviendo a asomar los talones. Saqué una mano de la bolsa de dormir y la vi subir indecisa por la débil luz hasta que uno de mis dedos tocó la fría uña de reptil de uno de los talones bajo las escamas de la pata. No tenía idea de si el búho me había sentido; creí que quizá saldría volando, pero no lo hizo. En cambio, movió de nuevo su peso y las garras en la pata que yo estaba tocando se aflojaron un momento. Pasé mi dedo índice por entre la garra y la tienda y toqué una parte de la pétrea pezuña. La garra se cerró; su fuerza tenía algo de tentativo y nervioso en ella. La apretó más, muy fuerte, pero no resultaba dolorosa. Tiré de mi mano hacia atrás hasta que se soltó y entonces el búho salió volando.

Durante toda la noche volvió el búho a cazar desde lo alto de la tienda. No sólo veía yo sus patas cuando llegaba por encima de nosotros; también me imaginé lo que hacía mientras estaba ausente flotando por entre los árboles, viéndolo todo. Cacé con él lo mejor que pude, imaginativamente, allí sin peso. El bosque me quemaba la cabeza. Hacia el amanecer pude, irguiéndome, tocarle la garra sin encender la linterna eléctrica.

## 15 de septiembre

Me despertaba a cada momento y cuando ya lo estaba completamente, el mosquitero de la entrada de la tienda traslucía una luz gris y creciente. Drew dormía en su saco, y tenía la cabeza vuelta hacia mí. Yo agarraba aún la linterna y procuraba imaginarme cómo sería nuestro día. El río seguía su curso, pero antes de que volviésemos a la corriente eran posibles otras cosas. Lo que más pensaba yo era que me hallaba en un sitio donde nadie —o casi nadie— de mi vida cotidiana trabajaría; no había hábito que me sirviera de referencia. ¿Es esto la libertad?, me preguntaba.

Abrí la cremallera de la bolsa de dormir y la enrollé, conteniendo la respiración mientras me brotaba mi propio calor y se diluía al verme ya libre de la sujeción de la noche. Miré tranquilamente el agujero que había abierto el búho. Me calcé los zapatos de tenis y me incliné hacia el sonido del río. Luego me puse en pie.

Hacía un calor extraño y una pesada calma. El río fluía con una densa neblina como humo que se movía un poco más despacio de lo que parecía ir la corriente, rodando aquélla sobre el agua en enormes oleadas sin cuerpo viniendo desde arriba del río. Se cernía también sobre la orilla mientras yo la contemplaba, y se salía del río. Me daba cuenta, ante su silencio, que lo que yo esperaba era oír la hacer algún ruido. Me miré las piernas y no las tenía, ni las manos a los costados. La niebla parecía estarme comiendo vivo.

Se me ocurrió una idea. Saqué de mi bolsa de Duffel dos prendas largas de ropa interior y me las puse. Eran casi exactamente del color de la niebla. Mi arco estaba recubierto por fuera y por dentro con fibra de cristal blanca, lo que suele ser una desventaja en bosques verdes o castaños, pero entonces me venía muy bien. Puse tirante el arco, saqué una flecha del carcaj y me fui detrás de las tiendas. La niebla rezumaba sobre la lona y se arremolinaba en torno a Lewis y a los otros. Iba hacia el bosque, hacia lo que parecía una gran zanja o pequeño barranco, y seguí a éste, renunciando a mi propósito de despertar a Lewis y a los demás. No podía ver muy adelante, pero sabía que si me quedaba junto al pequeño barranco, lo único que debería hacer para regresar al campamento, incluso si la niebla se intensificaba, sería dar la vuelta y bajar hasta que casi tropezara con las tiendas. Me concentré en el plan de trabar cierta relación con el bosque en esas condiciones. Resultaba yo tan invisible como cualquiera de los árboles.

Al principio no tenía un propósito concreto de cazar. No tenía verdadera idea de lo que iba a hacer, a no ser avanzar con mucho cuidado, alejarme del río y penetrar hacia un silencio y una ceguera cada vez mayores —pues la niebla se hacía más densa por momentos—, llevando un arco con una flecha y tres en la otra mano, tocando con ella la cuerda. Sonaba tensa con los dedos de mi mano derecha, soltando la corriente eléctrica que llegaba del bosque y de la niebla, y tanto el hecho de cazar



como el de hacer como si fuese a cazar se habían fundido y no podía ya distinguirlos. Detrás de las tiendas, antes de entrar en el bosque, me había figurado que, puesto que tenía el equipo de caza y sabía hasta cierto punto cómo usarlo, podía hacer alguna demostración de lo que dije me había impulsado a ir allí. Todo cuanto de verdad quería yo era permanecer lejos algún tiempo, lo bastante para que los demás se despertasen y notaran que me había marchado —pensé en quedarme sentado al borde del pequeño barranco y esperar media hora por mi reloj— y volver luego al campamento con el arco y decir que había ido a dar una vuelta a ver si encontraba algo. Eso satisfaría mi honor.

Pero no salió así; no como me proponía. Fui mirando y escuchando con gran atención y muchas cosas venían a parar a mis piernas, brazos y manos. Era yo un buen tirador, por lo menos hasta treinta y cinco yardas, y la visibilidad que tenía sería aún peor en la media hora siguiente. Podría darle a un ciervo, si lo encontraba; estaba seguro de ello.

La niebla seguía densa, pero la zanja empezó a elevarse y a medida que subía yo había más luz, la primera que veía entre la niebla cerca del suelo aquella mañana, y luego distinguía cosas entre la niebla: hojas y ramas. Las paredes de la barranquilla —que, según podía ver ya, era por donde iba— no eran tan altas ya; apenas me llegaban a los hombros, y así me era posible ver un poco el bosque a ambos lados. Nada se movía, era una calma como si nada hubiese allí, aunque hice todo lo posible por no hacer ruido alguno por si lo había. La tierra húmeda me ayudaba. Me parecía hacer muy poco ruido avanzando por allí y pensé que técnicamente no era tan mal cazador, por lo menos durante un ratito.

Caminaba ahora por lo que apenas era más que un sendero hundido abierto a ambos lados, y me envolvían los últimos andrajos de niebla. Sabía que no debía alejarme mucho más si no quería perder la zanja. Me detuve para volver. Nada había en ninguna dirección que no hubiera visto ya.

Comencé el regreso, mirando aún lo más lejos que podía en el bosque, el cual se iba descubriendo lentamente al nivel de mi vista a derecha e izquierda. La niebla empezó a enrollarse en mi cara con finas fumaradas. Me preocupaba por no desviarme a la derecha, pasarme las tiendas e ir a parar al río, cuando vi a la izquierda algo que se movía. Me detuve y la niebla subió exactamente hasta mi boca. A unas quince yardas de mí, en los límites de mi visión, se hallaba un pequeño venado, que por la forma de su cabeza parecía ser un gamo. Estaba ramoneando y era el fantasma de un venado, pero de todos modos, uno. Levantó la cabeza y me miró directamente a la cara, que desde su punto de vista debía de parecer una curiosa piedra sobre el suelo, si es que la veía. Seguí allí enterrado hasta el cuello en la zanja, en la tierra del bosque.

Estaba de flanco con respecto a mí; yo había acertado mil blancos de su tamaño a la cuarta parte de aquella distancia y al recordar esto —mientras mis ojos y manos se ponían a ello— supe que podía matarlo tan fácilmente como sería capaz de dar en su

silueta en un cartón. Levanté el arco.

Elevó la cabeza un poco y volvió a agacharla. Tiré de la cuerda a la derecha de mi cara y empecé a afinar la puntería. Por un momento mantuve el arco a plena tensión, lo que hizo pasar de mí al arco unas tres cuartas partes de mi energía mientras la flecha apuntaba al corazón de la pieza. Era demasiado alta y lo dejé así, aunque, a tan corta distancia, no importaba mucho.

Disparé, pero al soltar la cuerda supe que era un mal tiro, no demasiado malo, pero no lo que debía ser. Ya había hecho yo lo mismo en torneos de tiro: levantar la mano del arco exactamente al partir la flecha. Al sonido de la cuerda, saltó el gamo y dio la vuelta casi a la vez que la flecha debería haberse hundido en él. Creía que le había disparado demasiado alto, pero la verdad es que vi las plumas anaranjadas rozarle en el lomo y desaparecer por encima. Incluso quizá le hubiese dado, pero tenía bastante seguridad de que no hice derramar sangre. Corrió un poco y volvió la cabeza para mirarme. Puse otra flecha en el arco y tiré de la cuerda, pero me faltaba ya la decisión. Temblaba y no podía colocar bien la flecha. La tenía ya a medio camino hacia atrás para soltarla cuando el gamo salió corriendo de nuevo y desapareció. Vi que la flecha salía mal e iba a perderse por encima de donde había estado la pieza.

Jadeante y sudando, avancé por entre la niebla, que se fue hacia atrás como un gas malo que se evaporaba. Así, fui descendiendo la cuesta, llevando parte del tiempo un brazo extendido frente a la cara. Vi las tiendas —una de ellas, luego otra cosa semejante— como bajas manchas oscuras con cierta estructura en ellas, cosas sin duda inadecuadas allí.

Lewis estaba ya levantado, tratando de encender lumbre con unas ramitas y ramas mojadas. Mientras dejaba yo el arco, se acercaron los otros dos.

—¿Qué tal te ha ido, compañero? —dijo Lewis, mirando las ranuras vacías en la aljaba.

—Disparé.

—¡Vaya, conque sí! —dijo Lewis, irguiéndose.

—Sí. Un fallo espectacular a quince yardas.

—¿Qué ocurrió? Podíamos haber tenido buena carne.

—Creo que levanté demasiado la mano con que disparaba. No sé cómo pudo ser. El blanco se iba haciendo mayor por momentos. Fue como disparar contra la pared de una habitación. Pero fallé, ésa es la cosa. Fue sólo cuestión de un segundo, al soltar la flecha. Algo me decía: «Levanta la mano», y antes de darme cuenta de que no debía hacerlo, lo hice.

—Maldita sea —dijo Bobby—. Psicología. El delicado arte del bosque.

—No te faltará otra oportunidad —intervino Drew—. Aún tenemos mucho que recorrer.

—Qué demonios —dije—. Si le hubiera dado, iría ahora siguiendo su pista, aunque sería muy difícil encontrarlo con esta niebla. Y me extraviaría.

—Podías haber señalado el sitio desde donde disparaste y venir a buscarnos —dijo Lewis—. Lo habríamos encontrado.

—Estarías aviado si lo buscaras ahora —dije—. Probablemente estará ya en el condado siguiente.

—Desde luego —dijo Lewis—. Pero es una vergüenza. ¿Dónde se ha quedado la buena puntería de mi viejo compañero?

—Tu viejo compañero ha fracasado —dije—. Sin disculpa. —Lewis se me quedó mirando.

—Sé que tú no habrías fallado, Lewis —añadí—. No necesitas decírmelo. Tendríamos carne. Todo habría salido bien. Y ¿sabes una cosa? Ojalá hubieras estado allí y yo contigo. No habría disparado y habría visto cómo colocabas la flecha en el área del corazón. Exactamente en la sala de motores. A quince yardas, eso no es nada para ti. Cuando estaba allí, en lo que de verdad pensaba yo era en ti.

—Bueno, pues la próxima vez no pienses en mí. Piensa en la pieza. —Dejé el tema y fui a sacar de las tiendas lo que necesitábamos. Lewis había encendido ya el fuego. Cuando el sol empezó a tomar altura y fuerza, la niebla se quemó en pocos minutos. A través de ella el río, que al principio apenas podíamos descubrir, fue apareciendo sin cesar hasta que pudimos ver, no sólo la superficie y los detalles de la corriente, sino hasta los guijarros del fondo cerca de la orilla.

Tuvimos tortas con mantequilla y sorgo. Cuando terminamos, Lewis fue al río a lavar los cacharros con que había cocinado. Saqué todos los colchones de aire fuera de las tiendas, desatornillé sus cierres y me fui tumbando en cada uno de ellos hasta que de espaldas sentía el suelo, y por fin saqué el último soplo de aire que yo había introducido en ellos la noche anterior. Enrollamos las tiendas, húmedas y cubiertas de hojas y trozos de corteza y las cargué en las canoas. Les pregunté a los otros si creían que debíamos distribuirnos esta vez de modo distinto en las canoas, pues temía yo que Lewis, en su impaciencia, pudiera decirle a Bobby algo que fuera desagradable, y como Bobby me parecía de pronto estar al borde de la exasperación contra sí mismo por haber ido en la excursión, creí que probablemente sería lo mejor que me cuidase yo de él. Drew no se habría reído, o no se reiría en buena forma, con las ocurrencias que eran la única manera de Bobby para dar buena impresión, y me figuré que yo, en cambio, reaccionaría bien.

—¿Qué tal tú, tigre? —le dije a Bobby.

—¡OK! —exclamó—. ¿Hasta dónde crees que llegaremos hoy; tienes una idea?

—Sólo sé decirte que llegaremos hasta donde podamos —le respondí—. Depende del agua y de por cuántos sitios debamos ir a pie. Todos, incluso el mapa, dicen que hay una garganta por ahí abajo y eso me fastidia. Pero nada podemos hacer por ahora para remediarlo.

Bobby y yo fuimos juntos y desatracamos; en seguida tuve la seguridad de que me había metido en dificultades. Tampoco yo me hallaba muy bien, pero Bobby resoplaba y jadeaba después de las cien primeras millas. Le faltaba coordinación y la

canoa, que había ido muy bien con el firme y «serio» peso de Drew, se convirtió en una embarcación en la que Bobby parecía llamado y dispuesto a hacerlo todo mal, a librarse de nosotros. Estaba yo seguro de que Lewis se había enfadado con Bobby y casi tan seguro de que antes de pasar mucho tiempo lo estaría yo también.

—Tómalo con calma —le dije—. Con calma. Te esfuerzas demasiado. Lo que deseamos es mantener esto derecho. No necesitamos echar los riñones para llegar allí. Que nos lleve el río. Deja que lo haga «Jorge».

—«Jorge» no lo hace con rapidez suficiente. Quiero alejarme de este maldito sitio.

—Hombre, no está tan mal.

—¿No? Anoche me comieron los mosquitos. Unas picaduras sobre otras. He cogido un maldito resfriado por dormir en el maldito suelo. Tengo un hambre espantosa de comer algo que sepa bien. Y no me refiero al sorgo.

—Tranquilízate un poco y llegaremos allí... cuando lleguemos. Nada va a beneficiarle a tu resfriado si te caes en este río. Puedes hacer una puñetera apuesta.

—Jolines —dijo—. Sigamos. Este escenario de bosques me cansa. Me cansa cagar en un agujero en el suelo. Eso es para los indios.

Después de un rato remó ya con más serenidad y por detrás se le puso más colorado el cuello. A cada veinticinco yardas dábamos un par de remadas. Pero me pareció que tendríamos nuestras oportunidades de volcar, por mi alto centro de gravedad y los nervios de él, antes de terminar el día, sobre todo sí había largos tramos con muchas rocas. Con el equipo y con Bobby y yo, que pesábamos por lo menos cincuenta libras más que los otros dos, íbamos demasiado hundidos en el agua. Llevábamos demasiada carga para nuestro peso y le hice señas a Lewis para que se acercase a la orilla. Lo hizo, nos acercamos a la otra canoa y nos detuvimos.

—Está haciendo calor —dijo Lewis.

—Muchísimo —le dije.

—¿Viste aquella gran serpiente por allí?

—No. ¿Dónde?

—Estaba en las ramas de aquel viejo roble bajo el que pasaste hará una milla y media. No la vi hasta que estabas debajo y levantó la cabeza. No te quise alarmar; creí que se iba a poner nerviosa. Tengo casi la seguridad de que era un mocasín. He oído decir que se lanzan a los botes.

—Maldito sea —dijo Bobby—. Es lo único que nos faltaba.

—Sí —asintió Lewis—. Ya me lo figuro.

—¿Puedes llevar ahí algo de lo que tenemos en nuestra canoa, Lewis? —le pregunté—. Vamos muy hundidos con tanto peso.

—Ya veo. Pásanos el equipo de cocina y los paquetes de las camas. Así nos igualaremos en el peso, poco más o menos. También puedes darnos la mitad de las latas de cerveza que quedan.

—Lo haré encantado. Hoy necesitaremos todos algo con qué refrescarnos.

—¿Por qué hacerlo sólo con cerveza? —dijo Lewis, desabrochándose la camisa—. Aquí hay muy poca profundidad y poca corriente. Voy a mojar me.

Trasladé el material de cama, la cerveza, el primus y más utensilios de cocina a la otra canoa. Lewis estaba ya en el agua, desnudo, haciendo gran exhibición en ella y pareciendo un Johnny Weismuller en las viejas películas de Tarzán. Nadaba tan bien como hacía todo lo demás, y dominaba con facilidad a la corriente. Luego regresó y le brillaban los ojos al nivel del agua, por el esfuerzo realizado. Me quité el mono y me lancé, lo mismo que hizo Drew.

El río resultaba frío; me dio la impresión de llevar nieve y hielo recién derretidos. Pero estaba maravillosamente claro y vivo, y se rompía como cristal en torno a uno. Nadé un poco a favor de la corriente y con gusto habría renunciado a cualquier esfuerzo —ya estaba harto de esfuerzos, sobre todo de los míos— y dejado arrastrar muerto o vivo adonde buenamente me llevase el agua. Pero volví nadando contra la insistencia de la corriente y me puse junto a Lewis, al que le llegaba el agua hasta la cintura y le golpeaba la barriga. Le miré, pues nunca le había visto sin ropa.

Cuanto había hecho él por cuidarse en tantos años salía a relucir mientras se hallaba allí, en el agua. Me lo decían sus ojos, además de lo que estaba viendo en su exhibición. Nunca en mi vida vi un cuerpo masculino como aquél, ni siquiera en las fotos de levantadores de pesos que vienen en las revistas. La mayoría de esos tipos suelen ser bajitos y Lewis medía de sobra seis pies. Diría yo que pesaba unas 190 libras. Los músculos le envolvían suavemente y, cuando se movía, las venas formaban un notable relieve. Era su cuerpo como un conjunto de trozos de carne rojizos oscuros ligados por alambres azules y pensé en cuántos ejercicios habría tenido que hacer aquel hombre, y a cuánta dieta adecuada habría debido de someterse, para conseguir aquel aspecto.

Me puso una mano en un hombro y me dijo:

—¿Qué te parece, Gorila Bolgani?

—Creo que Tarzán habla con lengua torcida —le respondí—. Me parece que el Señor de la Selva habla con la lengua de la Serpiente Histah. Creo que nunca saldremos de los bosques. Él nos ha traído aquí para quedarnos y encontrar el reino.

—Sí —dijo Bobby desde la orilla—. El Reino de las Serpientes es el nombre adecuado.

Drew salió del río y se nos acercó.

—¡Qué bien se está aquí! —dijo—. Nunca sentí en mi vida algo tan maravilloso. Tan refrescante. Eso es. Ahora me siento ya con ánimos para seguir todo el día. Ven con nosotros, Bobby, y chapúzate un minuto.

—No, gracias. Esperaremos a que estéis listos.

Y se sentó con las rodillas levantadas, protegiéndose al sol del frío que notaba en nosotros. Cuando salí del agua y me puse el mono, tenía la cabeza fresca y el cuerpo recalentado y ganas de volver al agua antes de que empezase a derretirme de nuevo.

Bobby y yo volvimos a nuestra canoa y decidimos que podíamos trasladar algo

más a la otra canoa. Por último sacamos sólo una tienda, mi arco, un paquete de latas de cerveza y la guitarra de Drew, pues la canoa de madera hacía un poco de agua mientras que la nuestra estaba casi seca del todo. Envolvimos la guitarra en la tienda y volvimos a poner en movimiento la canoa.

Íbamos ya mucho mejor y Bobby remaba con mucha mayor facilidad por lo que nos habíamos aligerado de peso y quizá porque se había convencido que, mientras menos dificultades causara él, antes podríamos salir del río.

El agua estuvo en calma mucho tiempo. Dimos muchas vueltas, unas veces junto a una orilla, o bien siguiendo la otra. Procuré evitar los troncos sumergidos, y esto era bastante fácil. El río se amplió y tranquilizó, de modo que hubimos de remar más. Apenas sentíamos ya corriente alguna: era tan débil la que había que cuando dejábamos de remar era como si nos impulsara algo invisible bajo nosotros mientras el agua que nos rodeaba permanecía inmóvil. Lejos, ante nosotros, oíamos algún ruido, pero pronto retrocedía y se alejaba. A cada vuelta aparecía una nueva extensión de río y más bosques a los lados. A la derecha pasó rauda una garza real o algo así. Iba sobre la corriente abajo, frente a nosotros, primero a la izquierda, luego a la derecha, y después a izquierda-derecha, mojándose indecisa y con rápidos movimientos. Desapareció en la vuelta siguiente y luego, cuando llegamos nosotros allí, surgió de entre las hojas, donde no la habíamos visto, y se afirmó en el aire con sus largas alas azules lanzando un prolongado y raro grito y dando una magnífica media vuelta sobre el río frente a nosotros, luego descendió hasta casi batir el agua con los extremos de sus alas, de modo que su sombra aparecía por dondequiera que iba, vagamente y deformada por el agua. Ese espectáculo lo tuvimos durante cuatro o cinco vueltas, hasta que en otra perdimos de vista a la garza, o lo que fuera. Seguramente se internaría en el bosque, pero pensé que probablemente hubiese aprendido por fin a quedarse quieta, quizá para emprender un nuevo vuelo histérico en cuanto nos acercásemos y pasáramos, y guardándose su extraño y desesperado grito para cuando ya nos hubiéramos alejado.

En el nuevo silencio parecía el río más profundo cada vez bajo nosotros; los colores eran de tonos verdes más intensos a medida que el sol se elevaba. El ritmo de la corriente se aceleraba y avanzábamos con mucha mayor rapidez, aunque remásemos menos. Me dije que si alguien quería seguirnos por la orilla, no podría avanzar a la vez que nosotros por el agua.

De vez en cuando miraba yo hacia abajo por la proa a mis pies, tenso, y a las dos flechas que teníamos allí adornadas con pintura casera. Las grandes plumas anaranjadas salían de ellas en espiral y las puntas de las flechas brillaban al sol como radio. Aunque habría tenido que esforzarme mucho para disponer el arco y la flecha manteniendo el equilibrio, no dejaba de mirar a ambas orillas por si había algo que cazar y esperaba que hallásemos a algún gran ciervo bebiendo. Esa era una de las cosas que debíamos lograr.

Pasamos por aguas profundas y rápidas y salimos por fin a un amplio espacio

muy tranquilo bajo enormes árboles inclinados sobre el río y que casi lo cubrían, coníferas de alguna clase. Estaba aquello oscuro y con aire cargado, y tanto verde parecía privar de aire a nuestros pulmones. Como obedeciendo a una señal, Bobby y yo levantamos los remos y nos dejamos llevar por el río. Intensas agujas de luz se movían en el agua, doradas y lo bastante calientes como para quemar y casi tan sólidas que pudieran arrancarse de la superficie como uñas.

Pasamos junto a unos campos donde crecía hierba de unos seis o siete pies de altura. Una parte de la orilla, moteada, se movió y entró en el agua y tardé un minuto en darme cuenta de que era una serpiente. Cruzó a unos veinte pies frente a nosotros, como si nadase en *crawl*, con la cabeza erguida, y llegó a la otra orilla sin cambiar en absoluto el ritmo de sus movimientos. Era algo con un impulso único, los mismos movimientos y sin hallar obstáculos.

Proseguimos y remábamos ya lentamente. Yo adapté mi remar al de Bobby lo mejor que pude; me movía cuando lo hacía él. Llegué a meter el remo en el agua y sacarlo a la vez que él. Pensé que seguramente le agradaba la mejora, pero nada dije para no alterar el ritmo.

Después de dos horas de habernos abandonado la garza, nos habíamos bebido ya toda la cerveza que teníamos. El sol me molestaba en mi pequeña calva y tenía empapado de sudor mi mono de nylon. La lengua parecía hinchármese y la columna vertebral daba la impresión de astillármese. Así, me la tocaba de vez en cuando, entre las remadas, como para comprobar que nada se me había roto por allí. El borde de la tabla de asiento se me hundía en el muslo derecho, pues ésa era la única posición en que podía remar bien. Todas las molestias físicas parecían reunirse y nada podía hacer yo para evitarlas.

Miré hacia atrás. La otra canoa venía muy cerca. Lewis se mantenía detrás de nosotros porque, supongo, quería tenernos a la vista por si nos ocurría algo. De todos modos, venían casi a media milla y desaparecieron cuando tomamos otra curva y poco antes señalé yo con el remo hacia la orilla izquierda. No sabía si me habían visto y pensé en volver a hacer la indicación, dando por cierto que reaparecerían pronto. Deseaba yo desembarcar para tumbarme a la sombra y descansar un poco. Tenía sed y, desde luego, se me apetecía mucho contar con otra cerveza, que no tenía. Nos dispusimos a desembarcar.

Cuando nos acercamos a la orilla izquierda, llegó a nosotros un ruido como de ronroneo bajo los árboles; en cierto lugar se movían las hojas como si las agitase un vientecillo. La fresca agua verdiblanca de una caleta salía espumeante al río. Llegamos adonde podíamos desembarcar, a unos setenta metros río abajo. Mientras yo seguía remando para que no se nos llevase el agua hacia atrás, Bobby salió de la canoa y la hizo atracar.

—Esto se parece demasiado a trabajar —dijo Bobby mientras me tendía una mano.

—Vaya, por Dios —exclamé—. Estoy haciéndome demasiado viejo para estas

cosas. Ya pensarás que se aprenden cuando es uno más joven.

Bobby se sentó en el suelo y se desató un pañuelo que llevaba atado al cuello. Se inclinó hacia el río y empapó aquél. Luego se frotó la cara con el pañuelo, insistiendo especialmente en la nariz. Yo hice unos ejercicios frotándome un par de veces la punta del pie para quitarme la molestia que me fastidiaba por la postura que hube de llevar en la canoa. Luego miré río arriba y aún no podía ver la otra canoa. Me volví para decirle algo a Bobby.

Salieron del bosque dos hombres, uno de ellos arrastrando una escopeta por el cañón.

Bobby no tuvo ni idea de que estaban allí hasta que volvió la cabeza para mirarme. Luego se levantó sacudiéndose.

—¿Qué hay? —dijo.

Uno de aquellos hombres, el más alto, entrecerró los ojos. Avanzaron en semicírculo como si estuvieran evitando pisar algo. El más bajo era el mayor. Sus ojos eran grandes y parecían tener mucha parte blanca. Con una pelambre revuelta, medio cana y que le caía por las mejillas, era la suya una cara que daba la impresión de salir en varias direcciones. Llevaba puesto un mono, del que parecía salirse la barriga. El otro era delgado y alto y miraba como si lo hiciera desde una cueva con sus ojos amarillentos. Cuando movía las mandíbulas, el hueso inferior avanzaba demasiado para que tuviera dientes. «Presos fugados», me decía a mí mismo, para pensar en seguida: «Contrabandistas». Pero también podían haber sido sencillamente cazadores.

Se acercaron demasiado a nosotros, de un modo ridículo, por algún motivo. Procuré no ceder terreno, pues en ello podría parecer que perdía. El de más edad, acercándose mucho su enfermiza cara, me dijo:

—¿Qué demonios creen ustedes que hacen aquí?

—Vamos río abajo. Desde ayer.

Esperé que el hecho de hablarnos suavizaría la situación en cierto modo.

El bajo miró al otro; algo, o quizá nada, traían entre ellos. Tuve la impresión de que Bobby se había perdido de vista, y la otra canoa no aparecía. Me encogí en un movimiento físico que me era característico y casi al mismo tiempo dije:

—Salimos de Oree ayer por la tarde y esperamos llegar a Aintry a última hora de hoy o mañana temprano.

—¿Aintry?

Entonces apareció allí Bobby de nuevo y cuando habló tuve ganas de pegarle por su imprudencia:

—Claro. Este río sólo va en una dirección, capitán. ¿No lo ha oído usted decir nunca?

—No irán ustedes nunca a Aintry —dijo el hombre, recalcando todas esas palabras.

—¿Por qué no? —le pregunté asustado pero a la vez con curiosidad.



Resultaba interesante hacer que se explicase.

—Porque este río no pasa por Aintry —dijo—. Han debido ustedes de tomar en alguna parte un ramal equivocado de él. Por este río no se va cerca de Aintry ni mucho menos.

—¿Adónde se va entonces por él?

—Pues a... pues a...

—A Circle Gap —dijo el otro—. A unas cincuenta millas.

—Vaya —exclamó el que tenía la cara en espiral—. Ni siquiera saben ustedes *en dónde* están.

—Bueno —le repliqué—, vamos adonde vaya el río. Supongo que iremos a parar a algún sitio.

El otro hombre se acercó aún más a Bobby.

—En fin —dije—, nada tenemos que hacer con ustedes. No queremos conflictos. Pero si tienen ustedes por aquí un refugio, podría venimos bien. Nunca podríamos decir dónde está porque, ¿saben ustedes una cosa? Que llevan ustedes razón, pues no sabemos dónde estamos.

—¿Un ref... qué? —preguntó el alto, que parecía sinceramente sorprendido.

—Sí, hombre, un refugio. Si están ustedes fabricando whisky, les compraremos. Desde luego, nos vendrá bien.

El más bajo me miró fijamente:

—¿Tiene usted idea de las tonterías que dice?

—No sé qué demonios hacen ustedes.

—Ha dicho usted algo de que hacemos whisky. Creen ustedes que fabricamos whisky. Reconozca que nos ha acusado de eso.

—¡Mierda! —grité—. No tengo idea de si hacen whisky, o cazan en los bosques para alimentar sus jodidas vidas. No lo sé y nada me importa lo que hagan ustedes. No es asunto mío.

Miré al río, pero nos hallábamos demasiado apartados de la orilla para poder ver la otra canoa si es que se acercaba. No creía que se hubiera pasado de aquel sitio, pero no podía estar seguro de ello. Moví la cabeza al pensar que pudiera haberse pasado. Quizá nos hubiéramos adelantado excesivamente Bobby y yo.

Haciendo un gran esfuerzo de voluntad volví a mirar al hombre con el que estuve hablando y traté de no dejarme amilanar por él. Había notado algo en la manera de mirar yo hacia el río.

—¿Viene alguien más con ustedes? —me preguntó.

Tragué saliva y pensé en las posibilidades que se me presentaban. Si decía que sí y aquellos hombres se proponían atacarnos, meteríamos a Lewis y Drew en el lío sin que tuvieran con qué defenderse. Aunque también podía resultar que aquellos tipos nos dejaran, pues era más difícil habérselas con cuatro. Por otra parte, si decía que no, podían luego Lewis y Drew, —sobre todo Lewis—, hacer algo para sacarnos de aquello. Algo, no sabía qué. En mi mente surgían los potentes pectorales de Lewis y

sus venas sobresaliendo de los separados músculos de los muslos, sus piernas bajo el agua con los tobillos reducidos por el agua y macizos como los de un centauro. Era preferible decir que no.

—No —respondí y me alejé unos pasos tierra adentro para alejarlos aún más del río.

El alto y delgado tocó el brazo de Bobby. Lo palpaba con una extraña delicadeza. Bobby dio un brinco y entonces se elevó el cañón de la escopeta como sin querer, pero de manera convincente.

—Tenemos que marcharnos —dije—. Nos queda mucho río que recorrer. —Inicié un paso hacia la canoa.

—No irán ustedes a ninguna parte —me dijo el hombre que estaba frente a mí, poniéndome en el pecho el cañón de la escopeta.

El corazón me tembló con el golpe de los dos cañones —pues eran dos— y me pregunté qué pasaría cuando se disparasen: si se vería salir fuego por ellos o si sólo formarían una gran mancha gris y si se produciría en ellos algún cambio entre cuando uno estaba aún vivo y al morir partido por la mitad. Se ató en una mano la cuerda que usaba como gatillo.

—Vengan ustedes acá si no quieren que les hagamos saltar en pedacitos los cojones por todo el bosque.

Levanté a medias los brazos como un personaje de película. Bobby me miró, pero yo no podía servirle de nada. Me temblaba la vejiga. Penetré en el bosque por entre unos matorrales que vi, pero que no sentía cuando me rozaban. Fueron quedando atrás.

La voz de uno de aquellos hombres sonó:

—Póngase contra aquel arbolillo, de espaldas.

Elegí uno de ellos.

—¿Éste? —pregunté.

No hubo respuesta. Me puse contra el árbol que había elegido. Se me acercó el delgado y alto y me quitó el cinturón con el cuchillo y la cuerda que llevaba sujetos en él. Moviéndolo con mucha rapidez las manos, desenrolló la cuerda, me quitó el cinturón y me ató con él al árbol tan apretadamente que no podía respirar apenas. La hebilla quedaba al otro lado del árbol. Volvió con el cuchillo en la mano. Se me ocurrió que debían de haber realizado ya otra vez aquella operación. No era una técnica que hubieran improvisado para esa ocasión.

El delgado sostenía en alto el cuchillo y pensé que iba a relucir el sol sobre la hoja, pero allí no había sol. Incluso así, en la intensa sombra, pude ver el filo que le había hecho sacar yo por un afilador suburbano. El metal se había convertido, a fuerza de afilarlo, en un arma asesina.

—Mira —le dijo el hombre alto al otro—. Apuesto a que con esto se puede afeitar uno muy bien.

—¿Por qué no pruebas? Aunque parece que ése no tiene mucho pelo, aparte del

de la cabeza.

El alto tiró de mi cremallera mientras respiraba aceleradamente y la bajó hasta la cintura, dejándome abierto.

—¡Dios Todopoderoso! —dijo el de más edad—. Es como un maldito mono. ¿Has visto alguna vez algo parecido en un hombre?

El delgado puso la punta del cuchillo contra mi pecho y me raspó. Lo levantó luego, cubierto con un poco de vello negro y algo de sangre.

—Está bien afilado —dijo—. Podía estar mejor, pero corta bien.

Me caía la sangre de la mandíbula, donde había pinchado el cuchillo. Nunca en mi vida me habían tratado con tanta brutalidad; nunca fui víctima de semejante desprecio físico por otra persona. Lo temible no era el filo del cuchillo ni que éste fuese de acero: hubiera bastado con la uña de aquel tipo, con ella podía haber sido igualmente brutal; el cuchillo sólo ampliaba su desprecio. Volví a mover la cabeza, procurando respirar en aquel vacío gris lleno de hojas, un *vacío lleno*. Miré a las ramas del arbusto al que me habían atado y luego al claro donde estaba Bobby.

Con la boca abierta estaba mirándome mientras yo me esforzaba por respirar segundo tras segundo. Nada podía hacer él, pero cuando vio la sangre en mi pecho y en mi garganta, la situación en que se hallaba le aterró aún más que la mía. El hecho de que no le hubieran atado tenía algún significado.

Se acercaron los dos a Bobby y el delgado y alto llevaba esta vez la escopeta. El de la barba blanca y rala puso a mi compañero mirando hacia el río.

—Ahora, quítate los pantalones —dijo.

Bobby bajó las manos vacilante.

—¿Que me quite...? —comenzó a balbucir.

Se me contrajeron el recto y los intestinos. Dios mío. El hombre desdentado (se le había caído su aparato de prótesis) puso los cañones de la escopeta bajo la oreja derecha de Bobby y empujó un poco el arma.

—Sí, quítatelos en seguida —dijo.

—Pero ¿qué significa todo esto...? —empezó de nuevo Bobby débilmente.

—Tú, a callar —le interrumpió el de más edad—. Y haz lo que te dicen.

El que tenía la escopeta le dio a Bobby con ella un golpe tan rápido en la cabeza que llegué a creer que se había disparado el arma. Bobby se soltó el cinturón y se desabrochó los pantalones. Se los quitó mirando ridículamente para encontrar un sitio dónde dejarlos.

—También los calzoncillos —dijo el barrigudo.

Bobby se quitó los calzoncillos como un niño que se desnudase por primera vez en un gimnasio, y quedó allí, gordito y colorado, temblándole sus muslos sin vello. Apretaba las piernas una contra otra.

—¿Ves aquel tronco? Ve hacia allí.

Con pasos vacilantes, Bobby se dirigió lentamente hasta el tronco caído que le indicaban y se paró junto a él con la cabeza inclinada.

—Ahora ponte sobre él, tumbado.

El más alto empujó a Bobby con la escopeta para que se tendiese pronto y no se quedara arrodillado como estaba.

—Levántate la camisa, culo gordo.

Bobby se echó mano atrás y se levantó la camisa, dejándosela sobre la espalda. No podía imaginarme qué estaría pensando.

—He dicho que *te la subas bien* —insistió el alto. Y con la escopeta se la subió hasta la cabeza, haciéndole a la vez un gran arañazo por la espina dorsal.

El de la rala barba blanca se quedó en seguida desnudo hasta la cintura, desde abajo. No era necesario justificar ni racionalizar nada; iban a hacer lo que se les apetecía. Yo me esforzaba por respirar, mientras el cuerpo de Bobby seguía en una obscena postura que nadie podía remediar. El tipo alto le tenía puesta la escopeta a Bobby pegada a la cabeza y el otro se arrodillaba detrás de éste.

Sonó un grito y hubiera creído que era yo quien había gritado de no haber sido porque apenas podía respirar. Fue un alarido de dolor y ultraje seguido por un gemido angustiado y sin palabras. Atado fuertemente como estaba con mi propia correa, me vacié de aire los pulmones para mirar hacia el río. Toda mi sangre preguntaba dónde estarían mis otros compañeros y mientras miraba se apartaron un poco los matorrales en un sitio en el que no habría pensado yo y vi abrirse una especie de complicado paso hacia el río —¿o eran también hojas lo que se veía al fondo?, dudé por un momento— y atisé la canoa de Lewis. Él y Drew habían sacado del agua los remos y luego desaparecieron.

El de la barba blanca y sucia seguía laborando en Bobby, afirmándose de cuando en cuando en el suelo con las rodillas. Por fin levantó la cara para lanzar un aullido con todas sus fuerzas a la hojarasca y al cielo y se estremeció silenciosamente mientras que el hombre de la escopeta le miraba con una mezcla de aprobación y simpatía. El otro tipo se apartó.

El que estaba de pie también retrocedió y le quitó a Bobby de encima de la cabeza los cañones de la escopeta. Bobby, separándose del tronco del árbol, se tendió a un lado. Se tapaba la cara con las manos.

Suspiramos todos. Yo podía ya respirar un poco mejor, aunque muy poco. Los dos se volvieron hacia mí. Me estiré contra el árbol y esperé. Podía sentir mi cuchillo raspando la corteza junto a mi cabeza y vi cómo se le inyectaban en sangre los ojos al más alto de ellos. Eso era todo; yo no podía ya ni pensar. Esperé *con* el árbol.

El de la barba se situó detrás del árbol, que fue sacudido mientras el tipo aquel me desataba y me produjo un gran bienestar el aire que penetró en mis pulmones. Caí hacia adelante y en seguida el alto me puso los cañones de la escopeta bajo la nariz; fue una sensación muy rara, más divertida de lo que podría suponerse en tales circunstancias, pues en aquellos momentos pensé en Dean y Martha y ese mismo cerebro que pensaba en ellos iba a ser esparcido, una cierta materia, por las ramas y hojas dentro de unos instantes.

—Te estás quedando calvo y estás engordando, ¿verdad? —dijo el hombre alto.

—¿Y qué? —le respondí—. Sí, soy calvo y gordo. ¿Qué pasa?

—Eres peludo como un sucio perro, ¿no?

—Supongo que algunos perros son así.

—Qué demonios... —dijo, medio volviéndose hacia el otro.

—No tiene pelos en la lengua —asintió éste.

—Es verdad —dijo el alto—. A ver si con esto se calma.

Entonces se volvió hacia mí sosteniendo la escopeta sin mirarla. La tenía al aire, cogiéndola por la culata. Me dijo:

—Arrodíllate y reza, muchacho. Y más te valdrá rezar bien.

Me arrodillé. Cuando mis rodillas tocaron la tierra oí un ruido, una especie de chasquido en el bosque, algo así como una tira de goma que hubiesen soltado. El de más edad de los dos hombres estaba de pie ahora con la escopeta en la mano, y su estúpida expresión no se alteró, aunque le asomaba por la mitad del pecho una flecha que se lo había atravesado. Le asomaba pie y medio de una reluciente flecha roja. Ésta había aparecido tan súbitamente que parecía haberle crecido por dentro.

Ninguno de nosotros entendió nada; seguíamos parados en el mismo sitio y el alto, frente a mí, se desabrochaba los pantalones. Yo seguía de rodillas mirando el bosque y Bobby se retorció entre las hojas caídas. Le estaba viendo yo por el rabillo del ojo. Cayó al suelo la escopeta e hice un lento movimiento para apoderarme de ella mientras el tipo alto se lanzaba con un salto felino en la misma dirección. Había agarrado yo el arma con ambas manos y si la hubiese podido acercar a mí habría matado al instante a aquel hombre. Pero él tiraba de los cañones, aunque sin fuerza, y debió de reconocer que yo sostenía mejor la escopeta, pues ponía en quitármela todas sus energías. De pronto, se apartó de un salto y desapareció por donde había llegado la flecha.

Ya con el arma en mi poder, me enrollé la cuerda en la derecha. Movía la escopeta a izquierda y derecha cubriendo al bosque y al mundo entero. En el claro nos hallábamos Bobby, el herido y yo. Bobby seguía tendido en el suelo, aunque ya levantaba la cabeza. Me daba cuenta de sus movimientos, pero algo me confundía la realidad de su presencia, la del herido e incluso la mía y la vegetación hacia el río. El herido seguía en pie. No se concentraba en mi visión: me resultaba increíble su presencia. Había como una película sobre lo que entreveía, gris y vaga, y el herido perdía rápidamente toda posible energía. Me asombraba su manera de moverse. Tocaba la flecha como si estuviera haciendo un experimento y me convencí de que la tenía tan firme dentro de su cuerpo como sus huesos. Le salía por delante y por detrás. Cuando la agarraba con sus manos, éstas resultaban muy débiles en comparación con la firmeza de la flecha. Mientras yo las miraba, las manos se aflojaron aún más. Había caído de rodillas y luego se tumbó de lado levantando las piernas. Rodó de un lado a otro como si ya le fuera faltando el aire haciendo todo el tiempo un extraño ruido ronco. Se le enrojecieron los labios, pero con sus

convulsiones —en las que había algo cómico e indescriptible— parecía recobrar energía. Se incorporó en una rodilla y luego llegó a ponerse en pie de nuevo mientras yo seguía alerta con la escopeta en las manos. Dio un par de pasos hacia el bosque y después pareció cambiar de idea y vino hacia mí dando traspiés y vueltas en un círculo secreto. Tendió una mano en dirección a mí, como un profeta, mientras yo apuntaba a la punta de la flecha y sentía como hielo en mis dientes. Estaba dispuesto a tirar de la pequeña cuerda que disparaba el arma.

Pero no hubo necesidad de ello. En un último movimiento, aquel hombre se estiró a mis pies con la cara contra las punteras de mis zapatos blancos de tenis y, después de un temblor, se inmovilizó. Quedó con la boca abierta. La tenía llena de sangre. En sus labios se le formó una gran burbuja que se le quedó allí.

Retrocedí y lo miré todo de nuevo procurando situar las cosas. Bobby estaba apoyado en un codo y tenía los ojos tan enrojecidos como la burbuja del muerto. Se levantó, mirándome. Me di cuenta de que yo, sin saber lo que hacía, le estaba apuntando con la escopeta; y es que apuntaba a todas partes. Incliné el arma hacia el suelo. ¿Qué decir?

—¿Qué hay?

—Dios mío —dijo Bobby—, Dios mío.

—¿Cómo te encuentras ya? —le pregunté, pues necesitaba saberlo, aunque se me hacía violentísimo aludir a lo ocurrido.

La cara de Bobby estaba roja como la grana y movió la cabeza.

—No sé —dijo—, no sé.

Yo seguía de pie y él con la cabeza sostenida por una de sus palmas. Aún no se había levantado. Ambos miramos hacia delante. Todo estaba en gran calma. El muerto, con la flecha de aluminio clavada, yacía con la cabeza caída sobre un hombro y la mano derecha sobre la parte de la flecha que le asomaba. Por la espalda le salía la cresta de fantasía con que adornaba Lewis sus flechas, y era una nota muy rara en un bosque.

Nada ocurrió durante diez minutos. Pensé que quizás el otro hombre no volvería antes de que se presentara Lewis y empecé a figurarme una escena en la que Lewis saldría por un extremo del claro llevando su arco mientras que el tipo aquel aparecería por el otro lado, y que lucharían de un modo difícil de prever. Pensaba en los posibles detalles cuando algo se movió. Parte de la corteza de un gran roble avanzaba al nivel de las piernas y surgió Lewis llevándola, a la vez que, de lado, venía con una flecha dispuesta en el arco, que lucía una reluciente cresta. Le seguía Drew llevando, como un bate de *baseball*, un remo de canoa.

Lewis anduvo entre Bobby y yo, pasando sobre el cuerpo del hombre tendido en el suelo y apoyó en una hoja caída un extremo de su arco. Drew se dirigió a Bobby. Yo había tenido apuntando tanto tiempo la escopeta que se me hizo raro bajar los cañones para que apuntasen al suelo y sólo pudiesen matar lo que estuviera en éste. Sin embargo, lo puse en esa posición y miré a Lewis por encima del muerto. Tenía

aquél muy vivaces los ojos y sonreía con gran amabilidad.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué ha sido esto?

Me acerqué a Bobby y a Drew, aunque no tuve ni idea de lo que debía decirles cuando estuve junto a ellos. Había presenciado yo cuanto le había ocurrido a Bobby, y oído su alarido; deseaba asegurarle que borraríamos todo aquello como si no hubiera sucedido. Lo olvidaríamos en cuanto saliéramos del bosque o una vez que estuviésemos de nuevo en las canoas. Pero no me era posible decirlo ni preguntarle cómo se sentía y si creía que se le había producido una hemorragia interna. Y habría sido ridículo y humillante hacerle un reconocimiento.

No había que pensar en ello: se mantenía furiosamente apartado de nosotros. Se levantó y se alejó, aún desnudo de cintura para abajo, y era evidente que le dolían terriblemente los órganos sexuales. Recogí sus pantalones y sus calzoncillos y se los entregué. Él los recogió muy impresionado. Sacó un pañuelo y fue a ocultarse tras unos arbustos.

Arrastrando aún la escopeta, como la llevaba el hombre alto cuando le vi por primera vez salir de entre los árboles, volví adonde se hallaba Lewis, que se apoyaba en su arco y miraba hacia el río.

Sin mirarme, dijo:

—Pensé que era lo único que podía hacer.

—Y lo era —asentí, aunque no estaba completamente seguro—. A los dos nos hubiese pasado lo mismo y quizás hubiera sido aún peor.

Lewis miró en la dirección que había tomado Bobby y pensé entonces que debí de haberme expresado mejor.

—Creía que, sin duda, nos matarían después.

—Probablemente. De todos modos, el castigo por sodomía es en este Estado la pena de muerte. Y una violación amenazando a la víctima con un arma... No, es indudable que no os habrían dejado con vida. ¿Cómo iban a exponerse a eso?

—¿Cómo te imaginaste el peligro en que estábamos?

—Oímos a Bobby y lo que pensamos fue que a alguno de vosotros le había mordido una serpiente. Empezamos a dirigirnos hacia acá, pero entonces se me ocurrió que si se trataba de una mordedura de serpiente, el otro de vosotros habría podido atender al compañero igual que tres de nosotros, por lo menos al principio. Pero le dije a Drew que si os estaban atacando yo caería sobre ellos sin que se dieran cuenta, pues también había que pensar en una agresión.

—¿Qué hicisteis?

—Remontamos aquella pequeña ensenada, unas cincuenta yardas. Luego dejamos la canoa entre unos arbustos al borde del agua y subimos hasta unas treinta yardas de donde estabais. En cuanto vi que había cuatro personas busqué un sitio desde donde pudiera disparar por entre las hojas. Al principio no pude darme cuenta de lo que ocurría. Es decir, no estaba seguro, pues empecé a figurármelo. Lamento no haber podido evitar lo de Bobby, pero por lo menos conseguí que no me fallase la puntería

y no le di a él. Entonces vi que el tipo se balanceaba herido de muerte, esperé.

—¿Cómo supiste cuándo tenías que disparar?

—Pues era bueno cualquier momento en que la escopeta no os apuntaba a ti ni a Bobby. Tenía que esperar hasta el momento oportuno. Lo único que me preocupaba era que tú te hubieses puesto por en medio. Estuve apuntando todo el tiempo con la vista fija en la punta de la flecha. Creo que apunté por lo menos un minuto. Me hubiera sido mucho más fácil de no haber tenido que esperar tanto. De todos modos, no me fue muy difícil. Quería darle hacia la mitad de la espalda, un poco hacia la izquierda. Si no se hubiese movido, le habría acertado donde quería. Cuando solté la flecha estaba ya seguro de acertar.

—Y acertaste —dije—. ¿Qué vamos a hacer ahora con él?

Drew se acercó a nosotros frotándose las manos con tierra y sacudiéndolas sobre los lados de sus piernas.

—Sólo podemos hacer una cosa —dijo—. Poner el cadáver en una de las canoas, llevarlo a Ainty y entregarlo a la patrulla de la carretera. Contarles todo lo ocurrido.

—¿Contarles qué, exactamente? —preguntó Lewis.

—Pues lo que ha pasado —dijo Drew, elevando un poco la voz—. Esto ha sido un homicidio justificable, si los hay. Estaban abusando sexualmente de dos de nosotros amenazándolos con un arma de fuego. Como bien has dicho, no pudimos hacer otra cosa para impedir, por lo menos, que se lo hiciesen a uno de los dos.

—¿Sólo se podía atravesarle con una flecha? —preguntó Lewis con naturalidad.

—En fin, lo has hecho tú —dijo Drew.

—¿Y qué hubieras hecho tú?

—Nada importa lo que pudiese haber hecho yo —replicó Drew agriamente—. Pero insisto en que no creo...

—¿No crees qué?

—Espera un momento —intervine—. Lo que hubiéramos hecho o dejado de hacer nada importa ahora. Ahí está ese hombre y nosotros estamos aquí. No hemos sido nosotros quienes hemos empezado este asunto. No lo hemos pedido. La cuestión es qué va a pasar ahora.

Se movió algo junto a mis pies. Miró el desconocido, movió la cabeza como si hubiera visto algo que le asombraba, dio un gran suspiro y se inmovilizó de nuevo. Drew y Lewis se inclinaron sobre él.

—Pero, ¿está muerto o no? —pregunté. Ya había dado por seguro que había muerto y no podía concebir que se hubiera movido y suspirado.

—Ahora sí —dijo Lewis sin levantar la vista—. Está *completamente* muerto. Y no podríamos haberlo salvado. De esa herida no podía haber curado.

Lewis y Drew se irguieron y tratamos de volver a la conversación.

—Pensemos en esto un poco —dijo Lewis—. Calmémonos y pensemos en ello. ¿Sabe alguno de nosotros algo de leyes?

—Yo he sido una vez jurado, pero sólo una vez —respondió Drew.



—Pues ya lo has sido una vez más que yo —dije—. Y no sé absolutamente nada de los diferentes grados de asesinato y homicidio.

Todos nos volvimos hacia Bobby, que se había reunido con nosotros. Agitó su enfurecida cara.

—No hay que saber mucho de leyes para saber que si le llevamos al sheriff a este montañero, habrá una investigación y con toda seguridad nos procesarían —dijo Lewis—. No sé de qué podrían acusarnos en términos jurídicos, pero lo indudable es que nos enfrentaríamos con un jurado.

—¿Y qué pasaría entonces? —preguntó Drew.

—Pues el asunto está claro —dijo Lewis, apoyándose en la otra pierna—. Hemos matado a un hombre. Le hemos atravesado. Y no sólo hemos matado a un hombre, sino a uno de las montañas... Pensad en lo que ocurriría.

—Muy bien —dijo Drew—. Piensa en ello y dinos la conclusión a que llegas. Te escuchamos.

Lewis suspiró y se rascó la cabeza:

—Debemos esperar un poco antes de dejarnos llevar por impulsos de *boy-scouts*. Comportémonos sensatamente y hagamos lo que esté bien, aunque lo malo es que nada estará bien.

—Sólo hay *una* cosa que debemos hacer —dijo Drew.

Por mucho que pensaba yo en nuestra situación, sólo veía que nos amenazaban grandes dificultades. ¡Qué desesperada situación para el resto de mi vida! Siempre me ha producido gran temor cuanto tenga que ver con la policía. Me basta ver un uniforme de policía para que se me enfríe la saliva. Y ya sentía que en aquel ambiente tan tranquilo se me aceleraba la respiración y noté durante unos momentos el ruido del río, como quien oye algo detrás de una puerta.

—Es urgente que decidamos algo antes de dejarnos que nos procesen en estos montes. No sabemos quién es este hombre, pero sí que vivía por aquí. Podía ser un preso fugado o quizá fuese un falsificador de bebidas o padre, hermano o primo de alguien de por ahí. Puedo garantizaros que tiene parientes no muy lejos. Por esta zona seguro que todos son parientes de los demás. Y pensad en esto, además: hay mucho resentimiento por aquí con motivo del pantano. Se van a cambiar de sitio algunos cementerios, como en los viejos días de la TVA. Cosas de ésas. Esa gente no quiere que vengan por aquí forasteros. Y lo último que me gustaría sería que me procesaran en esta zona por haber matado a uno por la espalda, con un jurado que formasen sus primos y hermanos, y quizá sus padres.

Se había ganado un buen punto. Escuché al bosque y al río por si podía hallar en ellos una respuesta. Me vi a mí mismo y a los demás pasándonos mucho tiempo en alguna cárcel de pueblo con borrachos campesinos, alimentándonos de sorgo, cerdo salado y tripas, tratando de que se nos pasara el tiempo sin morirnos de aburrimiento, hablando con abogados, pagándoles cada mes y metiendo a mi familia en todo este lío insoluble, complicándonos más y más en la vida, muerte e identidad del hombre

repulsivo e inútil que yacía ahora a mis pies y al que se le había quedado una mano sujetando la cabeza de una flecha, con un goterón rojo en sus labios que tendía a írsele, arroyuelo de sangre, hasta debajo de una oreja. Por supuesto, Lewis se hallaba en una situación más complicada que los demás de nosotros, pero todos teníamos mucho que perder. Bastaba la publicidad de estar complicado en un homicidio para que las consecuencias durasen mucho. Si podía evitarse de alguna manera, tenía que librarme de aquello.

—¿Qué opinas, Bobby? —preguntó Lewis, y el tono de su voz sugería que la decisión de Bobby sería definitiva. Éste se hallaba sentado en el mismo tronco donde le habían obligado a inclinarse. Tenía la barbilla en una mano y se tapaba los ojos con la otra. Cuando se levantó parecía tener veinte años más. Se acercó al muerto. Entonces, con un arrebato tan súbito que fue como si estallase algo de otro mundo, dio varios puntapiés al rostro del cadáver. Lewis, tirando de sus hombros, le hizo retroceder. Luego lo soltó, Bobby se volvió y de nuevo se alejó.

—¿Y qué opinas tú? —me preguntó Lewis.

—No sé, Dios mío. De verdad que no sé.

Drew pasó al otro lado del muerto y señaló hacia abajo con mucho interés.

—No sé lo que piensas de esto, Lewis —dijo—, pero si lo ocultas te acusarán de asesinato. Hasta eso puedo decir que sé de leyes. Y no podrías resistir una acusación de asesinato en estas condiciones; es decir, tal como tú mismo las has descrito. Más vale que lo pienses bien si no quieres verte en peligro de la silla eléctrica.

Lewis le miró con una expresión de gran interés:

—Supón que no hay cuerpo del delito —dijo—. Si no hay cuerpo, no habrá delito. ¿No es verdad?

—Creo que así es, pero no estoy seguro —dijo Drew, mirando fijamente a Lewis y luego al cadáver—. ¿En qué estás pensando, Lewis? —preguntó—. Tenemos derecho a saberlo. Y más vale que nos apresuremos a hacer pronto algo. No podemos seguir retorciéndonos las manos.

—Nadie se retuerce aquí las manos —dijo Lewis—. He estado pensando mientras que tú has sostenido lo que podríamos llamar el punto de vista convencional.

—¿Y qué has pensado? —intervine yo.

—En lo que podríamos hacer con el cadáver.

—Eres un loco de atar —dijo Drew en voz baja—. ¿Qué quieres que hagamos con el cadáver? ¿Tirarlo al río? Ése es el primer sitio donde mirarían.

—¿Quién va a mirar?

—Cualquiera que lo esté buscando. La familia, los amigos, la policía. Quizás el tipo que estaba con él.

—No tenemos que tirarlo al río —dijo Lewis.

—Lewis —siguió Drew—, estoy hablando muy en serio. Esto no es uno de tus juegos. Has matado a alguien y ahí lo tienes.

—Lo he matado —dijo Lewis—. Pero te equivocas al decir que este asunto no

puede tratarse como un juego. Puede ser un juego de lo más serio, y si no lo ves así, no entiendes bien el asunto.

—Vamos, Lewis —le interrumpí—, por una vez no debes hablar así.

Lewis se volvió hacia mí:

—Ed, escúchame bien. Creo que podemos salir de esto. Librarnos sin que nos hagan preguntas y sin que surjan dificultades. Para ello basta con que aprovechemos bien la hora siguiente y hagamos bien un par de cosas. Si pensamos en esto serenamente y no cometemos errores, podemos conseguir que no se hable de este asunto. Si relacionamos este caso con la ley, quedaremos nosotros en relación con ese hombre, este cadáver, durante el resto de nuestras vidas. Tenemos que librarnos de él.

—¿Cómo? ¿Dónde?

Lewis volvió la cabeza hacia el río, luego medio levantó la mano y la movió en un amplio ademán tierra adentro, abarcando al bosque en un movimiento de la mano que se proponía llegar a muchas millas a lo lejos de éste, centenares de acres. En sus ojos apareció una nueva expresión —un nuevo color—, un astuto impulso de conspirador casi humorístico, su mirada de consciente placer, su gesto de entusiasta. Apoyó una mano sobre el arco con soltura después de ofrecernos a Drew y a mí toda la extensión del paisaje. Por fin me respondió:

—En todas partes. En cualquier sitio. En ninguno.

—Sí —dijo Drew, excitado—, podíamos hacer *algo*. Podríamos tirarlo al río. Enterrarlo. Incluso quemarlo. Pero lo encontrarían o, por lo menos, descubrirían algo de él, si se ponen a buscarlo. ¿Y qué me dices del otro, del que estaba con él? Sólo con que vaya y traiga...

—¿Traer a quién? —preguntó Lewis—. Dudo mucho que quiera traer a nadie y mucho menos al sheriff o a la policía del Estado para que sepan lo que estaba haciendo cuando mataron a este hombre. Quizá traiga a *alguien* aquí, aunque lo dudo, pero no sería la ley. ¿Y si vuelve, qué vamos a hacer?

Lewis tocó el cadáver con un extremo de su arco y miró de frente a Drew.

—No lo encontrarán.

—¿Y dónde va a estar? —preguntó Drew apretando la mandíbula—. ¿Cómo sabes que el otro tipo no anda por aquí cerca? Quizás esté observando ahora todo lo que haces. Y no sería tan difícil seguirnos si vamos a arrastrar el cadáver por ahí y a enterrarlo o hacerlo desaparecer de otro modo. Podría arreglárselas para que lo supiera la policía. Sin exponerse, haría que viniera aquí. Mira bien por ahí, Lewis. Ese hombre puede estar en algún sitio cerca.

Lewis no miró, pero yo sí. La otra orilla del río no era peligrosa, pero el lado donde estábamos se hacía cada vez más arriesgado. Una presencia invisible y poderosa parecía fluir y flotar sobre nosotros en tres direcciones: río arriba, río abajo y tierra adentro. Drew tenía razón, aquel individuo podía estar por allí. Los árboles y hojas eran tan densos que la vista se perdía en la inútil complicación del follaje y los troncos en la oscuridad creada por tanta vegetación; y en ésta el estúpido, pero a la

vez astuto cuerpo del otro hombre podía circular con tanta naturalidad como una serpiente o la niebla yendo adonde fuésemos nosotros, observando cuanto hiciéramos. Para defendernos de él —y me impresionó esta esperanza— sólo contábamos con Lewis. La seguridad y calma con que había matado a un hombre me resultaba aterradora, pero a la vez me tranquilizaba y, sin darme plena cuenta de que me movía, me acerqué a él. Me habría tranquilizado mucho tocar aquel antebrazo mientras él seguía allí en pie con una cadera levantada de modo que esta posición le hacía más larga una pierna y la postura resultaba simpática. Le habría seguido yo a cualquier parte, pues su presencia me tranquilizaba, y bien me daba cuenta de que eso tenía que hacer.

Sin dejar de mirar hacia el río, dijo Lewis:

—Pensemos a fondo en este asunto.

Bobby se levantó del tronco y se acercó a nosotros, enfrentándose a Lewis junto al cadáver. Me aparté del colorado rostro de Bobby. Ninguna culpa tenía de lo que le había ocurrido, pero se me aparecía como manchado. Recordé cómo había estado apoyado en el tronco mientras el tipo aquel lo forzaba, lo dispuesto que estuvo a dejarse hacer lo que fuera para salvarse y lo aguda que era su voz cuando gritaba.

Lewis se arrodilló junto al muerto. Se había puesto entre los dientes unas hierbas secas:

—Si lo llevamos por el río en la canoa, pueden vernos. Si alguien vigila, verá dónde lo dejamos caer. Además, como dice Drew, el río es el primer sitio donde lo buscarán. ¿Qué tenemos, pues, que hacer?

—Ir a buena distancia río arriba o abajo —dije.

—O dentro de él —me replicó Lewis—. O quizás una combinación de ambas cosas.

—¿Qué combinación?

—Yo diría una combinación de dentro y arriba. Supón que lo llevamos río abajo, pero por la orilla. Y si necesitásemos apresurarnos a librarnos de él lo enterraríamos o lo dejaríamos en cualquier sitio del camino. —También esa vez resultaba bien su plan. Los bosques río arriba eran más misteriosos que los que bordeaban a éste hacia abajo; nuestro futuro se abría sólo hacia esa parte.

—Así... lo llevaremos tierra adentro y hacia arriba de la corriente. Lo trasladaremos a la pequeña ensenada y seguiremos corriente arriba, por la orilla, hasta encontrar un buen sitio; entonces lo enterraremos y también a la escopeta. Y tengo la firme convicción de que nada malo nos pasará. En estos bosques abundan más los huesos humanos de lo que puede uno figurarse; desaparece la gente por aquí y nadie se entera. Dentro de un mes o de seis semanas, el valle estará inundado por la presa y toda la zona quedará a varios centenares de pies bajo el agua. ¿Creéis que el Estado va a renunciar a su proyecto sólo por consideración a un montañés? Especialmente si no saben seguro dónde está, ni siquiera si se encuentra con cierta seguridad en los bosques. No es probable. Y dentro de seis semanas... en fin, ¿habéis visto alguna vez

un lago? Hay muchísima agua y algo estará enterrado bajo ella, *debajo* de ésta, lo más hundido que pueda estar.

Drew movió la cabeza:

—Os digo que nada quiero tener que ver con eso.

—¿Qué quieres decir? —le dijo Lewis, mirándole acusadoramente—. No olvides que estás *metido* en esto como nosotros. *Quieres* ser honrado, *quieres* salir limpio de este asunto, *quieres* actuar con rectitud. Pero te falta lo necesario para arriesgarte. Créeme, si hacemos esto bien, volveremos a casa tan limpios como salimos. Es decir, si alguno no lo estropea todo.

—Sabes muy bien, Lewis —dijo Drew, oscureciéndosele de ira las gafas—, cómo está realmente nuestra situación. Yo no me presto a ese plan. No es cuestión de cojones, sino de ley.

—¿Acaso ves alguna ley por aquí? —le replicó Lewis—. La ley somos nosotros. Lo que decidamos dará el giro a las cosas. Lo mejor será que votemos a ver qué hacemos. Me someteré a la votación. Y también tendrás que aceptarla tú. No te queda otro remedio.

Lewis se volvió hacia Bobby:

—¿Qué opinas tú?

—Digo que nos libremos de ese hijo de la gran puta —dijo Bobby con voz ronca—. ¿Creéis que no tengo ganas de que *eso* desaparezca?

—¿Ed?

Drew me pasó la palma de la mano por delante de la cara y la movió:

—Piensa lo que haces, Ed, por amor de Dios —dijo—. Este maniático, que está medio hipnotizado, va a meternos a todos en la cárcel si no hace antes que nos maten. Hombre, eres razonable. Tienes familia. No estás comprometido en esto a no ser que hagas lo que quiere Lewis. Sé prudente y no hagas caso a lo que propone Lewis. No, Ed, *no*. Te lo ruego. No.

Pero yo estaba dispuesto a arriesgarme en el juego. Después de todo, lo único que hice fue quedarme atado a un árbol y, pasara lo que pasase, nadie podía probar nada más contra mí. Me hallaba convencido de que Lewis podía sacarnos de aquella situación. Si ayudaba a los demás a ocultar el cadáver, parecería una necesidad en la que todo el grupo estábamos conformes.

—Estoy contigo —le dije a Lewis por detrás de Drew.

—Entonces muy bien —dijo Lewis y agarró un hombro del muerto. Le dio la vuelta y empezó a tirar de lo que asomaba de la flecha que le había atravesado el torso. Se ayudó con la otra mano y tiró con fuerza. La flecha fue saliendo despacio teñida desigualmente de sangre. Lewis se levantó, fue hasta el río y lavó la flecha; luego regresó. Metió la flecha en su carcaj.

Le entregué la escopeta a Bobby y recogí mi cuchillo y la cuerda. Luego Drew y yo nos agachamos para levantar el cadáver por los hombros mientras Bobby y Lewis lo levantaban por los pies. Con las manos libres llevaban la escopeta, el arco y una

herramienta, que había en la recargada canoa, para abrir zanjas. El cadáver nos pesaba muchísimo y se me hacía evidente el significado de la expresión *peso muerto* mientras me esforzaba por andar erguido. Fuimos hacia el sitio de donde había venido Lewis.

Antes de haber recorrido veinte yardas, Drew y yo íbamos vacilantes por la hierba seca. Oí un ruido muy raro que, tenía la seguridad, era una serpiente cascabel. Miré a derecha e izquierda del cadáver hacia el bosque. La cabeza de éste se echó hacia atrás y arrastraba todo cuanto tropezaba.

Era increíble. Nunca había hecho nada semejante ni siquiera en mi imaginación. No podría describir lo que sentí diciendo que era un extraño juego. Y sin embargo creía que el cadáver iba a salir de aquel falso trance y que se pondría de pie estrechándonos a todos la mano, alguien nuevo que habríamos encontrado en el bosque y que nos daría una idea de dónde estábamos. Pero no; la cabeza seguía hacia atrás y teníamos que prolongar nuestros esfuerzos para transportarlo, procurando que no enganchara espinos y eglantinas para que no se nos dificultase la marcha.

Por fin llegamos a la pequeña «caleta», cerca de la canoa de Lewis. El agua empujaba por entre las hojas, y la corriente parecía, en una mitad, de agua lenta, y en la otra de matas y ramas arrastradas. Nada hubo en mi vida como aquello, pero allí estaba yo. Ayudé a Lewis y a los otros a meter el cadáver en la canoa. La ligera embarcación avanzó lenta y se sumergió, gran parte de ella en la «caleta» cubierta de hojas y ramas. Empezamos a empujar junto a la orilla, río arriba. Penetramos, por agua, en el bosque. Sentí yo los guijarros a través de las suelas de goma de mis zapatos de tenis y el agua me acariciaba las rodillas como una sombra. Sólo podíamos hacer lo que estábamos haciendo.

Nos conducía Lewis, tirando de la canoa por la proa, y el esfuerzo le hacía resaltar las venas. Llevaba sobre un hombro el cabo como si fuera un saco de oro. Los árboles, en su mayoría laureles de montaña y rododendros, formaban un arco sobre la «caleta», de modo que a veces teníamos que agacharnos mucho y recibíamos en el pecho el golpe del agua. A ratos era aquello como un túnel donde nunca se hubiera esperado una presencia humana y, en otros sitios, como un largo vestíbulo verde donde el agua cambiaba de tonos y temperatura y estaba mucho más tranquila.

Por aquella interminable cueva inundada y cubierta de hojas fuimos durante veinte minutos por mi reloj y el único objetivo parecía ser continuar sin cesar mientras nos daban en la cara las hojas de los rododendros y nos la tapaban. Me pregunté qué demonios haría si los demás desaparecían, e incluso la «caleta», y me quedaba sólo con el bosque y el cadáver. ¿Por dónde iría entonces? Si no dispusiera de la «caleta» para bajar por ella, ¿podría encontrar el río? Probablemente no; y por eso me unía con el cerebro y el corazón a los demás. Sólo con ellos podría salir de allí.

De vez en cuando miraba a la canoa y veía al cadáver «embarcado» en ella, con una mano sobre la cara y cruzados los pies, como una caricatura de un aldeano del

Sur demasiado perezoso para hacer algo que no fuese dormir.

Lewis levantó una mano. Todos nos detuvimos sosteniendo la canoa para que no se la llevase la corriente. Lewis se alejó por la orilla. Drew, Bobby y yo nos quedamos aguantando la canoa con nuestras caderas, y el hombre «dormido» se balanceaba en ella suavemente. Junto a nosotros, el bosque era tan denso que parecía de gran dificultad entrar en él. Podían habernos observado por entre aquella maraña desde varios sitios, pero nada ocurrió. Sentía yo cómo las otras manos cuidaban de equilibrar la canoa.

Unos diez minutos después volvió Lewis. Vimos salir del agua una pierna y apareció él. Era como si un árbol creciese en el agua de pronto, mas era un hombre. Tuve la impresión de que esas cosas les ocurrían todo el tiempo a las ramas en los bosques que eran lo bastante densos. Las hojas se apartaron «atentamente» y Lewis Medlock pudo pasar.

Amarramos la canoa a un arbusto y sacamos el cadáver. Cada uno de nosotros tuvo la misma relación que antes con éste para llevarlo. Creo que no habría podido cumplir mi parte del transporte si me hubieran hecho tirar de la otra pierna o de uno de los brazos.

Lewis no había encontrado un sendero, pero descubrió entre los árboles un claro que seguía tierra adentro y, según decía él, paralelo a la orilla. Ya eso estaba muy bien. Avanzamos por entre los grandes robles del agua esforzándonos por salir de la pequeña «caleta» y llevábamos vacilantes el cadáver. Sudábamos y procurábamos hacer los movimientos más firmes posibles entre tantos arbustos y árboles. Después de las primeras vueltas no tenía ya idea de por dónde íbamos y de un modo curioso me divertía sentirme así perdido. Cuando se hallaba uno en una situación como la nuestra, era mejor *seguir sin parar*, tener la impresión de que se había perdido uno. Pero eso era mientras seguíamos a la vista de la «caleta». Porque cuando la perdimos de vista e incluso dejamos de oír el ruido del agua, tuve la convicción de que me había perdido. Vagaba tontamente por el bosque ayudando a sostener un cadáver por una manga.

Lewis levantó de nuevo la mano y dejamos el cadáver en el suelo. Nos hallábamos junto a un charco de agua estancada que, o bien procedía de algún otro sitio, o había brotado en el lugar donde estaba. La tierra que lo rodeaba era blanda y fangosa.

Lewis vino hacia mí. Yo a mi vez me apresuré para acercarme a él y le vi sacar del carcaj la flecha con la que había matado a aquel hombre. Esperé que se pusiera a vibrar, pero me equivoqué. Era como las otras: civilizada y eficaz. La probé: estaba derecha. Se la devolví, pues por alguna razón no tuve ganas de dispararla. Lewis hizo un movimiento raro con la cabeza; algo entre incredulidad y decisión. Estuvimos examinando la flecha. No había sangre en ella, pero las plumas se hallaban aún mojadas de haberlas lavado en el río. Parecía sencillamente como cualquier otra flecha a la que se hubiera llevado entre la lluvia, la niebla o en la que hubiese caído

rocío. Se la dejé a él.

Lewis la puso en su arco. Tiró de la cuerda plenamente como yo le había visto hacer centenares de veces, de aquella manera inconfundible mucho más funcional y exacta que el estilo de un arquero en el relieve de una urna y, en pie, se concentró en el disparo que iba a hacer. Nada había por allí aparte del agua tan oscura, pero Lewis apuntaba a una parte muy concreta del agua: quizá determinada gota que se estaría moviendo y que, más pronto o más tarde, tendría que detenerse un instante.

Disparó. La flecha partió con un instantáneo y plateado relumbro y desapareció casi al instante mientras Lewis seguía como si aún la tuviera en el arco. No era posible que algo bajo el agua hubiera detenido a la flecha, ningún tronco enganchado en el fondo o una roca. Había desaparecido y podía haberse estado alejando hacia el blando centro de la Tierra.

Volvimos a levantar el cadáver y continuamos la marcha. Poco después llegamos a una orilla en pendiente y cubierta por hojarasca, como estiércol. Lewis se volvió hacia nosotros y nos guiñó un ojo. Dejamos el cadáver en el suelo. Uno de sus brazos estaba torcido hacia atrás y esa postura le daba un aire raro. Lo más terrible era que esa postura «no le doliera».

Lewis se cayó. Había empezado a cavar con la pala GI plegable que habíamos llevado para abrir zanjas donde hacer las necesidades. El suelo cedía fácilmente, o lo que estaba sobre él. No había tierra; sólo hojas y podredumbre. Era el olor de generaciones de moho. Pensé que muy bien podían inundar aquello, puesto que de nada servía.

Drew y yo nos pusimos en cuclillas y ayudamos con nuestras manos. Bobby se había quedado en pie y miraba por entre los árboles. Drew cavaba, aislándose en aquella tarea práctica y procurando hacerla lo mejor posible. Cubría el sudor su cara maciza pero picada, y su cabello negro, espeso y sólido con gomina, echado hacia un lado.

Era un sitio oscuro, tranquilo y casi sin aire. Cuando terminamos de abrir el foso, no quedaba ni un sitio seco en mi atuendo de nylón. Habíamos cavado una estrecha zanja de unos dos pies de profundidad.

Echamos el cadáver dentro, dejándolo de costado, increíblemente lejos de nosotros. Lewis tendió una mano y Bobby le dio la escopeta. Lewis la echó dentro y, apoyado en sus rodillas, miró cómo quedaba aquello. Luego alargó la mano derecha dentro de la tumba y le dio una vuelta a la escopeta para que ésta quedase mejor, según pensaba él.

—OK —dijo satisfecho.

Rellenamos la tumba trabajando a toda prisa. Yo no dejaba de tirarle tierra al cadáver para perderlo de vista lo antes posible. Fue desapareciendo lentamente en la húmeda suciedad e inutilidad del bosque. Cuando estuvo bien cubierto, Lewis allanó por encima con abundante moho.

Estábamos ya todos arrodillados. Nos inclinábamos hacia adelante jadeando, con



las manos en los muslos o en el suelo. Sentí el intenso impulso de desenterrarlo, de darle la razón a Drew. Más tarde no sabríamos ya dónde estaba la tumba; ahora lo sabíamos. Pero habría demasiado que explicar: el polvo que se había llevado consigo el cadáver al arrastrarlo, la tardanza, y lo demás. ¿O acaso debíamos llevarlo al río y lavarlo? Al pensar en que pudiera hacerse eso, me convencí. Era imposible y me sumé a los demás.

—Dentro de unos días estará esto lleno de helechos —dijo Lewis. Y animaba oír una voz, sobre todo si era la suya—. Nadie lo encontrará en un millón de años. Dudo incluso de que nosotros pudiéramos localizar este sitio de nuevo.

—Aún estás a tiempo, Lewis —dijo Drew—. Más te valdría asegurarte de lo que haces.

—Estoy muy seguro —dijo Lewis—. La primera lluvia borrará toda señal que hayamos dejado. No hay un perro que la pudiera encontrar. Cuando salgamos de este río, estaremos completamente tranquilos. Créeme.

Emprendimos la retirada. Yo no habría podido saber por dónde teníamos que volver, pero Lewis miraba continuamente su brújula de pulsera y me pareció que íbamos más o menos en la buena dirección; era la que yo habría seguido de haberme encontrado solo.

Llegamos, río arriba, adonde se hallaba la canoa. Inclinándonos para no tropezar con las ramas, y murmurándonos cada uno a sí mismo, seguimos al borde del agua. Me sentía separado de los otros, y sobre todo de Lewis. Ya no teníamos el impulso de ayudarnos unos a otros; me dije que si hubiera desaparecido en un hoyo, los otros no se habrían dado cuenta, sino que habrían seguido cada vez más rápidos. Cada uno de nosotros deseaba salir del bosque lo más pronto posible. A mí me ocurría eso y me habría significado un tremendo esfuerzo tener que dar un paso atrás para ayudar a uno de los otros.

Cuando llegamos a la canoa, subimos todos a ella. Drew y Lewis remaban y pude sentir cómo impulsaban a la canoa las largas remadas de Lewis, precisamente como queríamos avanzar. Drew se ocupaba de apartar las ramas bajas y volvimos al río antes de lo que creíamos.

La otra canoa estaba donde la habíamos dejado. Se balanceaba suavemente contra la orilla.

—A ver si nos alejamos de aquí con mil pares de demonios —dijo Bobby.

—Déjame pensar un poco —dijo Lewis—. No es ocasión de vanidad ni de resentimientos. ¿De cuánto esfuerzo te sientes capaz, Bobby?

—No sé, Lewis —respondió Bobby—. Haré todo cuanto pueda.

—Comprendo tu situación —le replicó Lewis—, pero no va a bastar con hacer sólo el esfuerzo normal. Hemos de combinarnos lo mejor que podamos. Lo mejor será que lleve a Bobby conmigo. Ed, ¿te queda mucho peso en esa otra canoa?

—No sé. Algo.

—Bien. Tú y Drew iréis en mi canoa. Bobby y yo llevaremos cuanto podamos en

la otra. Trataremos de ir a la vez que vosotros, pero será preferible que vayáis delante para que podamos ver si os ocurre algo. Siento mucho decírtelo, pero por lo poco que sé, aún no hemos llegado a la peor parte de este río.

—Ya, la parte que iba a ser tan divertida —dijo Bobby.

—Sí, la que te va a hacer saltar tus estúpidos sesos si no haces exactamente lo que te diga —le soltó Lewis con voz tranquila—. Vamos, sacad parte de lo que hay en esa canoa. ¿Queréis libraros de una parte de la carga, no?

Pasamos unos diez minutos transportando equipo de la canoa de Lewis, que iba a ser ahora la nuestra, a la otra.

—Tómalo todo, si puedes llevarlo, Lewis —le dije—. Si Drew y yo hemos de entrar primero en esas malditas corrientes, quiero poder medio dominar, por lo menos, la canoa donde vaya. Me aterra que las cosas se me vengán encima mientras lucho con el agua.

—No te lo echo en cara —dijo Lewis—. Llevaremos cuanto podamos.

—Todo lo que necesito es un arma. Mi arco.

—Eso debes pensarlo bien —me aconsejó Lewis—. Crees que las tiendas te serían muy molestas y olvidas que las puntas de flecha pueden herirte más de una vez si caes contra ellas.

—De todos modos, quiero llevar el arco y las flechas —le dije—, y echo de menos la escopeta de aquel tipo. Debimos habernos quedado con ella. ¿Por qué diablos se la dejaste a él?

—La escopeta está mejor donde está —dijo Lewis.

—Podíamos habernos librado de ella después.

—No. Hubiera sido demasiado arriesgado. Mientras llevásemos con nosotros la escopeta estaríamos en peligro de que nos cogieran con ella. Eso ocurriría, amigo mío, eso mismo.

Estábamos dispuestos. Drew gateó hasta la proa de la canoa de aluminio. Me gustaba que él fuese conmigo; con Drew me las arreglaba yo bien. Se sentó sosteniendo el remo rozando el agua y movía la cabeza. Ninguno de los dos habló hasta que le dije que empezásemos a remar.

Eran aproximadamente las cuatro de la tarde y me causaba una tremenda impresión pensar que íbamos a pasar entre los bosques, o en ellos, otra noche. Los problemas y el esfuerzo físico del enterramiento habían apartado mi mente de nuestra situación, pero ahora, al pensar en lo que podría sucedernos, era como si alguien me estuviese metiendo a martillazos ese pánico en la cabeza. Pero también había algo diferente que se apoderaba de mí. Las hojas brillaban, puntos misteriosos en todas ellas, y el río y la luz en él eran energía pura. Nunca había vivido tan en la punta de los nervios y una gigantesca entereza, una firme conciencia que me valía una especie de equilibrio, me impulsaba los brazos para remar con seguridad y me mostraba dónde estaban las rocas por las diferencias entre los remolinos del agua.

Avanzamos bien durante casi una hora. Lewis también se las arreglaba perfectamente con la otra canoa, medio hundida con tanto peso, pero yo no me daba exacta cuenta de cuánto le costaba llevarla a tan buena velocidad. Lewis se echaba sobre sí grandes dificultades y, como podía vencerlas, hacía siempre más que los otros. Me contentaba comprobar que, en cualquier emergencia, su sistema defensivo seguía funcionando igual o incluso con mayor eficacia. Pero también me satisfacía mucho que Drew y yo fuésemos con ligereza y maniobrando hábilmente. No había rápidos, pero el río parecía irse moviendo a mayor velocidad. Teníamos la extraña, pero clara impresión, de ir descendiendo una pendiente, como en una larga rampa. Fui notando esto cada vez más, y por último se me ocurrió que esa impresión me la causaba la tierra a ambos lados. Al principio las orillas se habían ido elevando, la izquierda más que la derecha, pero ya subían ambas sin cesar y en líneas quebradas, cada vez más altas. El ruido del río llevaba consigo una especie de redoble, ruido que aumentaba a medida que eran más altos los muros laterales, disminuyendo rápidamente el número de árboles y arbustos y aumentando el volumen de piedra. Casi siempre esos acantilados de río no eran verticales, aunque muy empinados, y tenía yo la seguridad de que nos veríamos en gran peligro si volcábamos. Deseaba que no hubiera rápidos mientras estuviésemos en la garganta, o que fueran fáciles de pasar.

Remábamos y remábamos. Drew se inclinaba hacia adelante como si estuviera sentado ante una mesa de despacho y a cada una de sus remadas la vieja camisa GI que llevaba adoptaba una nueva posición en sus hombros, que a la vez era como se la ponía antes.

Miré hacia atrás. Le llevábamos ya una cierta distancia a la otra canoa, que iba a unas treinta yardas detrás de nosotros. Me pareció oír a Lewis gritarnos, probablemente que fuésemos más despacio, pero la voz, fundiéndose con la resonancia de los muros de piedra, carecía de autoridad y venía a ser poca cosa.

A ambos lados de nosotros, los acantilados del río tenían ya una altura de unas ciento cincuenta yardas. Navegábamos tanto en la resonancia de las elevaciones laterales de rocas como en la corriente: venía a ser lo mismo; era nuestro camino para cruzar la garganta.

Volví de nuevo la cabeza y Lewis y Bobby se habían adelantado un poco. Estaban demasiado cerca de nosotros para que pudiéramos dejarnos llevar al mismo tiempo por los rápidos, pero nada podía hacer yo para evitarlo si el agua los lanzaba contra nosotros.

Estaba cambiando el ruido; era ya más profundo, masivamente frenético y autoritario. El mismo ruido de antes, pero que también tenía algo de nuevo, era más lleno y resonante incluso que por la resonancia en los acantilados de río. Eran unas reverberaciones en las que se fundían todos los sonidos del río que habíamos oído desde que navegábamos por sus aguas. Pensé: «Dios mío, ya sé lo que es esto». Y si,

efectivamente, nos esperaban unas cataratas, estábamos perdidos.

El sol se ponía por el lado derecho de la garganta y la sombra de la orilla cruzaba tan rápidamente el agua que era como vista y no vista de un lado a otro. El principio de la oscuridad nos cayó encima como si nos cubrieran con un inmenso paño negro y en ella se precipitaba aún más el agua formando mucha espuma bajo la canoa. Me castañeteaban los dientes por el peligro de estrellarnos contra las masas laterales de rocas. Parecía que saltábamos con la canoa por una inmensa zanja abierta en el agua. Era como si fuésemos por una corriente subterránea a la que hubiesen quitado el techo.

No podríamos llegar a Aintro de noche; ya estaba seguro de ello. Y no nos sería posible sobrevivir en el río, incluso tal como estaba ahora y ya no parecía poder estar mucho peor, si no nos era posible ver. El último sitio del mundo donde me hubiera gustado hallarme era en una garganta en tinieblas. Era preferible seguir remando mientras quedase un poco de luz, encontrar un sitio donde pasar la noche, aunque sólo fuese algún sitio junto a las imponentes orillas donde no nos arrastrase la corriente. Quizá pudiésemos dormir en las canoas.

Torcimos en otra vuelta y en el extremo de ésta empezó a hundirse el lecho del río. Hubo una serie de pequeños pero violentos rápidos; me era imposible saber hasta dónde llegaban. Casi lo único que había aprendido yo de navegar en canoa era meterme con la embarcación por la parte que parecía moverse con mayor rapidez, donde se hallaba la mayor parte del «agua blanca». Quedaba ya muy poca luz y decidí buscar un sitio adecuado en la orilla, hicieran Lewis y Bobby lo que hiciesen.

El agua nos zarandeaba implacablemente. Salimos a una estrecha parte entre los rápidos, pero íbamos demasiado veloces para apartarnos de en medio del río antes de llegar a las rocas siguientes. No quería arriesgarme a que el río nos lanzase contra ellas. Eso no sólo nos haría volcar, sino que probablemente arrojaría a la canoa contra uno de los muros laterales y la fuerza del agua zarandearía a la canoa contra él. Y luego no podríamos arreglárnoslas todos nosotros en una sola canoa tan cargada como ya iba y porque sería aún más difícil de manejar con los cuatro en ella.

—Dame más velocidad, nene —le grité a Drew.

Drew se apresuró a remar con mayor rapidez.

Algo le ocurrió. Al principio parecía —lo veo en tres dimensiones en el recuerdo, con movimientos retardados y también inmovilizado— como si algo, una racha de viento, pero mucho más definido y concentrado, le tirase por detrás del pelo. En un segundo creí que había sacudido la cabeza o que la canoa le había zarandeado de alguna manera que a mí no me hubiese afectado, pero en el mismo instante sentí que la canoa se libraba de nuestro control. El río se llevó en un torbellino el remo que sostenía Drew. Era como si nunca hubiese estado en su mano. Su brazo derecho siguió la huida del remo y Drew cayó en esa dirección volcando con él toda la canoa. Nada podía hacer yo para remediarlo; caí en la misma dirección.

En un movimiento reflejo, momentos antes de que cayese de cara al agua

mientras todo el río se revolvía en torno y parecía darse la vuelta, dejé caer mi remo y eché mano al arco, que estaba a mis pies, pues incluso en el pánico sabía yo que me era más importante tener un arma que un remo por peligrosa que fuese la proximidad de las flechas en aquellas tan revueltas aguas.

El río me arrastró, pero yo llevaba mi arco. El salvavidas que me había puesto me sostuvo y la canoa de Lewis se hallaba sobre mí como una ballena. La corriente la agitaba. Me dio un gran golpe en un hombro, sumergiéndome donde los guijarros se movían como marmolillos vivos y algo, probablemente uno de los remos, me golpeó a un lado de la cabeza mientras Lewis o Bobby tiraba de mí como si intentasen levantar una roca. Di unas patadas en una de las rocas que sobresalían en el fondo y pude elevarme dentro del agua. Río abajo, la canoa verde, ya enderezada, iba junto a la otra, Bobby y Lewis equilibraban la suya poniéndose en lados opuestos. Me di un golpe en una roca y sentí que algo —un músculo o un hueso— se me había «soltado» en una pierna. Volví a presionar con los pies en otra roca, aún dentro del agua. Seguramente quedé luego cabeza abajo en otro movimiento, pues me faltaba el aire. Abrí los ojos, pero nada veía. Levantaba cuando podía la cabeza, con la esperanza de sacarla del agua, pero no lo conseguía. No podía respirar y el agua me batía por todas partes. Recibía sin cesar golpes y violentos roces en los sitios más inesperados e improbables del cuerpo y parecía tropezar con todo lo que había dentro del río.

Daba vueltas sobre mí mismo. Rodaba y trataba de nadar por el huido fondo. Mi situación parecía desesperada. Como si estuviera muerto o casi. Sentía que me disolvía en la violencia y la brutalidad increíbles del río. Pensé: después de todo, no es esta una manera tan mala de desaparecer; quizá ya me haya «ido».

Por fin me asomó la cabeza por encima del agua y llegué a pensar en sumergirme de nuevo, voluntariamente. Pero entreví las dos canoas y verlas me interesó lo suficiente para darme ganas de vivir. Estaban juntas, la verde y la otra y ambas se agitaban violentamente en el agua como leños flotantes en la corriente. Algo seguía sujetando mi mano izquierda al agua. La canoa de madera se estrelló contra una roca y desapareció. La de aluminio, que se había soltado e ido hacia adelante, chocaba contra las rocas; eran unos sonidos distantes, una rara vibración que resultaba hasta bella.

«Pon los pies hacia adelante», me decía yo a mí mismo, cuando pude apartar de la corriente mi boca. «Ponte de espaldas».

Traté de hacerlo, pero cada vez que me flotaban las piernas me daba contra alguna roca, ya fuera con los tobillos o en los muslos. Me sumergí de nuevo y seguía oyendo muy débilmente los ruidos de la canoa de aluminio al golpearse contra las rocas. Quedé de espaldas y me deslicé sobre las piedras del fondo como si fuera la criatura que siempre había llevado en mí, pero a la que nunca había dejado suelta. Me sentía arrastrado hacia los rápidos siguientes.

Incluso allí abajo, me daba cuenta de que no podríamos haber pasado por allí en las canoas. Había demasiadas rocas, estaban distribuidas éstas con tanta

caprichosidad y el agua se precipitaba con excesiva violencia... Los muros laterales impedían que desembarcásemos y, aunque parezca raro, casi me parecía normal lo ocurrido y me dije que, en resumidas cuentas, estaba haciendo yo lo único que podía hacerse en aquellas circunstancias.

Era terriblemente agradable, aparte de los golpes en las rocas. Un par de veces me di con la cabeza contra ellas hasta que aprendí a evitarlas. Cuando conseguí librarme de los obstáculos, nada nuevo me hirió.

Y bien sabía que estaba herido. Pero no tenía seguridad de en qué partes de mi cuerpo. La mano izquierda me dolía mucho y me preocupaba más que el resto del cuerpo, pues no recordaba habérmela golpeado contra algo. Entonces me di cuenta de que había estado sosteniendo las flechas por las puntas y me habían cortado la palma cada vez que las apretaba. También llevaba el arco. Lo sujetaba con el brazo izquierdo. Me cambié de sitio tanto las flechas como el arco. En un nuevo movimiento vi agua en calma abajo por entre otra serie de rápidos. Sujetando el arco en un brazo, me relajé y sin siquiera pisar los guijarros del fondo me dirigí hacia arriba por las frías ondulaciones en el agua en calma.

Ya flotaba; no era arrastrado. Dejándome llevar indolentemente por el amplísimo y oscuro lecho, miré a un lado de la garganta que se elevaba sin cesar. Las piernas me dolían mucho, pero podía moverlas y tenía casi la seguridad de no haberme roto ninguna de las dos. Saqué del agua la mano; estaba herida en algunos sitios, pero no tanto como yo había creído. Tenía un corte diagonal a través de la palma, pero no profundo; como un gran arañazo.

Seguí flotando, esforzándome en reponer las fuerzas lo suficiente para pensar en lo que tenía que hacer. Por último, empecé a mirar río arriba, hacia donde estaban los otros. Mi cuerpo se había endurecido y me era muy difícil moverme al faltarme la tremenda autoridad de los rápidos para decirme lo que debía hacer.

Ni hacia arriba ni hacia abajo había alguien en el río, aparte de mí. Contemplé la última de las cataratas; por lo menos tenía idea de haber pasado ya las otras. Probablemente había varios sitios donde el agua caía, por entre las rocas, de diferentes modos. Mis tres compañeros tenían que estar en algún sitio, vivos o muertos.

Cuando pensaba en eso, apareció rodando Bobby por entre los rápidos y luego quedó boca abajo en la parte tranquila. Le indiqué la orilla y él empezó débilmente a dirigirse hacia allá. Eso mismo hice yo.

—¿Dónde está Lewis? —le grité.

Movió la cabeza, y yo dejé de nadar y me volví para esperar haciendo la plancha en medio de la corriente. Después de un par de minutos apareció Lewis, encogido y con aspecto muy cansado, sujetando aún con una mano un remo y la otra en la cara como apretándose algo intolerable. Nadé hacia él y me quedé a su lado en el agua fría bajo las cataratas. Se retorció dolorosamente, como si algo que no parecía presente le estuviese sujetando.

—Lewis —le dije.

—Se me ha partido una pierna —se quejó—. Siento como si me la hubieran arrancado.

El agua donde estábamos no había cambiado de color.

—Agárrate a mí —le dije.

Movió su brazo libre y se sujetó al cuello de mi leve mono de nylón y nadé hacia los grandes riscos que se hallaban debajo del acantilado. La oscuridad aumentaba mientras cruzaba yo el río con el tembloroso cuerpo de Lewis tirando de mi cuello.

Desde donde estábamos parecía el acantilado del río la pantalla de un cine al aire libre esperando que empezase la proyección de una película épica. Era como si fuese a empezar la música de presentación y yo miraba de vez en cuando la pálida y algo curvada superficie de piedra como si fuera a aparecer la estupenda imagen de Víctor Mature, y me preguntaba de dónde saldría o si no habría empezado ya la película sin haber acertado yo a verla.

Cuando nos acercamos al muro vi que había a sus pies unas cuantas rocas sueltas y una diminuta playa de arena adonde iríamos a salir. Sobre una de aquellas rocas estaba ya Bobby. Me dirigí hacia él, que se levantó y, no muy seguro de qué hacer con sus manos, vino hasta la orilla.

Me tendió una mano y salí del agua tirando de Lewis. Éste se subió a una roca cómoda, para lo cual tuvo que esforzarse mucho, y luego volvió a encogerse a causa de un fuerte dolor.

La roca, aún caliente con el resto del sol que cruzaba el río al ponerse, sostenía bien a Lewis y le ayudé a tenderse de espaldas y aún seguía con una mano sobre la cara.

—Dispararon contra Drew. Lo vi —dijo Lewis, como si no tuviera labios—. Está muerto.

—No estoy seguro —dije, pero temiendo que fuese cierto lo otro—. Algo le ha pasado, desde luego, pero no sé... no sé.

—Quitémosle los pantalones —le dije a Bobby.

Me miró.

—No te preocupes de las frases —añadí—. Ya no es lo mismo, hombre. Hay que quitarle los pantalones para ver lo herido que está. Tengo que recuperar a la maldita canoa, o tendremos que quedarnos aquí.

Volví al río. Nadé temiendo la posibilidad de que me disparasen a la luz que muy pronto acabaría del todo, y me movía en la corriente como un extraño animal, sintiendo el peso y la falta de peso familiares del agua. Con la cabeza muy despejada, me sumergí.

La profundidad aumentaba con la oscuridad. La canoa de aluminio flotaba pálidamente, y la mitad de su bulto aparecía en la oscuridad total dirigiéndose lentamente hacia los rápidos siguientes, perezosa, muy lenta, por el agua en calma. Cerca de allí, saliendo a la superficie, tropecé con algo de madera, que resultó ser un

remo roto. Lo agarré. Nadé con movimiento retardado en torno a la canoa, atento al ruido de un disparo que no oiría si me mataba y que no había oído cuando mató a Drew, si es que le habían disparado. Desde allá arriba no podían verme y yo lo sabía, aunque pudieran ver la canoa. Incluso esto era dudoso y se me ocurrió que podría pasarme la noche dando vueltas nadando en torno a aquélla.

Había gran calma, aparte de las corrientes. Me agarré a la volcada canoa, dándole para un lado y otro hasta que conseguí voltearla afortunadamente y se vació el agua que había llevado consigo. Con gran trabajo conseguí ponerla de nuevo en marcha. La corriente pasaba en torno a mí y se perdía en la oscuridad río abajo. Podía yo distinguir un poco de la blanca espuma, pero afortunadamente se alejaba. Volví al pie del acantilado y llamé a Bobby en voz baja. Me respondió.

Miré y apenas pude distinguirle la cara. La canoa fue hasta él impulsada por el mismo empujoncito que le daba yo a mi Dean cuando aprendía a nadar. Bobby entró en el agua e hizo atracar a la canoa tirando de la maroma que llevaba en la proa. La dejamos segura bajo un saliente.

Desembarqué sin decir nada.

—Por amor de Dios —exclamó Bobby—, no te quedes ahí tan tranquilo. Yo estoy ya muy nervioso.

Aunque tenía abierta la boca, la cerré contra la oscuridad y fui hasta Lewis, el cual había bajado de la roca y estaba tendido en la arena. Sus desnudas piernas relucían y tenía todo levantado el pernil derecho de sus pantalones. Bastaba verle para saber que tenía roto un muslo; me incliné y lo toqué muy suavemente. Contra el reverso de mi mano se movió dolorido su pene. Su cabello, al volverse la cabeza de un lado a otro, removía la arena.

No era una fractura complicada; no pude notar las astillas óseas que me habían enseñado a observar en innumerables cursos de primeras ayudas, pero sentía una gran hinchazón bajo mi mano. Era como una cosa que intentaba abrirse, partirse, dejar salir algo.

—Resiste, Lewis, ahora estamos muy bien —le dije.

La oscuridad era muy densa. El ruido del río nos envolvía mucho más que cuando había luz. Me senté junto a Lewis y llamé a Bobby. Se arrodilló junto a mí.

—¿Dónde está Drew? —me preguntó.

—Dice Lewis que ha muerto —le respondí—. Probablemente. Pueden haber disparado contra él. Pero no estoy seguro. Aunque estaba mirándole, no podría asegurar...

La mano de Bobby tiraba de mí. Me incliné sobre él. Quería decir algo, pero no podía. Por fin pudo expresarse:

—Eres tú. Tienes que ser tú.

—Claro que soy yo, hombre —le dije—. Estoy aquí. Nadie puede tocarnos.

—No, no, es que... —el río se llevó el resto de lo que dijo, pero Bobby insistió—. ¿Qué vamos a hacer? —hizo decir a la oscuridad. La noche se había comido su



colorado rostro.

—Creo que no saldremos vivos de esta garganta.

«¿Fui yo quien dijo eso?», pensé. Sí, lo dije yo. Sí, fueron las palabras de un sonámbulo, eran palabras mías y las creía.

—Creo que ese hombre se propone acabar mañana con los que quedamos —dije en alta voz, palabras aún más raras que cualquier fantasía. «¿Cuándo empezará la película, Señor?», me pregunté.

—¿Qué...?

—Y tendré que hacerlo. ¿No lo harías tú?

—No sé...

—Si Lewis lleva razón, y creo que sí, ese desdentado hijo de la gran puta nos fue siguiendo y apuntando cuando luchábamos contra los rápidos y antes de que fuésemos con demasiada velocidad. Mató al primer hombre del primer bote. Luego me habría matado a mí. Después te hubiera tocado a ti.

—O sea, que hemos tenido buena suerte al volcar.

—Eso es. Muchísima suerte.

Era una palabra que parecía impropia en nuestra situación. Afortunadamente, no podíamos vernos las caras. Me sentí tranquilo y con los ojos entrecerrados, pero quizá no fuera esa mi expresión. Había que hacer algo.

—¿Qué vamos a hacer? —insistió Bobby.

—La cuestión es qué va a hacer *él*.

No me respondió. Proseguí.

—¿Qué puede perder ahora? Es exactamente lo mismo para él venir ahora contra nosotros que lo fue para nosotros cuando enterramos a su compañero en el bosque. No habrá testigos. Nada para acusarle. En verdad, para cualquiera, ese hombre nunca nos vio ni nosotros lo hemos visto. Si los cuatro desaparecemos en el río, así quedará la cosa. ¿A quién demonio le importa? ¿Qué expedición de búsqueda podría organizarse en esos rápidos? De nada va a servir un helicóptero aun cuando se pudiera ver lo que hay en el río desde uno de ellos, lo que no es posible. ¿Crees que alguien va a volar en un helicóptero sobre este río sólo por si *podiera* ver algo? Ni por asomo. Podría haber una investigación, pero bien seguro puedes estar de que nada sacarían en claro. Éste es un río terrible, como sabes de sobra. Lo que nos ocurrirá si nos mata ese tipo es que nos convertiremos en una leyenda. Convéncete: sería uno de esos casos sin solución.

—¿Crees que está ahí arriba? ¿Lo crees?

—Pienso que lo mejor que podemos hacer es creerlo.

—¿Y entonces qué?

—Estamos presos en esta garganta. Él no puede bajar hasta aquí y para nosotros la única salida posible es el río. No podemos salir de aquí de noche y cuando aparezcamos de día, estará él por ahí arriba.

—Jesucristo Todopoderoso.

—Sí, más vale que digas eso. Como diría Lewis; «Ven, Jesús, y haznos caminar sobre esa blanca agua». Si tienes fe en eso, tendremos que hacer lo necesario.

—Pero, escucha, Ed —dijo, y su patético tono humano contra el ruido del río hizo que me encogiera—, has de estar seguro.

—¿Seguro de qué?

—De que tienes razón. ¿Y sí te equivocas? Quiero decir, si no nos amenaza nadie desde ahí arriba... —Hizo un gesto vago.

—¿Quieres arriesgarte?

—No, si no es imprescindible, no. Pero ¿qué...?

—¿Que qué?

—¿Qué podemos hacer?

—Pues tres cosas —dije, y era como si otra persona me fuese diciendo cuáles eran—. Podemos seguir sentados aquí, llorar y llamar a nuestras mamás. Podemos invocar a los elementos. Quizá pudiésemos poner a Lewis en la roca otra vez y bailar la danza de la lluvia en torno a él para cortar la visibilidad. Pero si llueve, no podríamos librarnos, y Lewis quizá muera. Mira allá arriba.

Me gustaba oír el sonido de mi voz pronunciando las palabras en tono y manera de la montaña, sobre todo estando en la oscuridad: sonaban como las de alguien seguro de donde estaba y que supiera lo que hacía. Pensé en Drew y en el chico albino que cantaba en la gasolinera.

Hubo una pausa mientras mirábamos entre las alas del acantilado y veíamos que las estrellas empezaban allí y que no había nube alguna.

—¿Y luego qué? —dijo Bobby.

—Pues que alguien puede intentar subirse allí y lo esperaríamos arriba.

—Lo que quieres decir es que...

—Lo que quiero decir es como dicen en las películas, sobre todo en las de las tardes de sábado, o él o nosotros. Hemos matado a un hombre. También él ha matado a uno. Para que uno se libre depende de a quién mate. Así de sencillo.

—Bueno —dijo—, muy bien. No quiero morir.

—Si no quieres morir, déjame pensar. Tenemos que hacer nuestro plan lo mismo que lo está haciendo él allá arriba. Todo depende de eso.

—No tengo ni la menor idea de lo que puede estar pensando él.

—Podemos partir dando por cierto que él nos va a matar.

—Eso puedo figurármelo muy bien.

—Luego hay que pensar cuándo. Nada podrá hacer hasta que no haya luz. Lo cual significa que tenemos hasta la mañana para lo que vamos a hacer.

—Aún no sé de qué se trata.

—Déjame seguir un poco. Creo que con todo ese tremendo ruido ahí abajo, no podemos oír un disparo. Después de tirar contra Drew, podía haber disparado contra nosotros y solamente lo habríamos sabido al caer otro de nosotros. No tengo ni la menor idea de si puede apuntar bien desde donde está. Pero me parece razonable

suponer que nos vio lo bastante bien para saber que le daba a Drew y que las canoas se habían volcado. Podría suponer que los demás nos hemos ahogado, pero no creo que se arriesgue a darlo por cierto. Ésta es un agua muy revuelta y peligrosa, pero el hecho de que tú, Lewis y yo hayamos salido de ella demuestra que puede lograrse y pienso que él lo sabe. Además, la razón de que no se nos haya cargado al resto de nosotros ha sido que, al llegar aquí donde estamos, hemos quedado lejos de él y que la oscuridad era muy densa. Eso ha sido una suerte para nosotros y significa que, por lo menos, tenemos un par de ventajas si sabemos utilizarlas.

—¿Ventajas? Vaya ventajas. Tenemos un herido. Y una canoa con el fondo hundido. Contamos con dos miembros de la expedición que nada saben de bosques, y que ni siquiera saben dónde demonios están. En cuanto a él, tiene un rifle y nos domina desde arriba. Sabe dónde estamos y necesariamente hemos de seguir quedándonos, mientras que no tenemos ni idea de dónde se halla él, ni siquiera sabemos quién es. Si tú y Lewis lleváis razón, no nos queda ni una maldita oportunidad. Si está ahí arriba y quiere matarnos, puede hacerlo.

—Bien, pero no ha ocurrido todavía. Y nos queda una buena carta.

—¿Qué?

—Cree que no podemos llegar hasta él ni alcanzarle con disparos. Pero si eso nos es posible, lo mataremos.

—¿Cómo?

—Con un cuchillo o con flechas.

—¿Nosotros?

—No, uno de nosotros.

—Yo ni siquiera sé disparar un arco —dijo. Y durante un ratito, estaba salvado.

—Desde luego, eso reduce nuestras posibilidades —dije—. ¿Te das cuenta de lo que quiero decir?: que resolvamos nuestros problemas. Sólo tienes que pensar un poco.

Era una decisión que, ya me daba cuenta, nos separaba. Incluso en la oscuridad era evidente la separación.

—Ed, ponte en razón. ¿De verdad crees que podemos subir allá arriba en la oscuridad?

—Para decir la verdad, no lo creo. Pero no nos queda otra posibilidad.

—Sigo pensando que se ha marchado ya. En tal caso, ¿qué hacemos?

—¿Y si no se ha ido? —dije—. ¿Quieres arriesgarte dándolo por cierto? Escucha, si me caigo rodando por ese jodido acantilado, a nadie voy a dañar... aparte de a mí mismo. Si me disparan, no van a herirte a ti. Tienes dos probabilidades de seguir viviendo. Si se ha ido, o si por una u otra razón no dispara, o si falla tantas veces que la canoa puede escapar río abajo, seguirás viviendo. Y si voy allá arriba y lo mato, vivirás. De modo que no te preocupes. Deja que me preocupe yo solo.

—Ed...

—Cállate y déjame pensar un poco más.

Miré al costado de la garganta, pero nada podía decir de aquello aparte de que era horriblemente elevado. Pero su parte baja, por lo menos, no era tan empinada como había creído yo al principio. Más que ser absolutamente vertical, era más bien una pendiente muy inclinada y me parecía poder escalarla, por lo menos en parte, cuando la luna subiera un poco y me permitiese ver un poco mejor.

—Ven aquí, Bobby. Y escúchame todo lo que voy a decirte. Te lo haré repetir antes de que me vaya, porque este asunto ha de hacerse bien y precisamente desde el principio. Esto será lo que tendrás que hacer...

—Muy bien. Te escucho.

—Ten a Lewis lo más cómodo y con la mejor temperatura que puedas. Cuando haya alguna luz —y quiero decir sencillamente sólo *algo de luz* para que puedas ver por dónde vas—, llévate a Lewis a la canoa y aléjate. Todo el asunto hay que decidirlo sencillamente ahí.

Y era yo quien tenía que resolverlo. Anduve un poco por la estrecha franja de arena y, no sé por qué, entré un poco en el borde del río. Seguramente quería tener una renovada sensación de todos los elementos presentes y también mirar a lo alto del acantilado. Mientras el agua me fluía en torno a mis tobillos y con la cabeza levantada contemplaba cómo se inclinaba hacia atrás el acantilado en la oscuridad. Habían aparecido más estrellas en torno a lo alto de la garganta, una especie de río de ellas. Probé el arco.

Pasé por él mi mano derecha tocando las piezas rotas y trozos de fibra de cristal. Parte del miembro superior del arco parecía más duro de lo que debería estar, pero ya estaba así antes. Saqué las flechas que me quedaban. Había empezado con cuatro, pero gasté dos con el ciervo. Una de las restantes se mantenía bastante recta. La acabé de enderezar con los dedos como me había enseñado Lewis, sintiendo los movimientos que hace una flecha de aluminio cuando la pone uno derecha. Quizás estuviese un poco doblada en la cresta, precisamente debajo de las plumas, pero podía ser disparada y a poca distancia debía de acertar. La otra que quedaba estaba demasiado doblada y la enderecé lo mejor que pude con las manos, pero poco podía hacer en la oscuridad. Sosteniéndola al nivel del ojo y apuntándola al mejor de los sitios con cierta luz en el cielo no llegué a ver lo bastante bien para saber exactamente dónde y cómo estaba torcida. Pero la punta se hallaba, por fortuna, muy bien.

Volví adonde estaba Bobby y apoyé el arco contra el borde de piedra por encima de la canoa. Bobby se adelantó hacia mí; desenrollé la fina cuerda que había llevado todo el tiempo arrollada a la cintura. Una cuerda sería muy útil en aquella situación. Había sido un afortunado al comprarla, y llegué a creer, durante unos momentos, que esa buena suerte también influiría en las otras cosas que me esperaban. Me lié la cuerda en mi pulgar izquierdo y luego hasta el codo. Até los extremos después de pasar por ellos el gran cuchillo.

—No te duermas —le dije a Bobby.

—No es probable —dijo—. Dios mío.

—Ahora escúchame. Si sales en cuanto amanezca, harás un estupendo blanco desde allá, en todo lo alto. Estarás seguro siempre que sigas por donde van los rápidos. Si llego arriba del acantilado, estaré ya allí por entonces y se nivelarán las probabilidades si es que nuestro hombre, la Mosca Humana, ha encontrado la manera de subir. Haré cuanto pueda para procurar que no dispare contra ti. Por lo poco que pude ver del acantilado antes de que oscureciese del todo, es muy quebrado y si ese tipo yerra el disparo desde algún sitio, o si puedes escapar de él sin que te vea, no podrá seguirte; lo que tendrías que hacer entonces sería darte prisa en tomar una vuelta del río y estarías libre.

—¿Ed, quieres decirme una cosa? ¿Has pensado alguna vez que pudiera haber más de uno?

—Sí, lo he pensado. Debo reconocerlo.

—¿Y qué pasaría si los hubiera?

—Entonces sería muy probable que nos mataran mañana temprano.

—Te creo.

—Pues yo no creo que haya más de uno. Te diré por qué. No es una buena idea implicar a alguien en un asesinato si se puede evitar. Eso por una parte. Por otra, no creo que haya tenido tiempo de ir en busca de otra persona y traerla. Tiene todas las ventajas; no necesita a nadie para ayudarle.

—Espero que tengas razón.

—Debemos dar por cierto que la tengo. ¿Algo más?

—Sí, y tengo que decirlo. No creo que estemos haciendo esto como es preciso. Quizás estemos equivocados.

—Me juego la vida en acertar. Lewis lo haría así. Y he de seguir este plan. Ahora debo irme.

—Escucha —dijo Bobby, sujetándome débilmente—; no puedo hacerlo. No me quedaré como un palomito atontado mientras tú te metes en el bosque y dejas que nos cacen. No puedo. No me resigno a eso.

—Oye lo que te digo, hijo de perra. Si quieres subir al acantilado no tienes más que hacerlo. Ahí está; no se va a marchar. Pero si soy yo quien subo, lo haremos como yo diga. Y te juro por Dios que si no haces exactamente lo que te he dicho, te mataré yo mismo. Así de sencillo. Y si abandonas a Lewis en esta roca, también voy a matarte.

—Ed, no voy a dejarlo. Sabes muy bien que no soy capaz de abandonarlo. Es sólo que no quiero quedar ahí fuera a tiro de un asesino y darle todas las facilidades para que me mate como a Drew.

—Si todo sale bien, y si haces cuanto te he dicho, no te matará. *Escúchame*. Voy a repetirte lo que yo te he advertido y que se te quede bien grabado. Te diré lo que vas a hacer pase lo que pase.

—Muy bien —dijo por fin.

—Número uno, ponte en movimiento en cuanto puedas ver lo bastante bien el río

más allá de la serie de rápidos más cercanos. Probablemente, aún habrá poca luz para disparar desde arriba. Incluso si hubiera suficiente luz, no tendría mucha probabilidad de darte cuando estuvieras en los rápidos. En cuanto estés en agua tranquila, rema con furia durante un rato y luego ve despacio. No sigas a una velocidad constante. Si dispara contra ti haz cuanto puedas para llegar a la serie siguiente de rápidos o hasta el recodo más próximo. Si ves que no puedes escapar, es decir, si sus disparos llegan cada vez más cerca de ti, hunde la canoa, deja que se pierda. Procura dejar a Lewis en un buen sitio, luego quédate con él y espera todo un día; yo trataré de acudir en vuestra ayuda. Si en ese tiempo no doy señales de vida, sabrás que he fracasado. Entonces deja a Lewis y procura ir río abajo lo mejor que puedas, aunque tengas que nadar parte de ese recorrido. Llévate las tres chaquetas de salvamento y déjate flotar. No podemos estar a más de quince millas de un puente por donde pasa la carretera. Pero si tienes que hacer eso, recuerda, por el amor de Dios, dónde dejaste a Lewis. Si no te acuerdas, se morirá. Eso desde luego.

Me miró y, por primera vez desde que el sol se había puesto, pude verle los ojos; tenía en ellos unos puntos de luz.

—De modo que ya sabes —le dije. Recogí el arco y fui junto a la canoa cerca de donde estaba tumbado Lewis moviendo la cabeza incansablemente sobre la arena. Me puse en cuclillas junto a él; temblaba con el falso frío del dolor y me contagió parte de ese frío cuando me tocó en el hombro.

—¿Sabes qué demonios estás haciendo?

—No, criatura —le dije—. Pero trataré de arreglar las cosas.

—No dejes que te vea ese tipo —dijo—. Y no tengas misericordia. Ninguna.

—No la tendré si puedo evitarlo.

—Pues evítalo.

Contuve la respiración.

—Mátalo —dijo Lewis.

—Lo mataré si puedo encontrarlo —dije.

—Bien —y se tendió de nuevo—, aquí estamos, en el corazón del País de Lewis Medlock.

—Es cuestión de pura supervivencia —dije.

—Esto es la consecuencia inevitable; ya te lo dije.

—Sí, me lo dijiste.

Había cambiado todo en torno a mí. Metí el brazo izquierdo entre el arco y la cuerda de éste y me lo subí hasta el hombro, junto con las flechas. Luego me acerqué hasta la pared del acantilado y puse una mano en la piedra, la mano que se había cortado con la flecha en el río, como si tocándolo pudiera darme plena cuenta de lo que era el acantilado y también todo el problema que teníamos planteado, como si lo tuviera en la palma de la mano. El ruido del río parecía haber aumentado como si las rocas del canal hubieran cambiado de posición. Luego pareció calmarse y el ruido aumentado volvió a como era antes a media distancia, en la mitad de la corriente.

Supe que ésa era la señal, corrí por la orilla y me estiré lo bastante para apoyar un codo en el primer saliente bajo. Arañándome los costados y las piernas subí a él y me puse en pie. Bobby y Lewis estaban directamente debajo de mí y de una especie de tejado de piedra, y lo mismo podían no haber estado allí. Por mi parte, me hallaba en la soledad más completa en que nunca estuve.

Mi corazón se expandía alegremente al pensar yo dónde estaba y lo que hacía. En el agua había una luz nueva; la luna no dejaba de ascender y me quedé mirando la corriente, de espaldas a la roca, unos minutos. En nada pensaba y me dominaba un profundo sentimiento de desnudez, desamparo e intimidad.

Me volví con muchos y pequeños movimientos de los pies y me apoyé en el muro de piedra, comprobando exactamente con el tacto su inclinación. Puse en él la mejilla y, levantando ambas manos en la oscuridad, hice pasar los dedos independientemente sobre la suave superficie rocosa. Esa suavidad me fastidiaba más que todo lo demás. Temía que algo sobre lo que pisara o que agarrara se soltase. Puse la mano derecha en lo que parecía una resquebrajadura y empecé a «tantear» algo con los dedos de mi pie izquierdo. Había una desigualdad —un bulto— en la roca. Di un leve puntapié en ella para comprobar si no se desprendía. Luego me puse encima y me ayudé tirando con el brazo derecho para levantarme despacio sobre el saliente echando más hacia atrás sobre el hombro izquierdo el arco —y tenía por ello que valerme más del brazo derecho que del izquierdo—, metiendo luego la rodilla derecha y un pie en un agujero. Me afirmé lo mejor que pude en mi nueva posición y empecé de nuevo a ascender. Había a la izquierda una protuberancia y avancé hacia ella admirado de la situación en que me hallaba.

El acantilado no era tan escarpado como yo había creído, aunque por lo que me había parecido antes de que volcásemos, sería más vertical hacia arriba. Si me hubiera caído habría sido un resbalón limitado más que una caída al río o sobre el saliente, y eso me tranquilizó un poco —no mucho— cuando me lo figuré.

Subí a la desigualdad plantando firmemente el pie izquierdo. Afirmé sólidamente en ella las plantas de los pies y con la mano derecha me agarré a lo que parecía una raíz. Miré hacia abajo.

Ya estaba pálida la parte superior del saliente, a diez o doce pies por debajo de mí. Me volví y lo olvidé, concentrado en mi esfuerzo por subir. Tenía gran cuidado en mi ascensión y procuraba asegurarme con las manos y un pie antes de pasar a una nueva posición. Algunas veces podía hacerlo y entonces aumentaba mi confianza. Con frecuencia sólo podía sostenerme con una mano y un pie o con las dos manos. En una ocasión sólo pude emplear una mano, pero fue con mucha fuerza y arrastraba el cuerpo hasta poder por fin poner un dedo de un pie sobre la roca y subirme.

El interés y los problemas de aquella ascensión empezaron absorbiéndome, pero notaba ya que las soluciones eran cada vez más difíciles: el acantilado comenzaba a «pesarme» mucho en el pecho y en la cara. Oía mi respiración acelerada, los silbidos y jadeos de ésta contra la piedra: el acantilado se hacía cada vez más empinado y mis

esfuerzos por cada pulgada de subida eran tremendos. Se me cansaban los brazos, y las piernas me vibraban. Me convencí de que no mirar abajo ni atrás —el famoso consejo al que escala—, formaría parte de mi escalada. Empezaba a sentir pánico. No tanto como debía haber sido, pero casi. Me concentré cuanto pude para ser ultrasensible al acantilado, tocándolo con más suavidad que antes, aunque temblaba mucho. Seguí subiendo pulgada a pulgada. Con cada movimiento a una posición nueva y más alta sentía una mayor «ternura» por el muro.

A pesar de todo, miré hacia abajo. El río se había calmado y la luna lo iluminaba. Ocupaba todo el espacio que veía debajo de mí, llevando en su centro una larga y retorcida imagen de luz como una llama helada e inclinada. Yo debía de estar a setenta y cinco o cien pies por encima de ella. Allí me encontraba yo colgado sobre una gloria inescapable, un pozo brillante.

Me volví de cara al acantilado y puse los labios sobre éste, teniendo en los músculos y los nervios exactamente la sensación de poseer el muro en cuatro sitios sueltos, de modo que se me unía todo aquello.

Fue entonces cuando se me ocurrió bajar, recorrer la orilla y buscar un sitio más fácil para subir. No lo hice, por supuesto. Puse un pie hacia atrás, tanteando en el vacío. Nada había allí en que apoyarme, luego volví a posarlo en el sitio del acantilado donde lo había tenido antes. Se quedó allí como un animal y de nuevo empecé a subir.

Agarré algo —parte de la roca— con la mano izquierda y empecé a tirar. No podía subir. Con la mano derecha me sujeté la muñeca de la izquierda, cuyos dedos temblaban. Afirmé un dedo de un pie en el acantilado, pero eso fue todo cuanto pude hacer. Miré hacia arriba y me sostuve. El muro de nada me servía. Era como si en él me faltase el apoyo que tenía. Colgaba del modo más inseguro. Concentré toda mi energía en los dedos de mi mano izquierda, pero iba perdiendo ese apoyo. Me hallaba en la parte perpendicular del acantilado y si no podía escalarlo pronto, aquella superficie me despellejaría. Había ideado lo que me parecía un buen plan si me ocurriera eso: consistía en apartarme de aquella inmensa pared y descender de nuevo hasta el río. Pero incluso si lograba librarme de las rocas, el río era muy poco profundo cerca de la orilla adonde yo iría a parar en mi descenso y la caída sería casi tan mala como si cayese en rocas. Tendría que librarme del arco.

Resistí. Mediante gran cantidad de pequeñas maniobras de prueba fui tanteando la hendidura y toqué hacia arriba con la mano izquierda, equilibrado por el arco (que me colgaba del hombro) a lo largo de la pared de piedra, recordando escenas de películas en las que una mano en primer plano se tiende desesperadamente hacia algo, por las rejas de una prisión hacia una llave, o desde arenas movedizas hacia alguien o algo donde agarrarse. Nada había allí. Intenté entonces sujetarme a la pared de la derecha. No encontré en ella nada donde asirme. Probé con el pie que me quedaba al aire esperando que si podía conseguir un sitio bastante bueno donde apoyarme, podría subir un poco para explorar algo más del muro con las manos, pero tampoco allí me



fue posible hallar algo para sostenerme, aunque busqué hasta donde pude con los dedos de un pie y la rodilla, hacia arriba y hacia abajo, atrás y adelante. Me temblaba lamentablemente la pantorrilla izquierda. Empezó a acelerárseme la mente en la inútil energía del pánico. La orina de mi vejiga se hizo sólida y dolorosa y luego salió con un delicioso vacío sexual como en un ensueño mojado, algo que no se puede evitar ni ser culpado por ello. Sólo me quedaba que hacer una cosa: caerme de allí. La última esperanza que aún tenía era despertarme.

E iba a conseguirlo, pero la ira me retuvo un poco más. Habría hecho cualquier cosa desesperada si hubiese tenido algo más de movilidad, pero me hallaba prácticamente clavado en una posición; nada desesperado podía hacer. Sin embargo, sabía que si iba a intentar algo, lo mejor sería hacerlo en seguida.

Me encogí con la poca fuerza que me quedaba en los músculos de la pierna izquierda y me moví lo más que me fue posible; más de lo que podía. Sin poder agarrarme al acantilado luchaba contra éste en busca de algo en que poder sujetarme. Durante unos instantes estuve tirando con ambas manos de la superficie. En un foganazo mental me dije que debía utilizar las manos abiertas y no cerrar los puños. Aquella superficie era tan suave como la piedra con que estuviese hecho un monumento y aún creo que durante un rato estuve suspendido en el aire por la fuerza de mi voluntad, luchando contra una inmensa roca.

Luego pareció abrirse una grieta donde tocaba un dedo de mi mano derecha; pensé que seguramente habría rajado yo mismo la roca. Metí allí otros dedos de la misma mano y me dejé colgar. Mientras lo hacía, tanteaba con la otra mano en busca de una continuación de la resquebrajadura; allí estaba. Puse sobre la superficie rocosa las palmas de ambas manos y me fluía la fuerza de la piedra. Logré pasar a una hondonada y lo hice como un lagarto e incapaz de avanzar lo suficiente dentro de ella. Cuando me tendí sobre el suelo de la grieta, perdida ya la verticalidad, que tan difícilmente conseguí, me resbaló por el brazo el arco y pude pararlo en la muñeca cuando se iba a caer. Las flechas las llevaba cruzadas tras el cuello, mientras que el arco lo tenía ya en la mano contra el acantilado.

## 16 de septiembre

Con la mejilla en un hombro, yacía ladeado en la resquebrajadura sin pensar en nada, sólido por un lado con la piedra y, por otro, abierto a la oscuridad, como si estuviera en una tumba sesgada. Sentía en las manos el frío del vidrio del arco, un frío familiar. Las curvas eran muy agradables al tacto, y junto a ellas estaba la flecha, rígida, con las plumas vibrando cuando me movía un poco y las puntas de las otras flechas me hacían cosquillas. Pero merecía la pena; era una realidad y muy profundamente única en la situación. Sencillamente me fundía con la naturaleza, tenía calientes los perniles de mis pantalones, calados con mis jugos, no fríos ni calientes, sino como si estuvieran colgados. «Piensa», me decía yo, «piensa». Pero no podía. «Todavía no pensaré; no tengo que pensar durante un rato». Cerré los ojos y pronuncié unas palabras, y parecían tener sentido, aunque no venían a cuento. Creo que estaba diciendo yo algo acerca del anuncio de un banco acerca de lo cual Thad y yo no estábamos de acuerdo, pero quizá no me refiriera a ello en absoluto; no hay manera de saberlo.

Las primeras palabras que recuerdo las dije con toda claridad. «Qué vista. *Qué vista*». Pero tenía cerrados los ojos. El río fluía en mi mente y cuando levanté los párpados vi exactamente la imagen que había pensado. Durante unos segundos no supe lo que veía ni lo que imaginé; había tal identidad entre ambas cosas que no importaba; ambas imágenes eran el río. Se extendía allí eternamente: la luna, tan enorme que dañaba los ojos, y también la mente vacilaba como un ojo. «¿Qué?», me pregunté. «¿Dónde? No había otro sitio que no fuese allí. ¿Quién? Desconocido. ¿Por dónde empezar?».

«Puedes comenzar con el arco —me dije—, y enfrentarte lentamente con la situación». Agarré el arco lo más fuerte que pude, llegando gradualmente a la convicción de que debería arriesgarme de nuevo antes de que pasara mucho tiempo. «Pero no ahora mismo. Que el río siga fluyendo».

«Y que la luna continúe iluminando un rato». Tenía dispuesto el arco y una buena flecha, además de otra también preparada. Me invadió ese pensamiento con toda mi carga de adrenalina llenando mis venas a la vez. Angelical. Angelical. «¿Es eso lo que significa? Muy probablemente. Y tengo mucha cuerda de nylon, y un largo cuchillo que me ponía al cuello un asesino y que clavaba en el árbol junto a mi cabeza. Ya no está en el árbol, sino junto a mí. No ha perdido su filo por haber estado en el río y si yo quisiera afeitarme con él, podría hacerlo». Me toqué el pecho, y me dolía. «Bien. Bien. ¿Estoy listo? No, no. Aún no, Gentry. No ha de ser todavía. Sino pronto».

Era fácil decir «no entiendo» y lo dije. Pero en verdad no era eso importante. Se refería adonde yo estaba y a lo que hacía allí. No estaba muy preocupado. Me hallaba

a ciento cincuenta pies sobre el río, si no calculaba mal, y creía que, si había llegado hasta allí, podía seguir en lo que faltaba, aunque el acantilado era en el resto aún más escarpado que en su parte inferior. «Ahora voy a mirar. Eso es todo lo que debo hacer precisamente ahora. Es lo que hay que hacer; solamente eso».

«Qué vista», me dije de nuevo. El río era de una belleza vacía y descuidada. Era lo más impresionante que había yo visto. Pero no se trataba de verlo, había que *contemplantarlo*. Y contemplé al río en su helado pozo de brillantez, en su profundo ruido e indiferencia, en curvas y diminutos reflejos puntillistas de la luna, en su larga forma sinuosa, en su continuidad incomprensible.

¿Qué había allí?

Sólo aquella terrible brillantez. Sólo un par de rocas como grandes islas, en torno a una de las cuales parecía extenderse un hilo escarlata como si siluetease una cara, una especie de dios, una maqueta para un anuncio, un esbozo, un elemento para un diseño.

La roca temblaba porque yo me lo figuraba así; había como una pulsación en sus bordes, y el temblor lo ponía yo. Podría haber parecido mi propia cara en una de esas fotografías iluminadas por debajo. Sí, mi rostro. «¿Por qué no? Puedo tenerlo como quiera». De tres cuartos en medio del pozo formado por la luna, y podía haber parecido un poco falso, pero a la vez diferente de lo que pudiera verse en un espejo. Creí ver mi mandíbula moviéndose con el río y las piedras, pero también podría haber estado sonriendo. Me sentí mejor; me sentí maravillosamente y en el centro de lo que sentía había miedo: sí, miedo y anticipación. No era posible saber dónde terminaría aquello.

Me volví de nuevo cara al acantilado, y en mi situación, traté de imaginarme lo alto que me había parecido el acantilado la última vez que lo vi a la luz del día, y procuré calcular hasta qué altura había llegado en él. Me dije que había subido ya las tres cuartas partes. Creí poder ponerme de pie en la hondonada y eso me daría un poco más de elevación.

«¿Por qué no? ¿Había un saliente por encima de mí? ¿Y si podía subirme a él, quién sabe lo que podría lograr desde allí?». Levanté una mano y toqué el extremo de la hondonada. «¿Qué me tienes reservado?», me pregunté. «Parece que está bien. Da la impresión de que puedo subir yendo hacia la izquierda, aunque arriesgando la vida. Y tampoco estaría esto tan mal. Ya he pasado por tanto, he tomado tantas decisiones, he puesto tantos dedos en este acantilado insignificante, no vigilado, me he esforzado con tantos músculos contra la piedra».

«¿Dónde estaba Drew?». Solía decir, y era la única idea interesante que le había oído, que los mejores guitarristas eran ciegos: hombres como el reverendo Gary Davis, Doc Watson y Brownie McGee, que tuvieron un sentido, para tocar la guitarra, que un vidente no puede lograr. «También yo tengo algo así. He llegado hasta aquí casi sólo por el tacto, y a oscuras».

«¿Estarán abajo? ¿Seguirá Lewis retorciéndose en la arena? ¿Estará Bobby

sentado en una roca pensando qué hacer? ¿Se apoya la cabeza en las manos? ¿O tiene apretada la mandíbula creyendo que podemos salvarnos todos, incluso ahora?».

«¿Quién lo sabe? Pero hemos trazado un plan y eso es cuanto hemos podido hacer. Si no sale bien, probablemente nos matarán a todos, o si puedo yo descender por el acantilado cuando nada ocurra, iremos los tres unas cuantas millas río abajo en la canoa, pasaremos unos días en la ciudad para reponernos, informaremos de que Drew se ha ahogado y volveremos a la larga y declinante ruta de nuestras vidas». Pero nos habían dado a representar unos papeles y lo primero que debíamos hacer era realizar esa tarea.

Yo era un homicida. Había unas muertes: un asesinato seguro y probablemente otro pronto. Tenía en la mano el frío cristal del arco y me hallaba tendido en una resquebrajadura de un acantilado por encima de un río, y bien podía depender todo de mí.

Mentalmente, podía dar por cierto que conseguiría lo que me proponía. Todo se iba enfocando como una vieja película turbia en la pantalla. Encima del acantilado había una agreste vegetación de matorrales, hierbajos y, recordaba yo, también densamente poblada de árboles. Quería decidir algo muy concreto que hacer cuando llegase arriba del todo y, mientras estaba tendido en la hondonada, procuraba decirme qué sería lo mejor y más urgente cuando terminase mi escalada.

Debía reconocerlo: no creía que me esperase un peligro, por lo menos un peligro humano. No estaba convencido de que el hombre que había matado a Drew hubiese esperado la noche entera para disparar de nuevo contra nosotros, ni tampoco que volviera al amanecer. Pero luego recordé lo que le había dicho a Bobby y de nuevo me preocupé. «*Si fuese yo*», fue lo primero que pensé. Repasé mentalmente todo y di por cierto que tenía razón. Tenía más motivo aquel individuo para matarnos a los tres, que nosotros para dejarlo escapar. Todos nosotros habíamos de interpretar un papel.

Me volví. «Bien», les dije a las piedras negras que tenía ante la cara, «lo primero que haré cuando esté arriba será no pensar otra vez en Martha y Dean. Ya lo haré cuando los vea. Observaré lo que haya por allí antes de que amanezca buscando a aquel tipo como si fuera yo un animal siguiendo una pista. ¿Qué clase de animal? No importa, con tal de que esté quieto como un muerto. Podría ser una serpiente. Quizá pueda matarlo mientras él esté dormido». Eso sería lo más fácil, pero, ¿podría hacerlo? ¿Cómo? ¿Con el arco? ¿O le metería en el cuerpo mi cuchillo comprado en la ferretería? ¿Me sería posible hacerlo? ¿Querría utilizar ese medio?

Pero ¿y el cerco que me proponía tenderle? Si me apartaba demasiado del río y del ruido de éste, casi seguramente me perdería. Y entonces, ¿qué? ¿Un círculo? ¿*Qué* círculo? ¿Qué principio le guía a uno cuando se propone cercar —con un *círculo*— en pleno bosque? No tenía yo idea. Suponiendo que me alejase del río lo bastante para extraviarme.

Me veía a mí mismo matando, precisamente porque no me hacía a la idea auténtica de tener que hacerlo. Si aquel hombre estuviera cerca del borde del

acantilado, y tendría que estarlo antes o después, el ruido del agua me ayudaría a llegar lo bastante cerca de él para dispararle un flechazo mortal. Quería matarlo, exactamente como Lewis mató al otro: deseé que no sospechase nada, que no supiera que lo atacaban hasta sentir el terrible dolor de la flecha que le atravesase y apareciera por el pecho al clavársele en la espalda.

«Oh, qué círculo», pensé. «En el bosque, con las hojas esperando, y también a la espera el viento, hasta que yo dispare. Sin embargo, eso es dejarle demasiado margen a la casualidad». Cuando pensaba en ello, sabía que no podía salir bien. «No resultará bien».

¿Entonces qué, director artístico? ¿Consejero de gráficos? ¿Cuál es entonces la maqueta del proyecto? Ésta: dispararle a la espalda hacia arriba, allí arriba adonde había subido yo. Casi seguramente se pondría en una posición inclinada para apuntar hacia el río. Según las personas, hay varias maneras de concentrarse. Mientras se aislase en la suya, procuraría yo acercarme a veinte o treinta pies de él y le colocaría una buena flecha en su caja torácica inferior —y lo que haría eficaz el flechazo sería su exactitud—; luego iría en su busca en el bosque, y me sentaría hasta que él tuviera tiempo de morir.

Eso era lo más que podía prever. En cierto modo, parecía ya cosa hecha. Había dispuesto las cosas como siempre suelen plantearse y solucionarse en los ensueños diurnos, pero si lo conseguía era sólo porque la realidad estaba aún remota. Era la misma actitud mental que tuve cuando quise cazar al venado en la niebla. Eran movimientos eficaces que iba yo a realizar, pero sólo movimientos, y me resultaba chocante caer en la cuenta de que si me atacaba él con un rifle y no los llevaba yo a cabo, me mataría.

Avancé por el interior de la grieta rocosa mediante un último esfuerzo, pero ya me había cansado de estar allí. Lo mejor sería ponerme en pie e intentar seguir subiendo. Me arrodillé —en una sola rodilla— y salí cuidadosamente, después de haberme levantado apoyándome en ambas manos en la parte inferior de la hondonada. Estaba ya de pie, aunque inclinándome hacia atrás y sentí que me rodeaba la cabeza la comba de roca. Nada podía hacer a la derecha, pero me alegraba de haberme puesto de nuevo en movimiento. A la izquierda, la grieta se prolongaba hasta donde podía asirme y lo único que me cabía hacer era seguir por allí de lado, pulgada a pulgada, hasta que sólo los dedos de mis pies, muy cansados otra vez, quedasen en la hendidura de la roca. Pero pude erguirme por completo pasando de la posición inclinada hacia atrás a la vertical perfecta, y luego me sorprendió poderme inclinar hacia adelante por la cintura mientras avanzaba hacia la izquierda muy poquito a poco. Esto era inesperado y me animó mucho. El muro de piedra volvió contra mí con toda su imponente masa. Me sujeté a él con las rodillas en vez de con los pies y los dedos de las manos, y logré una nueva posición de mi cuerpo. Con ella subía como un gusano. Fui hacia la izquierda y luego a la derecha, y allá relucía el río. Avanzaba con gran lentitud, pues me era de gran dificultad sujetarme con las manos,

y las puntas de las flechas me herían mucho bajo los brazos, pero había logrado un tembloroso y casi perfecto equilibrio entre la gravedad —o mi versión de ella— y la inclinación de la pared rocosa: mi difícilísima ascensión equilibraba el seguir pegado a la roca y la posible caída. Se cancelaban en mi cuerpo, aunque levemente a favor de seguir como iba, y podía continuar ascendiendo. Una y otra vez me detenía sudando y sin tener dónde agarrarme con los pies ni con las manos, y las suelas de goma de mis zapatos de tenis se torcían hacia arriba contra la suave roca. Las manos las llevaba abiertas. Luego intenté proseguir de nuevo muy poco a poco, pulgada a pulgada, con los movimientos más íntimos de mi cuerpo, los que nunca me había atrevido a efectuar con Martha ni con otra mujer alguna. El miedo y una especie de sexualidad enorme e influida por la luna, me elevaban milímetro a milímetro. Y sin embargo me atenía locamente a lo humano. Buscaba con la vista alguna tajada de oro como la que me pareció ver en el río, alguna clase de motas, algo que era encantador, en la inmensa serpentina de la luz.

Fueron cambiando por encima de mí las oscuridades y en una de ellas había una estrella. A ambos lados de esa diminuta luz se elevaban las rocas, negras y sólidas como siempre, pero su potencia parecía haber disminuido mucho. La parte alta y mortífera del acantilado, en la que ya me encontraba, se inclinaba y vibraba hacia la vida y hacia el hueco por donde asomaba la estrella, a la cual, a medida que subía yo, se le añadían otras, hasta que empezó a formarse una constelación como una corona. Podía ya subir de rodillas —después de todo, eran las mías—, mientras el arco rascaba el suelo a mi lado.

Lloraba. ¿Por qué? No había motivo, pues no estaba yo avergonzado ni aterrado. Sencillamente, me encontraba allí. Pero tuve que apoyar la frente en el acantilado para aclarar la vista. Me volví, apoyado en un codo como un turista y de nuevo contemplé el panorama. Señor, Señor. El río reverberaba y bailoteaba en los destellos de mis pestañas y resultaba más maravilloso precisamente por ser insoportable. Ya aquello era algo; sí, era algo.

Pero de vez en cuando tuve que volver a arrodillarme, pues en los acantilados las rodillas le llevan a uno mejor que ninguna otra parte del cuerpo, en los acantilados con alguna inclinación. De modo que de nuevo me arrodillé.

Dolorosamente, pero seguí subiendo. Me arrastraba, pero no era ya necesario hacer el amor con el acantilado, pues quedaba algo de espacio entre él y yo. Si era hábil, incluso podía pegarle unas patadas para desahogarme.

Se me torcían los pies en una u otra dirección. Guiado por una capacidad adivinatoria que no podría definir, daba tumbos hacia arriba como una criatura nacida en el acantilado y que regresara a su hogar. Muchas veces se me resbalaban una mano o un pie y luego se apoyaban en algo que, sin saberlo, intuía que estaba allí, y continuaba la ascensión. En verdad, nada podía hacer el muro contra mí; nada que no pudiera yo superar instantáneamente. Seguía hacia arriba.

De ese modo entré en un pequeño cañón. Sí, y pude ponerme en pie. Poco podía

ver desde allí, pero me parecía como la zanja donde quise cazar al venado en la niebla. El fondo estaba lleno de piedras sueltas y peñascos, pero pude andar sobre ellos. En cada reborde, las paredes parecían irse a derrumbar, pero seguían firmes. Es más, había allí matojos y pequeños, fantasmales y densos árboles. Éstos eran sólidos y llegué hasta ellos muy despacio. Entonces sus ramas me fueron cubriendo.

Saqué el arco, que llevaba sujeto bajo una axila. Todo lo llevaba conmigo: es decir, además del arco y las flechas, mi cuchillo. Y la cuerda, para nada, o quizá para algo. Miré hacia atrás, al descuido, la belleza del paisaje.

Río arriba, sólo podía ver la quebrada y cegadora V de los rápidos que nos habían arrojado y nada había allí qué mirar, a no ser la continua y casi silenciosa fluencia del agua, incesante. Miré en torno y durante un tiempo que me pareció igual que el rato anterior, contemplé el bosque. Volví a los pinos, que se hallaban en terreno seguro, apoyé la frente en uno de aquellos árboles y luego traté de colocar el antebrazo entre el pino y mi cara.

¿Dónde estaba? De nuevo me volví a mirar hacia el río. Árboles, cada vez menos, crecían al borde del acantilado. La luna iluminaba, a través de las agujas de ellos, el Cahulawasee. Por primera vez pensé seriamente en que el río pudiera desbordarse y que el agua llegase a donde yo me hallaba levantándose muy por encima de las piedras que nos habían hecho pasarlo tan mal en el agua blanca. Pensé que el agua pudiera subir lentamente acantilado arriba, buscando paciente e inevitablemente las mismas sujeciones que me habían valido a mí y que luego descansara donde estaba yo a la luz de la luna. Me senté en una fría roca al borde del precipicio mirando hacia abajo. Creía que si me caía podía agarrarme instintivamente al acantilado y que algo que se sostuviera me serviría para sujetarme allí. Que, de entre todos los sitios del mundo que podían matarme, aquél no lo haría.

Paulatinamente volví a lo que me proponía.

Primero, di por cierto que el individuo que mató a Drew sabía que lo había matado. Eso era un principio. También estuve seguro de que ese hombre sabía que no habíamos muerto todos nosotros en los rápidos. ¿Y entonces qué? Podía estar esperando por encima de la calma donde se hallaban Bobby y Lewis —más o menos, donde estaba yo, o muy cerca— proponiéndose disparar contra ellos cuando se fueran en la canoa. En el momento de salir con ella. En tal caso los mataría a los dos. Aunque si Bobby elegía bien el cambio de luz de modo que hubiera bastante visibilidad para utilizar la canoa, pero no lo suficiente para apuntar, tendría una oportunidad para escapar por la siguiente serie de rápidos —los que ahora quedaban un poco río abajo con respecto a mí— y alejarse. Toda nuestra esperanza se basaba en que adivinásemos lo que se proponía aquel hombre y, ahora que estaba yo en lo alto del acantilado, me parecía que habíamos acertado o lo más que podía sernos posible. Si Bobby partía muy temprano, entre dos luces del amanecer, se reducirían mucho las probabilidades de lograr un buen tiro adonde fueran él y Lewis por el agua, y los grandes huecos en la parte superior del muro, los pequeños y profundos barrancos

como por el que yo había subido, le impedirían al atacante descender al río con el tiempo suficiente para llegar antes de que la canoa se pusiese fuera del alcance de sus disparos. Yo contaba con que él diera eso por cierto y que intentara resolver el problema disparando río abajo sobre el agua tranquila, puesto que en ella el blanco se movería a una velocidad más constante y no saltaría ni oscilaría. Desde donde yo estaba, allá arriba, los rápidos, excepto en la torrencial blancura entre dos grandes bordes de piedra, parecían ya calmados y en algunos sitios —por lo menos me daba esa impresión desde allí— apenas eran más que leves ondulaciones. Pero incluso esto sería desconcertante para un tirador por los movimientos oscilantes que produciría. De todos modos, en esas condiciones, si él tenía buena puntería, no había motivo para que no les diese tanto a Bobby como a Lewis, a pocos segundos el uno del otro, si lograba tumbar limpiamente al primero. Eso tendría que hacerlo en el agua tranquila, lo más lenta posible, y debería ser río abajo, antes del recodo siguiente.

«De manera que así está el asunto», pensé. Tenía yo que tenderle una emboscada, por detrás si era posible, y eso dependía de que yo fuese capaz de localizar el sitio desde donde se pusiera él a disparar, y de la suerte. Debería dispararle la flecha mientras se inmovilizase él para apuntar, lo que haría que el margen de seguridad fuera brevísimo.

Había pensado yo tanto tiempo y con tal intensidad en aquel hombre que aún sigo creyendo que sentía, a la luz de la luna, cómo se fundían nuestras mentes. No era que tuviese yo la impresión de que me dominaba la maldad, sino que me invadía una enorme indiferencia física, tan grande como todo el abismo de luz que se iniciaba: una indiferencia no sólo por el cuerpo de aquel hombre arrastrándose y retorciéndose en el suelo, llevando en su cuerpo atravesada una flecha, sino también por el mío. Si Lewis no hubiese matado al compañero de aquél habríamos realizado, el desconocido y yo, una especie de amor físico, doloroso y aterrador para mí, pero que en cierto y horrible modo le habría resultado muy agradable a él, y hubiésemos estado unidos en la carne, allí en el suelo del bosque, y era muy raro pensar en aquello. ¿Quién era él? ¿Un preso fugado? ¿Sólo un sucio granjero que hubiera salido de caza? ¿Un contrabandista de licores?

Comoquiera que yo necesitaba estar en un sitio desde donde pudiera ver el río, y lo más de él posible, para saber si la canoa sería visible para nuestro atacante, deseaba situarme lo más arriba que pudiera y donde no me viese él, y eso suponía una roca elevada o un árbol. Recordaba que en la caza con arco desde los árboles muchos cazadores que nunca habían estado junto a un animal en los bosques, acertaban a la primera a matar venados desde donde se habían subido aquéllos. Y es que se supone que la caza no tiene enemigos naturales en los árboles y muy pocas veces mira hacia arriba. No era mucho esa comparación para estar seguros, pero había allí muchos árboles junto al borde del acantilado. En primer lugar tendría que ir siguiendo desde arriba la dirección del río y hallar el sitio adecuado.

Empecé a caminar por entre las peñas del borde paralelamente a los rápidos y



aquello parecía no irse a terminar. En la mayor parte del tiempo no era tan difícil esa marcha como yo había creído. Las rocas eran muy grandes y pasaba yo, andando o saltando, de una masa oscura a otra con una seguridad que me asombraba, pues nada parecía haber que pudiese asustarme. Lo único que me fastidiaba de vez en cuando era la dificultad con que respiraba y lo hacía aún con cierto pánico, lo cual no parecía tener que ver con los movimientos de mi cuerpo. Tardé mucho tiempo —por lo menos una hora, quizá dos— en dejar atrás los rápidos desde arriba, claro. Cuando la luna se fue borrando por debajo de mí y disminuyó el ruido que antes era tan intenso, me quedaba el río donde yo lo quería. ¿Y ahora qué?

La parte de arriba eran principalmente peñascos, tras muchos de los cuales podría haberme ocultado, pero casi no habría tenido visibilidad. Decidí ir río abajo — paralelamente por arriba— para ver lo que había allí y luego volver aproximadamente adonde estuve antes parado.

Esa vez fue mucho más dura la marcha; había algunos sitios muy malos: grandes peñascos con árboles caídos entre ellos, y en cierto lugar una especie de muro natural tan alto como una barricada de piedra y no me creí capaz de pasarla. Tanto cuando seguía desde arriba la dirección del curso río abajo como cuando volvía, tuve que orientarme tierra adentro veinte o treinta yardas para encontrar el camino. Había pinos a ambos lados, aunque con la ayuda de éstos —que me servían para asirme a ellos cuando subía las rocas— me dejé resbalar por el otro lado. Durante todo ese recorrido no dejaba de mirar al río y, a menos que el hombre estuviera encima del muro de piedra —desde donde no había buena visibilidad, mostrando el río sólo un leve movimiento como las hojas de un árbol vistas por entre las de otro— tendría que llegar hasta el borde mismo si quería tener una vista lo bastante amplia de la corriente para apuntar bien. En el agua tranquila, sólo había un sitio que pareciese adecuado para eso y estaba rodeado río arriba por rocas, pero resultaba más fácil de alcanzar con disparos desde tierra adentro, creía yo. Había una pálida plataforma arenosa en el mismo borde, desde donde se veía el río a través de un matorral de una yarda de altura. En cuanto a lo que a mí se refería, así estaban las cosas. Nos hallábamos aún lo bastante lejos de casas y carreteras para que no nos oyesen, pero estaba yo lo bastante seguro de que no nos encontrábamos tan lejos de una zona habitada y mientras más cerca estuviésemos de ésta menos probabilidades tendría el hombre. «Si no viene aquí», pensé, «sino que elige otro lugar tranquilo río abajo, Bobby y Lewis pueden prepararse».

«Sí», me dije con un sentimiento cobarde pero tranquilizador: «*ya están listos*». Después de todo, yo habría hecho cuanto hubiese podido, y como último recurso podría salir del bosque siguiendo hacia abajo el curso del río hasta el primer puente de la carretera. No me asustaba demasiado que el hombre me cazase después de haber matado a los otros —aunque hasta cierto punto lo temía—, y de pronto, le imaginaba siguiendo mis huellas inseguras por la oscura vegetación, pues no sabría dónde estaba yo. Aunque lo más probable era que recordase que en las canoas había cuatro

personas, uno de nosotros podía fácilmente haberse ahogado en los rápidos; después de todo, tres de nosotros *casi nos habíamos ahogado* allí. Mi vida estaba más segura que la de cualquiera si, por casualidad, no nos encontrábamos el hombre desdentado y yo.

A menos que le disparase una flecha y fallase. Admitir esa posibilidad me dejaba helado y con la lengua seca. Pensé internarme por el bosque, pero en el fondo pensaba que aún no había realizado los movimientos oportunos. Si Bobby y Lewis morían, quería yo poder decirme que había hecho más que escalar uno de los lados de la garganta y dejarlos indefensos. Pero si el hombre que yo buscaba no venía adonde le esperaba después de haber hecho cuanto pudiese para encontrarlo y matarlo, no sería por culpa mía. Y no había mucha probabilidad de que hubiese yo acertado en mis suposiciones. No podía hacer más.

No había aún luz en el cielo, aparte de la lunar. Me alejé del río donde la tierra se apartaba en varios peñascos y árboles bajos y fui probando alrededor. Entre los árboles, que me cortaban la luz, nada podía yo notar a no ser tocándolos. Avanzando un pie, se me envolvió en seguida en ramas y en las rígidas agujas de los pinos. Solté el arco y me encaramé en las más bajas de las ramas, que eran muy gruesas y estaban muy juntas. Seguí subiendo hasta que el árbol se balanceó.

Había un poco de visibilidad entre las agujas, vacilante luz del río que desde el árbol parecía doblemente lejana de cuando la vi desde las hierbas al borde del acantilado. Por último me figuré que la parte para mí visible del río era la que salía de los rápidos bajo Lewis y Bobby, la que se calmaba y suavizaba perdiendo su propio aspecto plateado al iluminarla la luna.

Bajé un poco en el árbol, tomé el arco y empecé a hacer cuanto pude para apuntar bien desde allí, es decir, a figurarme que apuntaba, puesto que aún no disponía del blanco. Nunca había disparado una flecha contra algo desde un árbol, ni siquiera en un ejercicio de tiro al blanco, aunque recordaba que alguien me había dicho que debía disparar un poco más bajo de lo que me pareciese exacto. Pensé en ello mientras me preparaba.

Moviéndome como si estuviera dándome instrucciones a mí mismo —«¿dónde debo poner esta mano? ¿Aquí? No, mejor sería aquí o un poquito más abajo»—, aparté las pequeñas agujas de pino entre mí y la plataforma de arena. No era difícil. Sólo tenía que dejarme libre el campo de visión entre la luz del río y mi cara hasta no tener ya obstáculos. Incluso me ayudaría a la puntería aquel áspero túnel de agujas. Por allí dispararía mejor. Y durante todo el tiempo en que lo preparaba me ayudaba un sentido diferente del tacto del que siempre había tenido. Se me ocurrió que me habría venido bien ese sentido mejorado mientras escalaba el acantilado. Era capaz de saber la forma y el peso exactos de cuanto tocaba por primera vez y no tenía que hacer esfuerzo extraordinario alguno para dejar libre cualquier parte que necesitara despejar en el árbol. Estar vivo en la oscuridad y hacer lo que hacía me producía una

sensación embriagadora que me resultaba increíble. Nunca me había hallado en mi vida en una situación ni remotamente parecida a aquella. Tocaba la corteza con la palma de mi mano, luego rompí una aguja, me la puse en la mano y la mordí. Tenía el sabor adecuado.

Me moví en torno al tronco por si podía situarme aún mejor y lograr un ángulo de tiro algo más amplio. No quería despejar más aquella parte del árbol. Si era necesario que eliminase los peligros, también era imprescindible que aquello no perdiese su aspecto de árbol normal. Podía disparar desde allí hacia la arena por el oscuro túnel que había logrado quitando ramas y agujas, pero no podía moverme más de un pie o dos en ambos sentidos. Para que yo matase a aquel hombre en tales condiciones, tendría él que pensar en mí lo mismo que había yo pensado en él, y no aproximadamente, sino de modo exacto. Nuestras mentes tenían que fundirse.

Saqué la flecha buena del carcaj, me puse firmemente de pie en dos grandes ramas, me situé un poco a la derecha del tronco para poder mover bien hacia atrás el codo derecho. Preparé el disparo hacia el espacio abierto de abajo de modo que lograrse la mejor puntería que pudiese, pensé un momento lanzar una flecha a la arena para asegurarme de mi elevación, y sudando de pronto, rechacé esa ocurrencia, aunque acabé disparando aquella a la vez que soltaba el contenido en mi respiración. Di casi en el blanco que me había propuesto en la arena. Estuve a punto de lograrlo. De no ensayarlo era seguro que me matarían y también podía perder o estropear la flecha, quedándome ya sin probabilidades favorables si el hombre venía por allí. Sí.

Me coloqué lo más cómodo que pude y decidí quedarme en el árbol hasta el amanecer. Empecé a practicar la inmovilidad, pues para eso estaba yo allí.

Todo se hallaba muy tranquilo y casi no se oía el río; los rápidos corriente arriba sólo llegaban a mis oídos como un persistente rumor, mezclándose, pensé mientras escuchaba, con otro ruido que sin duda procedía de río abajo: seguramente, habría yo apostado, eran más rápidos, quizás incluso cataratas. Si ello era cierto, aumentaban mis probabilidades de hallarme en el sitio oportuno. Todo era lógico en torno a ese lugar, aunque a pesar de tanta lógica aún no estaba yo seguro de que viniese el hombre; era mucho más probable que me lo hubiese figurado mal todo. Sólo me imaginaba movimientos, aunque fueran los de la vida y la muerte. Estaba terriblemente cansado y no muy excitado, excepto al pensar que podía haber acertado en mis suposiciones y que llegarían los últimos momentos cuando disparase aquella flecha por el túnel de agujas del pino contra un ser humano y se perdería para siempre si no se clavaba en aquel hombre y lo mataba.

Seguía la misma oscuridad, incluso más. Colgué el arco en una rama y descendí del árbol por el tronco. La flecha tenía que haber estado en el suelo, probablemente clavada, pero no se hallaba allí. Me arrastré por entre las agujas caídas casi sollozando de miedo y frustración, palpando por todas partes donde podía con las manos y rozando por muchos sitios con los brazos, piernas y con cuanto podía de mi cuerpo con la esperanza de que la punta de la flecha me cortase, con tal de que

delatara así su presencia

Pero no estaba allí; y ya empezaba a notarse un poco de luz del día. Tendría que volver al árbol. Quizá, cuando pudiese ver mejor, me fuera posible recuperar y enderezar la flecha que había disparado, pero también sabía que perdería confianza en poder darle al blanco que me proponía; pues no hay habilidad o deporte, ni siquiera la cirugía o el golf, en que la confianza sea tan importante como en el tiro con arco.

Sin embargo, acabé encontrando la flecha que había disparado, clavada en una rama debajo de donde dejé colgado el arco, y ese hallazgo me reanimó mucho. De nuevo disponía de los medios de antes, subí hasta donde tenía colgado el arco y de nuevo quedé en mi posición dispuesto a disparar.

Las agujas se iban cubriendo con los comienzos de la luz diurna y el árbol empezó a relucir suavemente, reflejando sobre mí la débil luz que recogían las aguas. Tenía yo la impresión de que devolvía esa luz que me llegaba por entre aquéllas. Miraba sin cesar por el túnel, que ya no era una negra masa; había varios tonos de verde. Abrí la boca para que mi respiración fuera más silenciosa, para evitar que me salieran leves ruidos por la nariz. Ya podía ver claramente; el espacio lleno de rocas y pinazas debajo del árbol y hasta el arenoso borde, quizá de diez pies de anchura, con su margen de alta hierba, y más allá hasta el espacio, hacia abajo, cayendo la mirada como un cuerpo para ir a reposar al río. Bobby debía ya de estar comenzando su retirada con Lewis. Dentro de pocos minutos acabaría todo. Yo habría tenido razón o me habría equivocado, y estaría aún vivo o me habrían matado.

O quizá hubiese empezado ya el hombre y se hubiera deslizado junto a mí cuando buscaba yo la flecha. No había modo de saberlo y me encogí entre las ramas esperando un disparo de rifle procedente de un sitio que no hubiera yo previsto, desde donde menos pudiera figurarme.

Sin embargo, nada sonó. Se intensificó la luz. Comencé a perder el gran cuidado de ocultarme completamente y el temor a que pudiera localizarse el árbol. Desde un ángulo adecuado, alguien que se situara en el borde arenoso podría verme al otro extremo del túnel de ramas de pino y eso pudiera ser por casualidad o intencionadamente. Dependería mucho de la casualidad.

Me moví con cautela tanto como pude, como una criatura que viviese en un árbol, torciendo mi cuello y asomándome fuera del árbol en lo posible para ver uno o dos pies más del borde del acantilado y por si podía divisar a la canoa.

Vi algo por el rabillo del ojo izquierdo y se me heló el estómago. No volví en seguida la cabeza sino lentamente. Sin embargo, ya lo sabía, lo sabía, lo sabía. Una piedra chocó con otra y apareció un hombre avanzando por la arena. Llevaba un rifle. Una mano la tenía metida en el bolsillo derecho.

«Ya está», pensé, pero mi primera esperanza, a la que me aferraba, era poder quedarme en el árbol hasta que el tipo se marchase. Había podido subir el acantilado y quedar con vida; era cuanto quería conservar. Temblaba de arriba abajo; con ese temblor no habría podido disparar una flecha. Pero cuando miré hacia abajo, vi que

mis manos sostenían el arco. Y las puntas de dos colores, una de ellas afilada y la otra no, separadas una de otra. Esto me tranquilizó algo y empecé a creer, una vez más, que haría lo que había ido allí a hacer, en aquella especie de charada mortal. Si el individuo aquel se volvía de espaldas a mí, le dispararía. Apreté con dos dedos el extremo de una de las flechas, respiré con la boca abierta y permanecí tenso e inmóvil.

El hombre miraba hacia el río y sostenía el rifle con ambas manos, pero como si quisiera mantenerlo al nivel de la cintura sin pensar necesariamente en levantarlo hasta el hombro. En su posición había algo de relajamiento y de estarlo pasando bien, algo primitivamente grácil: nunca había visto yo una postura más agradable ni más convincente para un dibujo. Quería matarlo tal como estaba y rogué que Bobby apareciera precisamente en aquel instante, pero nada podía ver del río desde donde me hallaba y, según parecía, tampoco el tipo aquel podía verlo. Se cambió de sitio por algún motivo y desde mi túnel de agujas de pino veía yo la mitad de él. «Espera hasta que se tumbe para apuntar», me dije, «y luego le atinas en medio de la espalda. Hazlo como quien resuelve un problema. Procura partirle la espalda de modo que, aunque no le des en la espina dorsal, le alcances algo que sea vital».

Pero el hombre seguía allí, no indeciso pero tampoco decidido; sencillamente quieto y de pie con parte de su cuerpo constituyendo un buen blanco, pero no el resto del cuerpo, incluida la cabeza. Mejor sería que intentase el disparo antes de que se apartara de la línea de fuego. Tensé el brazo para cerciorarme de si respondían los músculos. La cuerda formó un pequeño ángulo. Miré fijamente al hombre y apareció un poco más de él en el boquete entre las agujas. Estaba de lado con relación a mí, pero sólo tenía que volver un poco la cara para mirarme directamente. Sabía yo que mi siguiente batalla había de ser con la histeria, la salvaje histeria de poner tirante la cuerda del arco, sentir el impulso de disparar la flecha después de haber apartado de mi cuerpo el arco: disparar y acabar con aquello. Empecé a repasar mentalmente toda la delicada rutina de lograr un buen tiro con arco teniendo muy en cuenta que por muy perfecta que sea la forma adoptada como preparación, nada se consigue si no se suelta bien la flecha. Los dedos de la mano derecha han de estar relajados y sobre todo el brazo que sostiene el arco no debe moverse.

Aquel hombre parecía perplejo. Miraba hacia el río y luego a sus pies, al suelo bajo éstos, la mitad arena y la mitad piedras, y cada vez que agachaba la cabeza y su cara, que se me ocultaba, dejaba de mirar al río y prestaba atención a un sitio más próximo adonde yo estaba.

Cerré los ojos, contuve la respiración —sólo me permití tres cuartos de aliento— y fui levantando el arco pulgada a pulgada. Cuando estuvo aproximadamente en la posición que me proponía, puse en tensión mis músculos. Expandí la espalda, y apoyarme en el árbol me dió más seguridad. La flecha estaba ya en su sitio del arco. Se le comunicaba la forzada tensión de mi cuerpo y un sonido que solamente era de los nervios en la palma de mi mano izquierda. Tiré de la lengüeta de la flecha con

firmeza sobre el arco y empecé a llevar una especie de cuenta atrás con éste, la flecha, mis manos, el brazo y todo el cuerpo.

El hombre quedaba fuera del marco de la cuerda: mi punto de mira. Sólo tenía que mover el arco levemente para que él quedase enmarcado y el problema derecha-izquierda, excepto quizá para el momento de disparar, estaba resuelto. La naranja de Martha y él se hallaban ya en línea y enmarcados. Sólo quedaba la dificultad de la elevación, siempre un problema cuando se dispara hacia abajo, y soltar la flecha. Parecía estar la punta de ésta —en mi visión secundaria mientras fijaba la vista en el hombre— a unas seis pulgadas por debajo de él, de modo que la bajé poco más de una pulgada hasta que me pareció que le daría en el estómago. Apuntando a través de la «cueva» que había hecho por entre las agujas, veía a la flecha en un plano que llegaba hasta la mitad del cuerpo de aquel tipo.

Nos encontrábamos muy cerca y aumentó la impresión de una rara intimidad, pues lo tenía encerrado en un marco dentro de otro marco, todo ello preparado por mí: el punto de mira y el túnel de agujas del pino. Tenía yo la seguridad entonces de darle con sólo soltar la flecha y, si no se me movía el brazo izquierdo, sólo recibiría la vibración del arco.

Todo estaba bien: no podía haber ido mejor. Mi soporte era bueno y firme y la flecha parecía casi como una roca. Me invadía la fuerza transfiguradora del disparo que había de lanzar, la histeria del disparo que inutiliza a unos arqueros y hace el buen éxito de otros, los que dominan esa habilidad.

Yo estaba ya preparado y aquel hombre seguía allí, un poco inclinado y enfrentándoseme un poco más que antes. Luego se movió un poco pero rápidamente y me esforcé en seguir apuntándole. Removió la arena con un pie y vi su cara —vi que tenía una cara— por primera vez. Toda la cuidadosa preparación de mi disparo se deshacía ya y me esforzaba con mis músculos, mi valor y corazón en recuperar la seguridad anterior. Sus ojos se movían mirando a la arena y a las rocas, con creciente rapidez. Iban a mirarme. Cuando empezaron a levantarse del suelo hicieron que soltara yo la flecha. No llegué a ver la flecha en el aire y tampoco creo que él la viese, aunque seguramente debió de oír el *tuang* de ella. Había estado yo tanto tiempo apuntando con el arco tenso que incluso en el momento de disparar me creía tan incapaz de mover el brazo como una estatua. Temía que mi concentración se hubiera deshecho al convencerme de que él sabía dónde estaba yo y no cabe duda de que perdí parte de ella, pero no toda. Disparé correctamente. Si el brazo izquierdo no se había movido, el hombre estaría mortalmente herido.

No estuve seguro de lo que sucedió después y aún no lo estoy. El árbol vibró como si le hubiesen dado un hachazo y el bosque, silencioso tanto tiempo en torno a mí, se llenó de increíbles sonidos. En seguida me di cuenta de que ya no estaba en un árbol ni tenía arco. Pero al descender, una rama me agarró una pierna e intentó arrancármela. Bajé por el tronco de espaldas y boca abajo mientras muchas cosas me rozaban y golpeaban con su peso vivo, como brazos. Incluso ahora creo que pasé

parte de la caída comprobando los dedos de la mano derecha para ver si no se me habían agarrotado y si los tuve ágiles al disparar, y, en efecto, así los había tenido.

Intenté dar una vuelta en el aire para no caer de cabeza y me parece que, precisamente cuando empezaba a conseguirlo, llegué al suelo. Algo me llegó por detrás y oí como si se rasgara una sábana. Otra cosa se arqueó debajo de mí y se soltó, y me quedé tumbado respirando con mucha dificultad, herido gravemente en algún sitio de mi cuerpo cuando el rifle se disparó de nuevo. No pude levantarme sino que me arrastré hacia atrás tirando de algo. El rifle sonó otra vez, y luego dos veces más. Cayó cortada una rama del árbol, pero desde más alto de donde hubiese estado mi cabeza de haberme hallado yo en pie. Había algo raro en aquellos tiros; de eso tenía yo la seguridad a pesar de cómo me encontraba. Me arrodillé y luego me puse en pie encogido hacia delante, y por último me situé tras algunos peñascos que había cerca del árbol, por el lado que miraba río arriba. Seguí tendido boca abajo y otra vez sonó un disparo. Luego levanté la cabeza lentamente por detrás de la roca que tenía a mi lado.

El hombre aquel se dirigía, tambaleándose, hacia el árbol, y se hallaba a diez o quince pies de éste. Trataba de levantar el fusil como si fuera demasiado largo o excesivamente flexible, algo así como una manga de riego. Volvió a disparar, pero sólo a una yarda de sus pies. Lo alto de su pecho era de otro color que la cara y cuando cayó hacia adelante vi que llevaba clavada la flecha por detrás, debajo del cuello. Estaba pintada toda ella de rojo y la tenía bien hundida, aunque lo bastante fuera para que se moviese. Se arrodilló cuidadosamente. Le salió sangre por la boca cuando la abrió y me pareció que la vertía en el suelo o más bien que buscaba la energía que pudiera darle algo que brotaba de allí, algún manantial descubierto al quitar la piedra adecuada. «Muérete», pensé, «muérete, muérete, muérete».

Me dejé resbalar con mi costado derecho en la parte trasera de la roca y apoyé una mejilla en ella. «¿Qué me pasa?», me pregunté cuando la roca empezó a girar con toda seriedad como si se dispusiera a elevarse. Miré al otro lado y una flecha, la que había tenido torcida en el carcaj, estaba allí clavada, y el arco roto seguía unido a éste por la parte de abajo.

Agaché la cabeza y me marché. ¿Adónde? Me alejé con bastante facilidad a pesar de estar herido y se me formó en la mente una confusa imagen de mí mismo dando vueltas, desapareciendo en la niebla, despidiéndome.

Nada.

Más nada, pero de otra clase, y miré asombrado. Enfrente de mí se hallaba un hombre arrodillado y con las palmas de las manos apoyadas en el suelo arrojando sangre como si vomitase en casa de un amigo y cuidase de agachar la cabeza o de ponerla sobre el lavabo. Eché la mía hacia atrás y volví a alejarme.

La dureza de la roca me despertó. Me era demasiado difícil respirar donde estuve. De nuevo levanté la cabeza y los ojos, pero no había por allí hombre alguno a quien

ver con ellos. Y habría seguido allí a no ser por el misterio que me impulsaba poco a poco a esforzarme por hacer algo.

Incorporándome, me miré a mí mismo. La flecha que estaba en el suelo se me había clavado en una pulgada de carne del costado, la carne que empezaba a pesar sobre mí. Tendría que arrancármela. Con el mayor cuidado que pude pero con gran dolor que hacía dar alaridos a mi alma, y después de haber arrancado las plumas, apreté los dientes y empecé a tirar de la flecha. Fue saliendo lentamente y pensé en la pintura que llevaba y que se me quedaba dentro de la herida, pero de eso no me podía librar. Me lamí la mano y puse saliva en el bordé de la parte clavada esperando que la lubricación me ayudaría. Al principio me sirvió ese procedimiento, pero luego no; la flecha se había agarrado bien por dentro y no me la podía mover sin el peligro de desmayarme. Tendría que cortarla y dejar dentro la parte que estaba en la herida.

Saqué de mi cinturón el cuchillo, rompí el nylon con que lo protegía y lo observé. Solamente lo miré y eso fue más terrible que intentar partir la flecha con los ojos cerrados. La punta de la flecha me había rasgado el costado, lo cual era su misión, y de no haber profundizado tanto sólo me habría causado una mala herida en la carne. No era ése el caso y lo cierto es que la tenía bien dentro. *Dentro de mí*. La carne que rodeaba al metal se movía lamentablemente como una boca, con cada uno de los movimientos que yo imprimía a la flecha. Puse el cuchillo contra la carne por encima de la herida. «Cortarla hacia abajo», me dije en voz alta. «Corta para que se afloje y ya me lavaré la herida en el río. Así quedará mucho mejor, muchacho».

Corté. Se me rebeló el estómago con tanto dolor y corté dentro del corte que había hecho. Me mareaban el bosque y el aire como si de todos los árboles salieran pájaros que se lanzasen directamente contra mi cara. Hice girar el cuchillo para que la parte curva de su hoja laborase la herida. Lo movía con ambas manos. Sentí que raspaba la flecha. «Así ha de ser», me dije. «No me cortaré más aunque tenga que agarrar la flecha, moverla hasta aflojarla, y destrozarme con esa operación». Un lado de la roca estaba lleno de sangre, y me tocaba el costado para ver si la flecha se había soltado más o menos. Se cayó el cuchillo y sonó en la piedra. La flecha saldría; la moví dentro de mí un poco más y la herida cambió. La ensangrentada varilla la tenía ya fuera, en las manos, mientras del costado caía sangre sobre la roca. Sin soltar la flecha, me puse en pie.

Nunca hubo una libertad como aquélla. El propio dolor era libertad, así como la sangre. Cogí el cuchillo y me corté una de las mangas de nylon desde el hombro y con ella me taponé la herida. Luego me corté una larga tira del pernil derecho de mis pantalones y me la até en la cintura. ¿Podría andar? ¿Qué más podía hacer?

Andar me costaría gran trabajo, pero no era imposible. Fui hasta el borde de la garganta, donde estaba más a pico. No había ninguna señal de la canoa y deduje que ya se habría marchado. ¡Qué se le iba a hacer! Esperaría un rato, procuraría encontrar al hombre contra el cual había disparado y que estaría ya muerto, me libraría del cadáver como pudiese y luego me marcharía de allí.



Regresé a la roca donde había sangrado y arrojé arena y polvo sobre la sangre para que, por lo menos, no brillase. Era toda la sangre mía que me proponía dejar en el bosque; la demás tendría que ser de otra persona.

Fui adonde estuvo el hombre. Había sangre sobre muchos guijarros y se concentraba donde había estado vomitando él. Miré al bosque y recordé lo poco que sabía de la caza del venado: después de herirlo de muerte con una flecha hay que esperar media hora y luego seguir la pista de sangre que fue dejando. Perdí la noción de cuánto tiempo hacía de mi disparo, pero por lo que había visto deduje que él no podía haber llegado muy lejos, quizá no más de unas cuantas yardas. Me puse a gatas para ir siguiendo las manchas de sangre dejadas por aquél.

Cuando habían caído en la arena, se hundieron, y así supe inmediatamente que aquella historia la contarían las rocas. Seguramente, al sentirse tan malherido, se internó en el bosque. Y cuando vi que su sangre confirmaba esta suposición, creció mi confianza y seguí la pista piedra por piedra. En el lindero del bosque encontré el rifle, plano, largo y fuera de lugar, entre las pinazas. Lo dejé allí y saqué el cuchillo. Arrodillado, sangraba mientras buscaba la sangre de él. Una vez tuve que retroceder y empezar de nuevo el recorrido de la pista, pues no podía distinguir la sangre que caía de mí y la de aquel hombre. Mi costado había empapado mucho la parte media de mi mono y alguna seguía saliendo sobre esa prenda. Pero no me sentía débil. Me preguntaba cómo cuajaría la sangre estando tan abierta la herida como estaba, pero aquella parte del cuerpo la tenía como dormida y desde que me arranqué la flecha adopté una manera especial de moverme apretándome el costado con un codo, algo que parecía una segunda naturaleza. Creía poder resistir así un buen rato.

No había senda por el bosque donde me iba internando. Estaba oscuro por allí, pero podía ver la sangre y, si no la veía, la sentía. En algunos casos la olía. Por última vez traté de pensar como el hombre contra el cual había disparado. Le había alcanzado mortalmente; le herí bajo la garganta, aunque pudo haber sido en la parte inferior del cuello. Se estaba muriendo, no tenía armas y probablemente le corté en dos pedazos la yugular. Lo único que me preocupaba de él era que intentaba ir a algún sitio que conocía: a algún sitio o, lo que era más indicado, en busca de alguien. No creía yo que esto fuese cierto, pero ignoraba si efectivamente no lo era.

Y tenía que encontrarlo. Si no lo encontraba yo, algún otro lo haría y eso sería el fin para nosotros, de un modo o de otro, o por lo menos sería el comienzo de explicaciones, procesos, abogados, y de tantas cosas que habíamos intentado evitar cuando Lewis nos convenció de que debíamos enterrar al otro hombre bajo los helechos.

Había demasiada oscuridad para ver bien el suelo mientras caminaba uno. Tuve que acercarme más a la sangre. Avancé a cuatro patas y con la cabeza hacia abajo como un perro, llevando el cuchillo entre los dientes, registrando los matorros uno por uno hasta llegar a un claro de cincuenta yardas de anchura. Ya apenas podía oír al río; sólo era un murmullo continuo lejano y llegando muy de abajo. Cada hoja que iba

interponiéndose entre mí y ese rumor, lo disminuía.

Pero yo había perdido ya todo contacto con la sangre. Me mareaba, aunque, por otra parte, no me sentía muy débil. Lo peor era que no podía pensar con claridad. Pero tenía la convicción de que debía hacer algo para reanudar la pista. Si no volvía a encontrar por dónde iba la sangre del fugitivo, todo lo habría perdido.

Me puse en pie y anduve hasta el centro del claro. Un hombre tan malherido no querría luchar entre arbustos y matas. Si se proponía lograr un objetivo concreto, habría utilizado un espacio abierto. Era probable que lo hubiera hecho así aún sin tener un plan. No estaba en el claro, de modo que había pasado ya por él. ¿Lo habría cruzado directamente? ¿Hasta qué punto podía haber ido derecho? Crucé hasta donde proseguía el bosque, dispuesto a escudriñar toda la vegetación, y empecé lentamente desde alrededor del otro borde. Por todas partes relucían rayos de luz matutina, sensibles entre las agujas y dirigida sin motivo a ciertos sitios. Los haces de luz se extendían suavemente al mover la brisa las copas de los árboles. Cuando ya llevaba yo recorrido medio perímetro, se movió uno de los rayos y reveló algo. Era una piedra rojiza marrón del tamaño de una pelota de tenis. Parecía exactamente que la habían pintado de prisa y tuve que esperar un minuto, con la cabeza aún más embotada, hasta saber lo que significaba. Esa vez sabía ya que no era sangre mía. «No has estado aquí todavía», me repetía a mí mismo por entre el cuchillo que llevaba apretado con los dientes. «Nunca estuviste aquí». Me acerqué a la piedra.

Era el sitio donde debió de perder el resto de sangre que le permitía moverse. Unos pasos más allá, en el interior del bosque, hallé sangre en una hoja baja. Pensé ponerme «a cuatro patas» y husmear de nuevo la sangre como un animal, pero la posibilidad de que mi víctima siguiera arrastrándose me indujo a seguir de pie, y eso hice, aunque inclinándome hacia el lado en que me apretaba con un brazo la herida.

Levanté los ojos por encima de las piedras, las hojas y pinazas caídas, y veinte yardas más allá me fijé en la base de un árbol muerto de pie.

Podía haber sido una mata o un peñasco, pero en cuanto lo vi supe que no era lo uno ni lo otro. Estaba inmóvil, pero la luz se movía sobre aquello, que no parecía inerte del todo sino vivo por dentro, como lo estaba la mayor parte del bosque. Me acerqué más y era un hombre tendido boca abajo agarrado a una de las raíces del árbol seco. Tenía dedos largos, delgados y sucios y la espalda empapada de sangre.

Antes de tener que hacerlo todo, nada había que hacer. Su cerebro y el mío no se comunicaban ya y en cierto modo lamentaba yo esa separación. Nunca había pensado con la mente de otro hombre en asuntos de vida y muerte ni volvería a encontrarme en tal situación. Sencillamente, estuve allí quieto mirando hacia abajo y respirando a través del cuchillo que sostenía con la boca. Entonces me lo quité de la cara.

Nada tenía de parecido aquel hombre, tal como estaba allí, con ninguna de las actitudes en que le había visto cuando estaba vivo, pero recordé la postura en que se hallaba mirando al río mientras tenía yo prisa por matarlo. Ahora tenía el mismo aire relajado y contento de encontrarse a gusto en cualquier parte, y sobre todo en los

bosques.

Con un pie le di la vuelta y una mano le quedó con la palma hacia arriba y con la forma de seguir agarrada a la raíz. Aparecieron claras sus facciones.

Me caí al suelo; el cuchillo se me cayó de entre los dientes. El corazón me latía aceleradamente en el lado herido de mi cuerpo y procuraba distribuir mi sangre lo mejor que podía. Me llevé las manos a la cara y me aterroricé. No podía volver a mirar a aquel hombre. Tenía abierta la boca y sus dientes eran amarillentos.

Mas ¿era el mismo? Me aproximé a él arrastrándome y recogí el cuchillo. Con éste le anduve en las encías hasta que empezó a salir una pieza dental parcial. ¿Bastaba eso para reconocerlo? Volví a colocarle el aparato dental con el mango del cuchillo y le observé atentamente la cara. Iba vestido lo mismo que el tipo desdentado de aquel otro claro de bosque, el de nuestra aventura, pero realmente no podría haber dicho si era *exactamente* como él. Era de una estatura muy aproximada, delgado y de aspecto repulsivo. Y aunque se me había borrado el tiempo que pasé junto a él en aquellas circunstancias tan distintas de éstas, lo cierto es que hube de verlo bastante tiempo. Creo que si lo hubiera visto moverse, habría llegado a reconocerle. Pero ya no se podía mover.

Tomé el cuchillo con el puño. ¿Qué? Cualquier cosa. Tampoco esto va a ser visto. Nunca se sabrá; puede uno hacer lo que quiera; nada es demasiado terrible. Puedo cortarle los genitales que él iba a usar en mí. O cortarle la cabeza sin dejar de mirarle a sus ojos abiertos. O comérmelo. Puedo hacer con él lo que se me antoje. Y esperé a que se me presentara un deseo para llevarlo a la práctica.

Pero no tuve impulso alguno mientras el horror final me cercaba y parecía jugar con el cuchillo. Empecé a cantar. Era una canción popular de mucho éxito, una melodía folk-rock. Terminé y me quedé reconcentrado. Me enderecé lo mejor que pude. Aquí está ese hombre, y se lo dije a él.

Los problemas acudieron de nuevo, uno tras otro, en secuencia. Mejor hubiera sido arrastrarlo que llevarlo encima, pero sabía yo que podría ir más de prisa si lo transportaba a hombros, de modo que envainé el cuchillo, me arrodillé —poniendo en el suelo una sola rodilla— y me lo cargué a la espalda al estilo bombero de mis tiempos de boy-scout. Me puse en pie con casi el doble de mi peso y volví hacia el claro. Dejé a un lado la piedra ensangrentada que me había llevado allí. Fui tropezando con las matas por entre las cuales me había arrastrado antes y me dirigí hasta donde se veía el río mientras me seguía sangrando el costado, mojando de sangre lo alto de mi pierna izquierda. Parecía ir a secarse y de nuevo sangraba. El cadáver me pegaba al suelo y tenía la impresión de que cuando me lo quitara de los hombros, saldría volando. Dando tropezones por entre las matas, no tenía idea de cómo podría llegar al río. Lentamente, iba abriéndose el bosque ante mí y sólo unos veinte metros más allá se abría un espacio tranquilo y lleno de sol del que parecían surgir los sonidos de la eternidad.

Lo dejé casi en el sitio exacto al que le disparé y subí al borde del acantilado.

Miré primero río abajo, pues temía mirar río arriba y ver aquella vaciedad permanente, pero incluso mirando en la otra dirección pude darme cuenta de que la vaciedad del río no era completa, pues había allí algo como una mota. Volví la cabeza hacia allí para asegurarme de ello. En efecto, relucía al sol la canoa de Lewis avanzando gris como una trucha, saliendo de los rápidos. Miré al muerto. Y le dije: «Estás muerto, Lewis. Tú y Bobby estáis muertos. No salisteis a tiempo. Lo hicisteis todo mal. Debería coger ese rifle y mandarte al infierno, Bobby, que eres un burro, un incompetente, blando socio de club de campo. Te habrían matado, ya tenías que estar muerto, exactamente ahora habrías ya muerto. Estás precisamente a tiro, vas lento, estás sentado allí. Si yo no hubiera subido aquí y hecho lo que hice, flotarías ahora sin sesos ni sangre, y lo mismo Lewis».

Volví para recoger el fusil y aumentó mi locura al tocarlo. Apunté al centro del pecho de Bobby. «Hazlo», decía el muerto. «Hazlo, ahí lo tienes». Pero vencí el loco impulso sólo con aflojar los dedos y en seguida dejé caer el arma al suelo. Pensé disparar para atraer la atención de Bobby, pero renuncié a ese propósito porque temí que al oír el disparo se asustara él tanto que volcase la canoa. Además, no quería llevarme al hombro el arma de nuevo. Podía darme otro impulso insensato; muy poco antes había estado a punto.

Cogí el rifle por el cañón, le di vueltas por encima de mi cabeza y lo lancé lo más lejos que pude al río, donde cayó a unas cincuenta yardas de la canoa. Esperaba que Bobby lo hubiese visto lo bastante bien para darse cuenta que significaba que estábamos a salvo: un rifle cayendo del cielo.

Después de haber caído el arma, Bobby sacó del agua su remo, pero no miró hacia arriba. Me puse en la boca el pulgar y el índice y silbé lo más fuerte que pude, un silbido tan intenso que casi me ensordeció, pero me pareció que el sonido se perdía con el ruido del río. Subí a la mayor roca del borde del acantilado y me quedé allí de pie. Luego me pareció que debía hacer algunos movimientos para que desde abajo notasen mi presencia. Casi me deshizo, pero bailoteé de un lado a otro cuanto pude. Por fin miró Bobby hasta que su pequeña cara quedó levantada hacia allí. Aunque me dolía muchísimo la herida del costado, estaba contento de que me hubieran visto y señalé hacia abajo. Bobby remó lentamente hacia el acantilado.

Volví junto al hombre en el suelo, desplomado allí de lado con una pierna doblada, y lo puse de espaldas. Quedó mirando al cielo como no teniendo nada que hacer. Un ojo se le había dañado con alguna rama y lo tenía nublado, pero el otro era azul claro y con delicadas venillas muy curiosas e impropias de un ojo. Me veía yo a mí mismo allí, pequeña figura inclinada sobre él y que parecía crecer.

Después de transportarlo no me había molestado en registrarle los bolsillos. Aunque no me interesaba ya saber quién era, pensé que había de hacer algo por enterarme, pues podía necesitar ciertos datos más adelante. Le volví un bolsillo, pero nada tenía en él. Uno de sus botones interiores me dejó una impresión fría en aquella mano. En el otro bolsillo tenía cinco balas de rifle —grandes, y pensé en la cabeza de

Drew— y también una tarjeta que puse a plena luz para leerla. Se llamaba Stovall y era sheriff adjunto honorario del Condado de Helms, el cual era, supuse, aquel en que estábamos. Eso me preocupó algo, aunque no demasiado, pues Lewis me había dicho una vez que todos, o casi todos, los montañeses eran sheriffs adjuntos y honorarios. La principal preocupación a este respecto era que si alguien había pensado lo bastante en él para darle el carnet, podía ser éste una persona lo suficientemente conocida en la comunidad, como suele decirse —y fuese ésta lo que fuera en el Condado de Helms— por lo cual podrían buscarlo. Pero lo observé y me pareció tan vulgar su aspecto que no creí le echasen de menos sino muy pocas personas. Hice una pelota con la tarjeta, la volví a atiesar y luego la rompí, formé con los pedazos otra bola y la tiré al río. Mientras caía se fueron separando los pedazos, quedando suspendidos en el aire un tiempo increíble hasta seguir cayendo en varias direcciones, todas ellas hacia abajo. También arrojé al río, como una lanza, la flecha con que había matado a aquel hombre. Luego recogí la flecha que se me había clavado a mí cubierta por mi propia sangre y también la arrojé. Luego le tocó el turno a mi arco, del que no quería separarme. Estaba roto, pero creía que podía salvar el mango. Tenía muchísimo interés en quedármelo durante el resto de mi vida, pero acabé por tirarlo con todas mis fuerzas.

Desenrollé la cuerda que llevaba atada a la cintura. Era muy larga. Sin embargo, no creía tener bastante para atar al muerto e ir soltándolo desde arriba hasta que llegase al río, pero por lo menos podía bajarlo hasta donde llegase la cuerda y luego, estaba seguro, se me ocurriría algo. Arrastré el cadáver hasta el borde del acantilado, lo até lo mejor que pude, haciendo buenos nudos de rizo —los únicos que sabía hacer, como le ocurre a la mayoría de la gente— por debajo de las axilas. Mientras lo ataba, se le bamboleaba la cabeza y eso me irritaba más que muchas cosas que me sacaban de quicio en mucho tiempo, más que la dentadura postiza de la secretaria de Thad —Wilma— y su insoportable personalidad con su presunción de cumplir mejor que nadie con su deber. La herida en el cuello de aquel hombre no tenía demasiado mal aspecto. Desde luego, la mía parecía mucho más grave. La de él daba la impresión de cicatrizada y ya sólo tenía el aspecto de un profundo arañazo, pero no peor que uno de los malos que puede hacerse uno al afeitarse. Era difícil creer que la herida le había taladrado por completo hasta salirle por la espalda y que le había matado; que era la muerte misma.

Até el otro extremo de la cuerda al árbol más próximo al borde e intenté llamar a Bobby, pero el sonido de mi voz cayendo en el abismo me asustó. Estaba convencido de que nunca llegaría abajo. Sentía cómo se vaciaba de significado y de intensidad con los sonidos que llenaban el inmenso vacío. Había una especie de grieta en la pared rocosa abajo verdeando con los matorrales junto al agua y apareció la cara de Bobby por allí. También era posible que hubiera sonado una vocecita, algo añadido al ruido del río y que llegaba hasta mí, pero yo no entendía lo que decía.

Y podía figurármelo, puesto que yo había preparado todo aquello. Empujé al

cadáver con un pie por el acantilado abajo, mientras sujetaba la cuerda con ambas manos. En cuanto salió lanzado dio la vuelta en el aire y en seguida sentí el tirón inseguro de la cuerda. Fui siguiéndola hasta el árbol, sujetándola con ambas manos y me agarré al tronco. La cuerda de nylon que tenía enrollada en una muñeca me la cambié a la otra, y estos cambios fueron cada vez más frecuentes. Sudaba y el rollo de cuerda a mis pies iba disminuyendo. Los círculos rojos en torno a mis muñecas se marcaban cada vez más, casi hasta hacerme sangrar. Empecé a echar de menos haberle dado a la cuerda otra vuelta en torno al tronco antes de lanzar al cadáver, pero ya tenía que dejarlo así. Me pasó por la cabeza soltar la cuerda, dejar que el hombre cayera por su peso, pero eso me repugnaba; no lo haría pasara lo que pasase. Seguía yo sudando y controlando la cuerda y trataba de imaginarme qué estaría pensando Bobby al ver bajar así a un hombre pulgada a pulgada, un hombre que había estado a punto de matarlo mientras otro se preparaba a matarlo a él. También intenté imaginar, por las diferentes tensiones en la cuerda, lo que el cadáver «estaba haciendo» y cómo lo hacía sometido a una especie de control, en un descenso sin dignidad y protegido por los rojos cercos en mis muñecas, mi dolor y mis esfuerzos, en una tremenda caída rozando salientes rocosos, bamboleándose, resbalando, dándose golpes, pero aun así librándose de estrellarse contra las rocas del río como un saco de gelatina.

Solté la última yarda de cuerda que me quedaba y retrocedí dejando que el árbol sostuviera sin esfuerzo al cadáver. Me costó trabajo librarme las manos. Me las solté mientras volvía hacia el borde del acantilado; aún deseaban desesperadamente seguir sujetando una cuerda. Miré hacia allá abajo a la franja arenosa por encima de una peligrosa roca que sobresalía, y por allí colgaba un cuerpo invisible. Una vez más me pregunté qué estaría pensando Bobby. Volví al árbol y comprobé los nudos; luego me acerqué adonde la cuerda de nylon se doblaba para bajar y quise colocar mi ensangrentado pañuelo debajo de ella para que el borde rocoso no la rompiera, pero me fue imposible levantarla.

«Bueno, muy bien», me dije. «El juego se llama confianza; hay que confiar en las cosas». Miré tierra adentro y me arrodillé, sostuve la cuerda con una mano por debajo y con otra por arriba del borde del acantilado, pasé los pies hacia el otro lado y empecé a descender sujeto a la cuerda.

Era un lujo contar con la experiencia con que ya contaba para sujetarme en aquellas anfractuosidades y no tener que ir resolviendo problemas nuevos buscando algo que podía no hallarse, algo que nunca habría estado ni estaría. Pero mis brazos y manos casi no tenían fuerza. La única manera de saber que seguía allí era que no me caía. Hablaba a mis manos continuamente y a cada piedra con la que había de entredérmelas, pues las tenía junto a mi cara con bella claridad; nunca había mirado antes tan de cerca. Tuve que pararme en un par de sitios, casi en peligro de muerte y mirando tan de cerca los granos de arena, colgado sobre el río en el inmenso y flotante espacio, captándolo tan concentrado y profundamente que se me quedaría grabado para siempre como estaba entonces: para siempre, noche y día, y quizá

también después de la muerte. Manoteando y jadeando, pegado al acantilado, volvía a respirar el polvillo de las rocas removido por mis expiraciones.

El último sitio donde descansé fue una especie de borde aserrado de unas seis pulgadas de anchura, mientras estuve de pie en él. Sujetándome a la cuerda con ambas manos casi hubiera podido sentarme allí. Podía ver por debajo de mí al cadáver dando vueltas al agarrar yo la cuerda. Parecía tremendamente pesado y, con la cabeza apoyada sobre el pecho en el aire, daba una impresión pensativa y reposada.

También podía ver a Bobby, aunque ninguno de nosotros había intentado hablar aún. Atracó la canoa al pie del acantilado y se sostenía suavemente allí mediante las leves presiones del río. Reanudé el descenso, impaciente por librarme de mi propio peso. El cadáver estaba colgado a unos treinta y cinco pies por encima de las rocas de la estrechísima playa y no tenía yo idea de lo que pudiera hacer cuando se me terminase la cuerda. Tanto él como yo tendríamos todavía un buen trecho que recorrer. Pensé en dejarlo caer y luego saltar yo hasta el río, pero decidí pensarlo mejor cuando hubiese llegado hasta él.

Me encontraba ya casi encima del cadáver, agarrándome al acantilado y a la vez apartándome algo de éste, con una rodilla y un pie tratando de seguir descendiendo sin tropezar con él, como Harold Lloyd en una de sus películas.

Se rompió la cuerda y caímos los dos. De repente, no había ya peso ni nada que calcular. Sin embargo, me salvó el plan de la noche anterior; di un buen puntapié al acantilado y un fuerte empujón con la otra rodilla y con eso logré apartarme unos cuantos pies del muro de piedra. Cayeron unas rocas, y yo también. Cuando volví la cabeza, lo único que pude ver fue que no tenía obstáculos por delante, y eso era lo que más importaba.

Pero no podía controlar mi caída. Hubo un instante de deslumbrante nada, de caída girando. ¿Dónde estaba el río? En cierta relación esencial se fundían el verde y el azul, y luego el río sonaba en mi oído derecho, como si se me hubiera metido en él un punzón para romper hielo. Lancé un tremendo grito, que retumbó en el acantilado, y luego sentí como si me pasase por dentro la corriente, primero por la cabeza, de un oído al otro, y luego complicadamente por todo el cuerpo, subiéndome por el recto y saliéndome por la boca, pero también me pasó por el costado donde me había herido.

Me di cuenta de que me hallaba en algo que conocía, junto a la parte lenta de la corriente. Entonces me llegó el agua a la herida y casi me la quitó. Hacía tantos años desde que había tenido otra herida, que sentirla esta otra vez era casi un lujo, aunque supe, cuando me esforcé por mantenerme en la superficie del agua, que me había debilitado más de lo que creía. Iba quedándome inconsciente. Me hallaba en una habitación de diversas tonalidades verdosas bellamente graduadas, desde la muy clara a la intensa y fui hacia el color más pálido, aunque éste pareciera hallarse más bien a un lado de mí que arriba. Un momento antes de salir del agua vi el sol, líquido y transformado, y luego me explotó en la cara.

Me había herido de nuevo y de diversos modos, sobre todo en las manos, pero

después de mover en el agua los brazos y piernas, comprobé que no estaba tan malherido como para no poder funcionar. Me dejé llevar por la corriente pensando sólo vagamente en cómo nadar, y el pensarlo me hizo moverme. En verdad, ya lo venía haciendo.

Llegué junto a la canoa y tiré de ella lo más cuidadosamente que pude. Tenía la cara a no más de ocho pulgadas de la de Lewis. Con los ojos cerrados, tanto podía parecer dormido como muerto, pero meneó la cabeza. Abrió los ojos, me miró muy serio, volvió a cerrar los ojos con gran cansancio y se tumbó de espaldas nuevamente. La parte que ocupaba en la canoa, sobre todo en torno a su cabeza, estaba llena de vomitona; los filetes y tanta comida como habíamos traído de la ciudad. Di vuelta en torno a la canoa hacia tierra y me enfrenté con Bobby.

—¿Es esto lo que llamas tú el amanecer?

—Escucha —dijo—, Lewis lo ha pasado muy mal. Llegué a creer que se moría. Está muy malherido.

—Pues tú eres el que debías estar muerto. Él confiaba en ti. No hiciste lo que te dije y debías de haber muerto. Ese hombre pudo disparar contra ti cincuenta veces por haber hecho tú lo que hiciste y por no haber hecho lo que debiste. Más vale que mires ahora, Bobby. Más te valdrá mirarte las manos y los pies porque has estado a punto de perderlos.

—Escucha —volvió a decir—. Por favor, escúchame: no pude meterlo en la canoa hasta que fue lo bastante de día para ver lo que hacía. Se desmayó dos o tres veces antes de volverlo a embarcar. Te aseguro que no querría pasar otra noche como ésta. Hubiera preferido subir contigo.

—Muy bien, lo harás la próxima vez.

—¿Cómo lo conseguiste? Nunca creí que pudieras; la verdad, no creí que volviera a verte. Si hubiera sido yo, no sé lo que habría pasado, pues ni siquiera hubiera podido llegar arriba.

—Ya lo pensé —dije—. Pero no te lo dije.

—Hiciste exactamente lo que dijiste que harías. Pero no es posible; no lo creo. No puedo creerlo. Créeme, Ed, no lo creo. No es posible que todo esto nos esté ocurriendo a nosotros.

—Bueno, pues lo que tenemos que hacer es fingir que no ha ocurrido. La cosa es cómo lograrlo.

—No sé —dijo Bobby—. ¿Crees de verdad que podemos hacerlo? Quiero decir, ¿de verdad?

—Sí, sí, completamente cierto —le dije—. Con tanta mala suerte como hemos tenido, también ha de llegarnos la buena.

—¿Y le mataste? ¿Le *mataste*?

—Sí. Le he matado y de nuevo le mataría, pero mejor.

—¿Le tendiste una emboscada?

—En cierto modo. Me planteé el problema del mejor modo posible. Y él vino



hacia mí.

Nos acercamos al estrellado cadáver sobre la roca, el cual tenía en dos o en tres partes la dentadura postiza colgando de la boca. Se había caído de cara. Le dimos la vuelta; su rostro era increíble, más que ninguna otra cosa. Me di cuenta de que Bobby contenía la respiración. Luego balbuceó:

—Parece que lo has matado por delante. ¿Cómo...?

—Sí —dije—. Le disparé de frente desde un árbol.

—¿Un árbol?

—Sí. Hay muchos por allá arriba. Es un bosque, ¿sabes?, hay muchísimos.

—Pero...

—No me vio hasta que estuvo ya herido de muerte y quizá ni siquiera entonces me viese. Creo que se proponía llegar hasta donde yo estaba cuando le alcanzó la flecha. Disparó muchas veces. ¿No has oído los tiros?

—Quizás uno; no estoy seguro. Probablemente no, quizá porque escuchaba con demasiada intensidad. La verdad es que no oí nada.

—Pues ahí está. Otro.

Miró a mi lado:

—¿Pero él te había disparado antes, no?

Su voz sonaba lo mejor intencionada que yo le había oído.

—Déjame mirar —dijo.

Corrí la cremallera y se me cayó el mono de aviador. Mis calzoncillos estaban llenos de sangre seca y no cesaba de salir de nueva.

—Chico —dijo—. Te han herido bien.

—Me caí del árbol y me clavé otra flecha —dije—. Me pregunto si habría servido para algo que no la hubiese afilado tanto antes de salir de casa. Y he de alegrarme de no usar flechas de cuatro puntas.

—Te digo que es increíble. Esa flecha pudo abrirte por dentro.

—Para eso sirve y me tocó a mí. Pero creo que es una herida limpia y no hay muchas así. El chapuzón en el río me ha quitado gran parte de la pintura.

Me miré la herida. El descenso por el acantilado y la caída final me la habían abierto, perdiendo así la media cicatrización que empezó en el bosque. Me desangraba, pero no con tanta rapidez como pudiera haberlo hecho. Me quité los «shorts» y me quedé allí sangrando y desnudo, cogí la sangrienta manga que ya me había cortado y la empleé para retener los calzoncillos en la herida. Luego me puse lo que quedaba del mono.

—Acabemos y vayámonos —dije.

Estábamos junto al cadáver, sobre el cual se había amontonado la cuerda, y la parte de ella que se había rozado con las rocas de arriba estaba deshilachada.

—¿Estás seguro...? —preguntó Bobby.

Le miré fijamente a la cara, a su boca abierta y ojos inyectados en sangre.

—No —dije—. Me parece que sí era él, pero no estoy seguro. Quizá si

pudiéramos hacer que te apuntara con un fusil, me lo podrías decir seguro. O quizá si pudiésemos devolverle su verdadera cara podríamos saberlo. Pero no sé. De lo único que estoy seguro es de que ahora mismo estamos aquí. Echémoslo al río. Echémoslo por las buenas.

Fuimos arriba y abajo por la franja de orilla en busca de piedras lo bastante grandes e íbamos de una a otra sin decidirnos. Con ambas manos procuré lavar en el río la roca donde se había estrellado su cara y sobre la que había mucha sangre. Arrodillado, la lavé y salió la sangre. Estaba en la arena pegada a la roca y volvió a la arena. Seguí buscando grandes piedras con Bobby y reunimos cinco o seis cerca del cadáver. Corté la cuerda en grandes partes y até las puntas al hombre poniéndole en torno al cuello la más larga y tapándole con ella la herida de la flecha.

—Aquí, no —dije—. En medio del río, donde sea más difícil llegar.

Nos atareamos con él, empujándonos el uno al otro, y lo metimos con las piedras en la canoa, junto a Lewis, el cual se apartó algo, como para dejarle sitio a alguien que tenía derecho a estar allí, como una persona que en medio de la noche se aparta para hacer sitio en la cama a un cuerpo familiar.

Con tanto peso, la canoa avanzaba muy dificultosamente. Nos alejamos de la orilla y por unos momentos nos dejamos ir corriente abajo, demasiado cansados para hacer otra cosa. Los rápidos sonaban frente a nosotros aterrándonos una vez más entre tantos otros horrores. Bobby equilibró la canoa mientras yo me arrodillaba entre la sangre, mi vomitera y las piedras y apartaba dos de ellas hasta tirarlas por la borda porque me estorbaban. La canoa dio un brinco y me costó trabajo establecer de nuevo el equilibrio. El cadáver parecía empeñado en saltar al agua, pero siguió allí. Levanté otro pedrusco y puse una de las piernas del cadáver sobre la borda, pero siguió con nosotros. Agarré el último peñasco, el que le habíamos amarrado al cuello y lo levanté por encima de la borda con las últimas energías que me quedaban. Se le abrió la herida del cuello sin sangrar; me dio la impresión de que la cabeza se le iba a partir, y desapareció en el agua. Se lo había tragado tan por completo el río que parecía no haber tenido nunca que ver con él. Nunca había existido. Sumergí una mano en la corriente y dejé allí sangre mía.

Ya estábamos solos, avanzando.

Dimos la vuelta en un gran recodo. El río se refrescaba delante y en torno a nosotros y cogí un remo sumergiéndolo, pero sin remar apenas. Pasamos por varios pequeños rápidos sin gran dificultad y hasta me pareció divertido. La canoa parecía moverse sola.

A ambos lados parecían disminuir de altura los acantilados, ir desapareciendo. Pero luego volvieron a alcanzar la altura que antes tenían. Sin embargo, no eran tan imponentes. En verdad, eran más bajos.

El sol, que daba detrás de nosotros, y su presión en mi espalda, parecía impulsarnos. Me alegraba de ello; más de lo que parecía posible. Pero no podía levantar la cabeza. Tenía rígido el costado y me palpitaba con la sangre. Llevaba la

barbilla clavada al pecho y los ojos veían turbio el fondo de la canoa donde Lewis yacía tapándose los ojos con una mano. Me puse una mía en la frente y traté de mantener abiertos los párpados tirando de la piel de la frente, pero sin embargo estaba dominado y veía el mundo como con los ojos cerrados. «Tengo que echarme en alguna parte», pensé; «si no lo hago me caeré al río».

En verdad, no parecía ésa una mala perspectiva. Habría sido maravilloso caer con todo mi peso en el agua una vez más, quizá esa vez para siempre. Mas era demasiado audaz, y yo lo sabía. Cualquiera lo hubiera sabido.

Pasamos por algunos pequeños rápidos que nos sacudieron y aumentaron un poco nuestra velocidad, pero no demasiado; eran profundos y potentes, pero los canales eran claros y pasamos por ellos sin maniobrar mucho. Estaba yo seguro de que no teníamos que navegar mucho más. ¿Adónde iríamos a parar? ¿Qué nos quedaba por ver de lo que los hombres habían hecho y que nos dijera algo? ¿Qué veríamos cuando saliéramos del río para siempre? Lewis yacía tranquilamente en el fondo de la canoa con los pantalones desabrochados y el cinturón soltado; parecía una cosa muy grande y rota. Podía ver yo los enormes músculos de su muslo, que se iban volviendo azules. La mano que tenía libre, aquella con la que no se apretaba la cara, la movía y pensé que quizá fuera éste un nuevo sistema, una manera de hacer que se le durmiera la pierna apretándola de manera especial. El brazo que movía estaba rígido.

La corriente iba ahora muy veloz pero sin diversos «rápidos». Era profunda y de un verde intenso. Fluía con gran facilidad y cada vez que podía adelantar mi cabeza veía el puente de una carretera cruzando el río, pero cuando volvía a mirar el puente había desaparecido.

Muy lejos había lo que parecía una serie de rápidos con unas cuantas rocas grandes —el sonido era profundo y agradable más que temible— y más allá, otro recodo cubierto de bosque. Avanzábamos hacia el agua blanca y estábamos muy cerca de ella cuando vi el cadáver de Drew boca arriba entre las rocas, mirándonos.

Se lo dije a Bobby, pero no pudo levantar la cabeza para mirar. No pudo, y yo sabía que no podía, pero no se lo eché en cara. Sin embargo, alguien tenía que mirar, debía hacer algo y mejor sería que los dos lo hiciésemos.

—Escucha —me oí decir a mí mismo—. Despiértate y ayúdame.

Dirigí la canoa hacia donde estaba Drew, entre las rocas, y luché contra la corriente, que tiraba de nosotros queriendo llevarnos más allá. Puse la embarcación lo más de flanco que pude y deseé que las rocas nos recogiesen y protegieran. Eso hicieron. Nos detuvimos y desembarqué en la poca arena que allí había cubierta por algo de agua. Di un par de pasos río adentro y le sacudí a Bobby un par de fuertes golpes en un lado de la espalda, para sacarlo de su atontamiento. Pero no fueron tan fuertes como lo requería la situación. Para causarle más impresión, me llevé la otra mano al mango del cuchillo.

—¿Me has oído? —le dije, no muy alto—. Si no me ayudas en esto, te mataré mientras sigas sentado en tu inútil trasero. Ven acá. Tenemos que acabar con esto.

Salió lentamente al agua, balanceándose al empujarle la corriente y mirando a todas partes menos a mí.

Drew estaba sentado, de cara a la corriente, en una especie de silla natural formada por dos piedras, entre las cuales pasaba una pequeña corriente separada de la principal del río por una roca plana. Aunque estaba sentado, su postura era muy natural, descuidada, como si hubiera estado sentado allí vivo y dormido. El agua le subía por la parte de arriba del pecho, y le entraba en su abierta boca una fina rociada, formándole una fina y temblorosa campanilla plateada en torno a los labios, entre los cuales relucía un empaste de oro. Los ojos se los tenía abiertos también la corriente, pareciendo que veían el agua de todas las curvas del río, infinitamente. El continuo tirón del agua en la boca le daba un cierto aspecto cretino con los labios colgantes, pero nada tenían que ver los ojos con eso. Eran azules y parecían estarlo viéndolo todo claramente.

Fui hacia él como si acabase de encontrármelo sentado en un bar y borracho. Intenté sacarlo de allí tirándole de las correas de su salvavidas, pero tardé en lograrlo. Parecía haberse incrustado entre las rocas. Por fin lo levanté en mis brazos como si no tuviera músculos. Bobby se puso al otro lado de Drew y los tres nos dirigimos por dos mundos —agua y aire— hacia la canoa. Tropezábamos, pues la corriente nos enganchaba los pies de cada uno con los de los otros. No me había dado cuenta antes de que Drew era tan grande. Los tres nos caímos y el cadáver de Drew salió flotando con la cabeza hacia atrás dando ésta lentamente la vuelta. Tenía su aplastada cara tan plácida, lavada y pura como el cielo.

Avancé metiéndome en un hoyo por debajo de él y, por fin, esforzándome mucho, pude llevarlo hasta la roca más próxima a la canoa y lo dejé allí, boca abajo. Le miré la cabeza. Algo le había herido horriblemente allí, desde luego. Pero no pude saber si era de un tiro de rifle. Nunca había visto una herida por disparo de rifle. La única comparación de que disponía era la descripción del presidente Kennedy, los detalles dados por los testigos, médicos, y los informes de la autopsia, todo lo cual había leído yo en diarios y revistas como lo leyeron entonces casi todos los demás norteamericanos. Recuerdo que parte de la cabeza de Kennedy había salido lanzada. Pero, de todos modos, no era como aquello. Había un largo lugar pelado más abajo del cabello, precisamente sobre su oreja izquierda, y en ese lugar parecía estar la cabeza extrañamente hundida, dentada. Pero no había sesos fuera, nada que hubiera sido saltado.

—Bobby, ven aquí —le dije—. Hay algo a decidir.

Señalé el lugar en la cabeza de Drew. Bobby miró y los ojos se le enrojecieron aún más y se apartó. Nos apoyamos en la roca, jadeantes.

—¿Es una herida de rifle?

—Ed, bien sabes que no entiendo de eso. De todos modos, a mí no me lo parece.

—Sin embargo, mira aquí.

Le señalé más abajo del cabello.

—Sabiendo lo que sabemos, me parece que le han disparado, pero que una bala le hizo aquí sólo un profundo arañazo, por llamarlo así. Pero no sé si esto es lo que lo ha matado o no.

—O si lo mataron con una piedra después de haber desembarcado él —dijo Bobby.

—Si salimos de todo esto como es preciso, sólo tendremos que explicarnos a nosotros mismos lo ocurrido —dije—. Pero me gustaría *saberlo*. Creo que deberíamos estar enterados.

—¿Y cómo *vamos* a saberlo?

—Lewis se dará cuenta mucho mejor que nosotros. Llémosle a Drew y que él lo mire bien.

De nuevo recogimos a Drew y lo volvimos a meter en la canoa.

Entramos en ésta con él hasta que su cabeza estuvo por detrás apoyada en la borda.

—Lewis —dije en voz baja.

No me respondió; tenía cerrados los ojos y respiraba dificultosamente.

—Lewis. préstame atención un momento. Es importante. Muy importante.

Volvió la cabeza y abrió los ojos. Bobby y yo sujetábamos el cadáver de Drew con tres manos, ladeé su cabeza y le enseñé a Lewis el sitio que me interesaba que viera.

—Lewis, dime, ¿crees que le dispararon? ¿Hizo esto una bala?

Pasó por sus ojos una ráfaga de su interés de antes. Levantó la cabeza cuanto pudo y miró el pelo de Drew.

—¿Le dispararon o no? ¿Fue un tiro, Lewis?

Pasó muy despacio, por encima de la corriente, sus ojos hasta los míos. Me tembló el cerebro. Ignoraba lo que vendría luego. Movié apenas la cabeza y volvió a echarse hacia atrás.

—Rozado —dijo.

—¿Estás seguro? ¿Estás *seguro*?

Volvió a afirmar con la cabeza y en el mismo movimiento eructó. Siguió afirmando mientras Bobby y yo nos mirábamos. De nuevo observamos la herida de Drew.

—Quizá —dijo Bobby.

—Sí, más que quizá; lo es —dije—. Tiene que serlo. Pero no podemos hacer que nadie lo reconozca. No podemos decirlo, pero algunos pueden, y si tenemos que explicar por qué se ha herido uno de nosotros con un arma de fuego, todo puede salir a relucir.

—¿Nos libraremos de esto? No creo que podamos. De verdad que no.

—Ya casi hemos salido de ello —dije.

—¿Qué vamos a hacer con Drew?

—Lo sumergiremos en este río —dije— para siempre.

—Oh, Señor. Oh, Señor.

—Escucha, es justamente lo que dije. *Exactamente*. No podemos permitirnos que alguien que entienda de esto lo examine. Si volvemos sin él, será porque hemos tenido mala suerte. No somos más que un maldito grupo de aficionados. ¡Y a ver si prueban que *eso* no es verdad! Vinimos aquí para recorrer este río sin saber dónde nos metíamos, lo cual es también una gran verdad. Nos defendimos bastante bien algún tiempo y luego volcamos. Perdimos la otra canoa. Lewis se rompió una pierna en los rápidos y Drew se ahogó. Eso lo creería cualquiera. Pero no podemos explicar que mataran a alguien con un rifle.

—Pero si lo mataron...

—Es verdad: si es que lo mataron.

Una débil luz brilló en los ojos de Bobby y luego se oscureció o se apagó.

—No hay manera de salir de esto —dijo.

—Sí que la hay —dije—. Este es el fin. Esto es cuanto hemos de hacer, pero hay que hacerlo bien. Todo depende de eso. Todo.

Saqué de un bolsillo del pantalón la cuerda que me sobraba del arco. La até en torno a una roca de buen tamaño y luego en el cinturón de Drew. Pusimos su cuerpo en la canoa, así como la roca. Lo vestimos con su chaqueta Kapok.

Cuando el agua se hizo más profunda, Bobby volvió a la canoa y tomó un remo. Fui con el cadáver de Drew hasta el final de los rápidos. Yo miraba cómo flotaba su mano con la palma hacia arriba, mostrando los callos de tocar la guitarra y blanca con su anillo del colegio en ella, y me pregunté si a su esposa no le gustaría conservar aquello. Pero no, ni siquiera eso podría hacerlo. Supondría dar explicaciones. Toqué el callo en el dedo corazón de su mano izquierda y se me cerraron los ojos con lágrimas. Amanecí con él en los brazos un momento llorando agua del río a la vez que nadaba llevándolo conmigo. Podría haber llorado más, pero no había tiempo.

—Eras el mejor de nosotros, Drew —dije en voz bastante alta para que Bobby me oyese; quería que me oyera—. El único decente; el único cuerdo.

Abrí el cinturón de seguridad y lo dejé caer debajo de mí. De rodillas en la canoa, junto a Lewis, Bobby lanzó la piedra por encima de la borda. Uno de los pies de Drew se levantó y me tocó en la pierna, y ya estábamos libres de la ley del infierno.

Me quedé en el agua detrás de la canoa sujetando la chaqueta con una mano. Al no tener peso, las piernas me dolían dos veces más. Quería dormir, hundirme, no tener que respirar. Tendido, me dejaba llevar por el río y me esperaban pesadillas y sudores nocturnos, pero todavía no. Cuando llegamos a otro sitio en calma, me instalé con más tranquilidad en la canoa, quedándome en la popa mientras el sol calentaba mucho y tenía yo muy mojados los hombros y la espalda, como si el agua se me hubiera quedado allí en capas.

Durante un gran rato sólo hubo cansancio y calor. Los insectos danzaban sobre la canoa entre Bobby y yo. Una neblina cantante, que no sabía yo si estaba en mi

cabeza. Pero los muros de piedra disminuían cada vez más por ambos lados. Pocas millas después los acantilados cedieron a la derecha y en el otro lado sólo quedaba como una baja valla de rocas. Luego también ésta se inclinó hacia el río hasta que nos quedamos de nuevo al nivel de los bosques. Sabía yo que debía de haber calculado mal la distancia que debíamos recorrer, pues parecía interminable. Bobby agachaba la cabeza y lo más que podía esperarse de él era que se mantuviese en equilibrio en la canoa y no se cayera volcándonos. Si nos caíamos en aguas profundas o en los rápidos, sería un gran problema salir de ellos y a Lewis nunca lo podríamos recuperar.

Me había puesto la chaqueta salvavidas de Drew sobre la mía. Así tenía un calor horrible, pero el cuello de esa chaqueta subía más sobre mi cuello y me protegía del sol, lo cual era de agradecer. Mi mente danzaba sin parar con la imagen del largo y bamboleante viaje en torno a los rápidos que había emprendido la chaqueta tratando de impedir que Drew se ahogara cuando estaba ya muerto, probablemente, por otra causa.

Podía sentir que se me hinchaban los labios con el sol. Poco a poco iba llegando a un límite absoluto, pero no sabía dónde estaba o dónde estaríamos en el río cuando llegara yo a ese límite o qué haría entonces. ¿Había algo que pudiera decirme a mí mismo, o incluso a Bobby, que sirviese para algo?

—Bobby —le dije de pronto—, resiste. Si podemos seguir durante diez millas, estaremos salvados. Sigue, que nos libramos de todo. Hemos recorrido muchísimas millas y ya debe de quedar poco.

Intentó afirmar con la cabeza y en parte lo hizo.

—No tumbes la canoa, Bobby. Y si ves algo que yo no vea, avísame. Si vamos a entrar en unos rápidos, dímelo. Si no puedes hacer nada de eso, tumbate ahí con Lewis y reza, pero procura contribuir a que guardemos el equilibrio.

Había en el río un nuevo tono profundo: un antiguo tono que yo reconocía.

—Dios —dije—. Haz algo por nosotros.

Fuimos hacia allí, pero cuando llegamos al recodo siguiente sólo se veía una nueva vuelta del río media milla más allá. Llegaba de allí el sonido, o a través de allí.

—Creo que oigo más rápidos, Bobby. No me cabe duda. Si podemos pasar con la canoa, hagámoslo. Es posible, pero si no podemos, demos la vuelta.

Seguimos descendiendo el río y adquiriendo mayor velocidad, y el sonido, como si lo aumentasen girando un mando, traía consigo el antiguo terror, pero también excitación; la sensación que Lewis estaba siempre describiendo.

Entramos en la vuelta siguiente y yo sabía, por el ruido que escuchaba, que si los rápidos estaban cerca no serían tan peligrosos como lo habían sido antes. Y entramos en el recodo avanzando aún con mayor velocidad, sin encontrar cataratas ni rápidos, sin agua blanca a la vista, y yo había esperado que fueran un peligro. Era más bien como si estuviera escuchando una catarata y de nuevo me dispuse a morir. El ruido aumentó de pronto; era como si creciese la espuma, algo así como desesperación

sonora. De nuevo doblamos un recodo. Se expandió la tierra a la vista y aparecieron unos rápidos más profundos —mucho más— que cuantos habíamos pasado, y más largos, todos ellos dirigiéndose hacia un cañón que desaparecía por dos enormes peñas, entre las cuales se emblanquecía el aire.

El agua se hacía cristalina durante cincuenta yardas ante nosotros e iba a caer en una serie de pequeñas cascadas, cambiando a un tono aún más claro al adquirir mayor velocidad y luego tomaba un color verdoso mezclado de blanco para torcerse a la izquierda y meterse entre grandes rocas. No podía distinguir yo más allá; era como si el río se hubiera cubierto de niebla. Podríamos habernos acercado a la orilla, pero me faltaban las energías para ello. La corriente nos dominaba.

—No podríamos caminar —grité—. Aprieta el culo en el asiento lo más que puedas.

No volvió la cabeza para mirarme, pero se movió hacia atrás y se sentó mejor, agarrándose a las bordas y apretando las rodillas contra el asiento delantero. Nuestro centro de gravedad era lo más bajo que podíamos conseguir y me inclinaba cuanto me era posible hacia adelante; no hubiera podido controlar la canoa de haber estado más abajo y descendíamos por la corriente muy juntos, como hilos en un telar. El principal rugido del agua alborotada chocó contra nuestras caras y luego nos llegó de costado hasta hallarnos envueltos por él. Logramos pasar, aunque estuvimos a punto de volcar. La velocidad a que íbamos nos ayudaba a mantener el equilibrio y tuve que tumbarme una vez a la derecha para que no lo perdiésemos. Pasamos por otros dos descensos y eso nos produjo repercusiones en la base del cerebro. En medio de aquello oí primero un débil gemido y luego un fuerte grito, canturreo o llamada desde algún sitio y me pareció que podía ser Lewis el que chillaba. Luego entramos en una parte de agua más nivelada, pero que seguía precipitándose. Habíamos perdido un poco de velocidad, pero la recuperamos inmediatamente y aún más. Íbamos hacia la espuma y la «oscurecida blancura» del pasadizo. Remaba yo a un lado y luego a otro con la mayor energía que me era posible, pero resultó inútil y nos tragó el remolino, tras mucho columpiarnos, hacia el que íbamos.

Durante unos momentos nada pude ver; el agua me llenaba la boca y sentía los golpes que me daba el casco de la canoa. Se interrumpió todo movimiento. Era como hallarse en una desconocida habitación de algún frío edificio o en una vibrante cueva llena de vapor helado. Antes de poder pensar lo vi todo con húmeda claridad; en un instante desapareció de mi espalda el sol. Volví a remar por la derecha porque era allí por donde había remado últimamente y fue por la derecha por donde tuve que remar al hacerlo de nuevo. Estaba seguro de que debíamos dirigirnos a la izquierda si podíamos, pues la derecha parecía ofrecernos la muerte y tenía yo la seguridad de que si no rehuía la derecha acabaríamos volcando y tanto el río como las montañas de donde procedía se nos echarían encima; caerían tonelada tras tonelada sobre la canoa, interminablemente. De nuevo me había puesto a remar, pero no podía saber qué lograba con eso. Algo se adhirió al remo y varias veces lo sumergí y lo saqué. El río



parecía saltar por delante y nos lanzó como si fuéramos a salir volando. Avanzábamos a mayor velocidad de la que nunca fui en una máquina. La fuerza del agua contra el remo era tremenda; sentí como si estuviese hundiendo el remo en alguna fuente sobrenatural de inmensa y primitiva energía.

Era como navegar por un río aéreo. Las rocas pasaban por debajo y junto a nosotros, luego la arena, después más rocas, cambiando de color a nuestro paso. Medio me levanté de mi asiento; nada más podían haberme dicho que hiciera. Era una infalible resistencia, el triunfo de una ilusión cuando los acontecimientos parecen haber terminado con ella. Miré para ver lo que me esperaba luego y grité para animarme: «¡Resiste, hombre! Vamos hacia casa».

Más adelante había unas rocas inclinadas. Remé hacia allí mientras nos empujaba por detrás un gran impulso. Perdimos peso por completo. Íbamos lanzados hacia lo alto de la gran roca en un movimiento incontenible. Cerré los ojos y grité fundiendo mis gritos con los bestiales de Lewis, vaciando mis pulmones mientras por un instante quedamos suspendidos a seis pies por encima del río para empezar de nuevo a caer. Esperaba yo un vengativo rechazo del río, pero la proa cayó con rara suavidad hasta el pie de la gran roca. Oí mi propio grito como colgado en el aire húmedo por encima de los colores blanquiazules de la roca, como una bandera —aún sigo oyéndolo— y de nuevo estábamos abajo y avanzábamos lentamente, otra vez en agua verde, pesada, casi sólida, bajo nosotros.

Ya quedaban atrás las rocas; otra curva, una sin rápidos, empezaba a abrirse ante nosotros a un centenar de yardas más allá. Miré a Bobby. Seguía hacia atrás en su asiento, pero esforzándose por sentarse bien de nuevo en éste. Se volvió hacia mí y abrió el ojo de ese lado. Empezó a decir algo, pero no lo consiguió, ni yo tampoco cuando también quise hablarle.

Después de ir un rato por aguas tranquilas, empecé a pensar ya claramente en lo que necesitábamos para el futuro.

—Ahí atrás es donde ha ocurrido todo —dije.

Me miró sin comprender.

—Alguien nos interrogará. Entonces le dirás que ahí fue donde Drew cayó al agua, donde todos caímos. Fue ahí donde Lewis se partió la pierna y perdimos la otra canoa.

—OK —dijo sin convicción.

—Fíjate —le recomendé— en algunas cosas de por aquí para que coincidamos. Así no buscarán a Drew más río arriba. De modo que mira. *Mira*.

Y observó sin mucho interés de un lado a otro, de orilla a orilla, pero estuve seguro de que nada se le había quedado.

—Mira ese gran árbol amarillo —le dije—. Ese será el detalle principal. Eso y los rápidos y la roca grande sobre la que pasamos. Si nos referimos a todo ello, no necesitamos más.

Concentré mi atención sobre el árbol mirándolo desde todos los ángulos que nos

ofrecía el río al pasar. Hice que esa imagen borrara a todas las otras en mi mente y que dejara en ella una profunda y recuperable imagen. Era un árbol medio muerto con la corteza medio pelada. Debió de haberle caído encima un rayo hacía tiempo y lo había dejado destrozado. Esa era la imagen que me interesaba conservar. El árbol entero.

—Escucha, Bobby —le dije—, escúchame bien. Tenemos que hacer esto con habilidad. Drew se ahogó aquí, ¿entendido? Yo diría, voy a decir, que el mejor sitio para buscar su cadáver es por donde estamos ahora. No podrá llegar aquí desde donde está en realidad. Allí no hay caminos que den acceso al río y nadie lo buscará si no decimos nosotros que es donde está.

—Está aquí —dijo Bobby, poniéndose horizontal una mano por encima de los ojos para protegerse de los reflejos—. Está aquí, debajo de donde nos encontramos ahora. Diré eso. Muy bien, lo diré.

Era exactamente lo que yo quería. Nada dijo Lewis; o estaba desmayado o hubiera sido un esfuerzo excesivo para él intervenir en la conversación.

—Volcamos en aquel sitio tan peligroso por donde pasamos —seguí diciendo—. Incluso podemos dar detalles de cómo se volcó la canoa bajo la gran rociada espumosa por entre las rocas. Volcamos, y Drew se ahogó. Como quiera que se nos han parado los relojes no podemos decir exactamente cuándo ocurrió. Pero sí decir dónde está ese árbol amarillo.

Bobby miró con un poco más de animación.

—Nada hay de increíble en esa historia si la recordamos bien —dije—. No hay más supervivientes, *ninguno más*, que nosotros. Nadie vio nada, nadie sabe nada. Si no confundimos los detalles, todo saldrá bien. No nos molestará la policía ni habrá investigación alguna. Sólo nosotros hemos sido testigos de que Drew se ahogó.

—Espero que nadie sepa lo ocurrido.

—También lo espero yo, pero, como diría Lewis, hemos de hacer más que esperar. Contrólate, Bobby. Tenemos que controlar toda nuestra situación. Ahora, cuéntame la historia a ver si te has enterado bien.

Me la repitió con exactitud. Lo cual me produjo buen efecto y empecé a sentirme más seguro, pues temía volver a los hombres y a sus preguntas y sistemas; lo venía temiendo sin saberlo.

Con el cuerpo pesado y la mente ligera sentí, lo cual dejé de esperar en las horas anteriores, que podía resistir bastante. Cada vez más dejé avanzar sola la canoa, remando solamente lo imprescindible para que la proa continuase en su dirección río abajo. Había bosques continuamente a derecha e izquierda, pero ya no eran los densos y enmarañados de antes. No estábamos lejos de los hombres. A cada recodo me parecía que iba a aparecer alguien.

Y, en efecto, allí había algo vivo. Una vaca estaba tumbada bajo un árbol a la orilla del río. Movié la cabeza y nos miró por encima de la corriente. Fuimos hacia ella.

—Es una granja, Bobby —dije—. Aquí estamos. Aparecerá en cualquier momento. —Pero no se me apetecía caminar mucho por entre pastos y campos en busca de una casa de campo. Decidí seguir un rato río abajo hasta encontrar un puente o una carretera.

Aparecieron más vacas, muy blancas o también negras, tendidas en las orillas rumiando, bebiendo, levantándose de junto al río con una sacudida de los cuernos, eternamente tontas, enormes e inútiles para sí mismas. Estaba yo seguro de que nos bastaría una vuelta más del río para que hubiésemos llegado.

Después de otra hora aproximadamente y cuando por el calor que hacía y la altura del sol debía de ser mediodía o la primera hora de la tarde, llegamos a otra vuelta como las otras, pero allí cruzaba al río un puente de tablones y con armazón de acero. Poco más allá había un tranquilo canal en el que pescaban con cañas un hombre y un niño.

Hicimos cruzar dificultosamente la canoa hasta una orilla y cuando tocamos ésta se puso en pie Bobby en la canoa y se balanceó unos momentos antes de desembarcar. Descendí al fango, salí del río y no volví a tocarlo con los pies ni las piernas. Dejamos atracada la canoa y sacamos de ella los salvavidas.

Pero Lewis seguía en la canoa con los brazos cruzados. Estaba terriblemente quemado por el sol; se le despellejaban los labios cuando los movía.

—Lewis —le dije desde la orilla—. ¿Me oyes?

—Te oigo —me respondió con voz clara y fuerte, pero con los ojos cerrados—. Te oigo y te he estado oyendo todo el tiempo. Has hecho un buen plan; nos sacarás de esto. A mí no me preguntarán nada y, si me preguntan, les diré lo mismo que advertiste a Bobby. Lo estás haciendo muy bien; mejor que yo lo hubiera hecho.

—¿Sientes algo en la pierna?

—No, pero no la he movido ni pensado en ella desde hace mucho tiempo. Hice que se durmiera y ahora no puedo despertarla. Pero no importa; me encuentro muy bien.

—Voy a buscar ayuda —le dije—. ¿Puedes aguantar un poco más?

—Desde luego. Dios mío, las cataratas que pasamos deben de ser terribles.

—Sí que lo son. Nos hubiera ido mucho mejor de haber contado contigo, muchacho.

—Contabas conmigo —dijo.

—Deberías de haber visto cómo estaba el agua entre aquellas rocas.

—No sé —dijo, debilitándose de nuevo—. Las sentía de otro modo; en la pierna y te puedo decir que ya sé algo que antes no sabía.

Sonreía y trataba de apartar la cabeza de la vomitera seca, pero de nuevo la puso en ésta.

—¿Estás seguro de que no encontrarán a Drew? —preguntó.

—No, no lo encontrarán —le respondí—. Por lo menos, si me dejan hablar a mí.

—Eso me figuro —dijo—. Ve en busca de alguien. Cualquiera. Quiero salir de

este maldito horno. Quiero salir de mi ataúd, esta maldita bañera de lata.

—Sigue ahí quieto. Estáte aquí y no te preocupes.

Le encargué a Bobby que se quedara en la canoa, subí por la orilla a la carretera y crucé el puente. Era una estrecha carretera estatal y a media milla había una gasolinera campesina, con dos bombas amarillo oscuras, probablemente Shell. Me detuve a pensar cómo podría llegar allí y, dirigiéndome hacia mi objetivo, volví la mirada al río. Estaba hermoso y tuve la seguridad de que toda mi vida sentiría el intenso atractivo de aquél en varias de sus partes, su densidad, hondura y velocidad que me había sido dado experimentar.

Sentía mi peso en el aire y mientras caminaba me parecía flotar. La ropa se me pegaba al costado y la parte del mono de aviador con que me había envuelto se me adhirió a la herida. No podría haberme arrancado el tejido sin desmayarme por el dolor, de modo que me lo dejé sujetándolo con el codo y me inclinaba un poco hacia ese lado. Avanzaba por fuera de la carretera. La gasolinera, reluciente al sol, parecía moverse, y fui hacia ella lo mejor que pude. Me dolía mucho el costado, pero al mismo tiempo parecía no ser un dolor tan angustioso como antes; los andrajos que me había puesto daban la impresión de envolver la herida en vez de penetrar ya en ella, así que era como llevar un pesado paquete o una pelota bajo el brazo. Tuve un «período seco» desde que el agua del río desapareció de mis piernas a cuando el nylon pegado a la herida empezó a impregnarse de sudor. Cuando llegué a la gasolinera me mareaba mi propia oscuridad interior.

Un muchacho campesino estaba sentado en una silla de cocina sin respaldo, justo a la entrada de una puerta con cortina de corchos, sobre la que abundaban las moscas. Aunque probablemente me había visto acercarme, no pudo creer que llegase tan pronto a la puerta. Se levantó y apartó la cortina.

—¿Hay teléfono aquí? —le pregunté.

Me miraba como si no supiera si lo había o no.

—Tengo que pedir una ambulancia —le dije—. Y he de llamar a la patrulla de carreteras. Tenemos heridos y un muerto.

Le dejé hacer las llamadas, pues no tenía yo idea de los números ni si había guía por allí.

—Dígales que ha habido un accidente en el río y que vengan en seguida. No creo que pueda yo resistir mucho y hay otro que está peor que yo.

Por fin colgó y dijo que vendrían en seguida.

Me senté en una silla y allí me quedé completamente inmóvil, aparte de lo que hablaba contándole al muchacho la historia que había yo fraguado. Esa era la vez más importante que la contaría. Detrás de ella estaba el motivo del relato, los bosques y el río y cuanto había sucedido. Tenía que acostumbrarme a la idea de que en dos días había sepultado a tres hombres y que yo mismo maté a uno de ellos. Nunca había visto antes a un muerto en mi vida, excepto una breve ojeada a mi padre en su ataúd. Resultaba raro ser un asesino, especialmente estando sentado allí, pero me hallaba

demasiado cansado para preocuparme. En verdad, lo único que me preocupaba era si Bobby recordaría lo que le había encargado decir.

Pasaron dos coches y esperé que uno de ellos se detuviese por allí. Me dolía el costado, mas ya era un dolor amortiguado y lo tenía debajo del brazo, una parte de mí que yo me había hecho. Me pregunté si le podría decir al médico que me curase, pues me había herido yo mismo con mi propia flecha, o bien que me había cortado al volcar la canoa, ya que en varias partes de ella podían haberse abierto los ganchos de metal y era muy verosímil que me hubieran herido. Me decidí por la versión de la flecha, ya que aún quedaba pintura en la herida y algunas partes de la herida estaban limpiamente cortadas por el cuchillo mientras que no podrían haber quedado así con el retorcido aluminio.

Empezó a ponérseme tan pesado el cuerpo que no podía levantarme, e incluso llegué a no poder levantar la cabeza. Me daba cuenta de cómo me esforzaba por hacer algunos torpes movimientos. Creí que me había puesto completamente rígido, pero no debí de estarlo, pues cuando alguien me tocó casi a la altura del hombro el brazo desnudo —aquel cuya manga había cortado— me reaccionaron los músculos. Era un chófer negro de una ambulancia.

—¿Viene con usted un médico?

—Tenemos uno bueno —dijo aquél—. Un buen doctor; es joven y vale mucho. ¿Qué demonios le ha ocurrido a usted, hombre? ¿Qué ha sido? ¿Le ha disparado alguien?

—Ha sido el río —le respondí—. El río es lo que me ha ocurrido. Pero no soy el único, aunque sólo yo me puedo mover. A un lado del puente, en nuestra canoa, está uno peor herido que yo, y nuestro otro compañero se ha quedado con él. El cuarto, pues éramos cuatro, ha muerto o creo que murió. No pudimos encontrarlo.

—¿Quiere usted venir para enseñarnos dónde está su compañero, el herido?

—Iré si puedo levantarme. Creo que sí continúo sentado mucho más en esta silla, me caeré de ella.

Se puso a mi lado bueno, elevándose como una montaña en el aire de los ventiladores, junto a unas cuantas gafas de sol tuertas que estaban en un cartón amarillo.

—Sujéteme, hombre —le dije.

Era delgado y de movimientos vivos y le eché mi brazo sano por los hombros, pero me fallaban las rodillas; se me hundía el mundo.

—No puede usted levantarse —dijo—. Más vale que vuelva a sentarse.

—Sí puedo —le repliqué mientras los cristales volvían a enfocarme.

Le dije al chico de la tienda que le comunicara a la policía adónde íbamos y el conductor y yo salimos al sol, donde esperaba la pequeña ambulancia blanca del condado. El doctor estaba en el asiento delantero escribiendo algo. Levantó la vista.

Abrió las puertas de detrás.

—Tráelo por aquí y acuéstalo.

Arrastrándome me coloqué en la camilla sobre la espalda. Me fue difícil. El conductor no sólo era muy atento conmigo sino que se sentía a sí mismo buena persona y lo que yo necesitaba era una que fuese mala. Ese era el contacto que más me hacía falta. No me necesitaba ya a mí mismo; me había tenido demasiado durante mucho tiempo.

El joven doctor, pálido y de pelo arenoso, se inclinaba hacia mí en cuclillas.

—No, no —dije—. No soy yo. Yo puedo esperar. Hay que ir al otro lado del puente. Allí espera un hombre con una grave fractura. Puede haber tenido alguna hemorragia. Es el que primero necesita cuidados médicos.

Fuimos por la carretera hasta el puente y salí una vez más. Probablemente no fuera necesario, pero lo creí preferible.

Lewis estaba inmóvil en la canoa tendido y sudando. Tenía la camisa medio oscura y un brazo sobre los ojos. Bobby hablaba con el hombre y el chico que habían estado pescando. Me figuré que Bobby debía de haber estado ensayando con ellos la historia que yo le preparé, y esperé que hubiese aprovechado aquella ocasión para entrenarse; por lo menos, los otros parecían estarlo creyendo. Es difícil dejar de creer a hombres heridos o exhaustos, y ésa era una gran ventaja.

El chófer y el médico ayudaron a Lewis a salir de la canoa y a ponerlo en la camilla. El hospital del condado estaba en Ainty, a unas siete millas. Estábamos ya casi preparados para marcharnos cuando llegó en su auto la patrulla de caminos con la sirena sonando débilmente. Se apeó un policía rechoncho y luego un joven rubio y de aspecto rudo. Me dispuse a responder.

—¿Qué ocurre? —me preguntó el rubio.

—Hemos tenido un accidente grave —le respondí, balanceándome un poco más de lo que exigía mi falta de equilibrio. Pero dejé de fingir, pues con ello lo estropearía todo—. Uno de nosotros se ahogó en el río a unas diez millas corriente arriba.

Me miró.

—¿Ahogado?

—Sí. —Creí haber pasado la primera parte del interrogatorio como si fueran los primeros rápidos peligrosos. Pero no podía hacerme ilusiones.

—¿Cómo sabe usted que se ahogó?

—Pues es que volcamos en los rápidos y cada uno de nosotros tuvo que valerse por sí mismo. No sé qué le ocurriría. Quizá se daría con la cabeza contra una roca. Pero no lo sé. Es que no lo hemos podido encontrar y, si no se ahogó, no se me ocurre otra posibilidad. Espero que no se haya ahogado, pero temo que es seguro.

Mientras hablaba le miré a los ojos, que era lo más fácil de hacer, aunque parezca sorprendente; eran unos ojos de aguda mirada, pero simpáticos. Mientras contaba parte de la historia que Bobby y yo habíamos ensayado en el río, me esforcé por presentar de un modo práctico lo que contaba como si hubiera ocurrido realmente. Pude vernos a nosotros mismos buscando a Drew, aunque nunca lo buscamos. Vi suceder esas cosas en el sitio cerca del árbol amarillo y para mí sucedieron como las

contaba; era difícil darse cuenta de que no había ocurrido como yo lo decía; cuando vi que apuntaba mi relato, esas cosas se convirtieron en parte de mi mundo, el mundo creído, el mundo de acontecimientos registrados, que se convirtieron en historia.

—Bueno —dijo—, tendremos que sondear el río. ¿Puede usted indicarnos dónde ocurrió eso?

—Creo que sí —dije sin querer parecer demasiado seguro sino lo bastante—. No sé si hay por ahí una carretera, pero creo que reconoceré el sitio si voy allí. Tenemos un hombre malherido. Hemos de llevarlo al hospital.

—OK —dijo, resistiéndose un poco a que la situación pasara de su jurisdicción a la del médico—. Más tarde le interrogaremos a usted en el hospital.

—Muy bien —dije y me metí en la ambulancia, tumbándome junto a Lewis.

El vehículo se puso en marcha y no me gustó aquel paseo. Por fin crujieron los neumáticos y nos detuvimos. Poco a poco me fui sentando. Estábamos en un campo y junto a nosotros había un largo edificio bajo que parecía un Instituto rural de segunda enseñanza. Soplaban un ventarrón caliente. El médico, con una puerta en cada mano, dio amplitud a mi visión.

—Ya estamos, hombre; ahora sacaremos a su amigo. Usted vaya con Cornelius.

Volví a apoyarme en el chófer y entramos por entre unas puertas de cristal, subimos una rampa y pasamos a un largo vestíbulo que parecía perderse de vista, terminando en una ventana del tamaño de un microfilm allá lejísimos.

—La segunda puerta a la derecha —dijo el chófer y fuimos hasta allí. Me tendí en una mesa blanca y dura arrugando la sábana que había debajo. Momentos después llevaron a Lewis, pero no lo dejaron en aquella habitación sino en una mesa que había fuera de la puerta. Mientras estaba tendido miré a mi viejo amigo, que por fin quedó cerca de mí.

Volvió el médico sin que apenas se oyeran sus pasos.

—Veamos qué le pasa, amigo —dijo—. Puede usted incorporarse un poco; ¿sigue funcionando esta cremallera?

—Creo que sí —murmuré. Intenté sentarme y lo hice con facilidad. Incluso bajé la cremallera con mi mano buena. El médico me quitó los zapatos de tenis y yo me desprendí del resto del «mono» de aviador. Los calzoncillos los tenía pegados a la herida como el nylon que había puesto sobre ella, pero el doctor me puso un calmante, que sacó de una botella, en aquella masa de tela y carne y los «shorts» empezaron a salir. Tiró los trapos manchados a un rincón y se puso a reconocerme el costado.

Allí parecían disolverse las cosas. Trozo tras trozo de tela, o de mí, se iban suavizando, se desprendían y él los tiraba por debajo de mí en la habitación pelada. Me respiraba el costado como una boca y ya no me dolía, aunque la herida parecía más rara y más abierta.

—Dios mío —dijo—. ¿Qué le ha pasado a usted aquí? Parece como si se hubiera dado con un hacha.

—¿Sí?

Y luego, más profesionalmente:

—¿Cómo se ha hecho esto?

—Queríamos cazar un poco ilegalmente por las orillas del río —dije—. No está bien hacer eso, pero lo hicimos. Íbamos a perdernos la temporada de caza y por eso nos decidimos a cazar así.

—¿Cómo demonios se las arregló usted para abrirse con una flecha? No creo que pueda hacerse.

Me andaba en la herida y observaba mi sangre todo el tiempo sin dejar de hablar con toda calma.

Y yo le respondí también muy tranquilo:

—Tenía el arco y la flecha en la canoa cuando nos hundimos. Intenté conservar el arco porque no quería estar en los bosques sin ninguna arma, y me cortó las manos. —Levanté la mano que las flechas *habían cortado*, como yo dije—. Y en seguida me enredé con una roca y sentí algo en el costado. El arco se había perdido. No tengo una noción exacta de adónde fue. Río abajo; eso es cuanto sé.

—Bueno, pues la flecha hizo un corte muy limpio —dije—. Parte de él está verdaderamente muy limpio y lo demás está aserrado. Tiene usted aquí un cuerpo extraño que voy a tener que sacar.

—En las flechas había pintura de camuflaje —le dije—. Eso ha sido. Pero por supuesto puede haber algo más metido ahí. Sabe Dios lo que hay.

—Lo sacaremos —dijo—. Luego le cortaremos. ¿Quiere usted un trago?

—Sí —dije—. Whisky.

—Más vale que vaya tomando otra cosa mientras consigue el whisky. Podría tener que esperarlo mucho, porque éste es un país seco.

—¿Quiere usted decir que no tiene bebida de contrabando en este hospital? ¿Adónde va a parar Georgia del Norte con esa privación?

—No queremos aquí bebidas de contrabando —dijo—. La mayoría de ellas contienen sales de plomo y estamos contra ellas.

Me puso una inyección en la cadera y empezó a ocuparse de nuevo de la herida. Miré por la ventana la luz crepuscular. Se notaban los cambios del verde.

—¿Quiere usted quedarse aquí con nosotros esta noche? Hay mucho sitio. Tenemos casi todo el hospital. Y nunca tendrá otra ocasión como ésta, se lo aseguro. Aquí se está muy tranquilo. No hay granjeros heridos por disparos de escopeta. Nadie que haya sido atropellado por un tractor. Nadie curándose la borrachera con glucosa. Sólo usted y su compañero, y un muchachito al que mordió una serpiente y éste será dado de alta mañana. No es un caso grave.

—No, gracias —le dije, aunque me hubiese quedado con Lewis, de haber creído que servía para algo—. Córteme por donde haya que cortar y dígame dónde hay un sitio para alojarme, que no sea aquí. Me gustaría llamar a mi mujer y estar solo. Me da no sé qué dormir en un hospital si puedo evitarlo.



—Ha perdido usted mucha sangre —dijo—. Estará muy débil.

—Llevo débil varios días —dije—. Déme lo que tenga que darme y me voy.

—He enviado a su amigo, el otro que iba en la canoa, a Biddiford, en la parte baja de la ciudad. Y a usted lo tratarán muy bien. Si fuera usted, me quedaría aquí esta noche.

—No, gracias —dije—. Estaré muy bien por ahí. Dígale a la policía adonde he ido. Condúzcame, por favor, adonde sea y cuídese de Lewis.

—El otro médico se está ocupando de él. El caso de su amigo parece complicado. Tendrá suerte si no se le gangrena ese sitio. Qué mala suerte han tenido ustedes.

—Hemos tenido la buena suerte de encontrarle a usted —dije.

—Vamos, vamos, no me venga con que tengo manos de ángel.

Me llevó en su propio auto a través de la ciudad, y en la principal gasolinera se hallaba la camioneta de Lewis y el Olds de Drew. Entré procurando ir muy derecho, pero sin esforzarme como antes y le hablé al dueño. Me dio las direcciones de los hermanos Griner para que pudiera enviarles el resto del dinero. Lewis lo había arreglado todo y yo tenía que ocuparme de que el dueño de la gasolinera se encargase del resto. No tenía yo bastante dinero pero me lo podía dar Lewis o enviarlo por correo cuando volviese a la ciudad. Lo principal era que las llaves estaban allí. Me despedí del doctor asegurándole que iría al hospital al día siguiente. Luego llamé a Martha y le dije que algo malo había sucedido, que Drew se había ahogado y que Lewis se partió una pierna. Le pedí que llamase a la mujer de Lewis y le dijera que su marido estaba en el hospital de aquí, donde seguiría por algún tiempo, pero que se curaría. Si la señora Ballinger llamaba a la de Lewis, sólo tenía que decirle que estaríamos de vuelta en un par de días. Quería comunicarle a la señora Ballinger yo mismo la muerte de Drew. Le dije a mi mujer que creía estar de vuelta hacia mediados de la semana.

Conduje el auto de Drew a Biddiford's, un caserón lleno de gente y luz. Todos cenaban en torno a una larga mesa de pino, por encima de la cual pendían tiras de papel cazamoscas. Allí estaba Bobby masticando un gran bocado de comida. Le hice un guiño y me senté. Me habían dejado sitio —granjeros, leñadores y modestos comerciantes— y yo perdí interés por cuanto no fuese comer. Llegaba pollo frito hasta mí por todas partes, una y otra vez, y ensalada, bastos bizcochos, salsa, mantequilla, hasta tarta de cerezas. Todo estaba muy bueno.

Después, una mujer me condujo escaleras arriba, por el inmenso caserón, hasta una habitación con una gran cama de matrimonio que era cuanto quedaba vacío. A Bobby lo habían instalado en otro cuarto. Por algún motivo sentía yo gran sequedad; tenía secas la boca y la piel. Así que fui a ducharme en el sótano, a la luz campesina azul-verde. Me caía sobre la cabeza el agua del río y mi apretado y nuevo vendaje se hinchaba como si me hubiera puesto sobre el costado un pesado paquete haciéndome sangrar algo por el agua caliente. Casi me quedé dormido allí, pero me desperté

cuando el agua fue enfriándose. Luego subí las escaleras y llevaba mojados el cabello y el costado. Me acosté y me pasé despierto la noche entera, o con un falso sueño.

## Después

Cuando me desperté del duermevela final, me estaba presionando de nuevo el costado un denso y reluciente paquete. Me despejé en seguida porque el sol de mediodía, o de entonces parecía ser, me daba en los párpados. Me hallaba en una amplia habitación campesina con ordinarias cortinas rojizas y un enorme espejo en la pared frente a mí, un pequeño cuarto de baño detrás, un aparador al que faltaban todos los tiradores de un lado y una basta alfombra bajo la cama y todo alrededor.

Me quedé tendido, pensando. Lo primero que deseaba hacer era ver a Bobby y luego a Lewis. Me levanté, desnudo, con la excepción de la venda que parecía una prenda interior, y recogí del suelo lo que aún quedaba del «mono» de aviador, lleno de cuajarones, sin mangas y andrajoso. Por supuesto, no quería volver a ponérmelo, pero acabé poniéndomelo y busqué dinero en los bolsillos. Tenía un par de billetes que parecían haber sido emitidos por el río, pero de todos modos era dinero y lo necesitábamos. Dejé el cuchillo y el cinturón en el cuarto, y decidí ir en busca de Bobby. En el espejo me veía a mí mismo como superviviente de una explosión, con una manga de la camisa rasgada hasta arriba y una pernera abierta, barbudo, con los ojos enrojecidos e incapaz de hablar si hubiera tenido allí a quien dirigirme. Pero todo ello me hizo sonreír tontamente y me pasé la mano por la barba de aquellos días sin afeitarme.

Cuando supe por la señora que entró a retirar los cacharros del desayuno dónde estaba Bobby, fui a su habitación y llamé a la puerta. Aún dormía, pero más valía que hablase cuanto antes con él de las nuevas cosas que estuve pensando. Seguí llamando y al cabo de unos momentos abrió.

Me senté en una mecedora y él en el borde de la cama.

—Ante todo —le dije— necesito alguna ropa. También tú deberías comprártela, si tenemos bastante dinero para los dos. Aunque la tengas rota, estás más presentable que yo. Así que ve a comprarme unos pantalones (me irán bien unos *jeans* azules) y una camisa. Tú cómprate lo que necesites y, si te queda dinero, tráeme unos zapatos. *Brogans*, zapatos bastos.

—Muy bien. Por aquí cerca debe de haber unos almacenes. En esta ciudad todo está cerca.

—Y ahora, escúchame de nuevo. Hasta ahora va todo muy bien. Ya sabes a qué me refiero. A Lewis lo están cuidando y nuestras historias (quizá sería mejor decir *nuestra historia*) va dando buen resultado. No he visto ni el menor asomo de sospecha en los ojos de nadie. ¿Y tú?

—También me lo parece, pero no estoy tan seguro como tú. ¿Te preguntó aquel tipo por las canoas?

—No, ¿pero a quién te refieres? ¿Qué había de decirme acerca de las canoas?

—El viejo y bajito, que parece ser algo así como un hombre de leyes de aquí. A mí me preguntó por la otra canoa: dónde estaba, cuándo la perdimos y qué había en ella.

—¿Qué le respondiste?

—Le dije lo que convinimos contestar: que la perdimos en aquel sitio tan peligroso del río.

—¿Dijo ese hombre algo más?

—No. No tengo idea de lo que deseaba saber.

—Yo sí lo sé —le dije—, o por lo menos creo saberlo y podría ser mal asunto. Quizá no un gran trastorno para nuestros fines, pero un fastidio.

—¿Por qué, por amor de Dios?

—Porque perdimos la canoa verde anteayer y pueden haberla encontrado antes de llegar nosotros adonde hemos dicho haberla perdido.

—¡Jesús!

—Intentaremos arreglarlo. Es probable que ese individuo bajito a quien te refieres diga a la policía del Estado que en lo que hemos contado hay algo que no encaja y entonces nos han de brear a preguntas. Recuerda las películas: la policía suele separar a los sospechosos y hacer que se contradigan. Así que debemos ensayarnos ahora para evitar contradicciones.

—¿Podremos conseguirlo?

—Hemos de procurarlo. Creo que podremos. Retrocedamos. La otra canoa la perdimos cuando mataron a Drew, ¿no fue así?

—Desde luego. Nadie puede negarlo. Pero si los llevamos allí, y suben...

—Espera un momento. Diremos que antes, mucho más río arriba, volcamos y que allí fue donde perdimos la canoa verde y donde quedó herido Lewis. Pero todos sobrevivimos y fuimos río abajo en la canoa de Lewis. Llevábamos exceso de peso y a Lewis impedido, y no pudimos dominar la canoa cuando entramos en los rápidos, tan peligrosos. Aquella última media milla de cataratas se nos vino encima y Drew no lo resistió. Acuérdate bien de eso. Grábatelo bien. Si decimos eso estaremos en casa mañana por la noche o quizás incluso esta noche.

—¿Y si no nos creen? ¿Qué voy a decir cuando ese pequeñajo insista en que le repita dónde perdimos la canoa?

—Dile, a él y a todo el que esté alrededor, que no te había entendido. ¿Había alguien más escuchando cuando hablaste con él ayer?

—No, no creo que hubiera nadie más.

—Eso está bien. Y no creo que se lo dijera yo a aquel primer policía. De todos modos, es muy probable que no te pregunte sino que se dirija a mí. Si lo hace, le contaré lo que te he dicho. Estoy preparado. Y me alegro que me lo hayas contado. Desde luego.

—¿Es eso lo único que hemos de cambiar en nuestra historia?

—Me parece que sólo eso —dije.

—Te insisto, Ed: ¿y si no nos creen? ¿Y si dudasen lo bastante como para buscar más arriba?

—Entonces, como te he dicho, podemos tener algunos inconvenientes. Pero no creo que insistan en eso. Piensa en el gran número de cataratas y rápidos por los que pasamos anteayer. Podría haber ocurrido en cualquiera de aquellos sitios. Y donde mataron a Drew, así como la parte donde hundimos a aquel tipo, está donde las orillas de la garganta son más altas y pendientes. Las únicas tres maneras para llegar allí son el curso superior del río, lo que haría que todo el grupo de búsqueda tuviera que pasar muy peligrosamente por los rápidos, uno tras otro, durante muchas horas, y probablemente día tras día, registrando el río mientras les sacudían los rápidos, y no van a tomarse tal tremendo trabajo sencillamente porque un hombre de estos no se cree lo que cuenta un superviviente. Una motora no se arriesgaría por allí y en una lancha corriente se jugarían la vida. Otra manera sería que fueran río abajo y entonces tendrían que navegar por los mismos rápidos que pasamos nosotros, y ya sabes lo que tuvimos que padecer allí. ¿Te gustaría volver a ellos? Los que buscaran estarían arriesgando sus vidas y no les merecería la pena. Además ¿cómo iban a navegar en esa dirección y estar buscando en el fondo a la vez?

—Podrían buscar en los sitios tranquilos y en uno de ellos precisamente está Drew.

—Sin duda; en *uno* de ellos. Pero, ¿en cuál?

—Muy bien —dijo—. Estoy haciendo suposiciones.

—El otro procedimiento que les queda es bajar por el acantilado. Pero tendrían que descender y subir, y volver a bajar, una y otra vez, muchas veces, y te aseguro que eso no lo harían. No digo que no empezaran la operación, pero no tardarían en dejarlo.

—¿Y si cuando subieran encontrasen la cuerda rota?

—Lo más probable es que no fuesen precisamente por ahí y no la vieran. La cuerda se rompió arriba del todo y hay que subir mucho acantilado. De todos modos, nada en absoluto podemos hacer para evitar que intenten la inspección.

—¿Ya no tienes más que decir de eso?

—Sí, una cosa más. No hemos visto a nadie en el río. Desde que salimos de Oree no vimos a ninguna otra persona aparte de nosotros. Eso es de la mayor importancia y debemos coincidir en esa declaración.

—No me apartaré de ello, claro está. A nadie hemos visto. Y ojalá fuera verdad.

—No hemos visto a nadie. Y hemos de contar con que se haya sabido que alguien ha desaparecido en esa zona y que alguien supiera más o menos hacia dónde había ido. Eso me fastidia un poco; no tanto como los otros problemas. Aquellos individuos tenían un aspecto horrible, ¿quién se preocuparía por dónde andaban?

—Podría alguien preocuparse.

—No te digo que no. Quizás alguien. Pero no podemos tener ni la menor idea de si alguien se enteró de adónde iban o de la dirección que tomaron. Eso está fuera de

nuestras posibilidades. Tenemos que confiar en la buena suerte. Confío en que todo nos salga bien.

Bobby se rió y, en efecto, había algo risible en mi confianza.

—¿Crees que habrán instalado micrófonos en esta habitación? ¿O que pueda estarnos escuchando alguien detrás de algún sitio?

—Tranquilízate, Bobby, pero haces muy bien en desconfiar.

Me quité los zapatos de tenis y en calcetines me acerqué a la puerta y escuché.

—Sigue hablando —le susurré a Bobby—. Habla de cualquier cosa y déjame escuchar.

Escuché y me pareció oír una respiración; pero es fácil oír que respira alguien cuando escucha uno intensamente y si se piensa que lo va a oír uno. De todos modos, no estaba seguro de ello en absoluto. Abrí la puerta bruscamente. Se abrió hacia dentro. Nada. ¿Se oía ruido de pasos escaleras abajo? No. Estaba seguro de ello. No.

—Estaré en mi cuarto —le dije a Bobby—. Ve a comprarme esa ropa y luego iremos al hospital. Seguro que Lewis seguirá mal; y debemos advertirle lo que hemos cambiado en nuestra historia y convencernos de lo que recuerda de la primera.

Volví a mi habitación, me quité el «mono» de nylon y me eché en la cama a pensar. Esperaba el interrogatorio del sheriff local, o de quienquiera que fuese. Tenía que contar con su modalidad local de astucia en el interrogatorio.

Subió más el sol; levanté más la ropa de la cama y me acosté. Seguía cansado, pero se me había esfumado el principal cansancio. Parecía como si me lo quitase la intensa luz que había en la habitación. Me producía una excelente impresión estar allí tumbado, herido y más fuerte que antes. Ya la herida iba perdiendo gravedad. Los puntos que me habían dado me la cerraban mucho. Y me encontraba más fuerte. De eso no cabía duda. Regresó Bobby trayéndome la ropa que había comprado y pude ponerme unos *jeans* azules secos, una camisa de trabajo, calcetines blancos y un par de zapatos de mala calidad, pero que me venían bien, ligándome al suelo a cada paso. Ya no sentía aquel tremendo cansancio y disfrutaba levantando los pies con mis zapatos nuevos.

Recogí el roto «mono» de nylon y descendimos ambos por las escaleras, ataviados como campesinos. Me contentaba mucho ir tan seco.

La dueña de la casa limpiaba el polvo.

—¿Quiere usted librarme de esto? —le pedí tendiéndole el roto «mono» de nylon lleno de sangre.

Me miró.

—Con mucho gusto. Con esto sólo se puede hacer una cosa.

—Sólo se me ocurriría quemarlo —le dije.

—Eso es precisamente lo que voy a hacer. No podría aprovecharla ni para andrajos.

Se sonrió y nosotros también.

Bobby y yo subimos al coche de Drew y fuimos en éste al hospital. Había ante el

edificio dos coches patrulla de la policía.

—Vamos a ver cómo se presenta esto —le dije a Bobby—. Aguanta bien.

Entramos y uno con bata blanca nos condujo a la sala donde tenían a Lewis. Había allí policías de carretera. Hablaban bajo entre ellos, sin quitarse los palillos de dientes que tenían en la boca y Lewis estaba acostado dormido, o quizá bajo el efecto de una droga, en un rincón de la vacía sala. Le habían puesto una sábana levantada sobre las piernas. El médico de cabello color arenoso se hallaba junto a él; inclinaba la cabeza y escribía algo. Se volvió al oír mis nuevos pasos tan fuertes.

—Vaya, vaya —dijo—. ¿Qué tal ha dormido?

—Bien. Mejor que en el río.

—¿Se le sostienen los puntos?

—Ya sabe usted que siguen. Como usted dijo, me cierran del todo. *Nada* entra en la herida ni sale de ella.

—Bien —dijo con aquella seriedad que tanto me agradaba.

Lewis volvió en sí antes de que yo pudiera decir algo más. Se movió un poco de cintura para arriba, lo que parecía sólo un acto muscular. Las venas de sus bíceps sobresalieron con claridad y abrió los ojos.

Me volví hacia los patrulleros:

—¿Han hablado ustedes con él? —les pregunté.

—No —me respondió uno de ellos—. Esperábamos a que recobrase el conocimiento.

—Pues ya lo ha recobrado, o no tardará. Esperen un minuto más.

Me miró Lewis.

—Hola, Tarzán —le dije—. ¿Cómo va el mundo del Gran Doctor Blanco?

—Blanco —dijo.

—¿Qué han intentado hacerte?

—Figúrate —siguió diciendo—. Tengo la pierna como plomo y me circula por ahí un buen dolor. Pero me han puesto sábanas limpias y me encuentro mejor en ellas. Creo que me voy a curar.

Me puse entre Lewis y el patrullero más próximo —muy cerca mi cabeza de la de aquél— y le guiñé. Él me devolvió el guiño.

—No vuelvas a hablarnos de aquella parte del río, amigo —dijo—. Por lo menos, hoy no.

Sin saberlo, se había referido a lo que yo quería; y confié en que lo hubiese dicho bastante alto.

—Todo ha pasado ya —dije—. Drew se mató. ¿Recuerdas que te lo dije?

—Creo que sí —me respondió—. No recuerdo a Drew en la canoa, después de aquello. No me acuerdo.

—Por supuesto, te acordarás de aquella inmensa rociada.

—Sí, en cierto modo —dijo—. ¿Fue allí donde ocurrió?

—Allí fue lo de Drew —dijo lentamente.

—Nada pude ver. Cuando miraba hacia arriba, ni siquiera podía ver el cielo.

—No había cielo —dije.

—Nada de cielo, en absoluto.

Volviendo mi costado herido, le hablé al patrullero.

—Espere a que lo vea. Comprenderá usted de qué habla este hombre.

—¿Van ustedes a seguir esperando aquí? —nos dijo un policía, uno nuevo.

Nos marchamos por el corredor. Pero Lewis había captado ya el mensaje; estaba yo seguro de que había comprendido, y afortunadamente recobró el conocimiento de modo pleno, a tiempo de saber mi última modificación de nuestra historia.

Bobby y yo íbamos con nuestra ropa nueva. Ninguno de nosotros había podido afeitarse y teníamos muy mal aspecto, pero no estábamos sucios. Un afeitado habría hecho de mí una persona completamente nueva, pero la verdad es que estaba «medio nuevo», lo cual ya era gran cosa para empezar. Más valía volver poco a poco al aspecto normal.

Después de un cuarto de hora vino hacia nosotros el nuevo oficial.

—¿Por qué no volvemos al pueblo? —dijo.

—Muy bien. Lo que usted quiera —le respondí.

Subí junto a él en el asiento delantero del coche de la patrulla y emprendimos el regreso. Nada dije yo ni él tampoco. Cuando llegamos al pueblo detuvo el coche, entró en un café e hizo un par de llamadas. Me asustó algo verle hablando tras el triple vidrio, pues me hizo sentirme atrapado en la inmensa e inexorable red de las comunicaciones modernas. No estaba seguro de que no fuera éste el comienzo del enorme e insondable aparato de la investigación policíaca, de la que nadie se libra por completo. Podía imaginar estupendos sistemas de archivo, máquinas IBM seleccionando incansablemente tarjetas perforadas, y la comprobación de datos: no tenía yo la seguridad de que no estuviese hablando aquel policía con J. Edgar Hoover. Contra tan inmenso mecanismo no podría aguantar nuestra historia, desde luego. Y sin embargo, a lo mejor resistía.

Volvió el patrullero y se sentó junto a mí. Al cabo de un breve rato llegaron dos coches más de patrulla. Se empezó a concentrar allí la gente; iban mirándonos uno y otro; por lo menos, cada uno nos miraba una vez y algunos más veces. Estaba yo inmóvil en mi asiento, con mi atuendo de campesino. Podía probar dónde había adquirido aquella ropa. En medio de la peligrosa situación, mi herida estaba mucho mejor.

Un policía del otro coche hablaba, con un individuo local, de los caminos que iban junto al río. Pocos minutos después estuvimos dispuestos todos para emprender la marcha. Busqué con la mirada a Bobby; se hallaba en uno de los coches patrulleros de carretera nuevos. Cuando partíamos llegó otro coche de la policía, de aspecto muy local, y allí venía un hombre viejo, rudo y tranquilo. Iba a haber una reunión en algún lugar río arriba.

Me picaba la barba en sus raíces y empecé a calcular de nuevo.



Nos apartamos de la carretera general para tomar un camino que cruzaba el patio de un granjero y luego otro patio donde había gallinas. Una mujer les echaba comida y se abrigaba mucho para protegerse del sol como si fuera frío.

Avanzamos con lentitud creciente. Aún no había ocurrido nada a ninguno de nosotros. No se habían hecho acusaciones ni se descubrió nada. Mis mentiras parecían cada vez más verosímiles; los cadáveres en los bosques y en el río no se movían.

El automóvil en que iba yo precedía a los demás. Pasamos por unos espléndidos campos sembrados y luego por unos bosques de mal aspecto. Escuché en busca del río, pero lo vi antes de oírlo. El camino fue empeorando y, al llegar al borde del río, se nos hacía muy difícil avanzar.

—¿Fue por aquí? —me preguntó el policía.

—No —dije despertando de un medio sueño en que había caído sin saberlo—. Fue más allá. No habríamos llegado hasta aquí desde Oree para perder una canoa en aguas tranquilas.

Me miró de un modo raro o supongo que lo hizo así, pues yo no dejaba de mirar a la espera del árbol amarillo y prestando atención, una vez más, por si se oían ya las cataratas. Parecía raro ir hacia ellas en esa dirección.

Pasamos una hora en un lento recorrido con apenas sitio para coches normales —con menos que hubiese habido sólo habríamos podido ir en jeep o en Land Rover— hasta que vimos el árbol. Lo reconocí en seguida por su color y la herida del rayo y me latió alocadamente el corazón dentro y casi fuera de mí. Rugían los rápidos a un cuarto de milla río arriba. Ya pude ver algunos de ellos y aún estaban peor de como yo los recordaba. Tenían una caída de seis pies y el único sitio por donde podía pasar una canoa era por un túnel de agua donde todo el río se encrespaba por entre las piedras y hervía como si lo agitara por dentro una enorme fuerza.

El policía señaló con el índice:

—¿Estará por aquí?

—Eso creo —dije—. Quizás esté más río abajo. O apresado por las rocas. Pero deberíamos empezar a buscar por aquí.

Nos apeamos todos y nos dirigimos unos hacia otros. Vi a Bobby por entre los coches. No se movía entre los demás hombres allí presentes. Éstos iban de un lado a otro y él permanecía allí quieto, y su inmovilidad sugería que no tenía la libertad de moverse como ellos. No creo que nadie notara esto aparte de mí o le diera esa interpretación mía, pero me ponía nervioso. Parecía ya estar preso; por un instante creí que le habían puesto grilletes en las piernas. Fui hacia él pero los policías de los tres coches se interponían siempre entre nosotros, seguramente con toda intención, aunque procuraban dar la impresión de que sus movimientos eran casuales. Luego Bobby se movió, como todos los demás, hacia el río.

Entretanto llegaron otros coches, muy dificultosamente, hasta nosotros, y llenaron toda la orilla hasta perderse de vista río abajo. Los que se apearon de los vehículos

eran granjeros la mayoría de ellos, y otros eran comerciantes, o así lo creía yo. Algunos de ellos llevaban largas cuerdas con ganchos y comprendí todo el horror de la frase que tantas veces aparecía en los periódicos, sobre todo en el verano: «sondearon el río buscando el cadáver». Sondear era la palabra.

—¿Es este el sitio? —volvió a preguntarme el policía.

—Es el que mejor puedo indicar —dije—. Por lo menos, creo que es aquí.

Empezaron el despliegue de cuerdas y ganchos. Allí no era profunda la corriente. Les llegaba a la cintura o a la parte baja del pecho. El río fluía por entre aquella gente con suavidad. Contemplé las cadenas, cuerdas y cables saliendo del agua vacías a un cierto ritmo. Siempre parecían haber enganchado algo cuando los ganchos estaban sumergidos y habérseles soltado cuando los sacaban. Me senté bajo un arbusto con el patrullero que me había llevado, observando lo que hacían los buscadores y recordé el anillo en el dedo de Drew y los callos, por tocar la guitarra, en la mano muerta, cuando se me había caído de los brazos.

Llegaba alguien, pareciendo que por casualidad, pero sin duda muy a propósito. Me volví hacia el patrullero para decirle algo y dar así la impresión de que no me daba cuenta de que se acercaba aquella persona.

—Oiga —me dijo el recién llegado—. ¿Puedo hablarle un minuto?

—Por supuesto —le respondí—. ¿Quiere sentarse?

Eso hizo. Era de edad avanzada, viejo, delgado y de ojos castaños. Llevaba ladeado el sombrero, como solían ponérselo en los pueblos y que me producía un efecto tan cómico. Estuve a punto de sonreír pero me limité a ofrecerle un cigarrillo y se lo encendí.

—¿Está usted seguro de que éste es el sitio?

De nuevo advertí que no tenía una seguridad *absoluta*.

—Pero es lo más que puedo saber. O está entre esas rocas de ahí, o río abajo. Lo que no podría estar seguro es de hasta dónde puede haberle arrastrado el agua río abajo.

—¿Dice usted que llegaron hasta aquí en una canoa?

—Salimos en dos canoas.

—¿Cómo es eso?

—¿Cómo es qué?

—En primer lugar, ¿cómo puede habérseles ocurrido emprender esta excursión?

—Ah —dije vacilante, sin saber por dónde salir—. Pues queríamos airearnos un poco. Todos nosotros trabajamos en la ciudad y se hace muy cansado estarse sentados tanto tiempo en una oficina. Mi compañero, el que se ha partido una pierna, había estado antes por aquí pescando. Decía que debíamos ver esto antes de que construyeran el pantano y convirtieran el resto en un parque. Eso es todo. Supongo que no ha sido un buen motivo. Sólo el aburrimiento.

—Puedo comprenderlo —dijo el hombre al cabo de una pausa—. En realidad, no sabían ustedes dónde se metían, claro.

—Por supuesto, no lo sabíamos —dije—. No teníamos idea de que iba a ser algo así.

Pensó un poco y dijo:

—¿Ve usted esas grandes rocas de allá? ¿Cómo no se les ocurrió salir del río y llevar la canoa más lejos en vez de querer pasar por entre las rocas por ese sitio? ¿Por qué se empeñaron en pasar?

—El río lleva una rapidez endiablada más arriba. Es justamente el final de los rápidos. Íbamos embalados. Y esta parte no parecía entonces tan mala como es; no pudimos ver los peligros hasta que estuvimos encima y yendo tan veloces que lo único posible era pasar por encima. Y así volcamos.

—Entonces, ¿no podría estar el compañero de ustedes más allá, entre aquellas rocas?

—No —dije—. Por eso he aconsejado que empezaran ustedes a buscar por aquí. No podría estar entre las rocas río arriba, pero es posible que hubiese quedado atrapado con una roca bajo la catarata.

—¿Quedaría poco de él, no es verdad?

—Desde luego.

—¿Dice usted que salieron anteayer?

—Salimos el viernes hacia las cuatro de la tarde.

—En dos canoas.

—Eso es.

—¿Y dice usted que perdieron una de ellas precisamente en este lugar?

—No; mucho más río arriba. Cuando vinimos aquí, todos ocupábamos una sola canoa.

Se hizo un silencio por lo menos de un minuto.

—Su compañero dice otra cosa.

—Qué va a decir; ni por asomo. Pregúnteselo —dije.

—Ya se lo he preguntado.

—Pues vuélvalo a interrogar, o al que está en el hospital.

—No, no. Ya lo hemos interrogado.

—Pues debe usted andar mal de oído.

—Oigo muy bien. Aquí no vamos a encontrar a nadie. Lo encontraremos más arriba.

—¿Qué demonios dice usted? —y me indigné de verdad al replicarle; ponía en duda mi versión, que tanto tiempo y tanta energía y sangre me había costado.

Me incliné hacia el policía:

—Oiga, ¿tengo que aguantar esto? Le digo que no estoy dispuesto a eso. ¿Está autorizado para inventar tales cosas?

—Lo mejor que haría usted sería contestar a unas cuantas preguntas más. Entonces se enterará mejor... Encontramos la otra canoa, o la mitad de ella, antes de cuando dice usted que vinieron por esta parte del río.

—¿Y qué? Ya le he dicho que perdimos la otra más lejos, hacia allá, en la garganta. Si quiere usted ir allí, le podré enseñar dónde fue.

—Sabe usted muy bien que no podemos ir hasta allí.

—Eso es cuestión de ustedes. Y ¿por qué complican tanto este asunto? Lo hemos pasado horriblemente y no estoy dispuesto a aguantar toda esta mierda de fastidio. ¿Es usted el sheriff de aquí?

—El suplente.

—¿Y está por ahí el verdadero sheriff?

—Sí, ha venido.

—Bueno, dígame que venga. Quiero hablar con él.

Se levantó, se acercó a un grueso granjero, con aspecto de tejano, y volvieron juntos. Le estreché la mano al sheriff, que se llamaba Bullard.

—Sheriff, no sé lo que se le ha metido en la cabeza a este hombre, pues no quiere aclarármelo. Pero me parece que cree que echamos al río a uno de nosotros, o algo así.

—Quizá lo hicieran ustedes —dijo el viejo.

—Dios mío, ¿qué motivos íbamos a tener para eso?

—¿Cómo puedo saberlo yo? Lo único claro es que no pueden ustedes dar una versión exacta de lo que ha pasado y no tienen un buen motivo para mentir.

—Tranquilo, Mr. Queen —dijo el sheriff. Y luego, a mí—: ¿Qué ha pasado?

—¿Cómo que qué ha pasado? ¿Qué quiere usted decir? Mire, si encuentra una sola persona, y quiero decir *sólo una*, que apoye lo que dice este hombre, estaré dispuesto a hacer lo que usted quiera: recorrer con usted los bosques, vadear el río, ayudar a sus hombres donde están sondeando; lo que usted diga. Pero este hombre está hecho un lío. No sé qué interés personal tiene en esto. Es evidente que no le gusta la gente de la ciudad, y me parece, vaya usted a saber por qué, que le interesa atraer interés sobre sí mismo. ¿Qué le pasa, Mr. Queen? ¿Acaso le parece a la gente que no hace usted bastante para ganarse su sueldo?

—Le diré a usted lo que pasa, hijo de perra de la ciudad —dijo Queen con ese tono asesino rupestre que me dejaba helado—. Mi hermana me llamó ayer y me dijo que su marido había salido de caza y no había vuelto. Por estos bosques no hay nadie. Y estoy seguro de que se encontraron ustedes con él por ahí. Lo probaré.

—Muy bien, pues Pruébelo.

—¿Qué diablos le pasa, Mr. Queen? —le preguntó el sheriff—. ¿Por qué complicar a estos hombres con la familia de usted? ¿Sólo porque vienen de la ciudad? El cuñado de usted puede haberse caído y haberse herido.

—No, eso no.

—¿Por qué está tan seguro de que le han hecho algo? —dije.

—Es sólo un palpito —dijo Queen—. Pero nunca me equivoco en estas cosas.

—Pues esta vez se ha equivocado usted —dije—. Y ahora deje de molestarme. Vaya a hacer lo que se haya propuesto. Pero a mí no me fastidie más. Bastante mal lo

he pasado con este río, los bosques, todas las complicaciones y, sobre todo, por culpa de usted. Si no tiene algo concreto de qué acusarnos ni cuenta con pruebas para sus acusaciones, sean las que sean, váyase usted a hacer puñetas y déjeme solo.

Se retiró rezongando y me dirigí al patrullero que me había acompañado. Queen nada tenía que pudiese probar contra nosotros. Me pregunté si uno de los hombres que habíamos matado era realmente cuñado suyo, y se me ocurrió que debería intentar averiguar a quién se refería, pero renuncié a ese propósito. No había una sólida razón para ello a no ser por mi propia satisfacción y, de todos modos, tenía yo motivos para saber que en aquel asunto no podía haber nada que me satisficiera.

Los hombres sondeaban río abajo. De vez en cuando sacaban alguna piedra con los ganchos y todos se acercaban al que la había extraído. Veía yo cómo cambiaba la luz en sus ojos, temerosos unos, anticipándose otros a lo que pudiera haber allí abajo, y algunos muy satisfechos. Se me aceleraba la circulación y me dolía el costado a cada una de aquellas emociones de los buscadores, siempre sin resultado positivo. Durante casi todo el día me latió la herida y también se me fue aplacando el dolor, y en todo ese tiempo los que buscaban revisaron doscientas yardas.

Se acercó a mí el sheriff Bullard.

—Parece que ya nos queda poco que hacer aquí —dijo—. Está oscureciendo demasiado.

Asentí con la cabeza y me levanté.

—¿Se quedarán ustedes en Aintry esta noche? —me preguntó.

—Creo que sí —dije—. Todavía estamos cansadísimos y deshechos. Y quiero ver cómo va Lewis en el hospital. Tiene muy mal la pierna que se partió.

—Mal asunto —asintió el sheriff—. Dice el médico que no ha visto un caso peor.

—Nos alojamos en Biddiford's —dije—. Ya lo sabía usted.

—Sí, estaba enterado. Volveremos aquí mañana por la mañana, pero si no quieren ustedes, no tienen que acompañarnos.

—No veo razón alguna para que tengamos que venir —repliqué—. Si el cadáver no está aquí, no sé dónde estará. Quizá más río abajo.

—Pues probaremos más río arriba.

—De nada servirá —dije—. Pero hagan lo que les parezca. Si encuentran ustedes algún cadáver por allá arriba, no será el de Drew. Fue aquí donde se hundió y si lo encuentran ustedes será río abajo.

—Quizá nos dividamos; unos trabajen hacia arriba y otros hacia abajo.

—OK. Me parece bien. Pero le aseguro que este es el sitio. Me apuesto la vida a que digo la verdad. Ese árbol amarillo tan grande, que secó un rayo, me sirve de referencia y mientras estuvimos buscando nosotros a Drew, no perdí de vista a ese árbol. Es seguro que estará río abajo; sería inútil buscar hacia arriba.

—Bien, bien —dijo el sheriff—. Si está usted tan seguro, sólo seguiremos esa dirección. Le comunicaremos si lo encontramos y de todos modos iré a hablar con usted mañana por la tarde. Le estoy muy agradecido por cómo toma usted las

molestias que hemos de darle.

Bobby y yo cenamos abundantemente también esa noche, y nos acostamos. Ya no había necesidad de charlar; teníamos hablado cuanto hacía falta respecto a lo nuestro. Ya sólo quedaba que de una vez encontraran o no el cadáver.

Al día siguiente fuimos a ver a Lewis, que estaba mucho mejor. Le habían levantado la pierna con poleas y leía el diario de la localidad, en el que habían publicado algo sobre la desaparición de Drew e informado ampliamente acerca de la búsqueda en el río. Había una foto en la que aparecíamos el ayudante Queen y yo. Tenía aquél levantado el puño, amenazándome. Tomaron la foto en la última parte de nuestra conversación. Yo aparecía tolerante, escuchando como por cortesía. Todo nos favorecía; incluso eso.

No habían dejado policía alguno junto a Lewis, pero ya no estaba solo en la sala del hospital, pues la noche anterior ingresó un campesino al que un tractor aplastó un pie. Estaba dormido en el otro extremo de la sala. Le conté a Lewis lo que había sucedido, y que Bobby le llevaría a la ciudad el automóvil para dejárselo a la esposa de él y que ella, u otra persona, vendría a buscarlo en cuanto le permitieran viajar. Así, en cuanto a Lewis, todo quedaba previsto.

Bobby y yo nos despedimos de éste. Se hallaba cómodamente reclinado sobre grandes almohadas.

—Debería salir de aquí dentro de un par de semanas lo más tarde —dijo.

—Desde luego —le aseguré—. Échate y tómalo con tranquilidad. Los de este pueblo no son mala gente.

Bobby y yo volvimos a Biddiford's para esperar al sheriff.

Llegó a las cinco y media y el bajito y malvado Queen le acompañaba. El sheriff sacó una hoja de papel.

—Esto viene a ser una declaración de ustedes —dijo—. Comprueben si eso es lo que nos contaron.

Leí la hoja.

—Está muy bien —dije—. Pero estos nombres de los sitios no los conozco. ¿Es así cómo se llaman los rápidos donde dije que volcamos?

—Sí, ese es el nombre: Griffin's Shoot.

—Muy bien —dije, y firmé.

—¿Está usted seguro de todo? —me preguntó el sheriff Bullard.

—Desde luego.

—No está seguro, ni mucho menos —dijo el sheriff adjunto, Queen, en voz muy alta—. Está mintiendo. Ha hecho algo por allí. Ha matado a mi cuñado.

—Escucha, hijo de perra —le increpé, temblándome de verdad la voz—. Es posible que su cuñado haya matado a alguien. ¿Por qué insiste usted tanto en que ha habido un asesinato? Ha sido el río el que, según hemos visto, ha matado a alguien. Si

no cree usted que es capaz de cargarse a alguien, ponga en él su estúpido culo y a ver qué le pasa.

—Mr. Gentry —le advirtió el sheriff—, no debe usted decir esas cosas. No se les acusa de nada.

—Bueno, mientras tanto, todo quedará así —dije.

—Está mintiendo; no se fíe, sheriff. No deje libre a este hijo de tal.

—Nada tenemos contra él, Arthel —dijo el sheriff—. Nada. Estos señores lo han pasado muy mal. Es natural que quieran volver a casa.

—Le digo que no lo deje libre. Escuche: mi hermana me llamó anoche; lloraba. Benson no había vuelto a casa. Está segura de que su marido ha muerto. Lo sabe. Nunca ha estado él tanto tiempo fuera. Y los únicos que andaban por allí cuando estuvo él eran éstos.

—No puede usted estar seguro de eso, Arthel —dijo el sheriff—. Lo que quiere usted decir es que los únicos de la ciudad que estaban por esta zona eran estos señores.

Moví la cabeza como si no pudiera creer tantas estupideces, y esa era la verdad.

—Pueden ustedes marcharse cuando quieran —dijo el sheriff—. Sólo denme las direcciones de los tres.

Así lo hice, y dije:

—OK. Si descubrieran algo, háganoslo saber.

—Esté seguro de que será usted el primero en saberlo.

Me dormí como en una región fuera del sueño, al otro lado de la muerte, flotando, y me pareció oír al búho entre las otras aves, en la pajarera de Martha. Era temprano y estábamos libres en nuestra casa. La dueña del caserón donde nos alojábamos Bobby y yo, se había levantado ya y le pagamos con el último dinero que nos quedaba. Fuimos a la gasolinera, donde teníamos el coche de Lewis. Allí estaba el sheriff charlando con el dueño.

—Buenos días —nos dijo el sheriff—. Tempranito se van ustedes, ¿eh?

—Nos ha parecido lo mejor —le respondí—. ¿Podemos hacer algo por ustedes?

—Nada, nada. Sólo quería asegurarme de que tenían ustedes sus llaves y cuanto necesitaran.

—Gracias, sheriff, lo tenemos todo. Pero hay algo que deseo encargarle. Les debemos una cantidad a unos de Oree por traernos hasta aquí estos coches. ¿Querrá usted decirles que les enviaremos el dinero en cuanto lleguemos a la ciudad? A usted lo creerán mejor que a nosotros, ya que vive usted aquí. Saben quién es usted.

—Lo haré encantado. ¿Cómo se llaman esos hombres?

—Griner. Tienen un garaje por allí.

—Les mandaré un recado. No se preocupen. Y, ¿fueron esas las últimas personas que vieron ustedes antes de embarcarse en el río?

—Las últimas y las únicas. También había con ellos otro hombre. No recuerdo

cómo se llamaba.

—Quizá debiéramos saber quién era. Quizá vaya personalmente a hablar con ellos. Y pueden ustedes estar seguros de que les diré lo del dinero.

—Muy bien, pues ya nos vamos.

—Conduzcan con cuidado en el regreso —dijo—. Y, amigos, permítanme advertirles una cosa: no vuelva a ocurrírseles emprender una excursión como ésta. No vuelvan por ese río.

—De eso no tiene usted que preocuparse —dije, e hice un guiño, al que respondió él con otro—. ¿Es ésa su manera de decirme que no vuelva a vérsenos el pelo por aquí?

—Pues sí, seamos sinceros.

—Y para que esté seguro de que no somos pistoleros, sheriff, sepa que sólo utilizamos arco y flechas.

—Escúcheme, muchacho —me rejuvenecía el sheriff.

—A usted deberían hacerle actuar en las películas del Oeste, sheriff. O tendría que vivir en Montana. En ambos sitios encontraría hombres peores que yo.

—Quizá —dijo—. Aquí hay poco quehacer. Algunos que roban pollos o los que fabrican clandestinamente bebidas alcohólicas. Hay poco trabajo.

—Hasta que llegamos nosotros.

—Sí, con eso nos ha bastado. Dragar el río ha sido buena tarea.

—También nosotros hemos tenido bastante. No volverán ustedes a vernos.

—OK. Adiós. Tengan buen viaje.

—Pásenlo bien. Y espero que su ayudante Queen encuentre a su cuñado.

—Bah, el cuñado volverá borracho. Menudo tipo. Mejor le iría sin él a la hermana de Queen. Y todos estaríamos más tranquilos.

Subí al auto de Drew.

—Antes de que se vaya, amigo, permítame que le pregunte algo y le diga una cosa.

—Pregúnteme lo que quiera.

—¿Cómo se quedaron ustedes sin salvavidas?

—Teníamos, cada uno, uno de sobra. Dos cada uno. Pueden ustedes encontrar los otros río abajo. Ya sabe usted que flotan. ¿Y qué más me iba usted a decir?

—Han sido ustedes valientes.

—Alguien tenía que hacer algo —dije—. Por lo menos, yo no quería morir.

—Quedó usted malherido, pero de no haber sido por su intervención se habrían quedado todos ustedes haciéndole compañía al ahogado.

—Gracias, sheriff, no olvidaré sus palabras.

—Es que fue usted más hábil que un mono. ¿Quién fue su padre?

—Tarzán —dije.

Bobby se había instalado ya en la furgoneta de Lewis. Fui a consultar un mapa de carreteras en la gasolinera y subí luego al otro coche.



—Tenemos que recoger la canoa —le grité a Bobby.

—Por Dios —dijo—. Déjala. No quiero volver a verla, ni tocarla, ni olerla. Déjala por ahí para siempre.

—No —insistí—. Vamos a llevárnosla. Sígueme. Sólo tardaré un minuto.

Unos chicos jugaban en la canoa y supuse que eso era buena señal, pues significaría que el sheriff adjunto no estaba por allí. También habrían limpiado la vomitera de Lewis, o por lo menos parte de ella. Aparté a los niños y miré detenidamente el casco. Estaba muy estropeado, no sólo en el fondo sino en los costados y en otros sitios. Volví a sentir los encontronazos de las rocas sólo con mirar esas huellas. Había un par de agujeros —en realidad, pequeños— juntos hacia en medio, pero podía haber más, aunque no muchos.

Antes de que empezásemos a esforzarnos con la canoa, miré casualmente a la otra orilla del río y vi que iba gente entre los árboles. Había allí un pequeño cementerio, tan bien oculto entre los árboles y la vegetación, que no lo hubiera visto a no ser por las formas humanas que se movían.

Le pregunté a uno de los niños que pasaba:

—¿Es un entierro?

—No —me respondió una niña, a la que no me había dirigido—. Trasladan a los que están enterrados ahí, antes de que hagan el pantano. Los sacan de las tumbas.

Ya me figuré que no sería un entierro; había demasiado movimiento para eso. Pero no estaba preparado para esa noticia. Miré con más atención: varios ataúdes verdes habían sido apilados y un par de hombres desaparecían en el suelo y volvían a salir sacando algo.

—Vaya preparativos —le dije a Bobby.

—Vámonos ya, por el amor de Dios —exclamó él—. Vámonos ya de aquí.

Atamos la canoa encima de la furgoneta.

—Vamos, Bobby —dije—. Ya sabes dónde vive Lewis. Dile a la señora Medlock lo que ha sucedido y cuéntaselo tal como pasó. Ella te atenderá. Llama luego a Martha y dile que yo iré en seguida.

—Ya sabré lo que decir. ¿Cómo podría olvidarlo?

Cuando se marchó Bobby, volví por última vez a la orilla del río. Me agaché para beber de su agua.

Mi regreso fue fácil y agradable, a pesar de que el automóvil que yo conducía era de un muerto y que todo en el vehículo me hacía acordarme de Drew: el buen estado del motor, lo bien cuidado que estaba, y en el parabrisas el documento de la compañía donde trabajaba.

Tenía que mirar fuera del coche, al paisaje, y contemplar cómo se desarrollaba mi propio mundo mientras me dirigía a la ciudad. En cuatro horas pasé lentamente del País de la Gente de Nueve Dedos y de Prepárate para Encontrar a Tu Dios, a una serie de aparcamientos y moteles, pero lo único que atraía mi atención era el río. Surgía

por entre las rocas —y el coche parecía acelerar su marcha al pasar por allí cerca—, haciéndome aquél más próximo con sus lentas curvas, árboles, acantilados y puentes.

Y no podía dejar de preocuparme de los detalles de la historia que había contado y de las ramificaciones que podía tener cada uno de ellos. Estaba seguro de Lewis, tanto como de mí mismo, ¿pero cómo podía uno confiar *hasta tal punto* en nadie? En cuanto a Bobby, no tenía en absoluto confianza en él. Bebía muchísimo y con gran frecuencia dice lo peor y que más le podía perjudicar cuando está borracho y siendo como es. Sin embargo, había algo que lo haría callar y era recordarse a sí mismo arrodillado y apoyado en un tronco caído mientras le amenazaban con una escopeta en la sien y él se desgañitaba, lloraba desconsoladamente y daba pataditas como un chiquillo. No quería que se enterase nadie de eso, pasara lo que pasase, por muy borracho que estuviera. No, Bobby daría siempre mi versión.

Y era una versión resistente; la había fraguado yo y probado con los que podían perjudicarnos, y dio buen resultado. A mí mismo se me había grabado de tal modo que me costaba trabajo volver a la verdad. Pero si pensaba intensamente en aquello, surgía la verdad; la luna lucía y cubría el salvaje río, el acantilado me rozaba el corazón latiendo junto a él con el pulso de la piedra y hasta una aguja de pino se me metía sutilmente en una oreja mientras esperaba en un árbol a que amaneciera.

Llegué ya a la encrucijada final; había comido en casi todos los bares de los aparcamientos. Y comprado en casi la mitad de las tiendas del centro comercial que ahora dejaba atrás, y Martha había ido de compras a todos ellos. Subí por el amplio monte residencial, apartado de los grandes camiones. Después de otra vuelta, me dirigí hacia casa.

Eran aproximadamente las dos. Entré en el patio y llamé a la puerta trasera. Allí me salvarían. Martha abrió la puerta. Nos estuvimos un rato abrazados y luego entramos. Me quité los *brogans* (los zapatos nuevos y malos que me había comprado en el pueblo), los dejé en un rincón y fui descalzo por la alfombra. Volví al auto para sacar el cuchillo y el cinturón y los tiré entre mis árboles suburbanos.

—Me vendría bien beber algo, rica —dije.

—Dime —se alarmó Martha, mirándome el costado—. Dime. ¿Qué te ha pasado? Sabía que ocurriría algo así.

—No se te hubiera ocurrido figurarte lo que pasó.

—Échate —dijo—, descansa mientras te echo un vistazo.

Fui con ella al dormitorio, donde puso una vieja manta encima de la cama y me eché en ella. Me quitó la camisa y observó con amor puro y práctico. Luego pasó al cuarto de baño y trajo tres o cuatro frascos. El armarito de las medicinas parecía un hospital en miniatura concentrado sobre la pared. Volvió agitando los frascos.

—Primero dame algo de beber —le dije—. Luego podemos jugar al médico.

—Todos los médicos juegan al médico —dijo—. Y todas las enfermeras juegan a la enfermera. Sobre todo, las ex enfermeras hacen de enfermeras cuando quieren a

alguien.

Me trajo la botella de Wild Turkey, que teníamos ya mediada. La incliné hacia mí después de destaponarla y bebí. Con misteriosos movimientos caseros de cuarto de baño empezó Martha a quitarme el vendaje. Fue saliendo éste muy ensangrentado por dentro. Los puntos estaban resbalosos con la sangre y alguna otra materia sangrienta: lo que tuviese yo allí.

—Lo tienes bien —dijo Martha—. Buen trabajo. Los bordes se están cicatrizando.

—Buena noticia —dije—. ¿Puedes vendarme otra vez?

—Claro que sí. Pero, ¿qué te sucedió? Estos cortes están muy limpiamente hechos la mayoría de ellos. ¿Te los hizo alguien con una navaja? ¿Alguna horrible arma muy afilada?

—Me corté yo mismo —dije—. Fui yo.

—¿Qué accidente...?

—No fue accidente. Escucha, quiero ir a hablar con la mujer de Drew. Luego, cuando vuelva, me quedará durmiendo una semana. Contigo. Contigo.

Estaba profesional, tierna y enérgica, como yo esperaba, pero nunca la había valorado como se merecía.

Me puso antibiótico en la herida, luego la cubrió con varias capas de gasa e hizo un hábil vendaje de modo que pudiera circular el aire. Cuando me levanté, no estaba tan tirante la herida y el costado había vuelto a ser parte de mí nuevamente. Aunque me seguía doliendo, y mucho, no tiraba de mí la venda a cada movimiento.

—¿Quieres acompañarme y traerme al regreso?

Asintió con la cabeza.

En casa de Drew me abrió la puerta su chiquillo, que vestía el uniforme de *boy scout*. Entré jugueteando en una mano con las llaves del coche mientras Pope iba en busca de Mrs. Ballinger. Esperé allí rodeado por las cosas de Drew, todo lleno de magnetófonos y muebles discotecas, recompensas por ventas y títulos de la compañía. Las llaves tintineaban en mi mano.

—Señora Ballinger —le dije en cuanto apareció—, Drew se ha matado. —Fue como si se lo dijera para inmovilizarla, para hacer que no llegase hasta mí. Y, en efecto, se quedó parada. Levantó lentamente una mano, casi como en un sueño, y se la llevó a la boca. La otra vino a posarse sobre la primera y entre sus dedos vibró su cabeza en un intenso movimiento de incredulidad.

—Se ahogó —dije—. Lewis se partió una pierna. Bobby y yo hemos tenido mejor suerte. Hemos podido matarnos todos.

Se tapaba la boca. Las llaves sonaban.

—He traído el coche.

—Qué manera de morir —dijo con la voz llena de dedos—. Qué manera.

—Sí, ha sido un sacrificio inútil. No deberíamos haber ido. Pero fuimos. Fuimos.

—Qué modo tan inútil de morir.

—Creo que todos son inútiles —dije.

—Pero no así.

—Nos quedamos allí cuanto nos necesitaron para buscar el cadáver. Aún siguen buscando. No creo que lo encuentren, pero lo buscan.

—Qué inútil.

—Drew era el mejor de nosotros —dije—. Lamento muchísimo lo ocurrido. ¿Hay algo que pueda hacer yo? Lo digo de corazón. Puedo...

—Puede usted marcharse, Mr. Gentry. Vaya usted en busca de ese amigo suyo, Lewis Medlock, y mátelo. Eso puede usted hacer.

—Está muy malherido. Y siente lo que ha ocurrido tanto como yo. Por favor, compéndalo usted. No es culpa suya. La culpa la ha tenido el río. Y nosotros por ir con Lewis.

—Muy bien —dijo como desde muy lejos—. Nadie puede hacer nada. Todo ha sido tan inútil. Todo inútil. Siempre lo fue.

Me di cuenta de que ya no podía hablar, pero intenté preguntarle una cosa:

—¿Puede venir Martha a acompañarla un par de días?

—No quiero que venga Martha. A quien necesito es a Drew.

Rompió en sollozos y me acerqué a ella, pero sacudió la cabeza violentamente y me aparté, volviéndome, puse las llaves en la mesita para el café junto a la historia de la compañía, y salí.

Mientras nos dirigíamos hacia casa me pregunté si me habría sentido mejor contando lo que realmente había sucedido. ¿Habría sido mejor para ella si le hubiera dicho que Drew se hallaba en el fondo de un tramo salvaje del Cahulawassee con una parte de su cabeza hundida por una bala o por una roca, sumergido con una piedra atada a él con cuerda de arco, balanceándose su cuerpo con el movimiento del agua? No sabía yo si estar enterada de eso ayudaría a la señora Ballinger. La única posibilidad era que se produjese en ella la manía instintiva de la venganza, si es que habían matado a Drew, y nada podría hacerse en cuanto a ello más de lo que ya se había hecho: ninguna silla eléctrica, horca ni cámara de gas podría vengarlo mejor, o tan bien.

Cuando llegué de vuelta a casa puse un sillón frente a la ventana, me instalé con una manta y una almohada. Me senté mirando a la calle y con el teléfono junto a mí toda la tarde. Temblaba. Martha se sentó en el suelo y apoyaba la cabeza en mi regazo. Me tuvo una mano entre las suyas y luego fue a por una botella de whisky y un par de vasos.

—Baby —me dijo—. Dime qué pasa. ¿Anda alguien detrás de ti?

—No sé —dije—. No lo creo. Pero no estoy seguro. Quizá pueda alguien andar buscándome. Tengo que estar prevenido. Si transcurren un par de semanas sin que suceda nada, creo que podremos estar ya verdaderamente tranquilos.

—¿No puedes contarme lo que pasó de verdad?

—No, ahora no puedo decírtelo. Quizá nunca pueda contártelo.

—¿Quién te cortó, Ed? ¿Quién cortó a mi buen hombre?

—Yo mismo —dije—. Me caí sobre una de mis flechas y tuve que cortarla con un cuchillo. No había otra manera. No podía llevar a los otros río abajo con una flecha clavada en mi cuerpo. Así que la corté. Afortunadamente, el cuchillo estaba muy afilado. Si no, quizá estaría aún intentando partir la flecha.

—Duérmete, cariño. Ya te avisaré si ocurre algo. Estaré aquí contigo. Ya no hay más bosques ni más río. Duérmete.

Pero no pude. Vivimos en una calle sin salida, de modo que todo automóvil que entre por ella pertenece a los que viven allí o a quienes tienen alguna relación con ellos. Vi cómo entraban varios autos que conocía y se quedaba cada uno en su apartamento. Hacia las diez se detuvo uno ante nuestra casa. Se volvieron lentamente los faros hasta iluminarnos plenamente. Martha me tapó con su cálida mano la boca mientras yo estaba allí deslumbrado. Nuestra entrada de coches era la última y aquel conductor la utilizaba sencillamente para dar la vuelta.

Se alejó y por fin me quedé dormido.

Cuando me desperté, Martha se hallaba todavía a mi lado. Era ya de día. Tenía ella precioso el cabello. Estaba dormida y, con la mayor suavidad que pude, salí de allí, dejándole la cabeza en el sillón, recogí un vaso y la botella de whisky y me dirigí hacia el cuarto de baño.

Cuando me volví, ya estaba allí Martha. Me besó, se sentó luego en el taburete y me quitó del costado el esparadrapo con rápidos y quirúrgicos tirones.

—Está mejor —dijo—. Va a ponerse muy bien. Qué saludable eres.

—Pues te aseguro que no me siento tan sano. Aún estoy muy cansado.

—Pues descansa.

—No. Me iré a la oficina.

—Qué disparate. Esa es la idea más tonta que se te ha podido ocurrir. Te vas a acostar.

—Me interesa mucho ir allí. Quiero ir y lo necesito. Por muchos motivos.

—Bueno, *dum-dum*, como quieras. Ve y mátate.

—Nada de eso. Pero si no me ocupo de algo, me haré polvo. No puedo aguantar más esto de seguir mirando si vienen autos.

Martha se arregló a mi lado y me fui. Lo principal era volver a mi vida corriente lo antes que pudiera e intensamente, como si nunca la hubiese interrumpido. Entré en mi despacho y dejé abierta del todo la puerta para que todos me vieran allí repasando papeles y maquetas.

A la hora de almorzar aproveché la salida para comprar un periódico. Daban cuenta de la muerte de Drew y aparecía una vieja foto suya tomada del anuario de su colegio. Eso era todo. Trabajé mucho en el resto del día y cuando regresé a casa llevaba la impresión de un milagro de movimiento y libertad.

Así terminó el día de trabajo, excepto en mi mente, que cambió los

acontecimientos más intensamente en lo que eran, en lo que sólo significaban para mí. Seguía temiendo a cualquiera de los faros de automóviles desconocidos que pasaban cerca de mi casa, o alguna voz desconocida en el teléfono, y tanto me habría alterado en la oficina como luego en casa, e incluso cuando Martha me llamó allí.

Durante muchos días leí detenidamente los diarios, pero sólo una vez encontré en ellos la palabra Cahulawassee, y fue cuando terminaron el pantano de Aintry. Lo inauguró el gobernador, hubo una ceremonia con bandas de música de colegios e institutos y se decía que el gobernador había pronunciado un discurso muy bueno sobre los beneficios, principalmente eléctricos e industriales, que obtendría aquella zona gracias al pantano y de las atractivas ventajas que se tendrían cuando quedara formado el lago. Todas las noches, a medida que iba creciendo el lago, dormía yo mejor, sintiendo que el color verde oscuro subía cubriendo el acantilado, por las paredes rocosas, y recordaba, como si volviera a vivirla, mi ascensión agarrándome a sitios que casi parecían inverosímiles, y por fin, después de evocar todo eso, me quedaba tan profundamente dormido como Drew. Sólo unos pocos días después de leer aquella información en el diario me convencí de que la tumba del hombre al que habíamos enterrado en el bosque, se encontraba ya sumergida, y desde el principio de la inundación tanto Drew como los otros quedaban cada vez más hondos y se acumulaban sobre ellos centenares de toneladas de presión y oscuridad, más lejos cada vez de toda posibilidad de descubrimiento, sin cesar más lejos de la influencia de los vivos.

Ocurrió otra cosa extraña. El río y cuanto recordaba yo de él se convirtió en una posesión mía, una posesión personal, privada, más que nada lo hubiera sido en mi vida.

Ya sólo fluía el río en mi mente, pero de modo inmortal. Lo sentía fluir —aún lo siento— por diversas partes de mi cuerpo. En cierto modo me agrada mucho que no exista ya el río y que a la vez lo siga yo teniendo. Aún se halla en mí y seguirá estándolo hasta que me muera, verde, rocoso, profundo, rápido, lento y de una irreal hermosura. Había tenido yo allí un amigo que murió por mí en cierto modo, y también yacía allí mi enemigo.

El río, de una u otra manera, va por debajo de cuanto hago. Siempre encuentra una manera de servirme desde mi afición al tiro al blanco hasta algunos de mis anuncios recientes y los nuevos *collages* que he realizado para amigos míos. George Halley, siempre entusiasta de Braque, me compró uno de aquéllos cuando volví a contratarlo y lo tiene en su cubículo-despacho lleno de formas sinuosas entre titulares de la guerra y de huelgas estudiantiles. George se ha convertido en mi mejor amigo después de Lewis y hablamos mucho y en serio de arte; más de lo que podemos permitirnos, teniendo en cuenta las tareas que se han acumulado en el estudio.

Vi a Bobby un par de veces en la ciudad y sólo nos saludamos de lejos en sitios públicos. Por su aspecto no pude saber cómo estaba, pero había recobrado sus modales afables y un poco chocantes que siempre tuvo, y me alegró que no estuviera

solo. Siempre parecería un peso muerto y a punto de chillar, lo cual me producía mala impresión. Luego me enteré de que había dejado la compañía donde trabajaba y que emprendió con un socio un negocio de «Un Pollo en una Cesta, Entre y Lléveselo», cerca de la Escuela local de Ingenieros, pero aquello fracasó al cabo de un año; se trasladó él a otra ciudad, y luego, según me dijeron, a Hawai.

Thad y yo nos llevamos mucho mejor que antes. El estudio sigue siendo una pesadez, pero no tanto como anteriormente. Dean se va desarrollando bien, aunque es un chico extrañamente silencioso. A veces me mira con el rabillo del ojo y parece a punto de hablar de un modo insólito en él. Pero quizá sea una figuración mía; nunca me ha dicho más que las cosas normales de que puede hablar un chico con su padre. Por otra parte, es fuerte y nada complicado; empieza a ser guapo; Lewis es para él un ídolo; y ya practica el deporte del levantamiento de pesos.

Por la relación que había tenido conmigo, llevé a cenar un par de veces a la muchacha del anuncio del gatito. Aún me gustaba, pero su ojo medio dorado había dejado de fascinarme. Su lugar propio quedaba en el río nocturno, en el país de lo imposible. Allí seguía para mí su magia. Y se hundió en el recuerdo, aunque me hubiera gustado verla abarcarse otra vez un pecho rodeada de hombres en una habitación pequeña. La veo de vez en cuando y se le da trabajo en el estudio. Es una parte agradable del mundo, pero menor. Es algo así como una cosa imaginaria.

Martha no lo es. En verano vamos a la orilla de un lago donde tenemos una casita —no es el lago Cahula, sino que está al otro lado del Estado, pero de todos modos es un lago tremendo— y contemplo el agua, bebiendo a veces cerveza por la tarde. Al otro lado se ve el mar; nos sentamos y vemos pasar los barcos a lo lejos, y los esquadores acuáticos se lanzan desde la orilla en sus interminables saltos plumosos por la verde superficie marina. De vez en cuando sale cojeando Lewis de su cabina y nos miramos con cierta complicidad, sintiendo la importancia y verdadera finalidad de toda agua. También él ha cambiado, pero no de modo evidente. Ya puede morir, pues sabe que la muerte es mejor que la inmortalidad. Es un ser humano, y de los buenos. A veces me llama «C.N.O.», lo cual, para él y para mí, significa «Crimen No Organizado», y eso se ha convertido en una especie de broma íntima —por supuesto, sin que ninguna otra persona lo oiga— cuando estamos en fiestas o comiendo en la ciudad con otra gente.

A veces, además, practicamos el tiro con arco cerca del lago. Allí ha instalado Lewis un blanco en una colina, a unas cincuenta y cinco yardas, entre árboles. Disparamos docenas de flechas de aluminio, pero nunca he puesto en mi arco otra flecha afilada como aquéllas. Mi costado no lo consentiría; me parece oírlo indignarse sólo con que piense yo en eso. Además, no es realmente necesario; el arco que uso ahora es demasiado ligero para cazar.

Lewis no ha perdido su buena puntería y aún es un placer verle disparar flechas. Aunque el lago Cahula no llega a ser como el que se ha formado donde estuvimos, hay indicios de que la gente se interesa por él, como siempre que un nuevo y buen

sitio empieza a ser frecuentado en lo que llaman unos «terrenos sin estropear» quienes se dedican a la compraventa de fincas. Espero que siga habiendo caza en torno al lago Cahula —venados que solían pasarse casi todo su tiempo en los terrenos por encima de los acantilados del río—, pero dentro de pocos años habrán desaparecido y quizá sólo quede la «inmatable» tribu de los conejos. En el extremo sur del lago se está preparando una gran «marina» y el hermano menor de mi mujer dice que aquello empieza a estar bien, especialmente para los jóvenes, los recién salidos del Instituto de segunda enseñanza.





JAMES LAFAYETTE DICKEY (2 de febrero de 1923 - 19 de enero 1997). Poeta y novelista norteamericano. Nacido en Atlanta, sirvió en la Segunda Guerra Mundial como operador de radar y en la Guerra de Corea dentro del Ejército del Aire. Entre medias se tituló en la universidad y empezó su carrera docente. Es considerado uno de los más prestigiosos poetas de Estados Unidos del siglo xx.

Trabajó mucho tiempo en publicidad y en 1960 publicó su primer libro de poesía. En 1965 obtuvo el *National Book Award for Poetry* por su obra *Buckdancer's Choice*. En 1970 publicó la novela *Deliverance (Liberación)* en la que recoge en parte su descontento con el mundo de la publicidad en el que trabajó y que le dio popularidad entre el gran público. Tuvo un cameo en la adaptación cinematográfica de la misma dirigida por John Boorman (interpreta a un sheriff).